LA CRUZ DEL SUR

G104
C944
v.1-2
n.5 15
1914
Ica.

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

DIRECTOR: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

DR. EDUARDO L. HOLMBERG. — RICARDO ROJAS. — DR. M. ROSO DE LUNA (España). — DR. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX. — DR. HORACIO DAMIANOVICH. — RÓMULO D. CARBIA. — ERNESTO MARIO BARRENDA. — DR. VIRIATO DÍAZ PÉREZ (Paraguay). — DR. FEDERICO W. GÁNDARA. — SALVADOR MARÍA BOUCAU. — CARLOS B. QUIROGA. — PROFESOR J. FERNANDO CARBONELL (Uruguay). — DR. RENÉ BASTIANINI.—JUAN AMADO (Paraguay).—DR. MIGUEL CATALANO. — DR. ULISES L. BERGARA.—DR. DELFINA MOLINA Y VEDIA DE BASTIANINI.—SRA. ALICE VON SONKLAR (Alemania).—F. DÍAZ FALP (Uruguay).—ADRIÁN A. MADRIL.—SALVADOR BOCCA. — DR. JORGE DAMIANOVICH.—DIEGO MOLINARI — ING. ENRIQUE MARCÓ DEL PONT. — PROF. JUAN G. LACRAMPE.—PROF. EDUARDO MELGAR.—P. DIAMICO (Brasil). — ING. EMILIO REBUELTO.—ALFREDO FRANCESCHI —DR. GUILLERMO F. SCHAEFER.—ALEJO CURUCHET.

BIBLIOTECA
JOSÉ L. MOLINARI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE RAMÓN L. FALCÓN N.° 2230
FLORES-BUENOS AIRES
1914

SUMARIO

Huelva - Palos de Moguer - La Rábida... Ernesto Mario Barreda

Los modernos problemas del Oceano Atmosférico..... Mario Roso de Luna

Poema Raro de Amor..... Carlos B. Quiroga

El realismo hindú y la Yoga..... J. C. Châtterji

El mundo de los cinco sentidos..... Elena Keller

Alfredo Rusell Wallace..... Luis Araquistain

La moda de mañana en pintura..... E. Gómez Carrillo

La fórmula arcaica de la oración..... *. *. *.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

El Alma..... León Tolstoi

LA CRUZ DEL SUR
CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

AÑO II | DICIEMBRE 1913 | N.° 8

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Huelva - Palos de Moguer - La Rábida (1)

Llegué a Huelva por la noche. Tuve la impresión de arribar a un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Casas bajas, pintadas de blanco, con rejas complicadas, favorables para el amor que bien las aprovecha, pues de no tener tantos arabescos habría que poner muchos cerrojos. Calles rectas, con manzanas y cuadras—que decimos nosotros—y por las aceras paseando la población y charlando de ventana a ventana, mientras las muchachas, en puertas y balcones, se asoman y cuchichean al paso de los galanes o de algún forastero. Y como Huelva con sus grandes minas de cobre atrae y radica a muchos ingleses y alemanes, este cosmopolitismo empieza a dar a sus hijos ese seductor abigarramiento que va siendo también la característica de nuestra raza.

Mi intención era conocer el Puerto de Palos y el monasterio de La Rábida, pero el arribo a Huelva resultaba forzoso, pues siendo capital de la provincia, el tren encuentra en ella su estación terminal. Ahora, para visitar aquellos parajes, me era indispensable atravesar las rías del Tinto y el Odiel, que tienen allí su confluencia. Sobre las barrancas de este último se asoman y bajan hacia el agua los caseríos de esos santos lugares, como una gran bandada de pájaros blancos...

(1) Capítulo de un libro próximo.

Llevaba una carta para el señor Marchena Colombo, presidente de la Sociedad Colombina, quien, como puede observarse, reune en sí dos nombres de una sugerente fuerza evocativa. Esta Sociedad está formada por ciudadanos de Huelva y de la comarca, gente activa y emprendedora, como no podría ser menos, descendiendo de aquellos heroicos tripulantes de las carabelas... Me atendió con una cortesía muy afectuosa y fuéme grato constatar el fervor con que se cultiva en la región el recuerdo de tan magna empresa, pues, según me refirió, en la modestia de sus recursos, no pasaba año sin que alguna iniciativa se realizase. También las poblaciones circunvecinas llevaban a cabo anualmente, para el 3 de Agosto, fecha de la partida, una peregrinación a Palos y La Rábida, donde hacían fiestas y evocaban en elocuentes oraciones los hechos y la transcendencia de tan gloriosos episodios.

Puestos de acuerdo, resolvimos organizar una expedición para el día siguiente. La ida la realizaríamos por tierra, empleando un carruaje espacioso; cruzaríamos el río Tinto y haríamos diversas escalas, empezando por Moguer, cabeza del partido, de donde se continuaría hasta el puerto de Palos, que se halla bajo su jurisdicción—y de ahí su nombre de Palos de Moguer—para terminar visitando el monasterio de La Rábida, de donde una lancha a vapor nos restituiría a la ciudad de Huelva. Era, como se ve, todo un vasto programa.

Nos despedimos, y, naturalmente, me eché a recorrer la ciudad. Es pequeña, al lado de las demás capitales de Andalucía. Pero está animada por un gran entusiasmo de trabajo. Así como Cádiz, con su puerto legendario, me pareció una ciudad que duerme o está muerta, la modesta Huelva se agita por todos lados, desde los muelles hasta las colinas que la rodean y que ya comienza a escalar en su rápido desarrollo. Sus hijos la aman y se esfuerzan en que descuelle sobre todas las ciudades hermanas, pero no con esa preocupación pueril de adjudicarse el cetro de la gracia, que tanto hace rivalizar a las

otras. Ellos la desean fuerte en el trabajo y bella en el progreso. Sienten el orgullo de haber contribuído a la empresa del descubrimiento, y, al par que luchan por el porvenir, se duelen—como toda la región—de la indiferencia con que el mundo los considera. La corte hace poco, en verdad, y en cuanto a las naciones de América, aun no han llegado, me parece, a una civilización tan consciente como para realizar allí alguna obra digna de la humanidad...

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, tal como lo habíamos concertado. Nos acompañaban el gobernador substituto, un periodista, Páez, locuaz y erudito, el secretario de la Colombina, señor Garrido Perelló, el ingeniero Terán y otros dos expedicionarios.

Ibamos por un camino festoneado de viñedos, cuyas cepas enanas se doblaban materialmente bajo la turgencia de los racimos. Alguna chumbera erizada de higos y espinas, aparecía por ahí demarcando propiedades colindantes, con la misma eficacia que nuestros antiguos cercos de pitas. Era en el mes de Agosto y el buen sol comenzó desde temprano a prodigarnos sus dones, haciéndonos suspirar por la primera etapa de nuestra jornada. Llegó por fin ésta, y en la plaza de Moguer nuestro carruaje se detuvo—el día ya bien avanzado,—alborotando a los chicuelos del barrio y haciendo que se abrieran dos o tres ventanas estrepitosamente. El señor de Burgos y Mazo, diputado a Cortes y una persona muy culta y ceremoniosa, nos recibió en su casa y agasajó con esa cortesía española tan llena de nobleza. Su mansión, una deliciosa casa andaluza, fué para nosotros un verdadero refugio de delectación y esparcimientos espirituales. Hablamos de España, hablamos de América... Sorprendióme por sus abundantes conocimientos en los asuntos de nuestras repúblicas. Y el almuerzo transcurrió en tan amables y gratas preocupaciones.

Por la tarde emprendimos la marcha, estimulados por un ambiente más suave, y, sobre todo, por la proximidad en que nos hallábamos de los parajes motivo de

nuestra larga peregrinación. Habíamos recorrido Moguer en el tiempo que tuvimos libre, escudriñando todos los sitios por donde hallábamos recuerdos del gran Almirante. Así visitamos el convento de Santa Clara, donde Colón cumplió un voto a su regreso de la expedición. Unas hermanas afectuosas y pálidas, yendo y viniendo con el apagado rumor de sus sandalias, nos mostraron los retablos, obras de primitivos, todavía coruscantes como un esmalte rojo, áureo y azul; un crucifijo tallado; misales de complicadas mayúsculas, ya mohosos y herrumbrados; algunos frescos; el coro...

Y henos trotando de nuevo por la carretera, camino de puerto de Palos. La luz más atenuada de la tarde, deja que las cosas se rodeen de cierto misterio. Además una ligera brisa, que viene del Océano cargada de yodos salubres, nos pone en la sangre un ritmo apacible y fácil. Y nuestro espíritu se siente propicio para la evocación.

Vamos costeando el río Tinto, del que nos separa una ligera barranca, y que aparece allá abajo como una cinta de plata estremecida. Viñedos aun más profusos y nuevas chumberas se alzan a la vera del camino, y pinares raleados yerguen su elegante silueta sobre el fondo del cielo. Alguna palmera se deja asomar entre los chaparros, cada vez más frecuentes, porque a medida que avanzamos, la tierra empieza a tornarse poco feraz. El río Tinto, que atraviesa los yacimientos de cobre y se satura en ellos, es de una esterilidad completa: toda su agua no podría sustentar un solo pez, ni dar vida a una planta.

De pronto el carruaje se detiene y echamos pie a tierra. Hemos llegado al puerto de Palos. En un principio nada distingo; pero me dejo llevar, mientras descendemos la pendiente suave de la barranca.

—Allí—me dicen señalándome una pequeña entrada del río—se construyeron los barcos de la expedición... El poblado está allá...

Observo el paraje, donde la onda pasa murmurando,

desde años, desde siglos, con un vital aliento de eternidad. Miro hacia arriba, y, efectivamente, veo las casas blancas del pequeño puerto, de donde Colón y los Pinzones vigilaran las obras de la diminuta y fabulosa armada. Atravesamos la población, blanca y limpia como una ala de gaviota y llena de paz inocente. Nos rodean curiosamente niños y mozas, y entre éstas las hay bien garridas, a fe; ríen y bromean. El señor alcalde, a quien oportunamente fué anunciado nuestro viaje, llega de allá lejos y nos da la bienvenida, ofreciéndosenos con excelente voluntad. Desgraciadamente, es un poco tarde y esto le impide agasajarnos como desea. Se agradece lo mismo...

—La casa de Alonso Pinzón—me señala alguien—mostrándome una vivienda delante de la cual estamos parados. Al menos, así se ha llegado a deducir...

¡Alonso Pinzón!... Nunca la injusticia se ha cebado con mayor saña en un gran espíritu. Muerto antes de sincerarse, su nombre se vuelve el ludibrio de los historiadores. No es mi propósito desenredar tales nudos gordianos, pero al pisar esta tierra algo de la leyenda desaparece y el hombre se nos presenta, entonces, con todas sus fuerzas y debilidades, frente a los obstáculos y misterios del porvenir. Percibimos la idea de una expedición comercial, en la que Pinzón no sólo construyó y tripuló dos naves,—las mejores de la escuadrilla—, con sus recursos y parientes, verdadero patriarca de la región como era, sino que armó y tripuló la nao Santa María, porque el futuro Almirante carecía de marineros y había agotado los escasos dineros reales en sus adquisiciones preliminares. Colón, pues, tenía hecho un contrato con los reyes, que no se quedaron cortos, como quien concede privilegios en la luna, y Alonso Pinzón puso sus recursos y prestigios de marino avezado al servicio de una causa para la cual su socio sólo contaba con una nao sin tripulación, falta completa de recursos y la real cédula que sólo proveía para después... Así las cosas por el momento. Luego, naturalmente, descubiertas las tierras,

Colón adquirió derechos y títulos que modificaron completamente su situación. Pero...

Marchaba en tanto nuestro carruaje y al terminar estas reflexiones empezamos a subir la ligera cuesta que conduce al monasterio. Una greda rojiza forma aquel suelo poco fértil, al que cierto cultivo asiduo y paciente ha conseguido arrancar un poco de vegetación... Pero la noche se nos venía encima, y dejando para el día siguiente nuestra visita a La Rábida, después de una rápida ojeada por los alrededores, nos embarcamos en la lancha a vapor que, atracada al muelle, nos esperaba. Al rato ya estábamos atravesando las dos amplias rías que allí se unen en un estuario espumoso y azul. El señor Marchena, mientras navegábamos, me iba explicando las particularidades de la costa.

—Mire usted: hace cuatro siglos toda esa comarca que se ve era mar abierto, y por allí salieron las carabelas... Se llamaba la barra de Saltés. Las arenas que arrastra la corriente modifican constantemente la ribera...

***

Al otro día, de mañana, en una pequeña barca que llevaba su vela latina y guiaba un viejo batelero andaluz, en compañía de un amigo, emprendí otro viaje al monasterio, con la intención de pasar en él todo el día. Rema que remarás y orza a babor y orza a estribor, después de un lento y delicioso navegar, columbramos la blanca cima de sus torrecillas. Suavemente nos fuimos acercando, mientras los ojos abarcaban el conjunto del paisaje, de una sobria y sencilla pintura, de una cariñosa visión. A un lado el río Tinto vuelca su agüita precaria en la gran copa del mar, que se revuelve en turbiones de espuma o se aleja abandonando en la costa los jirones de su veste, que el sol tiñe de violeta y de rosa... Un bosquecillo de pinos, verdes y fragantes, baja por una colina hasta mojarse en el agua. Rojizos chaparros ponen su mancha un poco sombría sobre la colina arcillosa. Una palmera, una sola palmera, altísima, viejísima, con su

pobre tronco carcomido y sujeta a la tierra por cuatro cables que no la dejan caer, abre su mísero penacho, como un airón heroico y apolillado... ¿Es de la época de Colón? Yo creo que sí. Nunca he visto un árbol más venerable...

Subimos lentamente la colina, mientras el erudito amigo nos dice que el monasterio de La Rábida data del tiempo de los romanos, que lo erigieron en templo a Proserpina. Yo oigo su abundante disertación y voy subiendo, mientras trato de no ver un monumento que a mi derecha levanta su insípida ridiculez.

—Nosotros le llamamos el candelero...—díceme el amable acompañante.

Y es exacto.

Pero ya estamos en la explanada donde se asienta el monasterio, y esta es la entrada a la hospedería, donde, según la leyenda, Colón pidió pan y agua para su hijo Diego... Damos la vuelta y penetramos a la capilla del convento, que se está restaurando en sus frescos y artesonados y que, por lo tanto, ofrece en aquel momento la apariencia de un pintoresco desbarajuste. El altar es lo único que conserva cierto orden, con su Cristo, santos y floreros. Allí rezaron sus preces los expedicionarios, momentos antes de embarcarse, como se acostumbraba en aquella época. Luego descendieron por la avenida del centro hacia el mar...

Soberbio mar, engendrador de mundos,

que dijo nuestro poeta.

Empezamos a recorrer el edificio, circulando por los claustros, penetrando en las celdas, recogiendo en todas partes el hálito secular de la estupenda evocación... Humilde todo, y a pesar de hallarse desmantelado, hay un color particular en aquellos muros, en aquellas piedras, que el roce de tantos años ha señalado con una pátina de enternecedora vetustez... Junto a la ventanita de una celda diminuta, sintiéndome lleno de una paz no gustada desde mucho tiempo, dejé vagar la imaginación mientras

los ojos se recreaban con la dulzura del paisaje. Recordé el caserío blanco en su sencillez heroica, donde se trabajó la madera de aquellas quillas únicas y se forjó el acero de aquellas almas luminosas... Cuando la última jarcia fué colocada y el viento hizo deslizar sobre ella su arco interminable, como sobre el cordaje de un violín gigantesco; cuando la última vela fué ofrecida a las brisas y se infló toda vibrante como una voluntad en tensión, una detrás de la otra, las tres naves gallardas enfilaron aguas abajo por el río Tinto, desde entonces más ilustre que cualquier río de la antigüedad...

Después, en el convento, refugio de frailes pobres y sabios, los navegantes descendieron para poner su alma en Dios y sus manos en la amistad. Y de nuevo a los barcos: y a domar el mar, a vencer el destino, a completar la tierra... Magna odisea, que aun está esperando su Homero!...

Un día entero vivimos, puede decirse, en la comarca. Por ella anduvimos, en ella reposamos, y ya por la tarde, saturados de su alma buena y enérgica, volvimos de regreso, rema que rema, sobre la misma ola que llevó adelante el sueño del descubrimiento...

***

Fuí portador, entonces, de un homenaje para nuestro gobierno. Después, las iniciativas han sido muchas y muy importantes. Se ha creado «La calle de las naciones americanas», donde las repúblicas del Nuevo Mundo disponen a ambos costados de una hectárea de tierra cada una, para construir su pabellón en una exposición futura. Esta calle va desde La Rábida hasta Palos de Moguer, con una extensión de casi dos kilómetros. Se creó en Palos el Club Palósfilo, del cual nuestro cónsul en Málaga, Martínez Ituño, es el vicepresidente honorario, teniendo al señor Prieto, de aquel Ayuntamiento, como uno de sus propagandistas más activos. Se ha fundado una revista, *La Rábida,* que dirige Marchena, y para nuestro Centenario La Colombina se hizo representar en las fies-

tas por el señor Siurot, que formaba parte de la embajada española.

Ramificados por toda América y en constante correspondencia con sus centros de cultura, son ya numerosos los «memorándums» que se han lanzado a la publicidad, manteniendo en actividad constante el entusiasmo colectivo, para la realización de tan nobles proyectos. Se lucha, se camina despacio, pero se marcha siempre... El monasterio será convertido en un museo colombino. Se tratará de llevar hacia allí una corriente de turismo, de un turismo inteligente, proyecto que sólo podrá realizarse, a mi entender, uniendo a la comarca con Cádiz, por una línea férrea, hoy que los viajes a esta ciudad, desde Buenos Aires, se realizan en las excelentes condiciones que todo el mundo sabe. Se ha interesado a las más altas personalidades de Europa y América, tanto en las letras como en la ciencia y la política, y se han conseguido apoyos prestigiosos.

Y, en fin, la humanidad concluirá por darse cuenta de que en aquel rincón del globo vive y avanza un pueblo que contribuyó mucho a sus destinos, cambiando de pronto nada menos que la forma de la Tierra, este planeta que habitamos...

ERNESTO MARIO BARRERA

Los modernos problemas del Oceano Atmosférico

La poesía de las nubes y sus misterios científicos.—Los cuatro mares aéreos. — Novísimos horizontes de la Meteorologia. — Una nueva aplicación del telescopio. — Las sombras por interferencia. — Las bandas ondulantes en los eclipses de sol.

La poesía, verdad avanzada eterna de la ciencia, siempre habló de las nubes como de bajeles aéreos bogando en el océano atmosférico, y hoy no hay meteorologista alguno que no emplee el mismo lenguaje tenido antes por poético.

Nos hallamos, efectivamente, en el fondo de un mar aéreo, valle hondo y obscuro, como decía el vate salmantino, a donde no llegan los oleajes continuos de este océano, mucho más profundo, según se va averiguando, que el Atlántico o el Pacífico.

Nuestras veletas y anemómetros son despreciables indicadores de las *corrientes de fondo,* donde yacemos cual verdaderos reptiles submarinos; nuestros aeroplanos son meros *pajaros rastreros,* o más bien *peces* cuya *organización* no les permite nadar apenas en estas aguas profundas, y hasta los globos-sondas, registradores de las regiones menos bajas de este invisible mar, apenas si se acercan a la superficie de la primera entre las varias envolventes gaseosas de nuestro globo.

Porque conviene advertir que, merced a los estudios sintetizados por Wegener y Teisserenc de Bort, se han determinado bien cuatro envolventes cualitativas diversas

para la Tierra; y decimos cualitativas por diferenciarse ellas, según parece, por la naturaleza química de sus *aguas,* ya que, cuantitativamente, las diversas capas atmosféricas son tan numerosas como varias son las densidades de ellas en función de la altura y variadísimos los vientos que las agitan en el oleaje continuo, estudiado con gran interés por los sabios.

Los globos-sondas; las observaciones asiduas de los meteóritos y estrellas fugaces; las mediciones de altura de las diversas clases de nubes y de los humos volcánicos, y, en especial, las mediciones y cálculos de los arcos crepusculares, han permitido comprobar recientemente la existencia de dichas cuatro envolventes cualitativas de nuestra corteza terrestre, que vienen a constituir así otros tantos globos o mundos diferentes.

A la primera capa o mar gaseoso, en contacto directo con la superficie sólida del planeta, se la ha denominado *tropósfera:* mide unos 14 kilómetros de altura; en ella se producen las nubes, cuyos más tenues cirros jamás remontan a su nivel superior, como tampoco pasan de la superficie marítima las algas que flotan en los mares; en suma, la región del oxígeno y su temperatura va disminuyendo en razón inversa de la altura, hasta llegar a la mínima de las regiones polares, o sea de 55 a 60 grados bajo cero. A la segunda capa o del nitrógeno puro (no mezclado, como en la anterior, con el oxígeno), se la ha llamado *estratósfera,* y se halla comprendida entre los 75 y los 200 kilómetros de altura. En ella se apagan los meteóritos, y los humos volcánicos, al llegar a su límite inferior, aplastan sus airosos copetes, cual si chocasen con una de las esferas cristalinas de los antiguos, o cual se aplastan al llegar a la superficie del agua las difusiones tintóreas de una pastilla colorante en su fondo depositada. La tercera capa es la del helio, que no baja de los 300 kilómetros, y la del hidrógeno, que aun sigue más arriba. Por último, la cuarta de las zonas conocidas es un mar de un cuerpo ultragaseoso, apreciado en la corona del Sol durante los eclipses totales:

el *coronio*, y en él parece se producen las auroras polares, alcanzando quizá en sus límites superiores a las posibles capas superiores también de nuestro satélite, ya que la Luna forma con la Tierra un par estelar circuído probablemente por una envolvente común a ambos astros, al modo de la albúmina de un huevo de dos yemas, envolvente que entre los primitivos indo-arios tuvo un nombre: la región del dios Soma.

Digamos de pasada que otros sabios, como el profesor Pruiz, de Bruselas, asigna a su vez nada menos que siete envolventes sólidas y flúidas como integrando a la masa terrestre sobre la que se apoyan nuestras plantas: rígida la primera; plástica la segunda; viscosa la tercera; gaseosas a tremenda presión las otras tres y metálica la nuclear y última, con lo que los Dantes del porvenir ya tienen nuevos *infiernos* o regiones inferiores (Hades) que visitar, yendo de la mano de estos nuevos Virgilios científicos.

No caben en los límites de un artículo las descripciones de los modernos aparatos de que se vale nuestra meteorología, que ya no es como antes una ciencia de previsión del tiempo, sino una matemática, una física, una química, y pronto quiza una biología de este nuevo mundo que nos traen a la realidad los Colones de la ciencia. Diremos tan sólo que uno de estos aparatos—¿quién lo diría, tratándose de un mar invisible?—es el anteojo astronómico, ese veterano de las conquistas sidéricas, que se ha humanizado recientemente, empleándose en las mucho más bajas conquistas aéreas.

La misma ley de vida que hizo del palacio babilónico, antaño regia morada, luego vivienda del beduíno errante y hoy morada desierta de serpientes y chacales, rige en todas las cosas humanas y el anteojo astronómico, aparato que parecía único para el estudio de los astros, ha sido desterrado de la astronomía por el espectroscopio y sus congéneres fotográficos, porque—¡eterna paradoja de la ciencia!—a fuerza de ver ve menos que estos recientes aparatos que parecen no ver nada y que ,sin em-

bargo, desdoblan y triplican las estrellas más remotas que a la visión de los mejores telescopios parecerían sólo una.

Una vez así desterrado de los cielos el anteojo astronómico, se ha refugiado en la tierra, como Saturno cuando le desterrara su hijo Júpiter del Olimpo, y se ha dedicado, en manos de Teisserenc de Bort, Douglass, See, Exner, Travert y nuestro sabio compatriota don Vicente Ventosa, a estudiar los vientos superiores, intermedios e inferiores, o sean los múltiples oleajes de las capas atmosféricas, por las ondulaciones que tal oleaje determina en el borde de los astros.

«Cuando con auxilio de un anteojo se observa atentamente el limbo del Sol, dice el señor Ventosa (1) adviértese que las ondulaciones, por ejemplo, de la imagen varían de aspecto sin cesar, y de modo extraño, al parecer, pero muy natural en rigor, de una región a otra. En su mayor grado de sencillez el fenómeno se reduce a lo siguiente: En dos puntos diametralmente opuestos del borde o limbo aparente del Sol las ondulaciones se propagan o suceden tangencialmente al mismo borde y en igual sentido: paralelas unas a otras. El movimiento que acabamos de definir indica por su dirección la del viento que le produce y puede servir para determinarla... En la práctica, el fenómeno es bastante más complejo, pues el anteojo integra, por decirlo así, todos los movimientos de la atmósfera, que simultáneamente se verifican en las capas de aire que el rayo visual atraviesa, capas agitadas de muy diverso modo. Por eso en torno de la imagen del astro se perciben con frecuencia dos, y a veces más ondulaciones independientes, que se cruzan y entremezclan, formando en algunos momentos y lugares confuso hervidero... ¿Cómo, pues, poner en claro la altura de donde tales fenómenos proceden? Puesto que un objeto parece tanto más pequeño cuanto de más lejos lo miramos, na-

(1) «Método para determinar la dirección de los vientos superiores por las ondulaciones del borde de los astros».—Revista de la Real Academia de Ciencias, de Madrid.—1909.

tural es pensar que las ondas aéreas más elevadas parecerán de menor amplitud que las dimanadas de las capas inferiores, de manera que en la imagen telescópica del astro donde se proyectan se distinguirán unas de otras por su extensión o aspecto. Bastará, por tanto, modificar el poder amplificador del anteojo para que las apariencias del fenómeno descripto varíen en términos de interpretación racional provechosa... Cuando, pues, la fuerza óptica del anteojo es muy considerable, los movimientos constituídos por ondas cortas y suaves se perciben mucho mejor que los resultantes de ondas largas y enérgicas, mientras que se advierte precisamente todo lo contrario cuando la imagen del astro, en torno de la cual se retrata la complicada agitación de la atmósfera, es de magnitud relativamente pequeña. Las ondas que antes predominaban se desvanecen entonces y las antes desvanecidas y borrosas son las que ahora se destacan con perfecta claridad. El anteojo, según esto, se convierte de tal manera en instrumento de análisis o de separación de las diversas ondas del aire, como el espectroscopio separa y analiza las ondas luminosas que en número infinito surcan y agitan en todo sentido el insondable piélago etéreo.» (1).

En estos curiosísimos fenómenos, cuya transcendencia ulterior es enorme, juegan, como se ve, dos elementos: el uno es el de los oleajes atmosféricos a diversas alturas; el otro es el conocido fenómeno óptico de las interferencias del rayo luminoso emanado del astro, fenómeno sin el cual semejante oleaje nos pasaría eternamente inadvertido. Ocupémonos, pues, de las interferencias luminosas.

Conocemos por la Física el hermoso principio de las interferencias, descubierto por Tomás Yung mediante el cálculo y comprobado después experimentalmente por Fresnel con el llamado *banco de difracción,* al tenor del

(1) Estas investigaciones, en las que se ha reconocido prioridad a nuestro sabio amigo, fueron publicadas en la revista *Ciel et Terre,* de Bruselas, en 1890.

principio de Huyghens, que dice: el movimiento vibratorio transmitido a un punto de un plano reflector por un foco, puede considerarse como la resultante de las velocidades parciales comunicadas por todos los puntos de una cualquiera de las ondas esféricas producidas por el foco en el éter que le envuelve.

En efecto, si recogemos un haz luminoso monocolor merced a una lente que concentre sus rayos en un punto o foco y luego reflejamos la luz mediante dos espejos que formen entre sí un ángulo extremadamente obtuso, los rayos de la luz se reflejarán de igual modo que si partiesen de dos puntos imágenes. Si entonces recibimos en una pantalla blanca los rayos reflejados, se observa no una iluminación uniforme, sino una serie de franjas rectilíneas, alternativamente claras y obscuras.

Sabemos, además, que el fenómeno de las franjas de interferencia puede producirse también por refracción, de este modo: Si delante de un foco colocamos un prisma isósceles, dos de cuyos ángulos sean extremadamente agudos, mientras que el vuelto hacia la luz sea muy obtuso, los rayos refractados hacia la base se hallan por la refracción en condiciones idénticas a si emanasen, no ya del punto donde está la luz, sino de los dos puntos *virtuales,* bastante separados uno de otro gracias a las condiciones del prisma refractor. Colocando una pantalla blanca, en sentido paralelo a la base del prisma, veremos reproducidas de igual modo las bandas o franjas de interferencia, con arreglo al aforismo de que, gracias al fenómeno de interferencias, *luz sobrepuesta a luz puede producir obscuridad.*

Como se ve, la única condición exigida para que se produzcan las bandas alternativamente claras y sombrías debidas al fenómeno de la interferencia, es la dualidad real o virtual del foco luminoso emisor, de donde podemos inferir lógicamente que el espectro de interferencia se producirá cuantas veces un foco único se divida aparentemente en dos o más. No hay que añadir que, siendo distinto el poder refringente de los diferentes colores

del iris que por su unión forman la luz blanca, las bandas de interferencias presentan verdaderas irisaciones, siempre que no se trate de un foco monocolor.

Se impone, pues, un inventario de los fenómenos más frecuentes, en los que un foco único de luz, tal como el Sol, pueda producir focos virtuales que le hagan parecer, digámoslo así, con dos astros distintos merced a la interposición de un medio interferente, o bien que le coloquen en condiciones de emisión luminosa no acostumbrada y apta para la interferencia, como sucede en los eclipses de dicho astro.

De lo primero tenemos numerosos ejemplos.

La imagen del Sol, reflejada por las aguas de un estanque, sería, en efecto, única si éstas se hallasen absolutamente tranquilas; pero es sabido que la agitación de las aguas bajo el soplo de la brisa más tenue, y aun bajo las propias vibraciones telúricas productoras de los tan conocidos zumbidos musicales de los postes telegráficos (1), hacen que jamás tengan las aguas una superficie absolutamente tranquila. A consecuencia de ello la imagen solar determina por interferencia sistemas diversos de sombras ondulantes sobre las paredes vecinas, con apariencias y agitación que recuerdan no poco, como después veremos, a las observadas durante los eclipses de Sol, salvando, como es consiguiente, las diferencias naturales de velocidad, medio refractor, iluminación, coloración, etc.

Otro de los casos más frecuentes de las interferencias atmosféricas es el que sigue:

La imagen del Sol, vista ordinariamente a través de

---

(1) Durante mis travesías por el Atlántico ecuatorial, he tenido ocasión de observar varias veces en las grandes calmas tropicales y en un mar, por consiguiente, muy tranquilo, dos sistemas distintos de finísimas estrías reticulares que se cruzaban casi en ángulo recto, cual las líneas onduladas de las placas vibrantes espolvoreadas con colofonia o las de los líquidos de las vasijas sometidas a vibración musical. Fenómenos son estos harto dignos de un estudio adecuado, que no sabemos se haya hecho hasta aquí, y en los que la expresada vibración telúrica deberá jugar un principal papel.

la atmósfera cuando está homogénea y tranquila, es también única, mas a poco que estas capas se diferencien unas de otras, merced, por ejemplo, al caldeado del suelo y a los consiguientes cambios de densidad en las mismas, se nos muestra el oleaje reticular y ondulado característico de los varios modos de interferencia, produciéndose ese fenómeno de sombras ondulantes tantas veces visto sobre los hornos de cocer materiales de construcción y sobre la superficie de los barbechos en los días de calor.

Los casos anteriores nos traen por la mano al punto inicial de este artículo, referente a las ondulaciones telescópicas del borde de los astros, producidas por la agitación u oleaje de la atmósfera, que escapa inadvertido por su pequeñez o acaso por nuestros hábitos visuales y por la permanencia de nuestras impresiones ópticas en nuestra retina. Sobre este excepcional problema astro-físico se ha fundado gran parte de la teoría mecano-atmosférica de Guldberg, Aldín y Ferrel; los estudios de Lorenzo Rotch, *Sounding the Ocean of Air;* la hipótesis de los torbellinos ciclónicos y anticiclónicos de Teisserenc de Bort, las controversias de K. Exner de Inny bruck y Travert, de Viena, con nuestro compatriota Ventura; y los trabajos notabilísimos de Duglass, en Arizona; de Ricco Mascari y Cavasino, de Catania, y del conocido matemático doctor Lee, célebre por sus cálculos acerca de las mareas atmosféricas y su papel en la separación planetaria de la Luna y La Tierra.

Limitando los problemas por ellos tratados al caso particular que nos ocupa, diremos que el oleaje atmosférico produce lo que con feliz expresión ha llamado el astrónomo norteamericano Wadsworth *prismas de aire,* operadores, por su interposición en la marcha del rayo de luz emanado de un astro, de los tan repetidos fenómenos de interferencia, que se traducen en un oleaje continuo, más o menos perceptible siempre en las observaciones astronómicas, sobre todo si, siguiendo la ley demostrada por el señor Ventosa acerca de los «focos conjugados», se procura poner en foco las capas atmosféricas

de diversas alturas, desenfocando hacia adentro y hacia fuera el ocular de los anteojos astronómicos, transformados as ſen poderosos aparatos de meteorología, o, valga la frase, en fieles veletas y anemómetros para todas las alturas de la atmósfera.

Gracias a esta nueva consagración de los clásicos telescopios, las conocidas notas que en sus diarios de observaciones suelen poner los astrónomos acerca del estado de visualidad respectiva de los astros, según los estados atmosféricos (estrellas borrosas, saltarinas, centelleantes, etc.), constituyen el principio de esta nueva era astronómica para la incipiente meteorología, apoyada aquélla en las investigaciones analíticas de Helmholtz, quien ha hallado en la discontinuidad de las densidades de las diversas capas atmosféricas la condición precisa para la producción de repetidas ondas atmosféricas de interferencia. Duglass, suprimiendo el mismo ocular del anteojo y coloreando el órgano visual en el foco del objetivo, ha podido apreciar en toda su sorprendente marcha el paso de las múltiples corrientes de ese nuevo mar que agita sin tregua el borde de los astros, al modo de líneas casi siempre muy finas que forman delante del astro una verdadera malla (1).

Todos estos fenómenos, sobre los cuales no podemos insistir, reducen a términos bien concretos otro de los problemas de la interferencia: el de las sombras ondulantes que se observan minutos antes y después del momento de la totalidad en los eclipses de Sol.

Conviene antes dar una idea de este emocionante fenómeno.

Cuando el eclipse de Sol, al avanzar, se va acercando a su fase máxima, todo parece cambiar en torno nuestro a medida que se va extinguiendo con rapidez el lumi-

---

(1) Quizá esto se enlace algún día, mediante simples problemas de óptica atmosférica, con el reticulado que la fotografía sorprende en el disco del sol con las modernas placas que han permitido apreciar los llamados *flóculos* granulares del gran astro.

nar del día. Toda la policromía de grises tétricos y de indefinibles ultravioletas característica de las paletas *astrales* del Greco y de Goya, parece verterse en el ambiente, al par que un verdadero río de sombras va avanzando sin treguas desde el lado occidental. Este *río de sombras,* que se diría no era sino un símil poético, es probablemente algo más que un símil, puesto que, por causas no bien determinadas aún, la atmósfera entera está perturbada en la difusión actínica de los cada vez más pobres rayos de luz. Cuando el fenómeno de la parcialidad avanza lo suficiente y sólo faltan breves minutos para que la pantalla lunar oculte completamente al Sol, ese estado de perturbación luminosa que se adivinaba en la atmósfera toma más cuerpo, y al par que los rostros de los circunstantes se tiñen de coloraciones cadavéricas y el obscurecido ambiente todo se empapa de fúnebres melancolías, comienzan a serpear por el suelo unas bandas sinuosas de sombras ondulantes gris-terrosas y esfumadas, sucediéndose unas a otras en carrera veloz y a veces cruzadas en dos distintas direcciones.

Como mortal que ha estado tres veces a la sombra de la Luna», y perdóneseme esta frase *teosófica,* he tenido la dicha de observar las referidas sombras ondulantes en los tres eclipses totales de que ha disfrutado nuestra Península, en los años de 1900, 1905 y 1912, y de fijar en lo posible algunos de los elementos del fenómeno mediante instalaciones adecuadas en Soria y en Cacabelos del Bierzo, y aunque sobre los problemas de las sombras ondulantes haya aún no poco que esclarecer, las ideas que sobre el particular tenemos hoy pueden sintetizarse como vamos a ver (1).

---

(1) Aterra, en verdad, el número de problemas, no ya que pueden ser resueltos, sino que se esbozan apenas respecto a los tres astros productores de los eclipses... ¿Qué es, en definitiva, la «fotósfera» o esfera luminosa del sol, donde los espectroscopios prismáticos de cuarzo, de fluorina, de alcohol, de sulfuro de carbono, de vidrio o de espato calizo, van hallando sucesivamente, cada uno «según su modo especial de ver», ora sombríos reticulados de hidrógeno en «manchas y protuberancias», ora luminosos «flóculos» de calcio, ora otros cuerpos

Conviene ante todo explicarse las ondulaciones ordinarias del borde de los astros.

Hemos visto anteriormente, que el paso continuo del oleaje atmosférico, producido a la altura de una capa cualquiera de nuestra envolvente gaseosa, bajo la acción del viento, produce, con los relieves y depresiones de cada ola, o sea con lo que Wadsworth denomina *prismas de aire*, cambios continuos por refracción, es decir, multiplicidad continua de imágenes del Sol, o, lo que es lo mismo,

---

simples, de los que ni aun tenemos idea en la tierra? ¿Qué es la cromósfera o envolvente de color, cuyas rayas espectroscópicas, ya directas, ya invertidas, tanto nos preocupan? ¿Qué, ese «espectro-relámpago» que dura meros tres segundos, antes y después del momento de totalidad del eclipse, espectro que es buscado mediante excepcionales dispersiones en las misteriosas fronteras del violeta y del ultravioleta? ¿Qué es, ó, mejor dicho, qué son las dos coronas de voltaica fluorescencia, en los tétricos momentos de la totalidad, la una contorneando a todo el disco eclipsado con salpicaduras de fantásticas protuberancias rojizas, de miles de kilómetros de altura, cuajada de rayas cromosféricas, y la otra pálida, esfumada, longuísima y variable, según los eclipses desplegando hacia los dos lados del ecuador solar algo así como las alas de celeste «Ave Fénix» que resurge inmortal en los momentos en que la luz agoniza?... ¿Débense ellas meramente al sol? ¿Participan algo en ellas la luna y su posible atmósfera? ¿Hay en ellas trazas, realidades ignotas aportadas por sus rayos a través de los valles y montañas que perfilan a la sazón el disco de la luna? ¿Cuál es su composición, cuál su máxima altura, cuál su lazo cosmogónico con la propia luz zodiacal, en la que lo ignoramos todo?... Y sin salir de esa región luni-terrestre misma, la región del «dios-Soma» de la literatura sánscrita, qué de misterios, qué de problemas insondables, infinitos.

¿Qué hay, en efecto, por todo ese hemisferio lunar, del otro lado de la tierra, que mortal alguno viera nunca? ¿Qué, en toda la vasta región intermedia entre la luna y la tierra, donde ya la ciencia comienza a descubrir primero nuestra capa atmosférica de nitrógeno mezclado con oxígeno hasta los 100 kilómetros de altura; luego otra capa más alta de nitrógeno puro, donde se apagan, al cruzar, los ingentes meteóritos, y donde no llegan las nubes, detenidas, como se ha observado con los humos volcánicos, cual se detiene la espuma de las olas a los pies de los acantilados marítimos?... Y tras la capa de nitrógeno, otra capa más alta, otro mar de helio puro, como el del sol y las estrellas, helio que brilló hace millones de años, cuando nuestro planeta era estrella también de los cielos, no estrella más augusta, como hoy, de la viva luz del pensamiento... ¡Y tras el «helio» el «coronio» terrestre, y tras el «coronio» el «nebulio» de las propias nebulosas, matrices de los mundos, y tras el «nebulio» otra materia, que casi no sea materia, sino éter del grado más grosero, envolviendo va al par conjugado de la tierra y su satélite, cual la albúmina de huevo de dos yemas gigantesco... huevo del misterio cosmogenético, huevo de fecundidad!... ¡Huevo creador de nuestro pequeño Mundo!

multiplicidad de los focos virtuales en forma de otros tantos soles, en lugar del Sol único y efectivo, que sin la existencia de la atmósfera o con ella en absoluta calma se vería. En el caso más sencillo, y como tal en el más improbable, dadas las tan diferentes alturas de las capas y sus complicados movimientos, la interposición de la cresta de una ola ofrecería con su *prisma* un perfecto remedo del prisma refractor de nuestra figura, con sus dos ángulos muy agudos a derecha e izquierda, o sea hacia las dos depresiones laterales de la ola, y su ángulo muy obtuso constituído sensiblemente por la cresta de la ola misma. No hay para qué añadir que en tales condiciones las bandas de interferencia se tienen que producir.

Mas como a mayor o menor altura otra capa puede presentar distinto oleje, con las nuevas direcciones de los vientos en capas inferiores o superiores, nuevas líneas distintas de interferencia se tienen que presentar a su vez, sobreponiéndose ante nuestra vista a las antiguas, ora en un reticulado como el de que habla Duglass, ora con distintas intensidades, según las diferentes alturas y los varios desenfocados del ocular (1).

La formación de tan múltiples imágenes virtuales por refracción, pueden seriarse, pues, en tantos sistemas distintos como corrientes atmosféricas diferentes existan a la sazón, pero cada una de estas series equivale en realidad para la continuidad de las imágenes en nuestra retina a una imagen única, elíptica o alargada en sentido normal a la marcha de la corriente respectiva. Al par que pierde, por tanto, su forma circular la imagen del disco luminoso surge la correspondiente interferencia.

Nos hallamos ya con esto frente a una posible explicación del fenómeno de las sombras ondulantes de los eclipses, que es la que nos parece más lógica.

---

(1) Estas ondulaciones son demasiado tenues para apreciarlas a simple vista; ellas, sin embargo, son perceptibles así en muchas salidas y ocasos del Sol y producen, probablemente, también, el fenómeno del centelleo.

Un foco luminoso que se reduzca a un punto matemático en una atmósfera absolutamente homogénea y tranquila, no producirá interferencia. Otro foco, como el Sol de disco apreciable, aunque circular, tampoco lo producirá en iguales condiciones, porque aunque sus puntos emisores de luz son múltiples, aparecen compensados de dos en dos por ley de simetría, y compensadas también, por consiguiente, las respectivas interferencias que en rigor analítico se producirían.

Pero no acontece así en los eclipses. Desde el momento del primer contacto, en efecto, se rompe aquella simetría de contraposición entre los infinitos puntos luminosos, y sucesivos sistemas de estos puntos se van sistemáticamente eliminando con la interposición del obscuro disco de la Luna, mientras que sus simétricos respecto del centro del disco solar siguen brillando aún. Poco a poco el menguante solar toma una forma más alejada del primitivo disco, redondeado y todo luz, hasta que un instante antes del segundo contacto con el que se inaugura la totalidad, y otro instante después del tercer contacto, con el que la totalidad termina, dicho foco de luz vuelve a reducirse a un punto, haciendo imposible toda interferencia. Entre ambas posiciones-límite jamás ha habido un solo instante de perfecta regularidad en la forma del menguante luminoso solar, cuyos diversos puntos sólo ofrecen un eje de simetría.

Para expresarlo más claramente, diremos que mientras la distancia de separación de los dos puntos extremos o cuernos del disco solar ha ido creciendo hasta alcanzar la distancia de un diámetro, la anchura máxima o central de dicho menguante ha ido disminuyendo desde esta medida, equivalente a un diámetro solar, hasta cero. A uno y otro lado, pues, del sentido de avance de la pantalla lunar se han ido formando dos sistemas distintos de puntos luminosos, separados por la línea media de dicho avance. Estos dos sistemas simétricos de puntos luminosos, separados por una región creciente obscura, se hallan, a no dudarlo, en las condiciones teóricas reque-

ridas para que se muestren las franjas o bandas de interferencia. El caso es el mismo, en el sentido inverso, para las fases sucesivas de salida del eclipse.

En resumen: Si a un movimiento o *rielado* por cambio aparente de la regularidad de figura en el aspecto redondo del disco luminoso de Sol, corresponde un orden de fenómenos de interferencia, al cambio de figura del foco solar, por el avance de la negra pantalla lunar en los eclipses, corresponde en el océano atmosférico subyacente otro sistema de más notables y calificadas interferencias, a las que denominaremos «sombras ondulantes» durante tan raros como admirables fenómenos astro-físicos que tantas revelaciones científicas nos han suministrado y tantos misteriosos problemas dejan por esclarecer, entre ellos los relativos a ese mar o sistema de mares sobrepuestos en cuyo fondo nos movemos, a guisa de tristes reptiles llenos de orgullo, si que también de humillantes dolores, pero que, cual el Micrómegas de Voltaire, es capaz de sondar los cielos con su inteligencia y, lo que es más, colmar sus insondables abismos con sus anhelos divinos.

M. Rosa de Luna.

Poema Raro de Amor

Escucha el cuento, lector,
de este placer, de esta quimera y de estas melancolías,
de este gozar sufriendo durante largos días
por el alma encendida en tristeza de amor.

I

Neófita

(Preludio)

Nunca, suave princesa de un delicado abril,
así llegues a mi alma con tu cuita de amor,
temblando el gran misterio entre tu labio en flor,
como lirio pagano de sellado pensil...

Nunca, tierna princesa de místico perfil...
(es porcelana frágil el rosado rubor...)
En ciencias de Afrodita soy un fino doctor,
y un siglo he descifrado la fórmula sutil...

...Pero quieres que te ame con mi amor centenario,
y que largos resbalen mis besos musicales
por la onda fragante de tu fiel cabellera...

¡Y bien! toque mi alma su loco campanario,
y la dulce princesa de candores astrales
encante al viejo fauno que mugiendo la espera!

II

Serenidad

(Delirio)

Yo fuí el antiguo guerro
que en la Quimera estrelló:
la espada saltó rota,
pero queda, como estrella de honores, el blasón.

En la calma, y ya sin tizona,
encuentra, el luchador, su bien:
así te quiero, sentada,
y yo cantando suave hierofante a tus pies.

Eres la antigua Quimera,
eres la Esfinge-Deidad,
la sumersión hierática del alma profunda,
en un lago de infinito del que naces como Venus sobre el mar

Yo he navegado en todos los mares de los tiempos
buscando la sirena fatal y celestial que dé término al vivir:
interrogué el secreto de los muertos a la Tierra,
interrogué en el giro de los astros, al confin.

Y... nada, siempre nada...
Pero has llegado de otros mundos, mi bien;
de otros tiempos y de otros soles blancos, como lunas;
ahora puedo, a tus plantas, dejarme fenecer.

No podías ser del planeta que habitamos,
besado por el fuego de este sol:
eres del país en donde el día es una noche de luna,
y la noche un inmenso celaje de pálido claror.

Tú eres mi locura,
la esfinge bella que en la tierra no podía alentar:
yo te he traído desde el fondo de un delirio que besó los astros;
bésame con tu beso de olvido y de piedad.

Tú, que no eres de la tierra,
quítame a sus garras con tu imán azul;
ya que es tuya el alma toda,
tú sé mía, sola y siempre tú.

Cómo te quiero así, serena imagen resumen de mis cantos,
escultura hecha de sueños en fantástico taller,
y fantasma de una niebla luminosa
que flota sobre el mundo que en las visiones es.

¡Cómo te quiero así! yo te he traído
de los más antiguos tiempos y los siglos que vendrán:
miles de auroras que se esperan se han refundido en tu boca,
y millones de misterios azulean en tus ojos su recóndita verdad.

Tú eres la sirena que del soplo
cósmico de los ensueños milenarios se ha forjado para mí;
tú eres el hada que me lleva a la muerte que presiento:
bésame con tu beso de olvido y de piedad hasta morir.

Si tú acaso no eres nada, seré un loco
que abrazado a su locura se aduerma en el ataúd;
pero si eres tú la maga que a los siglos embelesa con su encanto,
me darás sobre los tiempos el prestigio inapreciable de tu luz!

III

Delirio

(Realidad)

I

Para siempre conservan mis amorosos labios
el amargo sabor de los besos
inmensos, como besos de mar,
hondos y misteriosos de tu boca!

Y el salvaje latido de mi pecho
guarda la intermitencia de tu fiel corazón;
y mis pupilas, que arden a las viejas memorias,
sueñan con la quemante quimera de tus ojos!

II

¡Oh, los arrimos de tu cuerpo amado,
ardiendo a llamaradas en las blancas hogueras
de tus formas!
¡Oh, aquellas renunciaciones vanas
al dominante amor de esos amores!

¡Y esas manos, y esas húmedas pupilas!
¡Esos párpados, señora,
que cerraban los cielos y que abrían los mundos!...

¡Y esos abatimientos de sentirte tan mía,
y de no amarme con el alma pura,
con el alma sola!
. . . . . .
Y, sin embargo, el sacrificio entero
nunca fué en el altar... ¡Dios no quería!
Nuestro amor fué tan raro, señora, que por siempre
ha dejado el zarpazo en mi entraña!

III

Pero no te perdono, reina, señora mía,
que las mieles tropicales que endulzan las curvaturas
de tus senos bien desnudos, de tus senos bien marmóreos,
fueran siempre vedadas a la sed de mis labios!

¡Sí; yo no te perdono que el hueco de mi mano
nunca se haya sentido pleno; pero bien pleno!
rebosante de las curvas desnudas
de tus dos senos níveos!

IV

¡Quién sabe si en la albura sonrosada
de tu carne impoluta no latía
el ritmo que persigo en el silencio profundo de mis noches!

(Yo sé que cuando alzabas los dos brazos desnudos
en el aire flotaba la armonía latente
de todos los idilios dormidos en las horas!)

¡Quién sabe si en la axila ensombrecida
me esperaba el Misterio que la Esfinge
no quiso nunca descubrir!
—(Señora:
sólo por descifrarlo mi vida se prolonga
como una vibración de violines!)

Quizás entre los senos inviolados
esplendía el secreto de la belleza pura
blanco y sagrado resplandor.
—(Señora:
por él es abolido el triunfante vigor de mi sangre!)

¡Y tal vez, y tal vez aquel enorme
beso de todo el cuerpo!...

...Tal vez la entera desnudez, señora,
rítmica, sola y única y ardiendo de belleza,
infundiera a este Numen que te canta
el compás de gloriosa resonancia!

...Sí; yo no te perdono, reina, señora mía,
que esos brazos, que la albura sonrosada de esas carnes,
que la axila, que los senos...

IV

Lo que queda

(Epílogo)

Yo sé que por las tardes, cuando el día desmaya
y el horizonte es roja, sanguinolenta raya,
en tanto me adormece sutil melancolía
que trashuma a mi espíritu la agonía del día,

viene un ser misterioso de extraordinaria laya,
de deslizado paso, de vaporosa saya,
que mi languidez mece con ritmo de elegía,
alevoso en intento y esmerado en porfía.

Tal vez surge del suelo, tal vez de arriba viene.
A veces no es nada, pero a veces es todo...

Yo sólo sé que en mí sus dos ojos detiene.
En mi alma destila de irresistible modo
melancólico jugo, y se pierde en la sombra...

Y una voz entreabre los aires, y me nombra...

CARLOS B. QUIROGA.

El realismo hindú y la Yoga

El objeto de la filosofía, según los antiguos maestros de la India, no es en sí la mera solución de un problema ni el solo juego de la gimnasia intelectual, sin más resultado que aguzar cuando no pervertir las facultades racionales. Por el contrario, el objeto de la filosofía es ayudar a los desgraciados a explicarse la verdad que se les presenta, para que comprendiéndola la realicen, y realizándola se liberen y acaben con sus penas y dolores. La filosofía es de lo más práctico, en tanto que medio de alcanzar un fin, el fin más alto que podamos concebir. Porque este fin, en el camino donde la filosofía representa un paso, es la liberación verdadera, la independencia absoluta. La filosofía es el paso medio hacia ese fin.

Este paso segundo o medio del hindo: adquirir verdades filosóficas, es comparable al paso de Euclides, llamado demostración, respecto a las verdades geométricas.

El paso tercero y final es la realización por experiencia directa. Llámase técnicamente Samadhi, y más generalmente Yoga. En este tercer paso el hombre adquiere y se apropia la verdad. El primero, la da como cosa de fe; el segundo la vuelve convicción racional, pero sólo el tercero da la verdad por experiencia. Ni saber de oídas, o, mejor dicho, informarse sobre la verdad, ni convicción puramente intelectual y deductiva, pueden liberarnos y acabar con nuestros pesares. Tales informes y deducciones sólo son ciencia en sentido secundario, es decir, indirecto y teórico, y ciencia teórica no basta para remediar cosa tan presente y efectiva como el dolor humano. El único remedio radical, el único camino de la libera-

ción, es la realización por experiencia directa, y, repetímoslo, es esta realización lo que el tercer paso, la Yoga, asegura. Mas con la Yoga traspasamos los límites de la filosofía propia, que desde el punto de vista hindo sólo es demostración por raciocinio de proposiciones que enuncian verdades transcendentales o metafísicas.

La cabal experiencia de lo que significa Yoga, y cómo conduce a la experiencia directa de verdades metafísicas, necesitará un estudio aparte. Aquí sólo bosquejaremos algunos de los más importantes principios.

Sabemos que tomamos conocimiento de las cosas dirigiendo a ellas la mente, esto es, prestándoles atención. A mayor atención, mayor conocimiento. Si, al contrario, apartamos completamente de una cosa el pensamiento y atención, dejaremos de advertirla, por más que la tengamos a la vista.

Todos sabemos que esto es cierto tratándose de asuntos físicos; acaso no aparezca tan obvio tratándose de cosas mentales, y, sin embargo, todos sabemos que concentrando la mente en un problema o dificultad, como en algo físico, solemos resolverlo en un segundo. Los inventores tal vez puedan atestiguar que es posible adquirir saber por concentración mental.

Experiencias de esta clase indicarían que si pudiéramos perfectamente concentrar el pensamiento en algo, acaso podríamos saber cuanto a ese algo atañe. Yo digo que acaso podríamos. Los Hindos sostienen que ciertamente por ese medio podemos averiguarlo todo. Pues al cabo, la mente es el instrumento directo e inmediato de cualquier experiencia o conocimiento. Los sentidos sólo la asisten en sus operaciones; tal asistencia es indispensable mientras que la mente no ha aprendido a trabajar por cuenta propia. Pero cuando ya sabe hacerlo, es capaz de alcanzar ciencia y experiencia de las cosas, sin ayuda de los sentidos.

La gran mayoría de los occidentales no admitirán estas posibilidades de la mente humana, si bien hasta los sabios empiezan ya a considerar y estudiar fenómenos

como el hipnotismo, ya aceptado como un hecho, y la telepatía, que más de alguno da por cierta. A juicio de los hindos, estos fenómenos son muy elementales y apenas indicios de las capacidades de la mente. Con mayor estudio en ese sentido, dicen los hindos, acaso el Occidente cambie de parecer, y vea que no sólo en contados casos anormales y en estrechos límites puede la mente alcanzar experiencias y conocimiento sin intervención de los sentidos, sino habitualmente y en todo. Pero antes de que la mente llegue a esto, uno debe aprender perfectamente a concentrarla.

Sea cual fuere la opinión de Occidente, todo el Oriente donde el pensamiento hindo, budismo incluso, ha influído, opina de igual manera. Los hindos y los budistas, que desde épocas primitivas se han dedicado a cultivar la concentración de la mente, afirman que la perfección absoluta es asequible, y que sólo por este medio se logran el conocimiento y la realización por experiencia directa.

Esta potencia de concentración, que perfeccionada faculta al hombre para la realización por experiencia directa, es lo que se llama Yoga o Samahdi. Cuando la concentración es perfecta, dicen, la mente adquiere quietud absoluta, como una llama en un lugar donde no pasa el menor soplo de viento. Esto de la llama es sugestivo. Implica que la mente, cuando concentrada y quieta, no está embotada y soñolienta, sino animada y vívidamente penetrante, pero sin la más leve fluctuación. Es una combinación de vivacidad y de sosiego, no la inercia y el embotamiento de la piedra.

Siendo combinación de estos dos aspectos, en apariencia contradictorios, claro está que no se alcanza la concentración apetecida con pereza o nada que entorpezca.

Sólo puede llevarse a cabo combinando en la vida y el carácter los dos requisitos que pueden aguzar las facultades mentales y apaciguar el corazón. Claro está, igualmente, que sólo por el ejercicio podemos aguzar

y desarrollar el entendimiento, y sólo podemos ejercitarlo despertándolo con algo que exija pensamiento: cavilando en algún problema, es decir, tratando de reflexionar.

Pero esto, que conduce a la reflexión y al desarrollo de facultades mentales, generalmente comporta algún motivo o interés personal, que bien puede hallarse en contra de los intereses ajenos: un motivo egoísta: (Shanhara en sánscrito). Mientras el interés personal nos mueva, no podemos alcanzar la calma y la inmovilidad que deben combinarse con la perspicacia. En estas condiciones, la perspicacia se desarrollará, pero al mismo tiempo la mente se inquietará, porque en tal camino el hombre estará pensando y sintiendo siempre: ¡Oh! esto es mío; deseo esto otro; quizás alguno me lo quite; habré de disputarlo; estos pensamientos y estas ideas sublevan pasiones en el corazón, y cuando las pasiones soplan, la paz es imposible.

Para conseguir, pues, absoluta calma y vivacidad de pensamiento, tenemos que tratar de desarrollar la perspicacia y las facultades mentales, pero con un motivo enteramente impersonal y desinteresado, lo que sólo se logra cumpliendo fiel y cuidadosamente los verdaderos deberes, sin pensar nunca en las ventajas que puedan resultar de tal cumplimiento, sin que el pensamiento y el cuidado del deber nos acosen de suerte que nunca podamos borrarlo de la mente, y siempre nos persiga, aun cuando la tarea cotidiana esté concluída y queramos pensar en otra cosa. Este modo de cumplir con los verdaderos deberes ejercitará y desarrollará las facultades, y al mismo tiempo la mente se aguzará, que es uno de los requisitos de la concentración; y gradualmente expugnando del corazón nociones y sentimientos de personal interés, de *yo, mí, mío,* en contra de *tú, ti, tuyo, él, su, suyo,* las causas de inquietud se eliminarán. Y cuando toda causa de disturbio desaparece, el corazón queda libre de pasiones, y por ende lleno de sosiego, que es el segundo requisito de la concentración.

J. C. CHATTERJI

El mundo de los cinco sentidos [1]

Diderot dice: «Hallaba que, de todos los sentidos, el de la vista era el más superficial; el oído, el más orgulloso; el olfato, el más voluptuoso; el gusto, el más supersticioso e inconstante; el tacto, el más profundo y filósofo».

Los poetas nos han enseñado que la noche está llena de maravillas; pero la noche de la ceguera tiene sus maravillas también. Sólo la noche de la ignorancia y de la insensibilidad carece de luz. Los ciegos y los videntes difieren unos de otros, no por los sentidos, sino por el uso que de ellos hacen, por la imaginación y el ánimo con que buscan en la esfera ultrasensorial los medios de afrontar las contingencias de la vida.

Es más difícil enseñar a la ignorancia a pensar que hacer ver a un ciego inteligente la grandeza del Niágara. Me he paseado con gentes cuyos ojos están llenos de luz, pero que no ven nada de la selva, del mar, del cielo, nada en las vistas de la ciudad o en los libros. La vista así comprendida me parece una mascarada insensata. ¿No vale más estar sumido para siempre en la noche de la ceguera, acompañado de sus facultades intelectuales y dotado de sentimiento, de alma, antes que contentarse con el simple hecho de ver? Tienen el cielo matutino, el sol poniente, la púrpura de las cumbres lejanas, y, sin embargo, atraviesan ese mundo de encantamiento, la mirada fija, estéril.

La calamidad del ciego es muy grande ¿quién lo niega?, pero no nos quita nuestra parte de las cosas que son

(1) Este es un capítulo del nuevo libro *El mundo en que habito*, de Helena Keller, la notable norteamericana ciega y sordo-muda desde la edad de un año y medio.

más de apreciar: utilidad, amistad, espíritu, imaginación, cordura. Es nuestra voluntad personal, íntima, la que dirige nuestro destino. Somos capaces de querer ser buenos, de amar y de ser amados, de pensar hasta el fin que podremos ser mejores. Poseemos estas fuerzas, nacidas del espíritu, con igual título que todos los hijos de Dios. Nosotros también vemos los relámpagos y oímos los truenos del Sinaí. Nosotros también atravesaremos el desierto e iremos a la tierra de Promisión y poseeremos los tesoros del alma, la permanencia invisible de la vida y de la naturaleza.

Un ciego, teniendo carácter, voluntad, afronta resueltamente lo desconocido y lucha por penetrarlo. Los que ven, ¿qué más hacen? El ciego tiene imaginación, simpatía, compasión por los sufrimientos de los demás; y estas cualidades arraigadas le obligan, por una especie de procuración, a tomar su parte de un sentido que le falta. Cuando encuentra términos que se aplican al color, a la luz, a la fisonomía, adivina, conjetura, se esfuerza, mediante analogías sacadas de los sentidos que posee, por darse cuenta de su significación. Tengo una tendencia natural a pensar, a razonar, a sacar deducciones, como si tuviese cinco sentidos en vez de tres. Esta tendencia es involuntaria en mí, habitual, instintiva. No puedo obligar mi intelecto a decir *siento,* en lugar de *veo* u *oigo.* Además, en rigor, la palabra *sentir* (apreciar con el tacto) es tan convencional como *ver* y *oir,* cuando se trata de hallar vocablos para describir con precisión las cosas exteriores, que interesan mis tres sentidos corporales. Cuando un hombre pierde una pierna, su cerebro sigue induciéndolo a servirse de un miembro que ya no tiene, pero cuya sensación persiste. ¿Sería posible que el cerebro esté organizado de manera que continúe la actividad animadora de la vista y del oído, aun después de la pérdida de estos sentidos?

Se podría creer que los cinco sentidos no trabajasen juntos inteligentemente más que cuando residen en un mismo cuerpo. Sin embargo, cuando a dos o tres de nues-

tros sentidos se les deja sin socorro, se extienden hacia fuera y buscan sus complementos en otro cuerpo. Cuando mi mano está cansada de haber tocado mucho, encuentro reposo en la vista de otro. Cuando mi espíritu se mueve con lentitud, cansado de sus investigaciones por conocer substancias aisladas, obscuras, sin color ni armonía, vuelve a hallar su elasticidad en cuanto recurre a otro espíritu que dispone de luz, de armonía, de color. Por tanto, si los cinco sentidos se resisten a ser desunidos, la vida de los ciegos-sordos no puede ser distinta de la de los videntes que oyen.

Para el ciego-sordo, el mundo de la vista y del oído se hace un objeto que interesa su destino mismo. Se apodera de cada palabra que se refiere a la vista y al oído, porque sus sensaciones le impelen a ello. Estudia sin temor la luz y el color, de los que no tiene ninguna prueba táctil, creyendo que toda verdad accesible a los humanos le está abierta. Se halla en una situación semejante a la de un astrónomo que constantemente, pacientemente, noche tras noche, años y años, observa un astro y se siente recompensado si descubre un solo hecho que le concierne.

La gran masa de los conocimientos humanos es una construcción imaginaria. La historia no es sino una manera imaginativa de hacernos ver civilizaciones que no existen ya. Algunos de los descubrimientos más importantes de la ciencia moderna deben su origen a la imaginación de hombres que no tenían ni conocimientos exactos, ni instrumentos exactos para demostrar sus creencias. Si la astronomía no se hubiese siempre adelantado al telescopio, nadie hubiera encontrado que el telescopio valía la pena de ser hecho. ¿Cuál es el invento que no haya existido en el espíritu del inventor mucho tiempo antes de que le haya dado una forma tangible? Un ejemplo aun más hermoso del conocimiento imaginativo es la unidad de concepción con que los filósofos se lanzan al estudio del mundo. No pueden nunca, sin embargo, percibirle en su entera realidad.

Pero su imaginación, dotada de magnífica indulgencia con el error y de facultad para tratar la incertidumbre como cosa sin valor, ha señalado el camino de los conocimientos esperimentales. En sus más hermosos momentos de genio creador, el gran poeta, el gran músico, dejan de emplear los groseros medios de la vista, del oído. Rompen sus amarras sensoriales para elevarse sobre las poderosas alas del espíritu, muy por encima de nuestras montañas cubiertas de neblina, de nuestros sombríos valles, hasta en las regiones etéreas de la claridad, de la armonía, de la inteligencia. ¿Qué mirada ha contemplado los esplendores de la Nueva Jerusalém? ¿Qué oído ha percibido la música de las esferas, la marcha del tiempo, los golpes del azar o los de la muerte? Los hombres no han oído en sus oídos físicos el canto de las voces angélicas por entre los montes de Judea, ni gozado de la celeste visión; pero a través de las edades, millones y millones han escuchado el mensaje divino.

Nuestra ceguera no cambia en nada el curso de las realidades interiores.

Lo mismo ciegos que videntes, es a través de la imaginación como penetran hasta el mundo más maravilloso. Si quieres ser algo que no eres, algo grande, noble, bueno, cierra los ojos, y durante un breve instante de ensueño eres verdaderamente lo que deseas ser.

ELENA KELLER

Alfredo Russell Wallace

Con la muerte de Alfred Russel Wallace se extingue uno de los espíritus que más iluminaron el siglo XIX. Ha muerto a la edad patriarcal de noventa años. No cesó de trabajar nunca. La muerte le ha recogido en plena actividad y en plena juventud de la mente. Hace pocos meses publicaba un libro titulado «Medio ambiente social y progreso moral», y hace pocas semanas aparecía su último libro, por su frescura digno de un espíritu de veinte años, «La revuelta de la democracia».

El nombre de Russel Wallace va principalmente asociado al problema del origen de las especies. En 1858 se encontraba el glorioso naturalista en las Molucas, enfermo de fiebre intermitente. Hallándose en cama, e inspirado por el libro de Malthus sobre la población, cruzó por su cerebro «como un relámpago» el principio de la selección natural, la idea de la supervivencia de los más aptos. En tres días desarrolló esta idea por escrito y le envió a Darwin las cuartillas, con el título de «Sobre la tendencia de las variedades a apartarse indefinidamente del tipo original». Darwin leyó estas cuartillas con explicable sobresalto. La idea de Wallace era su propia idea. Hacía varios años que Darwin había concebido y puesto en borrador esta teoría de la selección natural. Dos o tres amigos, a quienes se la dió a conocer, le instaron a publicarla, ante el temor de que algún otro se le adelantase. Y, en efecto, Russel Wallace se anticipó, o mejor dicho, coincidió con Darwin. Para poner las cosas en su punto, Darwin envió a la Sociedad Linneana un extracto de su borrador y el trabajo de Wallace. Desde entonces, se les ha aceptado en todo el mundo como los codescubridores

del principio de la selección natural, y, lejos de haber dado origen la coincidencia a una de esas mezquinas luchas por la prioridad, tan frecuentes en la historia del pensamiento, fué, al contrario, motivo de firme y continua amistad entre ambos naturalistas.

Como toda gran idea, la teoría de la lucha por la existencia tiene dos aspectos que conducen a conclusiones diametralmente opuestas. Para unos, la lucha por la existencia significa la lucha de unos seres contra otros. De ahí todas las consecuencias que se han hecho de ese principio aplicado a las comunidades humanas: toda lucha es legítima, los débiles deben perecer, los fuertes sonlo por ley natural y no por injusticias históricas, etc. De este modo, el origen de las especies se convertía en el fundamento científico de toda doctrina conservadora; esto es, de toda doctrina que aspira a perpetrar los privilegios sociales. Pero para otros, y este era el verdadero pensamiento de Darwin y Wallace, la lucha por la existencia significaba el combate de los seres vivos—animados por el principio de la ayuda mutua, según complementa Kropotkin—contra el medio ambiente, y no esencialmente de unas especies contra otras. Y luchar con el medio ambiente no sólo quiere decir adaptarse a él, sino también transformarle, hacerle más favorable a las necesidades latentes de los individuos. En el orden social, esto representa una adaptación y una continua modificación del sistema jurídico-económico que regula la vida de los seres humanos.

La prueba de que Wallace entendía de este segundo modo su doctrina nos la dan sus ideas sociales, expresadas en numerosos libros, y especialmente en los ya mencionados. Wallace era socialista. En 1882 publicó un libro en defensa de la nacionalización de la tierra, y actualmente presidía la Sociedad para la Nacionalización de la Tierra. Su interés estuvo siempre atento a la opresión de la clase obrera, y combatió hasta el último momento, como se ha visto, por la mejora de su suerte. Pocos hombres de su jerarquía intelectual han tenido el valor de

identificarse como él, a plena luz y sin reservas, con la causa de los oprimidos, de los menos aptos para el medro personal, y este hecho hará reflexionar a los que pretenden falsificar el darwinismo en fundamento de tantas iniquidades sociales.

El espíritu de Wallace poseía, además, un sesgo religioso que influyó sobre sus investigaciones científicas. Su actitud se distinguía de la de Darwin en el problema de las especies, en que Wallace sostenía, paralelamente a la selección natural, la existencia de otras fuerzas que han moldeado el desarrollo de las razas humanas. Creía en una fuerza creadora, en un cerebro director y en una finalidad. Estos eran los elementos de su teología, inconciliable, por otra parte, con toda religión positiva. Este interés religioso le indujo en más de una ocasión a sostener errores manifiestos, como el de que el sistema planetario ocupa el centro del universo.

Wallace era un autodidáctico. No tuvo ninguna educación académica, lo mismo que Darwin. Quizás residía en esto su originalidad. Representaba el tipo pensador inglés, independiente, no coartado en la elaboración de sus ideas por ese misoneísmo que suele respirarse en la atmósfera universitaria. Era lo opuesto, como lo han sido siempre sus antecesores ingleses, de un hombre de ciencia alemán, insuperable en la paciente tarea de ordenar, clasificar, desarrollar lo que otros han pensado; pero temeroso de emitir o adoptar rápidamente una idea revolucionaria que niegue los formidables intereses científicos creados. Da miedo pensar lo que hubiera sido de muchos alemanes geniales si, en vez de haber llevado una vida de libre creación científica, les hubieran admitido en una Universidad. La crítica filosófica sería hoy más pobre, y «El capital» no se hubiera escrito si Schopenahuer y Carlos Marx hubiesen tenido la desgracia de ser nombrados profesores, como querían.

La muerte de Wallace, uno de los picos más altos de la ciencia, coincide irónicamente con las alocadas afirmaciones que vienen haciendo gentes irresponsables

sobre el estado actual de la ciencia inglesa. Se pretende que esta ciencia se halla exhausta, cuando la mayoría de las ideas que han dominado en el siglo XIX y que aún nos dominan han nacido en Inglaterra. Es probable que también se estén elaborando en Inglaterra a la hora presente las ideas destinadas a determinar el progreso científico y moral del mundo. Lo que ocurre es que los aficionados sólo se enteran con un siglo o dos de retraso, y entonces se apodera de ellos la fiebre de los descubridores. La muerte de Wallace, el sabio modesto y silencioso, hace pensar en el número de obreros científicos que habrá en Inglaterra obsesionados por gérmenes de ideas geniales, de ideas llamadas a continuar la gloriosa e incesante tradición cultural de este fecundo pueblo.

LUIS ARAQUISTAIN.

Londres, Noviembre 1913

La moda de mañana en pintura

Cual si no tuviéramos bastante con el cubismo, inventado hace pocos años por el español Pablo Picasso, un norteamericano nos trae ahora una nueva invención pictórica. Y como este norteamericano es un gran artista, y como la invención es extraordinaria, no transcurrirán muchos meses sin que los jóvenes melenudos de la «Closerie des Lilas» y las vírgenes rubias del cortejo de Valentina, de Saint-Point, abandonen sus métodos ya usados en el combate épico de dos o tres Exposiciones, para adoptar las flamantes teorías transatlánticas.

La estética de Dannat—aquel delicioso Dannat que antaño pintó jaleadoras, sevillanas y bailadoras granadinas—se resume en pocas líneas, por ahora.

«Todo ser humano—dice su comentador Arsène Alexandre—puede tener sueños y hasta bellos sueños. Sólo los artistas poseen el don de hacerlos visibles. Los grandes de veras son los que, con elementos que el más humilde pasante, lo mismo que el más refinado aficionado, pueden apreciar, lograr crear obras bellas.»

Esto es todo, por ahora. Pero ya vendrán los metafísicos, ya vendrán los Charles Morice, ya vendrán Guillaume Apollinaire, ya vendrán los Camille Mauclair, ya vendrán los extractores de quintaesencias, ya vendrán los cortadores de cabellos, ya vendrá la Academia libre de las sutiles disciplinas, y entonces las ocho líneas de la estética nueva se convertirán en ochocientos volúmenes.

¡Figuraos, en efecto, lo que un glosador sutil puede sacar de esta doctrina pictórica! Porque lo nuevo es aplicar a un arte enteramente plástico un principio puramente psíquico.

«Los paisajes—decía el soporífero Amiel—son estados de alma.»

El innovador «yankee» dice:

«Los estados de alma son paisajes.»

Con sus sensaciones interiores, con sus sueños, con sus recuerdos, con sus visiones, ha hecho un centenar de lienzos que van a exponerse dentro de poco tiempo en una galería parisiense.

¡Pintor de sueños! Creo que fué Ricardo Marín quien me contó la patética historia de un amigo suyo que se murió de tristeza por no poder pintar un suspiro.

«El arte—decía aquel hombre insaciable—debe expresar todos los movimientos de la pasión. El beso es un gesto, y lo pintamos. ¿Por qué no hemos de pintar también el suspiro, que es asimismo un gesto? Yo no descansaré hasta lograr la realización de mi empeño.»

Aquel hombre era un pobre artista sin fama, y no vivía en París, sino en un pueblo de Cataluña. Por eso la gente le llamaba el loco. En el Barrio Latino la locura ya no existe. Cuando alguno tiene ganas de decir que el cubismo es cosa de locos, las miradas desdeñosas de los iniciados le tapan la boca. Es preciso ser un burgués empedernido para preferir un lienzo de Zuloaga a una tabla de Picasso. Y como todos tenemos un miedo terrible a parecer burgueses, nos reímos del retrato de las primas del maestro de Eibar, para admirar «L'usine d'horta de Ebro», del inventor del cubismo.

Con los «sueñistas» nos pasará lo mismo.

Los únicos documentos que sirvieron a Dannat para ejecutar sus paisajes—dice Arsène Alexandre—los encontró en su cerebro. La vida de los árboles, la lógica de los juegos de la atmósfera, todo ha sido inventado, soñado, por el artista.

De lo que se trata, pues, para estar a la moda de ma-

ñana, es de pintar sueños. El modelo vivo, que desde hace algún tiempo parecía algo desacreditado, desaparece ahora por completo.

«Es necesario ser un burgués para copiar las líneas del cuerpo—decíame Sonza Briano el año pasado.—El modelo puede servir de indicación vaga y ser algo así como un diccionario para un poeta. Pero las líneas las llevamos en la memoria.»

Dannat ha suprimido la palabra «memoria» y la ha reemplazado por «sueño». Así, el que más estupendos sueños tenga, será el mejor artista. ¡Si Edgard Poé viviera aún!...

E. Gómez Carrillo

La fórmula arcáica de la oración

Al caer la tarde de cierto día en que el Buda caminaba, llegó a la puerta de un campesino honrado que hacía su oración vespertina. Vióle dirigirse reverentemente y uno tras otro en sentido de los seis puntos cardinales, y mirar al Norte, al Sur, al Este, al Oeste, al Cenit y al Nadir, y hubo de preguntarle:

—Dí, buen anciano, ¿por qué así diriges tu oración?

—No lo sé—respondió—pero con ello cumplo lo que enseñó a mi padre el padre de su padre, diciéndole cómo había de encontrar al Señor, y así yo lo practico para proteger a mi familia de influencias malignas.

El Maestro repuso:

—Bienaventurado tú, que así sigues las huellas de los santos antepasados; pero conviene que sepas el alcance de toda una ceremonia sagrada que sólo por rutina realizas. Has de saber, anciano, que cuando te diriges al Norte debes pensar con amor en tus Instructores invisibles, que son tu Norte y tu luz; cuando te vuelvas hacia el Sur, has de pensar amante en los que deben recibir a su vez las enseñanzas tuyas. Siempre que mires al Este, pensarás en tus progenitores, cuyos favores no pagarías llevándolos cien años sobre tus hombros. Cuando te dirijas al Oeste, recordarás también que tienes tras de ti a cientos de generaciones que te deberán el ser. Mirando hacia el Cenit hallarás los decretos de tus deberes religiosos, y cuando te dirijas con la vista hacia abajo verás cuán grande es la carga de tus pecados en el pasado. Mas no deberás terminar tu oración sin antes

reconcentrarte en ti mismo y en el abismo de tu corazón, donde hallarás revelado el misterio del SIETE que es el Uno...

Atónito el anciano no se atrevió a alzar la vista, pero exclamó:

Bienaventurado tú, que así me enseñas el misterio de las cosas. El ser que así habla a un corazón no es ya un ser humano: Tú eres el Buda, el Maestro bendito...

*. *. *.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

Director: Dr. CATALANO

EL ALMA (1)

Denominamos Dios, lo impalpable, lo invisible, lo inmaterial, a aquel que da la vida a todo y que existe. Denominamos alma al mismo elemento impalpable, invisible e inmaterial, separado, por el cuerpo, de todo el resto y que la reconocemos como a nosotros mismos.

I.—¿Qué es el alma?

1.—Si el hombre vive largo tiempo, pasa por múltiples transformaciones: es niño, luego adolescente, adulto, viejo. Pero, a pesar de esos cambios, dice siempre «yo» hablando de sí mismo. Y ese «yo» ha sido siempre el mismo: en el niño, en el adulto, en el viejo. Es ese «yo» inmutable, al cual llamamos almo.

2.—Si piensa el hombre que todo lo que le rodea, todo el universo infinito, es tal como lo ve, bien se equivoca. El hombre conoce todo lo que es material únicamente porque tiene cierta vista, oído, tacto. Si esos sentidos fueran otros, el mundo entero sería distinto. De suerte que no sabemos ni podemos saber cuál es exactamente el mundo material en donde vivimos. Lo que conocemos segura y enteramente, es nuestra alma.

---

(1) De «El pensamiento de la Humanidad», por León Tolstoy. Trad. especialmente para *La Cruz del Sur* por M. Catalano.

II.—El "yo" espiritual

1.—Cuando hablamos de nuestro «yo», no oímos a nuestro cuerpo, pero sí a lo que le hace vivir. ¿Qué es el «yo»? No sabemos definirlo con palabras, pero lo conocemos mejor que todo lo que nosotros sabemos. Pues sabemos que si no tuviéramos ese «yo» no seríamos nada, no tendríamos nada en el mundo y nosotros mismos no habríamos existido.

2.—Cuando reflexiono me es más difícil comprender lo que es mi cuerpo que lo que es mi alma. El cuerpo tiene a bien estarnos próximo y aun así nos es siempre extraño; sólo el alma está en *sí misma.*

3.—Si el hombre no siente el alma en sí, eso no prueba que carece de alma, pero eso nos prueba únicamente que todavía él no ha aprendido a conocerla.

4.—Hasta tanto no comprendamos lo que hay en nosotros ¿qué interés habrá en saber lo que está fuera de nosotros? ¿Puede comprenderse el mundo antes de conocerse a sí mismo? ¿Aquel que es ciego en su casa, puede ver en casa de los otros?

SKOVORODA.

5.—De la misma manera que la bujía no arde sin fuego, así también el hombre no puede vivir sin fuerza espiritual. El espíritu vive en los hombres, pero no todos los hombres lo saben.

La vida de aquellos que lo saben es dichosa y la vida de aquellos que lo ignoran es desgraciada.

Sabiduría brahmana.

III.—El alma y el mundo material

1.—Hemos medido la tierra, el sol, las estrellas, las profundidades de los mares; descendemos a los antros de la tierra para buscar oro; hemos encontrado ríos y montañas en la luna, descubrimos nuevos astros y conocemos sus dimensiones; nivelamos precipicios, construí-

mos máquinas complicadas; cada día nos sorprende con nuevas y aun más nuevas invenciones. ¿Qué es lo que ignoramos? ¡cuántas son las cosas que sabemos hacer! Unicamente hay algo, absolutamente esencial, que nos falta. Y no sabemos precisar lo que ello es. Nos parecemos a un niñito: siente que no está cómodo, pero no sabe por qué.

Somos desdichados porque sabemos muchas cosas inútiles e ignoramos lo esencial: lo que somos nosotros mismos. No conocemos lo que está en nosotros. Si supiéramos y nos acordáramos de lo que existe en nosotros, nuestra vida sería muy distinta.

Según Skovoroda.

2.—No podemos saber lo que es en realidad lo material del mundo. No podemos conocer perfectamente sino aquello que es espiritual en nosotros mismos, lo que está en nosotros mismos y aquello que no depende ni de nuestros sentimientos,ni de nuestros pensamientos.

3.—Los hombres creen a menudo que existen únicamente aquellas cosas que pueden tocar con sus manos. Bien al contrario: solamente existe lo que no se puede ver, ni oir, ni palpar, lo que llamamos nuestro «yo»—nuestra alma.

4.—Confucio decía: El cielo y la tierra son grandes, pero tienen un color, una forma, una dimensión. Sin embargo, en el hombre hay algo que piensa en todo y que no tiene ni color, ni forma, ni dimensión. De suerte que si todo el universo estuviera muerto, aquello que está en el hombre le habría dado la vida al mundo.

IV.—El aspeto espiritual y el aspecto carnal del hombre.

1.—Cada uno de nosotros es un hombre absolutamente distinto de los otros: un hombre, una mujer, un viejo, un joven, una niña; y en cada uno de nosotros,

como en todo, reside el mismo ser espiritual. Somos, ya sea un Juan o una Natalia y al mismo tiempo un ser espiritual, que es el mismo en todos los hombres. Y cuando decimos: *Yo quiero,* eso indica, muchas veces, lo que desea Juan o Natalia, pero otras veces lo que quiere el ser espiritual, que es común a todos. Y nos sucede, a veces, que Juan o Natalia quieren algo, pero el ser espiritual no lo quiere, deseando algo completamente distinto.

2.—Decir que lo que llamamos nuestro yo no es más que nuestra carne; decir que mi razón, mi alma, mi amor, dependen de mi cuerpo, es pretender que nuestro cuerpo es el alimento del cual nuestra carne se alimenta.

Es cierto que mi cuerpo está compuesto de alimentos que él transforma, pero mi cuerpo no es alimento. Aquéllos le son indispensables para vivir, pero ellos no constituyen el cuerpo.

Es lo mismo para el alma. Es cierto que sin mi carne lo que llamaría alma no existiría; pero mi alma no es mi cuerpo. Este es necesario al alma, pero no es el alma.

Si el alma no existiera, no sabría lo que es mi cuerpo.

Los elementos de la vida no están en el cuerpo, pero sí en el alma.

3.—Cuando decimos: eso ha sucedido, eso sucederá o eso podrá suceder, hablamos de nuestra vida corporal. Pero, independiente de la vida corporal, que ha sido y que será, reconocemos en nosotros otra vida: la vida espiritual. Y esta vida no ha sido, ni será, pero siempre es. Es esta vida **la verdadera**. El hombre es feliz, cuando vive la vida espiritual y no la vida corporal.

4.—Cristo enseña a conocer al hombre que hay en él algo que lo coloca por encima de esta vida, de sus miserias, de sus temores y de sus deseos.

El hombre que ha comprendido la doctrina del Cristo se siente como un pájaro que, ignorando la presencia

de sus alas, hubiera comprendido bruscamente que podía volar, ser libre y no temer nada.

V.—La conciencia, voz del alma

1.—En cada hombre hay dos seres: el uno: ciego, material; el otro: viendo claramente, espiritual. El uno —el ser ciego—come, bebe, trabaja, descansa, se reproduce y hace todo como un reloj regulado. El otro—el ser espiritual—no hace, él mismo, nada, pero aprueba o desaprueba los actos del ser ciego y animal.

Se llama conciencia la parte iluminada, espiritual del hombre. Esta parte espiritual actúa del mismo modo que los brazos de un compás. Estos no cambian de lugar, hasta cuando aquel que tiene el compás no abandona la dirección que indican. Es lo mismo para la conciencia; se calla, hasta tanto el hombre haga lo que debe, pero desde que abandona la buena vida ella le señala dónde y hasta qué punto se ha equivocado.

2.—Cuando sabemos que un hombre ha hecho una mala acción, decimos: no tiene conciencia. ¿Qué es la conciencia? La conciencia es la voz del ser único y espiritual que reside en todos nosotros.

3.—La conciencia es la manifestación espiritual que vive en todos los hombres. Y es únicamente cuando ella se manifiesta que se transforma en segura diractora de la vida de los hombres. Pues a menudo los hombres toman por conciencia, no la manifestación del ser espiritual, pero sí simplemente lo que es considerado como bueno o malo por las personas que les rodean.

4.—La voz de la pasión puede ser más fuerte que la de la conciencia; pero es totalmente distinta de la voz calma y persuasiva de la conciencia. Esta es la vida de lo Eterno, de lo divino que vive en el hombre.

CHANNING.

5.—El filósofo Kant decía que dos eran las cosas que más le asombraban: las estrellas en el cielo y la ley del qien en el alma humana.

6.—La verdadera bondad está en ti mismo, en tu alma. Aquél que busca el bien fuera de sí mismo, hace como el pastor que busca en su rebaño al cordero que ha escondido en su pecho.

VIMANA HINDÚ

VI.—La divinidad del alma

1.—El hombre tiene en un principio el sentimiento de la separación de su esencia del resto de su substancia, es decir, de su carne; después, la conciencia de lo que está separado, es decir, de su alma; y finalmente, la conciencia de la cual esta base espiritual de la vida está separada: la conciencia del Todo, de Dios.

Es precisamente ese elemento, consciente de estar separado del Todo, de Dios, el único ser que vive en cada hombre.

2.—Reconocer que uno es un ser *distinto*, es reconocer la existencia de lo cual se está separado, reconocer la existencia del Todo, de Dios.

3.—«En verdad, en verdad os lo digo: aquel que escuche Mi palabra y que cree en Aquel que me ha enviado tiene vida eterna y no será condenado, mas pasó de la muerte a la vida.—En verdad, en verdad os lo digo, que vendrá hora y hora es para que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios; y aquellos que lo hubieren oído vivirán.—Pues así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dió al Hijo que tuviese vida en sí mismo.»

JUAN, V, 24-26-26.

4.—Una gota que cae en el mar, se hace mar. El alma que se comunique con Dios se hace Dios.

ANGELUS

5.—Cuando el hombre dice una verdad, eso no quiere decir que ella emana del hombre. Toda verdad procede de Dios. No hace más que pasar por el hombre. Si pasa más bien por uno que por otro, es únicamente porque ese hombre se ha sabido hacer suficientemente transparente, para que la verdad pueda pasar a través de él.

PASCAL

6.—Dios dice: Yo era un tesoro no conocido por nadie. Yo he querido ser conocido, y he creado al hombre.

MAHOMA.

7.—No se puede comprender a Dios con la razón. Si sabemos que existe, no es porque lo concebimos por la razón, pero sí porque lo sentimos en nosotros mismos.

El hombre, para ser verdaderamente un hombre, debe concebir la presencia de Dios en sí mismo.

Preguntar si Dios existe, sería preguntar si yo existo. Aquello por lo cual vivo es Dios.

8.—El cuerpo es el alimento del alma; es el almacén que sirve para construir la verdadera vida.

La alegría más grande que puede concebir el hombre es la alegría de reconocer en sí un ser libre, razonable, amante y por consiguiente dichoso de sentir a Dios en sí mismo.

9.—El alma es un vidrio; Dios es la luz que penetra a través de ese vidrio.

10.—No hay otra cosa que yo y Tú. Si no existiéramos los dos, no habría nada sobre la tierra.

ANGELUS.

11.—Al hombre siempre le parece oir una voz detrás de él, pero no puede dar vuelta su cabeza y ver al que le habla. Esta voz habla todas las lenguas, gobierna a todos los hombres, pero nadie ha visto al que habla. Desde que el hombre empieza a obedecer estrictamen-

te a esta voz y la recoge de manera a no separarla de sí mismo en sus pensamientos, siente que esta voz y él hacen una unidad; y cuanto más el hombre sentirá esta voz como a sí mismo, tanto más será dichoso. Esta voz le revelará la vida feliz, porque esta voz es la de Dios en el hombre.

Según Emersón

12.—Dios quiere la dicha para todos; si tú quieres el bien para todos, es decir, si amas, Dios vive en ti.

13.—Se dice: salvar su *alma*. No se puede salvar sino aquello que puede perecer. El alma no puede perecer, puesto que no hay más que ella sola que existe. No es necesario salvarla, pero sí purificarla de lo que la obscurece, la ensucia; es necesario instruirla para que Dios penetre cada vez más en ella.

14.—Se dice: «¿Habrás olvidado a Dios?» Es una buena palabra. Olvidar a Dios, es olvidar a Aquel que vive en ti y por el cual tú vives.

15.—Así como tengo necesidad de Dios, Dios tiene necesidad de mí.

16.—Cuando te debilitas y vives en la desdicha debes recordarte que tienes un alma y que por ella es que puedes vivir. Pero en lugar de eso, nos imaginamos que hombres parecidos a nosotros mismos pueden reconfortarnos.

Emersón

17.—Aquel que está unido a Dios, no debe temer a Dios. Dios no sabría hacerse mal a Sí Mismo.

Los peces del río supieron cierto día que los hombres decían que ellos no podían vivir más que en el agua. Y los peces se sorprendieron, interrogándose mutuamente, para saber si alguien sabía lo que es el agua. Entonces, un pez inteligente dijo: «Se dice que en el mar hay un viejo y sabio pez, que todo lo sabe; vamos a buscarle y preguntémosle lo que es el agua.» Y los peces se dirigieron hacia el lugar del mar en donde habitaba

el sabio y le preguntaron lo que era el agua. Y el sabio pez dijo: «El agua es lo que nos hace vivir. Si no la conocéis es porque vivís en el agua y de agua.»

Asimismo les pasa a los hombres que ignoran lo que es Dios; pero viven, ellos mismos, en El.

SUFI (1)

VII.—La vida del hombre no está en el cuerpo, pero si en el alma, y no en el cuerpo y en el alma sino en el alma solamente.

1.—«Aquel que me envió es verdadero y las cosas que he oído de El es de lo que hablo en el mundo.»

Mas no comprendieron que él les hablaba del Padre. Y Jesús les dijo: «Cuando levantaréis al Hijo del Hombre, entonces conoceréis quién Yo soy y que Yo nada hago de Mí mismo, pero que Yo digo las cosas como Mi Padre Me las ha enseñado.»

JUAN VIII 26-2-28.

2.—Elevar al Hijo del Hombre, es tener conciencia del espíritu que vive en nosotros y es elevarlo por arriba de la carne.

3.—El alma y el cuerpo es lo que el hombre considera como suyo, de lo que se ocupa constantemente. Pero debemos saber que el verdadero «tú» no es tu cuerpo, pero sí tu alma. Acuérdate de eso; eleva tu alma por encima de tu carne, presérvala de toda mancha humana, no permitas a tu carne que la ahogue—y tendrás una vida feliz.

MARCO AURELIO

4.—Se dice que uno no se debe amar a sí mismo. Pero sin el amor a sí mismo, no habría vida. Es necesario saber lo que debemos amar en nosotros: nuestra alma o nuestro cuerpo.

(1) Cofradía musulmana. *Nota de H. Kaminsky.*

5.—No hay cuerpo vigoroso que no haya jamás estado enfermo; no hay riquezas que no desaparecerán nunca; no hay poder que no tendrá fin. Si consagramos toda nuestra vida en ser vigorosos, ricos, poderosos, y llegáramos a obtener lo que aspiramos, tendríamos, aun asimismo, que inquietarnos, temer y entristecernos, porque veríamos que todo lo que hemos buscado en nuestra vida se nos escapa, porque constataremos que nos hacemos viejos y que nos acercamos a la muerte.

¿Qué hacer para no inquietarse y no tener miedo?

No hay más que un solo medio: consiste en consagrar su vida, no en lo que pasa, pero sí en lo que no perece ni puede perecer, al espíritu que vive en el hombre.

6.—Cumple lo que te exige tu cuerpo: esfuérzate en obtener gloria, honores, riquezas; y tu vida será un infierno. Haz lo que quiere el espíritu que en ti reside: busca la humildad, la clemencia, el amor, y no tendrás necesidad de paraíso. El paraíso estará en tu alma.

7.—Todo hombre tiene deberes para con el prójimo y deberes para consigo mismo, para con el espíritu que vive en él; esos deberes consisten en no manchar, en no suprimir, en no ahogar ese espíritu y en cultivarlo sin cesar.

VIII.—La verdadera felicidad del hombre está en la alegría espiritual

1.—El hombre vive por el espíritu y no por el cuerpo. Cuando el hombre lo sabe y ha consagrado su vida al espíritu y no al cuerpo, se le puede encadenar, encerrarle detrás de pesadas puertas; siempre será libre.

2.—Todo hombre conoce dos caminos: el camino carnal y el camino espiritual. Después que llega a su plenitud, la vida carnal comienza a debilitarse. Y se debilita de más en más y llega hasta morir. La vida espi-

ritual, al contrario, se engrandece y se hace, cada día, más sólida desde el nacimiento hasta la muerte.

Si el hombre no viviera más que de vida carnal, toda su existencia sería la de un condenado a muerte. Si viviera por su alma, la dicha que encontraría se agrandaría día a día y la muerte no le asustaría.

3.—Para llevar una vida feliz, no es necesario saber de dónde has venido y lo que serás en el otro mundo. Piensa únicamente en lo que quiere tu alma, y no tendrás necesidad de inquietarte por tu origen y de lo que te sucederá en el otro mundo. No tendrás necesidad de todo eso, porque experimentarás la dicha completa, que no se inquieta ni por el pasado ni por el porvenir.

4.—Desde que el mundo comenzó a existîr,la razón fué su madre. Aquel que es consciente del hecho que la base de su vida es el espíritu, sabe que se encuentra a salvo de cualquier daño. Cuando al fin de su vida sus labios se cierren y las puertas de sus sentidos caigan, no experimentará ninguna inquietud.

LAO TZE

LEON TOLSTOI

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR:

Semestre	$ m/n 3.50
Año	» » 7.—
Número suelto	» » 1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	$ oro 4.—
Número suelto	» » 0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros á nombre de la **Dirección: Ramón L. Falcón 2230, Flores**

BUENOS AIRES

LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Enero - Febrero 1914

DIRECTOR: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

Dr. Rodolfo L. Bolmberg. — Ricardo Rojas — Dr. M. Ruiz de Luna (España) — Dr. Enrique Heredia Decloux. — Dr. Horacio Damianovich. — Rómulo D. Carbia. — Ernesto Mario Barreda. — Dr. Viriato Díaz Pérez (Paraguay) — Dr. Federico W. Gándara — Salvador María Bottaro — Carlos R. Quesada — Profesor J. Fernando Carrozzo (Uruguay) — Dr. José Batista (Uruguay) — Juan Aicardo (Paraguay). — Dr. Miguel Catalano. — Dr. Clodio L. Urquiza — Dr. Pedro Molina y Vedia de Santiago — Sra. Alice von Sommerfeld — P. Díaz Faes (Uruguay) — Adolfo Mahon — Salvador Bottaro — Dr. Jorge Damianovich — Jorge Molinari — Dr. Enrique [illegible] del Pino — [illegible] G. Lagomarsino — Prof. Eduardo Mallea. P. Diamond Brady — Dr. Emilio Becelli — Alfredo Francesch — Dr. Guillermo F. Schaffter. — Alex [illegible] — Dr. Alejandro L. Carbone.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE RAMÓN L. FALCON N.° 2230
FLORES-BUENOS AIRES
1914

LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Enero - Febrero 1914

DIRECTOR: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

Dr. Eduardo L. Holmberg. — Ricardo Rojas. — Dr. M. Roso de Luna España). — Dr. Enrique Herrero Ducloux. — Dr. Horacio Damianovich. — Rómulo D. Carbia. — Ernesto Mario Barreda. — Dr. Viriato Díaz Pérez (Paraguay). — Dr. Federico W. Gándara. — Salvador María Boucau. — Carlos B. Quiroga. — Profesor J. Fernando Carbonell (Uruguay). — Dr. René Bastianini.—Juan Amado (Paraguay).—Dr. Miguel Catalano. — Dr. Ulises L. Bergara.— Dr. Delfina Molina y Vedia de Bastianini.—Sra. Alice von Sonklar (Alemania). —F. Díaz Falp (Uruguay).—Adrián . Madril.—Salvador Bocca. — Dr. Jorge Damianovich.—Diego Molinari — Ing. Enrique Marcó del Pont. — Prof. Juan G. Lacrampe.—Prof. Eduardo Melgar.—P. Diamico (Brasil). — Ing. Emilio Rebuelto.—Alfredo Franceschi —Dr. Guillermo F. Schaefer.—Alejo Curuchet· Dr. Alejandro L. Campori.

BIBLIOTECA
DE
JOSÉ A. MOLEINO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle RAMÓN L. FALCÓN N.° 2230

FLORES-BUENOS AIRES

1914

SUMARIO

La patria Universal	Angel Clara
Platón como místico	Rodolfo Steiner
De «Las Horas Místicas»	
El Destino	F. W. Gándara
El Eterno Velo	
Nupcias del ideal	Carlos B. Quiroga
Los mormones y la poligamia	Fernando Cadalso
El juicio de Dios	Fernández Bremón
El pensamiento de la Humanidad.	León Tolstoi

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

AÑO I	ENERO - FEBRERO 1914	N.° 9 y 10

DIRECTOR: ANGEL CLARA

La patria universal

I

Frecuentemente, guiados por nuestros sentimientos más que por nuestra razón, solemos basar las objeciones que nos merece una teoría o doctrina determinada, de una manera a todas luces caprichosa. En cuestiones donde cabe la experimentación, no toleraríamos un tal procedimiento, sacrificando en aras de una verdad demostrada, cualquier opinión, así tuviera en su favor el prestigio de las edades que nos precedieron. Conozco, por ejemplo, católicos sinceros, que no sé cómo se las arreglan para admitir la teoría evolutiva y reconocer a la tierra una prehistoria de varios millones de años sin hacer peligrar los dogmas; pero lo cierto es que una tal actitud va siendo cada día más general.

No sucede lo mismo cuando el problema que se nos presenta se relaciona con la sociología. Diráse que ésta es una ciencia en ciernes, que aun no ha sentado leyes o siquiera normas más o menos absolutas para explicarse los hechos históricos. Es cierto, pero a falta de axiomas, la vida, en el tiempo, de las sociedades, procura casi postulados—tal como el de la periodicidad de la *Scienza Nova*—de común asimilación y a los que se amolda el criterio de los nuevos historiadores para hacer posible una filosofía, o establecer, cuando menos, la lógica de los acontecimientos.

Para el uso corriente, tanto debiera valer una verdad de esta categoría—sin insistir demasiado en que ella sea precisamente la de periodicidad antes citada,—como la que surge de una experimentación científica. Al fin y al cabo, si su consistencia es deleznable, pensemos que la verdad probada por la experiencia de la conservación de la energía, base de la ciencia de ayer, ha caído en un profundo descrédito. No nos sugestionemos, pues, siquiera sea con las verdades matemáticas, por más seguros que estemos de que nadie podrá probarnos que dos y dos son más o menos de cuatro; pero no caigamos tampoco en el escepticismo, y haciendo gala de un juicio discreto a la vez que amplio, y de acuerdo con la modalidad de nuestra época, sepamos correlacionar nuestros procedimientos de juicio, equiparando las situaciones en que nos vamos a colocar, de manera que no sea una cuando tratemos la cuestión A y otra cuando sea B el problema que examinemos.

II

Un caso típico del punto de vista sentimental en que solemos colocarnos para estudiar los fenómenos en que la física es más o menos contingente, lo tenemos en el juicio que nos merece la cuestión social, ó, para sintetizar más absolutamente, el socialismo. No tendremos aquí en cuenta, esa afirmación tan generalizada de que el socialismo ha dejado de ser una ciencia para convertirse en una doctrina, porque fatalmente debe llegarse a ese fin en toda tendencia social revolucionaria cuando no reviste un carácter eminentemente aristocrático. Nuestra actual idiosincrasia política es, prácticamente, una doctrina, y no por eso deja de haber buenos ciudadanos conscientes, a pesar de la sugestión en que se mueven, ni el sistema deja de ser científico. Lo mismo puede decirse del socialismo.

Ahora bien; esta teoría político-económico-social con bases de indiscutible solidez científica, presenta aspectos

concretos y aspectos más o menos difusos, encarándolos desde un punto de vista histórico. El concepto materialista de la historia, por ejemplo, es altamente discutible, y la prueba es que si cada día consigue nuevos adeptos, también le surgen formidables enemigos. En realidad, los mismos socialistas han introducido al mínimo círculo primitivo del concepto nuevos elementos, en manera tal que hoy ya no se le podría denominar materialista con entera propiedad y como queriendo significar que el factor económico impera de un modo absoluto para explicar la historia. Otro tanto pasa con la base económica del sistema, modificada bastante de Carlos Marx a la fecha. Un tercer punto, la igualdad transcendida a nuestras limitaciones actuales, si no se ha modificado es sólo debido al carácter puramente especulativo que reviste; no siendo materia de controversia positiva, en el campo abstracto puede sostenersa con bastante comodidad.

Pues bien; estos tres puntos, sobre los que sin un interés particular, con amplia independencia de juicio, con bases científicas, cabe perfectamente el pro y el contra, son generalmente aceptados, no sólo por los partidarios del socialismo, sino también por infinito número de personas que no pertenecen al mismo credo. Con mucha frecuencia he hallado individuos no vulgares dispuestos a admitir como posible el cambio de orientación en nuestra vida de sociedad hacia las concepciones socialistas, refiriéndolo a una época más o menos lejana. Hasta lo conciben como necesario, diría fatal, e informado por un amplio espíritu de equidad y de justicia.

Sin embargo, nada en la historia puede anticiparnos una tal seguridad. Difícilmente a una época dada se profetiza sobre la modalidad de la subsiguiente. Hace poco, alguien,—creo que fué Remy de Gourmont,—decía que la Francia se hallaba abocada a una de estas dos formas políticas: el socialismo de Estado o la dictadura. Cualquiera de ambas soluciones le parecían igualmente lógicas. En plena revolución francesa no se imaginaba ni siquiera definía el nuevo régimen que se generaba en la

descomposición social del siglo XVIII. Pudo creerse definitivamente establecida la comuna el 71, a la caída del segundo imperio. Al día de su triunfo, sonreíale toda una matemática de los hechos. Empero su artificialidad fué sancionada por los sucesos posteriores que orientaron las cosas en un sentido más natural, más en armonía con lo que la Francia había sido hasta entonces.

La única lógica admisible es la que se refiere al pasado. En sociología, la misma experiencia carece de valor aplicativo por los mil factores que intervienen para modificar los resultados.

En realidad, ninguna de nuestras convenciones actuales ha sido imaginada a priori. Las transformaciones han sido paulatinas y casi siempre imprevistas. Toda conquista humana en materia política o económica, se ha hallado ya a medio realizar a la época en que surgiera como ideal, y potencialmente encerraba íntegramente el futuro desarrollo. Apenas si nos ha sido dado cuidarla para evitar su destrucción.

¿Pero sucede igual cosa con el socialismo? En su aspecto político-económico, cabe dudarlo. Tendrá toda la base científica que se quiera y en abstracto se resolverá como una ecuación vulgar. En el terreno de la vida hay mil factores que escapan a toda previsión y que, aunados, bastan para constituir fuerzas capaces de destruir los otros dos o tres grandes impulsos sobre que se basó el sistema. En la realidad, la ecuación consta de muchos más términos que los que escribimos sobre el papel.

Sin embargo, tiénese como práctico el ideal económico y político del socialismo. Mírasele como la solución a que fatalmente nos encaminamos, dados nuestro pasado y nuestro presente, y la forma como se nos aparece en el futuro inmediato, no difiere grandemente de aquella con que hoy lo vemos a través de los esbozos dogmáticos de los tratadistas o los sostenedores de la doctrina.

Si no hay para ello un motivo bien fundamentado en principios científicos, fuerza es que nos expliquemos su

existencia de otra manera. Creo sinceramente que el punto de vista en que nos colocamos para aceptar esas conclusiones, es franca y absolutamente sentimental. Nuestra aspiración de justicia, nuestro progreso en la solidaridad humana, nos lleva a admitir cualquiera doctrina más o menos formal que encarne el ideal de una redención para los oprimidos.

III

En cambio, sucede precisamente lo contrario con otro principio del socialismo: aquel que se refiere a la patria universal como norte de nuestros más elevados anhelos y esfuerzos. Sentimos en el interior de nuestro ser una rebelión verdadera contra cualquier tendencia que signifique la supresión de la idea de patria, no ya en el presente, sino en el futuro. Imaginamos un progreso ininterrumpido, pero no creemos que le sea necesario el sacrificio de este supremo afecto en que han culminado las sociedades modernas.

Razonando, sin embargo, lo que aquel principio significa, abstrayéndonos del punto de vista sentimental, veremos que el concepto de la patria única tiene cimientos más positivos que ese otro sobre el cual se sostienen las nacionalidades contemporáneas. Es un paso más en el progreso de la solidaridad humana, paso que fatalmente ha de darse algún día, si una nueva obscuración medioeval no destruye, como la pasada, el fruto más noble de nuestra civilización.

Si historiáramos el desarrollo de los sentimientos en la especie, como historiamos los hechos, las ideas, las instituciones, las artes y las ciencias, veríamos que aquéllos como éstas han seguido, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, un proceso de sucesiva ampliación y perfeccionamiento. Recorriendo el libro de Fustel de Coulanges, recuerdo que intenté seguir el progreso del sentimiento de la solidaridad desde la familia hasta la nación, como el autor de «La Ciudad Antigua» lleva

pareados el culto y la familia primitiva desde los penates y el hogar hasta los dioses universales y la nación ateniense o romana. Tratábase, en realidad, de una segregación ideal, porque el sentimiento de la solidaridad es inseparable de los otros dos elementos: el culto y el hombre, pero sirvióme para comprender de un modo más perfecto las infinitas fases que presenta el género humano para su estudio sintético y completo.

Sin analizar mayormente este sentimiento de la solidaridad, imaginemos que él involucra toda suerte de elementos: utilitarios unos, inconscientes otros, o sea informados por simples movimientos de simpatía, y hasta algunos de índole verdaderamente inexplicable, innatos en la especie.

Que la solidaridad signifique todo eso y mucho más. ¿Qué medio de acción abarcó en los comienzos de la historia y dónde fué a terminar en el pasado o ha culminado en el presente? ¿Qué proceso ha seguido?

Figurémonos una serie de círculos concéntricos y tomemos la figura total como símbolo del altruísmo absoluto, que es lo mismo que decir la solidaridad absoluta, sentimiento algo más transcendente que el ideal socialista. El círculo mínimo representaría la solidaridad circunscripta a la familia, elemento básico de la comunidad primitiva. El hombre, en este estado, no se reconoce solidario sino de sus antepasados y su sucesión inmediata, el hijo. Si vive en estado de paz con la familia vecina, es simplemente porque el estado de guerra no se presenta siempre como fatal y la comarca o el país tiene amplios horizontes, permitiendo la coexistencia de diversas agrupaciones. Apenas se turban estas condiciones favorables, se origina el choque. El sentimiento de la especie no transciende más allá de la familia y ésta con la vecina parecen considerarse en el mismo nivel que con el resto del universo. Son entre sí individuos distintos, sin lazo alguno que los una.

¿Existió alguna vez este orden de cosas? Si la historia nada nos muestra al respecto, la imaginación, por un

procedimiento lógico, lo concibe. Nada significa que en nuestras sociedades primitivas actuales sea el elemento básico la tribu en vez de la familia, o que en las especies inferiores tampoco se conciba el absoluto aislamiento familiar. La raza humana más inferior, puede haber pasado ya de aquel estado primitivo, y en cuanto a los animales, no sabemos hasta dónde impera el sentimiento específico. Hay algunos que no lo llevan más allá de la prole, pero otros lo transcienden quizás más lejos que algunas sociedades humanas en estado salvaje.

Si el primer círculo concéntrico ha significado la solidaridad o el sentimiento de la especie circunscripto a la familia, el inmediato, algo más amplio, nos mostraría a ese mismo sentimiento extendido a la tribu. Existe, indudablemente, un debilitamiento en la intensidad. No se ama igualmente al hijo del vecino como al propio, ni al vecino como a sí mismo; pero se reconocen lazos de una cierta índole que unen a todas las familias de una tribu en un mismo interés y hasta quizás en un más profundo y no siempre bien comprendido sentimiento que podría ser la intuición de un parentesco, de una similitud, de ciertas analogías entre la finalidad de unos y otros. Es indudable que el culto representó en esta segunda etapa un gran papel, tanto para el acercamiento de las familias como para cimentar el lazo que las unía. La generación de dioses comunes, adorados quién sabe con qué ingenuo fervor, debió ser un factor esencial de esa grande cohesión de la tribu que no reconocen las sociedades civilizadas modernas, porque han perdido o no creen en sus dioses sociales, pero que mantiene aún el salvaje, para el que no existe ni la meteorología ni la física, ni Voltaire ni Max Muller...

El tercer círculo concéntrico nos representaría al sentimiento específico actuando ya sobre varias tribus reunidas que constituyen la ciudad. El cuarto, al mismo sentimiento extendido a varias ciudades que constituyen la nación; el quinto, a varias naciones que constituyen la

raza, y el sexto, por fin, a varias razas que constituyen la especie...

¿Pero terminarían en este último círculo todas nuestras posibilidades? Sí, si seguimos hablando de sentimiento específico, de solidaridad humana. ¿Pero qué es la solidaridad humana sino una alta nota en la suprema vibración que va del átomo al universo? El hombre puede transcender el sentimiento de su solidaridad a círculos cada vez más amplios; sentirse solidario, no ya con su semejante, sino con todas las especies animales; luego con todo lo que en una u otra forma representa la gran oleada de vida que agita al planeta en que actúa, más tarde con la vida cósmica, con el Universo entero, con todo lo que vive o ha vivido o vivirá en el tiempo y en el espacio; llegar a la suprema solidaridad con el principio creador, con lo absoluto, génesis, razón de ser y principio vital de todo lo relativo.

...Pero esta magna concepción no es ya socialista. El socialismo es un ideal esencialmente humano. Trabaja para la humanidad, y a su modo tiene razón. Si nos faltan las conquistas inmediatas, ¿a qué soñar con esas fantasías de un amor con todo el Universo, cuando tanto nos cuesta extender nuestra solidaridad al que vive allende los mares o las montañas? Mientras tengamos fronteras para los pueblos ¿no las hemos de tener para las especies, los reinos, los planetas y los mundos?

Pero quizás alguna sociedad de quién sabe qué pretéritas edades transcendió, si no con su vida con el deseo, algo más que las fronteras de los pueblos. Las joyas de la mística oriental, legado tal vez, o rememoración de arcaicas leyendas, nos hablan con tanta unción de un tal inimaginable estado de armonía con el infinito, que nos parece imposible sea sólo un producto intelectual, una creación caprichosa de la mente, tan inferior, de las sociedades primitivas. Debe preferirse creer en una posibilidad humana realizada en el pasado, quizás una esperanza del presente, si no para los pueblos en masa, para

los individuos privilegiados, para los hombres que logren ser algo más que hombres...

Los libros indios llaman adeptos a aquellos seres que saben transcender su sentimiento de solidaridad por sobre el hombre a las jerarquías superiores: vida planetaria, mundos del sistema, Universo, Todo. Cada ser es un futuro Brahma que escala pausadamente las gradas del infinito poder, del supremo Bien, pero no llegará a la meta sino extendiendo su amor por los círculos cada vez más amplios de la familia, de la tribu, de la nación, de la especie, de la vida, de los mundos, del Universo.

Y la vida y la evolución del hombre la repite la especie en total, porque ésta, al fin y al cabo, no es más que una individualidad de la que cada hombre es una célula, como cada uno de nosotros constituye un macrocosmos de quién sabe cuántos millones de células independientes que, reunidas, forman nuestro Todo, esta cosa tan grande y tan pequeña que llamamos el Hombre...

IV

La humanidad, pues, ha culminado en la patria, al evolucionar el sentimiento de la solidaridad. Quizás la Roma del tiempo antiguo transcendía ya ese grado cuando fué sorprendida por el bárbaro. La exageración del cristianismo, internacionalismo prematuro del pasado, turbó hasta impedirla la unidad de la especie bajo las sombras de las águilas del imperio; pero tal vez, también, fuera necesaria esa inyección de sangre nueva, porque la raza agonizaba en la extenuación consiguiente al magno esfuerzo realizado. De cualquier modo que fuera, lo cierto es que el proceso recomenzó otra vez, y hoy con un mayor caudal de energías nos hallamos de nuevo limitando con el ideal hermoso y grande de la patria única.

La concepción socialista no tiene, pues, nada de caprichosa. Por el contrario, la informa la lógica del pasado. Y no aquella lógica ni aquella experiencia de que hablábamos al principio, porque la solidaridad no es una

teoría ni una creación artificial, sino un elemento básico, algo que forma parte integrante de la propia vida de la especie y de la ley por que ésta se rige, o sea la evolución. Si le oponemos objeciones, es sólo, como decíamos al comenzar, examinándola a través de nuestros sentimientos, no de nuestra razón o de nuestra ciencia. Los que la sostienen y la persiguen representan el elemento revolucionario, la fuerza centrífuga que impulsa al progreso, regulada por la fuerza centrípeta, el elemento conservador, los defensores de las patrias viejas. Alguna vez se realizará aquel ideal, porque el progreso es ineludible, pero no será antes de tiempo, antes de que las pequeñas patrias hayan terminado completamente su misión.

V

No sé si el socialismo fundamenta su concepto de la patria universal en algo más que una razón utilitaria. Yo no creo en el egoísmo inconsciente como base de todo movimiento altruísta, porque sería negar la posibilidad del sacrificio perfectamente desinteresado, hasta de ese elevado egoísmo de ahorrarse el dolor que ocasiona el sufrimiento ajeno. Este espíritu de sacrificio lo concibo como el pináculo más elevado de la perfecta humanización, sin recurrir al gastado expediente de naturalezas enfermizas, de morbosidades como la atribuída al apóstol de Nazaret por algún psiquiatra contemporáneo.

La patria universal no será, pues, cuando triunfe, un concepto intelectual, un mayor grado de razón en las sociedades. No será el cálculo el que suprima la guerra, sino el acallamiento de los instintos bárbaros de la especie. Cuando el alma colectiva alcance el grado de perfección de algunas almas individuales, cuando *sienta* como éstas la suprema solidaridad de la especie, la patria única se impondrá sin teorizaciones previas, sin modelos preestablecidos, sin argumentaciones de política científica. Así también surgió la nación sobre la base de la familia, fortalecida después e informada desde antes, casi siempre, por

el sentimiento de la patria. La ponderación del sentimiento patriótico creará la patria universal, como la ponderación de la solidaridad familiar creó el sentimiento de la nacionalidad que sirviera de base a las patrias chicas. ¿Estamos próximos a este grande ideal? Tal vez. El anhelo cada día más general de los individuos, así lo presagia. Quizás la creación de cortes arbitrales entre los pueblos, hecho más fatal que caprichoso, lo pruebe también. De cualquier modo que sea, no parece una utopía, y, cuando menos, ha de mirársele como el fin menos utópico, más natural y también, ¿por qué no decirlo?, más noble del socialismo.

ANGEL CLARA

Platón como místico

Para darse cuenta exacta del papel que desempeñaron los Misterios en la vida espiritual de los griegos, es necesario considerar la concepción del universo tal como se nos presenta en la cosmogonia de Platón.

No hay más que un medio de comprender perfectamente a este filósofo, y es examinándolo a la luz que irradia de los Misterios.

Los discípulos últimos de Platón, los neo-platónicos, le atribuían una doctrina secreta reservada por él para los más dignos, y bajo el «sello del silencio». La doctrina de Platón tenía, pues, secretos para los profanos, como la misma sabiduría de los Misterios. Se ha constatado la autenticidad de la séptima carta de Platón. Que ella sea del maestro mismo o de uno de sus discípulos, poco nos importa. El sentimiento que expresa surge también de la esencia de la filosofía platónica. He aquí un pasaje de esa carta:

«Muchas personas han escrito y quizá aun escribirán sobre el fin supremo de mi filosofía; pero no se debe dar ninguna fe a sus palabras, aun cuando tomen sus aserciones de mí mismo, de terceras personas, o las inventen. No hay ningún escrito mío a este propósito ni me sería permitido publicarlo. Tal idea no puede expresarse en palabras, como las otras doctrinas. Es preciso una larga intimidad con el objeto del conocimiento y un esfuerzo asiduo para penetrar el fondo. *Parece entonces como que*

una chispa saltase y prendiera en el alma una luz que en adelante se mantendrá y por siempre (1)».

Estas palabras significarían la impotencia personal del escritor para expresar su pensamiento con palabras si no se conoce previamente el sentido de los Misterios. El sujeto sobre el que Platón no ha escrito y no quería escribir debía ser un sujeto sobre el que todo escrito resultaría vano. Debía ser un sentimiento, una sensación, una cosa vívida que no podía adquirirse por una comunicación inmediata, sino solamente por una larga inmersión del alma y de la voluntad en el corazón de la vida total. Trátase aquí de la educación íntima que Platón sabía dar a sus elegidos. Para ellos «el fuego» brotaba de sus palabras; para los demás sólo era una fuente de ideas.

La manera como se estudian los diálogos de Platón está muy lejos de ser indiferente. Según el estado de alma bajo el cual nos encontramos, su acción será mínima o prodigiosa. De Platón a sus discípulos pasaba una fuerza superior al sentido literal de su pensamiento. Allí donde él enseñaba, reinaba el soplo de los Misterios. Su palabra despertaba armónicas en las altas regiones del alma universal, pero esas armónicas tenían necesidad de la atmósfera de los Misterios para comunicarse al alma

(1) Esta carta, muy larga, es la más importante entre las trece conservadas de la correspondencia de Platón. Es en ésta donde cuenta, en detalle, sus relaciones con Dionisio, tirano de Siracusa, que le había llamado a su lado y en cuya corte el filósofo de Atenas permaneció largo tiempo, en la esperanza de restablecer la libertad de esa ciudad bajo un gobierno aristocrático conforme a sus ideas. Se sabe que Platón hubo de perder la vida en esta aventura y que no volvió a Atenas sino después de una larga cautividad. Víctor Cousin, después de haber reproducido esa carta, en el volumen 13.º de su traducción de las obras completas de Platón, reconoce su autenticidad, pero duda del párrafo aquí citado. ¿Por qué? Cousin no lo dice, pero adivínase la razón de su juicio perentorio. La crítica moderna niega a *priori* que Platón y otros filósofos griegos hayan podido dar una enseñanza secreta, por cuanto esto va contra sus ideas preconcebidas. Niega, asimismo, la importancia de los Misterios de Eleusis, mientras toda la antigüedad afirma unánimemente que ellos son la clave de la vida religiosa de la Grecia, junto con los de Delfos. Este procedimiento, cómodo para evitar las objeciones graves, recuerda el del avestruz que esconde su cabeza entre las breñas para no ver al cazador.

de sus autores. De otra manera, la vibración expiraba sin haber sido percibida.

Como centro de los diálogos de Platón, se encuentra la personalidad de Sócrates. No es preciso tocar aquí al lado histórico de esta personalidad; pero nos interesa el carácter de Sócrates tal como aparece en Platón. Sócrates es una persona consagrada a la verdad por la muerte. Muere como sólo puede morir un iniciado para el cual la muerte no es más que un momento de la vida parecido a los demás momentos. Ve que se acerca como si se tratara de un suceso cualquiera. Su actitud ante ella fué tal que sus amigos mismos ieron experimentar los sentimientos fúnebres q o común acompañan al instante supremo. Fedón ste singular estado de espíritu en el *Diálogo so mortalidad del alma:* «A la verdad, dice, encont por mi parte, en la más extraña de las disposici experimentaba por Sócrates esa piedad que se s ralmente ante la muerte de un amigo querido. S sus palabras respiraban un tan grande contento an firme y tan noble, que parecía descender a los infiernos con una misión no menos divina que la que lo trajo a este mundo, debiendo gozar de una felicidad más perfecta que la de ningún otro hombre. No sentía acongojado mi corazón, como pudiera creerse, ante el fúnebre acontecimiento, y aunque no gozara de la serenidad que acompañaba nuestros entretenimientos filosóficos, hallábame en una disposición maravillosa, en una mezcla de júbilo y de pena pensando que aquel hombre había de morir algunos instantes más tarde.»

Sócrates, moribundo, instruye a sus discípulos sobre la inmortalidad. El sabio que tiene la experiencia del poco precio de la vida, da aquí una demostración más admirable de la verdad, que todas las deducciones lógicas y que todos los argumentos de la razón. Parece que no fuera un hombre quien hablara, porque este hombre se halla ya en viaje hacia el más allá, pero se creería oir por su boca a la voz de la eterna Verdad, que eli-

giera domicilio en una personalidad perecedera. Allí, donde un ser efímero se disocia en la nada, reina como un soplo de ese aire donde vibran las armonías de lo Eterno.

En ese diálogo no leemos, seguramente, nada de pruebas lógicas de la inmortalidad. Toda la conversación tiene por fin conducir a los presentes a un punto de vista desde donde les sea permitido percibir lo Eterno. Desde luego, no hacen falta pruebas. ¿Precísase, acaso, demostrar que la rosa que vemos es roja? ¿Para qué demostrar la eternidad del espíritu a aquel a quien se han abierto los ojos para que vea ese espíritu? Todas las experiencias, los acontecimientos íntimos de [illegible]la Sócrates. Como si dijéramos, el suceso mismo [illegible]abiduría. ¿Qué desea quien aspira a la sabiduría [illegible]e libertarse de lo que los sentidos le ofrecen en [illegible]vación cotidiana. Aplícase a buscar el espíritu en el mundo de los sentidos. ¿No es este un hecho que puede compararse al de la Muerte? «Porque, según Sócrates, aquellos que se ocupan de filosofía de una manera cierta, no se aplican a otra cosa que a morir y a estar muertos sin que los demás se aperciban. Si esto es así, resultaría singular que, no ocupados más que de esto toda la vida, una vez llegado el momento de la muerte, se les viera rebelarse contra aquello que han deseado y perseguido durante tanto tiempo.»

Para corroborar esta opinión, Sócrates pregunta a uno de sus amigos: ¿Te parece que conviene a un filósofo inquietarse por placeres sensuales tales como una determinada vianda y la bebida correspondiente? ¿O de los placeres del instinto sexual? ¿Y crees tú que un hombre así se preocupa de las otras necesidades del cuerpo, como de tener buenos trajes, zapatos u otros adornos? ¿Crees que les dé más importancia que la que exige la estricta necesidad de la vida? ¿No te parece que la preocupación de un ser tal debe dirigirse no sobre el cuerpo, sino enteramente sobre el alma? He aquí el distintivo del filósofo: libertar el alma, más que los demás hombres, del cuerpo.»

Afirmaba, pues, Sócrates, que la sabiduría tiene de común con la muerte que aparta al hombre de sus instin-

tos corporales. Pero ¿hacia dónde se ha de volver, entonces, el hombre? Hacia la vida espiritual. Mas ¿puede pedir al espíritu lo que demanda a los sentidos? Sócrates se expresa así a este propósito: «¿Cómo se produce el conocimiento razonable? El cuerpo ¿es un impedimento si se le adopta como compañero en el esfuerzo hacia la sabiduría? La vista y el oído ¿procuran alguna verdad al hombre? ¿Es sólo una metáfora el dicho de los poetas de que no oímos ni vemos nada claramente? ¿Cuándo, pues, el alma, alcanza la verdad? Porque cuando ella trata de considerar alguna cosa con ayuda del cuerpo, se ve evidentemente engañada por él.»

He aquí resumida, según el Fedón, la respuesta a esta cuestión: Todo lo que percibimos por los sentidos nace y muere. Este nacimiento y esta muerte hacen que seamos engañados; pero cuando nuestra razón inteligente mira al fondo de las cosas, se nos revela lo que ellas tienen de eterno. Luego, pues, los sentidos no nos muestran lo eterno; sobornándonos, por el contrario, cuando les acordamos una confianza ilimitada; pero cesan de engañarnos si les oponemos la intuición pensante y si sometemos sus testimonios a esa intuición.

Pero ¿cómo la intuición pensante podrá juzgar las afirmaciones de los sentidos, si alguna cosa de superior a sus percepciones no viviera en ella? Luego, lo que decide en nosotros el juicio sobre la verdad o la falsedad de las cosas es una fuerza opuesta al cuerpo físico, y que, por consecuencia, no está sometida a sus leyes. Ante todo, esta *alguna cosa* no puede obedecer a las leyes del *devenir* (1) y de la destrucción; porque esta alguna cosa lleva la verdad en sí, y la verdad no puede tener un ayer ni un mañana: no puede ser un día esto y otro aquello, como los objetos de los sentidos. La verdad tiene, pues, que ser eterna, y, por lo tanto, cuando el filósofo deja de

(1) Conservamos el término francés *devenir*, no hallando otro tan conceptuoso y simple en nuestro idioma. Por lo demás, su uso se ha generalizado mucho en los escritores castellanos.—(N. del T.)

lado las cosas sensibles y perecederas para volverse hacia la verdad, dirígese hacia una cosa eterna que está en él. Sumerjámonos enteramente en el espíritu y viviremos de igual modo en la verdad. Entonces el mundo sensible que nos rodea deja de existir. «Y aquel que cumpla del mejor modo esta necesidad, dice Sócrates, es aquel que emprende todo con el espíritu, mientras le es posible, y no permite ni a su vista ni a ningún otro sentido mezclarse a su meditación y trata de alcanzar toda cosa en sí misma, separándola cuanto le es posible de los ojos y de los oídos, en fin, de todo el cuerpo, que no hace más que perjudicar la visión del alma, impidiéndola alcanzar la contemplación directa de la verdad cuando se mete por medio... Y ¿acaso la muerte no es la liberación y la separación del alma y del cuerpo? Los que más tratan de destacar ambos componentes son los verdaderos filósofos. Tal es la gran tarea del filósofo: liberar y separar el alma del cuerpo. Sería, pues, un insensato quien habiendo toda la vida trabajado por provocar esta separación se rebelara contra ella cuando se le presenta bajo la forma de la muerte. En realidad, los verdaderos amantes de la sabiduría aspiran a morir y, de todos los hombres, son ellos los que menos temen a la muerte.» Sócrates funda toda la alta moral sobre la liberación del alma respecto del cuerpo. Quien no obedece más que a lo que le ordena su cuerpo, no es moral. «¿Quién es valiente?, pregunta Sócrates. Es valiente quien no obedece a su cuerpo, sino a las exigencias de su espíritu, hasta cuando ellas ponen al cuerpo en peligro. ¿Quién es sabio? El sabio es aquel que no se deja dominar por sus deseos y se muestra frente a ellos indiferente y casto. ¿No es, acaso, que toda la sabiduría viene sólo a los que más desprecian el cuerpo y no viven más que de su amor por la verdad?» Según Sócrates, esto sucede también respecto de todas las virtudes.

De aquí Sócrates pasa a la característica del conocimiento razonable. ¿Qué es el conocimiento en general? Sin duda alguna, llegamos al conocimiento formándonos juicios. Sea; yo me formo un juicio sobre un objeto cual-

quiera. Me digo, por ejemplo: esto que está delante de mí, es un árbol. ¿Cómo es que he llegado a decir esto? No he podido decirlo sin saber de antemano lo que es un árbol. Tengo, pues, que *acordarme de la idea* que me he formado de un árbol. Un árbol es una cosa sensible. Cuando pienso en un árbol me acuerdo de un objeto sensible. Digo de una cosa: esto es un árbol, si ella semeja otras cosas que yo sé que son árboles. El *recuerdo* es el intermediario del conocimiento. El recuerdo permite la comparación entre la multiplicidad de las cosas sensibles. Pero esta operación no agota mi conocimiento. Cuando veo dos cosas parecidas, me formo un juicio y digo: estas dos cosas son parecidas. Pero, en realidad, jamás dos cosas son enteramente semejantes. La similitud no existe más que en cierta relación. La idea de la similitud surge, pues, en mi espíritu, sin que ella exista en el mundo sensible. Esta idea me ayuda a tener un juicio, como el recuerdo me ayuda a conocer. Del mismo modo que me acuerdo de otros árboles a propósito de un árbol, me acuerdo de la idea de la similitud considerando dos cosas desde un cierto punto de vista.

Hay, pues, en mí, pensamientos y recuerdos que no vienen de la realidad sensible.

Todos los conocimientos que no se refieren a la realidad se fundan sobre tales pensamientos. Todas las matemáticas consisten en tales pensamientos. Sería un mal geómetra quien no supiera razonar más que sobre figuras que viera con los ojos y tocara con las manos.

Tenemos, pues, pensamientos que no hallan su origen en la naturaleza perecedera, sino que surgen del espíritu. Y éstos, precisamente, llevan el sello de la eterna verdad. Lo que enseñan los matemáticos será eternamente verdadero, aunque el edificio del mundo se derrumbe mañana y un nuevo universo se eleve sobre sus ruinas.

Cuando el alma está sola consigo misma, entonces, solamente, puede hallar esas verdades eternas. El alma es, pues, *pariente* de lo eterno y no de lo efímero y de lo que no tiene más que una apariencia misteriosa. Ved

por qué Sócrates ha dicho: «Cuando el alma medita por sí misma va directamente al ser puro, inmortal y siempre semejante a sí, y, como se siente pariente de él, se une con él desde el momento en que tiene la felicidad de retirarse en sí misma. Entonces se repone de sus errores y no varía más, como el Eterno de que forma parte. A este estado del alma lo llamamos razonable... Ved, pues, si de todo lo que hasta ahora hemos dicho no resulta que el alma se asemeja a lo Divino, a lo inmortal, a lo razonable, a lo Unico, a lo Indisoluble, el Ser siempre igual a sí mismo. Por el contrario, el cuerpo se asemeja a lo que es humano y mortal, irracional, multiforme, soluble y jamás igual a sí mismo. Luego, si esto es así, el alma va por su propio impulso hacia lo qun le es semejante, hacia lo que no tiene forma sensible, hacia lo divino, lo inmortal y lo razonable. Allí ella vuelve a ser feliz, a librarse del error, de la ignorancia y del miedo, de amor desordenado y de todos los otros males humanos. Allí vive en adelante, verdaderamente, como dicen los Iniciados, el resto del tiempo con Dios.»

No tenemos la intención de recordar aquí todos los métodos que el Sócrates (de Platón) indica a sus amigos para alcanzar lo Eterno. Todos poseen el mismo espíritu. Ellos demuestran que el hombre halla una cosa cuando se entrega a la observación de las cosas perecederas y otra cuando el Espíritu queda solo consigo mismo. Es a esta fuente primera y pura del espíritu que Sócrates remite a sus discípulos. Que ellos la encuentren, y sus ojos espiritualizados verán que el espíritu es inmortal. Sócrates, muriendo, no demuestra la inmortalidad del alma; muestra, simplemente, la naturaleza del alma. Resulta de esta naturaleza que el llegar y el irse, el nacimiento y la muerte, nada tienen que hacer con esta alma. La esencia del alma reside en lo verdadero, y lo verdadero no puede ni nacer ni morir. El alma, pues, nada tiene que hacer con la muerte. No se puede decir de lo que es inmortal que admita la mortalidad más allá de lo que el par admite el impar. Partiendo de esto, Sócrates agrega: Si lo inmortal es imperecedero, el alma no pue-

de zozobrar cuando se acerca la muerte. Porque la muerte no puede admitirla y el alma no puede morir más que el número 3 puede convertirse en un número par.

Que se abrace en conjunto el diálogo de Fedón y se verá que Sócrates lleva a sus discípulos a la contemplación de lo Eterno en la personalidad humana. Los discípulos, aceptando su pensamiento, investigan sobre sí mismos para comprobar si en los acontecimientos de su vida interior encuentran algo que les permita decir «sí» a estas ideas. Hacen en seguida las objeciones que les salen al paso. ¿Qué les queda cuando termina la conversación? Han hallado en sí algo que no tenían antes. No es, pues, solamente una verdad abstracta que hayan adoptado: han cumplido un desenvolvimiento. Alguna cosa que antes no vivía en ellos vive actualmente. ¿No es esto comparable a una «iniciación»? ¿Y no lanza esto una viva luz sobre la razón por la cual Platón ha expuesto su filosofía bajo la forma de diálogos?

Estos diálogos no son otra cosa que la forma literaria de lo que pasaba en los Misterios y en los lugares consagrados. Las palabras del mismo Platón, en muchos pasajes, nos persuaden de ello. Platón ha querido ser en la enseñanza filosófica lo que el iniciado era en los Misterios, en la medida en que la filosofía puede comunicar la verdad. ¡Y en qué perfecta armonía se siente Platón con los Misterios! No se cree en el buen camino más que cuando ese camino le conduce adonde el neófito debe ser conducido.

Explícase esto en el Timeo: «Aquellos, dice, que sólo en parte se hallan en buena disposición, invocan a los dioses en sus pequeñas o grandes empresas; pero nosotros, que nos proponemos enseñar la verdad sobre el universo creado y no creado, nosotros debemos, más que los otros, si no queremos hacernos pasables de una verdadera aberración, invocar y rogar a los dioses y a las diosas a fin de enseñar esas verdades, por de pronto en su espíritu, y en seguida de acuerdo con nosotros mismos.» A los que prosiguen este camino, Platón promete

«después del laberinto de los errores y el cansancio de las vanas investigaciones, una conclusión luminosa bajo la égida de la divinidad.»

***

Es sobre todo el Timeo el que nos revela el carácter místico de la visión del universo, según Platón. Desde el comienzo trátase de una iniciación.

Solón es iniciado por un sacerdote egipcio sobre la evolución de los mundos y sobre el modo en que los mitos tradicionales expresan eternas verdades. «Han tenido lugar muchas destrucciones de una parte de la humanidad (dice el sacerdote egipcio a Solón) y habrá otras todavía, las más considerables por el fuego y por el agua, otras menos grandes por innumerables otras causas. Se cuenta entre vosotros que en tiempos pasados Faeton, el hijo de Apolo, subió sobre el carro de su padre. Como no sabía dirigirlo, el carro del Sol fué desviado de su camino. Ardió todo sobre la tierra, y Faetón mismo cayó fulminado por el rayo. Este episodio parece una fábula. Contiene, empero, una verdad. Cuando los cuerpos celestes que giran alrededor de la tierra cambian sus movimientos, las cosas que se hallan sobre la tierra son destruídas por el fuego. Estos hechos se producen en ciertas épocas determinadas, separadas por largos lapsos de tiempo».—Este pasaje del Timeo nos muestra claramente qué suerte de interpretación los iniciados daban a los mitos populares. Reconoce las verdades que se encubren bajo sus símbolos.

El drama de la formación del mundo se nos presenta en el Timeo. Quien sigue las etapas que conducen a este *devenir* de los mundos, arriba al *presentimiento* de la fuerza original de donde todo ha salido. «Es difícil hallar al creador y al Padre de este Todo; y cuando se le ha encontrado, es imposible hacérselo comprender claramente a todos». El discípulo sabe qué significa esta «imposibilidad». Relaciónase con el drama divino. Dios

no se manifiesta más que por la naturaleza, y sólo puede aproximarse a él aquel que despierta la Divinidad en sí mismo. No se puede, pues, ponerla al alcance de todos. Más aún: a aquel mismo que se le acerca no se le representa o aparece en persona. Esto es lo que afirma el Timeo. El Padre ha construído el Universo con el Cuerpo y el Alma del mundo. Cuando, renunciando a su vida propia, él se ha extendido en las cosas, crea los elementos y los mezcla armoniosamente en proporciones perfectas. Así nace el Cuerpo del mundo y el Alma del mundo se extiende sobre él en *forma de cruz*. Ella constituye lo Divino del Universo. Ella se ha dado la muerte sobre la cruz, para que el mundo pueda existir. Platón puede, pues, llamar a la naturaleza la tumba de la Divinidad. Buscando librar el alma del mundo, crucificada en la naturaleza, es que el hombre verá a la naturaleza bajo su verdadero aspecto. Esta alma debe resucitar de su muerte, debe ser sacada de su encanto. ¿Dónde podrá revivir? Solamente en el hombre iniciado. La sabiduría encuentra así su verdadera relación con el Kosmos. La resurrección, la liberación de Dios, he ahí el verdadero conocimiento. En el Timeo el desenvolvimiento del mundo procede de lo perfecto a lo imperfecto. La imaginación se representa este proceso ascendente. Los seres se desarrollan. Dios se desarrolla en ellos. El *devenir* es una resurrección de Dios de su tumba. En último término aparece el hombre. Platón muestra que, con el hombre, entra en escena alguna cosa de nuevo. Verdad es que el universo entero es algo divino y que el hombre no es más divino que los otros seres. Pero en los otros seres Dios no existe más que en estado latente, mientras que en el hombre muéstrase plenamente. Al fin del Timeo se lee: «Y, entre tanto, osaremos pretender que nuestro estudio del gran todo ha llegado a su fin.»

Hemos visto al mundo llenarse de seres mortales e inmortales y volverse él mismo un ser de este género, que abraza todas las cosas visibles. Una imagen del Crea-

dor y del Dios perceptible a los sentidos. Así se ha vuelto el mundo más grande, el mejor, el más hermoso y el más perfecto, el mundo salido de la unidad primordial, el Universo.

Pero este mundo,hijo de la Unidad, este mundo nacido único, no sería absolutamente perfecto si entre las imágenes múltiples que encierra no se encontrara la del mismo Creador. Pero esta imagen no puede ser concebida más que por el alma humana. Dios Padre, el Espíritu Infinito, permanece inaccesible en su profundidad insondable; pero el Hijo, el brote de Dios, que vive en el alma y que es semejante al padre, he ahí el Dios que el hombre puede referir al mundo.

Philón de Alejandría, que se denominaba a sí mismo una resurrección de Platón, llamaba «Hijo de Dios» a la sabiduría nacida del hombre, sabiduría que vive en el mundo y que contiene la razón manifestada por él. Esta razón universal, este *Logos*, se nos aparece como el libro en el cual el estado del mundo se registra y marca. Ella se muestra en seguida como el hijo de Dios. «Siguiendo el camino del Padre, el Hijo crea las formas guiándose por los arquetipos». Philón se dirige a este *Logos* como al Cristo: «Dios, siendo el primero y el solo rey del universo, se ha justamente llamado al camino que conduce hacia él «la Vía Real»... Considera como tal la filosofía... Por este camino marcha el coro de los antiguos ascetas que se desligan de la magia seductiva del placer para adornarse con el culto noble y serio de lo Bello. Esta Vía Real, que nosotros llamamos la filosofía ,es llamada por la Ley: «la palabra y el espíritu de Dios.» (1).

---

(1) Este *libro* es la luz astral que encierra los arquetipos de las cosas en imágenes fulgurantes. Es ese mismo libro de que habla el Apocalipsis, donde los sucesos pasados subsisten en cuadros vivientes y reflejándose al ojo del Vidente como un panorama.—(Nota de Edouard Schuré a la ed. franc.)

En el pensamiento de Philón, la «Ley» significa el conjunto de la tradición judeo-cristiana, el Antiguo y el Nuevo Testamento.—(Nota de Ed. Schuré).

Philón *siente* como una iniciación al camino que toma para hallar al Logos que es para él «el Hijo de Dios». «No tengo por qué ocultar lo que me ha sucedido muchas veces. Ciertos días, cuando quiero fijar por la escritura, del modo habitual, mis pensamientos filosóficos, que veo muy netamente, encuentro mi espíritu infecundo, hasta tener que suspender la tarea sin haberla podido dar fin .En mi impotencia, admírame esa fuerza misteriosa que da al pensamiento su realidad y que puede abrir y cerrar el alma humana. Porque otras veces me pongo al trabajo con la cabeza vacía y llego, empero, sin esfuerzo, a la plenitud. Como copos de nieve o como granos de semilla, mis pensamientos vuelan invisibles por lo alto. El Espíritu me toma y me transporta como una fuerza divina, de manera que yo no sé lo que está en mí, quién soy, qué digo, lo que escribo. Hallo entonces fácil el discurso, rodéame una luz llena de felicidad, penetro con la mirada en todo, me siento dueño del sujeto que estudio, como si la vista interior observase todo con la más grande claridad.»

Esta descripción ilustra el modo de conocimiento del adepto. Cuando el Logos se hace viviente en su espíritu, su alma se confunde con la Divinidad. Otro pasaje de Philón pinta este estado con igual claridad.

«Cuando el espíritu, atraído por el Amor, se remonta hacia lo que hay de más santo, en un impulso de júbilo, armado de alas divinas, olvida todo el resto y hasta la propia individualidad. Lleno del soplo de Aquel de quien es satélite y servidor, no respira más que por El y le ofrece como incienso la más santa, la más casta virtud.»

No hay más que dos caminos para Philón: O bien se liga uno al mundo sensible, a lo que nos ofrece la razón y la observación, limitándose a su personalidad y alejándose del Cosmos, o bien se hace consciente de la fuerza cósmica universal; consíguese ,en este segundo caso, la experiencia de lo Eterno en la propia consciencia. «Aquel que quiere escapar a Dios, dice aun el filósofo de Alejandría, cae en sus propias manos, porque hay dos cosas que

se deben considerar: el Espíritu Universal, que es Dios, y nuestro propio espíritu; este último, si quiere escapar a sí mismo, se refugia en el espíritu universal. Por eso, aquel que ha escapado a su propio espíritu, dice de sí mismo que no es nada, viéndolo todo en Dios; pero aquel que escapa a Dios, destruye la causa primera y hace de sí mismo la causa de todo lo que existe.»

La visión platoniana del Universo es a la vez un conocimiento de la verdad y una religión. Pone el conocimiento en relación con aquello que el hombre puede esperar de más importante para el sentimiento. La sabiduría no vale a los ojos de Platón más que cuando interesa al alma por entero. Es, entonces, más que una ciencia, una esencia de la vida. Es un hombre superior dentro del hombre, de ese hombre de cuya personalidad no es más que una pálida copia. En el hombre mismo se engendra un ser que lo sobrepasa: el *hombre primordial* y *transcendental*. Y es éste todavía otro secreto de los Misterios incorporados a la filosofía de Platón. El padre de la Iglesia, Hipólito, hace alusión a este secreto en el pasaje siguiente: «He aquí el gran secreto de los sacerdotes de Samotracia (que son los guardadores de un cierto culto de Misterios), secreto que no se permite revelar, pero que poseen los iniciados: se considera a Adán a la vez como al antepasado y como al hombre primitivo universal.»

El diálogo de Platón sobre «el Amor», *el banquete*, significa, igualmente, una iniciación. Aquí el amor aparece como el anunciador de la Sabiduría. Si la Sabiduría es la *Palabra* (Logos), el *Hijo* del eterno Creador de los mundos, el amor se halla con este Logos en una relación maternal. Antes que la clara chispa de la Sabiduría-Luz surque el alma humana, es preciso que un obscuro instinto, un impulso hacia lo divino, se manifieste en ella. Es preciso que el hombre se sienta atraído inconscientemente hacia esta luz que, una vez manifestada por su conciencia, se convertirá en su felicidad suprema. El amor se une a lo que Heráclito llama el *Demonio* (el daïmōn, o el genio del hombre). En el *Banquete* de Platón, los hom-

bres de condición más diversa y que tienen de la vida los más distintos conceptos, se expresan sobre el Amor: el hombre ordinario, el político, el hombre de ciencia encerrado dentro de su pequeña ciencia, el autor cómico Aristófanes y el poeta serio Agathón. Cada uno tiene sobre el amor vistas personales, conforme a las experiencias que ha podido hacer en su vida. La manera cómo lo comprenden muestra en qué grado se encuentra su daïmón (su genio). El amor es el que atrae un ser hacia otro ser. La diversidad, la multiplicidad de las cosas en las cuales Dios se ha *esparcido* y dispersado, aspira a devenir, por el Amor, a la Unidad, a la Armonía. El amor tiene, pues, algo de divino. Pero resulta de su naturaleza que cada cual no pueda comprender la divinidad más que en la medida que de ella participa. Luego que aquellos hombres distintamente colocados en la jerarquía de los seres han expresado su idea sobre el Amor, Sócrates toma la palabra. Considera al Amor desde el punto de vista del hombre que busca el conocimiento. Para él, el Amor no es un Dios, pero es algo que conduce al hombre hacia Dios. No considera a Eros como una divinidad, porque Dios es perfecto: posee la belleza y el Bien, y Eros no tiene más que el deseo de una y otra cosa. Su lugar está, pues, entre Dios y el Hombre. Es un daïmôn, un intermediario entre lo terrestre y lo divino. Debe notarse que Sócrates no pretende dar a conocer sus propios pensamientos al hablar del amor: Quiere, solamente, decir lo que una mujer le ha dicho como una *revelación*. Es un arte adivinatorio el que le ha dado su concepción del amor. Diotima, la sacerdotisa, ha despertado en Sócrates la *fuerza demoníana* que debe conducirle a la divinidad. Ella le ha iniciado.

Este rasgo del *Banquete* de Platón encierra un sentido profundo. ¿Quién es esa mujer «llena de sabiduría» que despierta el «daïmôn» en Sócrates? Trátase de algo más que un simple ornamento poético. Es, a la vez, real y simbólica, exterior e interior. Porque una sacerdotisa viviente, por sabia que sea, no puede despertar al «daïmôn»

en un alma más que cuando la fuerza demoníana latente se halla en el alma citada. Es, pues, la fuerza de alma que precede a la eclosión de la sabiduría la que Sócrates nos presenta como la «mujer sabia». Es el principio *maternal* que concibe el Hijo de Dios, la Sabiduría, el Logos. La fuerza de alma inconsciente que une lo Divino a la conciencia se presenta aquí como el elemento femenino. El alma todavía privada de sabiduría es la madre de aquello que conduce a lo divino. Esto nos lleva a una concepción importante de la mística. El alma se reconoce como la madre de lo Divino. Conduce al hombre inconscientemente con la necesidad de una fuerza de la naturaleza .

De aquí surge un verdadero rayo de luz: la idea de que la sabiduría de los Misterios se *hacía* de la Mitología. El mundo de los dioses ha nacido en el alma. El hombre considera como dioses las imágenes que se forma, pero es preciso que todavía llegue a otra concepción. Es preciso que transforme en imágenes divinas la fuerza misteriosa que dormía en él antes de la creación de los dioses. Detrás de los dioses aparece la madre de lo Divino, que no es otra cosa que la fuerza del alma humana. He aquí por qué el hombre ha colocado a las diosas al lado de los dioses.

Consideremos bajo este aspecto el mito de Dionysos. Dionysos es el hijo de Zeus y de una mortal, de Semele. A la madre fulminada, Zeus arranca el niño nacido de este modo antes de término y lo encierra en su propio flanco hasta que le llegue el tiempo. Hera (o Juno), la madre de los dioses, excita a los Titanes contra Dionysos. Estos dividen en pedazos al adolescente, pero Palas Atenea salva su corazón todavía palpitante y se lo lleva a Zeus. De este corazón el padre de los dioses engendra al *Hijo* por la segunda vez.

Puede perfectamente observarse en este mito un proceso que se cumple en el fondo del alma humana. Hablando a la manera del sacerdote egipcio que enseñaba a Solón el sentido secreto de los mitos, se podría decir así:

Lo que entre vosotros se cuente de Dionysos, engendrado por el Dios en una mera mortal, dividido en piezas y parido una segunda vez, parece una fábula, pero la verdad que encierra es el nacimiento de lo Divino y su destino en el alma humana. La divinidad se desposa con el alma terrestre efímera. Desde que el elemento divino y dionisíaco se estremece en ella, siente ésta una nostalgia violenta de su verdadera forma. La conciencia ordinaria, que aparece bajo la figura de una divinidad femenina, tórnase celosa del engrandecimiento del Dios por la conciencia superior. Aguijonea la base natural del hombre, los titanes. El dios, todavía niño, es dividido en pedazos. Así la Divinidad se halla dividida en el hombre en ciencia y en sentidos. Pero si la Sabiduría superior, Zeus, es bastante fuerte en el hombre para ser activa, velará sobre el débil niño que renacerá como el segundo hijo de Dios (Dionysos). Así, de la ciencia, que es la divinidad dividida en el hombre, nace la sabiduría, que es el Logos, el hijo de Dios y de nua madre mortal, es decir, de la parte perecedera del alma humana que aspira inconscientemente a la Divinidad.

Del mismo modo que la sabiduría platoniana se encadena al mito griego, así también el mito se encadena a la sabiduría de los Misterios. Los dioses engendrados eran el objeto de la religión popular; la historia de su nacimiento era el secreto de los Misterios. No hay por qué admirarse, pues, de que la divulgación de un tal misterio fuese considerada como supremamente peligrosa. Traicionábase por ella el origen de los dioses del pueblo.

RODOLFO STEINER.

De "Las Horas Místicas"

El Destino

A Diego Molinari.

El viento continuará soplando... Las hojas de los árboles serán arrastradas a los ríos y de éstos a los océanos; algunas permanecerán ocultas entre las piedras de *la pendiente*, sirviendo más tarde de alimento a semillas que algún día en árboles también se convertirán...

El viento, el calor y el frío, la calma y las borrascas, proseguirán su obra en el silencio de los siglos; mientras que en el hombre, el placer y el dolor en sus formas infinitas irán despertando su alma dormida.

Cuando se tienen que exteriorizar los acontecimientos, cuando se precipitan las cosas, cuando todo es confusión, obscuridad y misterio, en ese caos inmenso en que se pierde el espíritu del hombre, en ese cielo obscuro e insondable, destácanse nuevas estrellas... Se comprende entonces mejor que nunca *eso* que denominamos «destino»: sabia distribución de dolores y alegrías, de pesares y tristezas. El «camino» lo ignoramos: percibimos tan sólo la fragancia de las flores que se asoman al sentir nuestros vacilantes pasos y las punzantes advertencias de las espinas que crecen a su borde... Por ese sendero avanzamos en la «inclinada cuesta»...

Tan grande es el misterio que hay en nuestros pensamientos, deseos y deliberaciones, que ese mismo misterio nos confunde: es por eso que nuestro avanzar es incierto. No alcanzamos a comprender el valor oculto de una mirada, la advertencia de labios que no hemos visto nunca; lo que nos anuncian las aves, lo que nos dicen las flores...

Sigamos nuestra ruta... Vivir es compenetrarse del propio espíritu de las cosas; ser sabio es haber vivido. Llegará el día—porque todo llega—en que el hombre comprenderá la razón de ser de su existencia y el misterioso arcano de todos los «momentos» de su vida, vida miserable o noble, loca o sabia, desordenada o virtuosa. Al conocer el secreto de sus errores y de sus certezas, al descubrir la trama de su vida—vida de segundos, vida de años, vida de siglos—comprenderá también la vida de los demás y nacerá en él ese espíritu de tolerancia, divino perfume de las almas superiores... Sabremos entonces por qué no se inquietan las violetas y los lirios cuando las abejas y las mariposas las visitan y les llevan su néctar y su perfume. Desde ese día aprenderemos a ser resignados, y cuando alguien nos quite nuestra felicidad, destruya nuestros jardines, robe nuestro ganado o aniquile nuestras riquezas—sea bacterio u hombre, grano de arena o rayo de sol—pensaremos en las azucenas, en las violetas y en los lirios...

El hombre crece como crecen las gramíneas y los robles. El poder de los siglos, sumado a la eternidad, no podrán detener su continuado avance... Hacia Dios se eleva y el Amor desde lo Alto le tiende sus lazos protectores. ¡Luche, sufra; descienda o se eleve; ame u odie, llegará al fin!...

El Eterno Velo...

A Ricardo Rojas.

El conocimiento del Hombre, dará al hombre la clave del conocimiento de Dios.

Diríase que un espeso velo cubre todas «las cosas». Que las cosas, tal cual las vemos, no son la expresión de su íntima naturaleza. Vivimos de la apariencia, de la sombra, de la ilusión; ese es nuestro mundo; sus leyes son nuestras leyes. Si bien por un lado se manifiesta la parte ilusoria, por otra yace oculta la real, esa realidad invisi-

ble, intangible, insensible a todos «nuestros sentidos» y a «nuestra inteligencia». Dentro de lo mudable, existe en nosotros «esa oculta realidad»—la cual presiente, a su modo diremos, las otras «ocultas realidades», en sí y en los demás—hombres, seres y cosas, por intermedio de sa facultad divina, la intuición. Sólo la intuición conoce. La inteligencia compara, mide, analiza. Cuando la intuición llega a su grado necesario, tendrá el hombre el sentido de la vida y vivirá intensamente. Conocerá entonces «la razón de ser» de todos sus momentos y lo pequeño se confundirá con lo grande: sabremos por qué hemos ido hacia el encuentro de nuestro amigo, por qué fuimos duros con el niño que nos extendió su mano; por qué socorrimos al anciano que vimos por vez primera; por qué escuchamos atentos al labrador que conducía el arado y amamos a la joven que nos aguardaba más allá de las montañas y de los mares, como así también por qué giran los mundos, cantan las aves y perfuman las flores. El misterio de un segundo es más grande que la misma eternidad. En él se juegan vidas, se determinan glorias, se aniquilan existencias... Es inútil esperar: todo se resuelve desde el momento en que se encuentran dos desconocidos. Se miran y nada se dicen; pero un algo particular se observa en ese encuentro. Pasan los años, y los años sirven para confirmar «ese segundo» de la vida de cada uno, como nos dice el árbol lo que se deliberara, lo que había, lo que se ocultaba en el grano que le dió origen. Pues bien; la vida verdadera no es la que con tal nombre conocemos, sino aquella que se esconde en los silenciosos segundos de nuestra existencia, en apariencia trivial y loca. Lo que realmente vive en el hombre no es insensato ni trivial: es tan sabio como Dios porque es Dios mismo. Todo eso que se mueve es el ropaje, es la forma; acumulaciones transitorias de aglomerados que se mueven como los pequeños guijarros que arrastra la marea y amontona el viento... Así es la vida aparente del hombre: movediza como las arenas del desierto, como las aguas del océano.

En su ilusoria vida interior se dice el hombre a sí mismo: ¿Cuándo seré constante, cuándo viviré según mi

deseos? Pero no sabe que «Ese» que así piensa no es el *verdadero ser*, sino la sombra del Ser. El Yo transcendente es inmutable y contempla tranquilo el batallar de las olas. Así vivimos pensando que vivimos, cuando lo que en realidad hacemos es cambiar de forma y de lugar. ¡Cuántos pensamientos, cuántos deseos se cruzan por nuestra mente! Es allí donde el movimiento es mayor. ¿Cuándo surgirá el verdadero ser, lo inmutable, dentro de nuestra naturaleza mutable? ¿Cuándo se descorrerá para siempre el velo de la ilusión y podremos ver las cosas tal como son? Nada sabemos de todo esto. Son muchas las reglas y principios que se han establecido en todas las épocas para alcanzar ese estado de placidez espiritual. En sí todos esos conocimientos no son más que la parte fragmentaria de la experiencia de cada ser. No se podrán establecer nunca reglas bien definidas al respecto, por ignorarse las leyes que rigen tales fenómenos. Lo único que de esas experiencias se deduce es que cada sujeto debe por sí, con sus propios recursos psicológicos, descubrir sus leyes y establecer sus métodos de desarrollo oculto. Al tratar estas cuestiones, recordamos aquella sentencia de Sócrates: «Conócete a ti mismo».

En el campo de la psicología no es posible establecer leyes generales: su condición difiere grandemente de las otras condiciones correspondientes a las distintas ramas de las ciencias naturales. Sus laboratorios son múltiples y tan variados como seres hay. ¿Es posible, acaso, establecer condiciones psicológicas análogas entre dos sujetos para poder apreciar los mismos fenómenos? Sólo se podría llegar a estos si los dos sujetos fueran idénticos. La comprensión psíquica será mayor a medida que los espíritus se identifiquen; de aquí que, para la oculta comprensión del Universo, se requiera transformarse en su esencia misma: Dios. Por eso es que en la filosofía de Oriente se le da exclusivo valor a la realización de la verdad por sí mismo, como entidad absoluta...

Esa filosofía que se entretiene en construir y destruir según los elementos mentales de que dispone cada uno;

esa filosofía fría de la lógica de los hechos; esa filosofía que construye torres de marfil y palacios de cristal, es para el sabio de Oriente mera fantasía. El adepto hindú *vive su filosofía;* no es como esos pintores que contemplan y se enorgullecen con sus cuadros: contemplar es ya no ser. Acostumbrémonos a penetrar en nuestro mundo, mundo tan vasto como el Universo e infinito como Dios. No temamos encontrarnos con «Nosotros mismos». Golpeemos esas puertas e internémonos en esos Santuarios!

F. W. GÁNDARA

Febrero de 1914.

Reyes Magos
ó
Nupcias del Ideal

Breve fantasía poemático-narrativa.

...Y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones: oro e incienso y mirra.
Evangelio — Mateo, tít. II, vers. 11.

Creía que estas joyas fuesen preciosas, raras y verdaderas, y ahora comprendo que esto no es nada.
Goethe (2.º Fausto).

Los reyes magos de tu amor, dijeron:
—Baltasar soy: he dejado mi öro,
pero traigo una espada refulgente
que es en mi brazo aún mayor tesoro.
—Pero, dijo la Reina dulcemente...
—Soy el valor, y en mi tierra levanta
mi sandalia, si ändo, polvo de oro.
—¿Y por qué no has traído tus caudales?
—Porque comprendo que ellos no son nada
delante de tu mágica hermosura.
—Pero—dijo la Reina con dulzura—
brazo y hierro tampoco no son nada.

—Yo soy Gaspar: jamás dejo el incienso;
y envuelto en su humareda perfumada
levántase mi espíritu a lo inmenso.
Soy la virtud, y un alma inmaculada
en un cuerpo de dios, es mi presente:
soy todo entero, cuerpo y alma, incienso.
Pero, también le dijo dulcemente
la Hermosura, que todo no era nada.

—Yo me llamo Melchor: soy el talento:
traigo mirra y un sol: mi pensamiento
que en espirales mil al cielo sube
irisado en la lumbre del talento;

asciende más que la inconstante nube,
vuela incesante y anda con el viento;
penetra en las pretéritas edades;
como rayo de sol rasga lo obscuro;
mágico, hace vivir antigüedades;
flecha de anunciación, por las edades
cruza, para clavarse en el futuro.
Yo soy un Rey de Reyes; mi palabra
brújula fué desde la antigüedad:
dame el afecto que la dicha labra
y lo haré luz, laurel, inmensidad:
¡dame un amor de hönda antigüedad!

—Grata es tu voz, ¡oh Rey!—dijo la Reina—
y eres, también, de gloria pregonero;
pero no colmas mi ambición, que reina
bien sola: vuelve, que otro Rey espero.

(Volviéronse: Baltasar abatido,
muy humilde Gaspar, Melchor erguido).

Después las bodas fueron: soberano
amador, descendió de las estrellas,
encarnación del pensamiento arcano,
caprichoso y audaz de las doncellas,
que no se cansa de contar estrellas.

El alma de la Luna fué presente;
la Sirena del mar volcó el tesoro
de sus perlas; la Ninfa de la fuente
supo trinar enigmas cristalinos
que desgranó en fantástico tesoro;
bajo sonoros arcos diamantinos
todos al Idëal, felices, vieron;
(cuentan los grillos, en la noche, el caso)
los astros más lejanos aplaudieron
y en la campiña relinchó Pegaso.

CARLOS B. QUIROGA

Los mormones y la poligamia

Una creencia religiosa formó el pueblo de los mormones, y este pueblo singular ha convertido en Estado floreciente un extenso territorio que hasta mediados del pasado siglo cubrían inexploradas selvas y áridos desiertos; ha levantado prósperas ciudades en los sitios en que los indios tenían sus miserables cabañas, y ha convertido en país civilizado una región que antes era completamente salvaje.

Nació el mormonismo en la parte oriental de los Estados Unidos, y se ha desarrollado con rapidez y pujanza en esta comarca de occidente.

En 1820 vivía en Manchester, Condado de Ontario, Estado de Nueva York, una modesta familia de plantadores, descendientes de estirpe sajona. Existían por entonces en el Condado ardientes y agrias controversias entre las distintas sectas del protestantismo, especialmente entre los metodistas y presbiterianos. José Smith, miembro de la citada familia, se sintió inspirado directamente por Dios, y comenzó a exponer las doctrinas que, según él, recibía directamente del cielo. Produjo esto persecuciones en su contra, que le obligaron a emigrar, primero a Kirtand (Ohío) y después a Carthage (Illinois). Las persecuciones arreciaron en este último punto, y Smith fué reducido a prisión. El pueblo, amotinado, no se satisfizo con esta medida: penetró en la cárcel y dió muerte al titulado profeta de los nuevos creyentes.

No se arredraron éstos, y para substituir a Smith y continuar su obra eligieron a Brigham Young, uno de sus apóstoles, hombre intrépido y decidido, encarnación del mormonismo, verdadero vidente, alentado por la esperanza de constituir un pueblo, y a quien debe el Estado de Utah su formación y sus progresos.

Persuadido Brigham Young de la imposibilidad de realizar sus anhelos en Illinois, emprendió una penosa y arriesgada marcha hacia el entonces desconocido occidente, en requerimiento de nueva tierra para sus doctrinas y de nuevo hogar para sus prosélitos.

Tal marcha es considerada aquí como uno de los éxodos más peligrosos que registra la Historia. «Los santos de los últimos días» (Latter Doy Saints), como los mormones se llaman a sí propios, tuvieron que recorrer una distancia de más de 1.500 millas a través de las cimas y los valles de las Montañas Rocosas, sin caminos que poder seguir, sin personas que pudieran orientarles y sorprendidos y asaltados con frecuencia por las tribus indias que encontraban a su paso. Al cabo de ciento nueve días de marcha, y después de cruzar el territorio en que hoy se encuentran los Estados de Illinois, Nebraska, Kansas, Colorado y Wyoming, llegaron en 1847 al Gran Lago Salado, «Mar Muerto de Utah», y en sus desoladas orillas se establecieron 143 hombres, tres mujeres y dos niños que habían podido resistir las penalidades de la expedición.

La doctrina de los mormones es monoteísta, la misma del pueblo hebreo, reformada según su criterio, y la fundan en el Antiguo y Nuevo Testamento. Su Biblia es el «Libro del Mormón», compuesto por el mismo Smith, en el que explica a su modo el origen de los primeros habitantes de América. Según tal libro, seis siglos antes de Jesucristo un grupo de emigrantes, rama desprendida del reino de Judea, abandonó su patria, cruzó el Océano y arribó a este continente, en el que fundó populosas ciudades y estableció un gobierno similar al del pueblo de

Israel. Los habitantes se multiplicaron hasta llegar a constituir dos naciones: la de los Nefitas y la de los Samanitas. Jesucristo, después de la resurrección, se apareció a los nefitas, los predicó su doctrina y fundó su Iglesia. Pero las guerras que se suscitaron entre ambas naciones los escindieron; la civilización decayó, y las poblaciones degeneraron hasta convertirse en incultas tribus, en cuyo estado se hallaban cuando América fué descubierta por Colón. La predicación de la nueva doctrina y la fundación de la nueva Iglesia dice Smith que le fué revelada por Dios mediante mensajeros celestes.

He aquí algunos de los principios en que se funda: «Nosotros creemos en Dios, el Eterno Padre, y en su hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo...» «Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados y no por la transgresión de Adán...» «Creemos que por la expiación de Cristo todo el género humano puede salvarse mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio...» «Creemos que la Biblia es la palabra de Dios, pero también creemos que el libro de Mormón es la palabra de Dios...» «Creemos que Sión será reedificada sobre este Continente y que Cristo reinará personalmente sobre la tierra, la cual será renovada en un paraíso de gloria...» «Creemos que debemos estar sujetos a los jefes de Estado, a los legisladores y magistrados del país donde Dios nos llame a ramificar su Santa Iglesia, obedeciendo, honrando y sosteniendo su ley...» «Creemos que debemos ser honrados, verídicos, benévolos, virtuosos y benéficos para con todos los hombres...»

Entienden que, como en el orden jurídico los delitos y las penas son personales, en el orden religioso deben ser personales también los pecados y las penitencias. Consideran el bautismo como medio indispensable para redimir los pecados mediante el arrepentimiento; y como niegan que el niño nazca maculado por la culpa de Adán, no le bautizan hasta que tiene conciencia de sus propios actos y puede arrepentirse de sus propias faltas.

La poligamia es admitida por la secta, y ha sido mo-

tivo de los más rudos ataques a la nueva comunidad y de porfiadas discusiones en el Congreso de Wáshington, hasta que una ley federal la ha prohibido. La estableció Smith y Brigham Young la sostuvo, estimándola lícita, conforme a su entender, con los libros del Antiguo Testamento, y asocióla a la restauración de su Iglesia. El vínculo matrimonial es perdurable para los mormones y liga a los cónyuges eternamente. Los casados con sujeción a su dogma casados continúan después de la muerte, como lo estuvieron en vida. No toleran el comercio carnal entre hombre y mujer fuera del matrimonio. Al adúltero le expulsan de la comunidad y le consideran infiel, como nos consideran a todos los que no profesamos su credo. Y para evitar las relaciones sexuales ilícitas y pecaminosas admiten la poligamia.

«Creemos—dicen—que si un hombre se casa con una mujer y los liga un ministro de la Iglesia, la unión es aprobada por Dios; y si la primera consiente y el marido se casa con otra por la ley de Dios, no infringe los preceptos divinos... La pluralidad de esposas bajo restricciones adecuadas es aprobada por Dios y se justifica ante los hombres... Es nuestra creencia que la pluralidad de esposas como la practicamos nosotros se justifica desde el punto de vista moral, fisiológico y bíblico... Abraham, el padre de los fieles y el amigo de Dios, tuvo dos esposas... Jacob tuvo cuatro... Gedeón tuvo muchas mujeres y fueron bendecidas por Dios... En los últimos días la pluralidad de esposas ha de establecerse...»

Así piensan respecto a la poligamia los más distinguidos mormones. Tomo los precedentes juicios del libro titulado «Le Mormonismo», escrito por Mr. W. Ivins, uno de los más significados mormones, que estuvo conmigo en mi visita al Templo y al Tabernáculo, y bondadosamente se ofreció a acompañarme en su automóvil para visitar la prisión y los Tribunales. Mr. W. Ivins está casado con una sola mujer, de la que tiene ocho hijos, uno de ellos misionero de su doctrina en el Japón. Pero su padre tenía dos esposas; con ambas tuvo descendencia,

y me aseguró que padres e hijos vivían en la misma casa, tranquilos y felices, profesándose sincero amor familiar.

La ley federal prohibitiva de la poligamia ha reconocido los matrimonios celebrados con anterioridad a su promulgación, y en la actualidad existen más de 3.000 familias polígamas, según me manifestó mi ilustrado acompañante.

FERNANDO CADALSO

Salt Lake City (Utah), Septiembre 5 913.

El juicio de Dios

(Cuento inédito de Fernández Bremón)

En el manicomio donde mi cuento sucede existe la libertad posible en este mundo; es decir, la que no daña ni traspasa los límites del desorden ordenado: los locos representan comedias, dan saraos, leen discursos, todo con tanta formalidad como los cuerdos. Un magistrado que ingresó en el establecimiento por haber querido presidir la Audiencia en calzoncillos, y conservaba el viejo vicio de juzgar, había organizado un tribunal con todos sus funcionarios, desde el presidente, ministerio que asumió, según su frase, por derecho divino, hasta el último alguacil: los infelices maniáticos se disputaron esos cargos como en la vida real, buscando la influencia del director y los loqueros, hasta para sentarse en el banquillo, y ya se había juzgado a Numa Pompilio, Copérnico, Sansón y otros famosos personajes; pero aquel día el acusado era más Alto, Alto en superlativo, era el Altísimo ,el Creador, el Padre Eterno.

- Se abre el juicio de Dios - dijo tocando la campanilla el presidente -: que entre el acusado.

- Señor - contestó el alguacil -no ha sido habido.

- Aquí está mi divina majestad - exclamó presentándose en la sala una señora de edad madura, coronada de flores de papel. Algunos locos se arrodillaron; pero los más, echándose a reir, protestaron en términos ruidosos.

-¡Fuera esa loca!

¡Esto no es serio!

La infeliz, amedrentada con el vocerío, se retiró precipitadamente para reaparecer y huir al momento después de lanzar estas injurias:

—¡Sacrílegos! ¡Bribones!

—¡Pido la palabra!—dijo el fiscal.—Para afirmar la comparecencia del Acusado, porque estando Dios en todas partes, necesariamente ha de estar en el banquillo.

—Que el secretario dé fe de su presencia—repuso el presidente.

—No me atrevo, señor.

—Diga el motivo.

—No una vez, sino muchas, oí exclamar: «¡Por vida del otro Dios!», e ignoro si el compareciente es el que se juzga o es el otro.

—Testifique usted que compareció, sea el que fuere. Y ahora, levántese el Acusado. Como V. M. es invisible, suponemos que lo hizo. Diga su edad. Calculamos que no puede decirla si es Eterno. ¿Tiene V. M. antecedentes penales? Conste que no ha querido responder, y hable el señor fiscal.

Señores: Penosa y grata es a la vez mi tarea; penosa por acusar a un Padre, grata por ser una locura digna de nosotros; pero, ¿hay paciencia para tolerar las burlas del Supremo Hacedor, a quien respeto cuando saca de la nada todo un elefante, pero al que debo decir muy alto: «¡Señor! ¿Es serio haber creado al mono? ¿Es serio haber hecho creer al hombre que el Sol voltea en torno de nosotros, y que la Tierra es llana cuando nos ha colocado en una bola donde nadie sabe cuál es lo de arriba y lo de abajo? ¿Es honrado ocultar en la claridad del agua los microbios para que los tragáramos sin verlos?» Yo, señores, desde que lo supe, sólo bebo tinta. (Aprobación). Por eso estoy aquí. ¡El infusorio! La vida de la nada que nada en una gota de agua sacada de la nada. ¿Hay nada más absurdo? Y Tú, el que tal hiciste, ¿por qué te ocultas de nosotros? Lo grande se ve. ¿Es que eres tan diminuto como ellos? Lo hermoso se luce. ¿Serás acaso feo y arrugado? ¡Ah! Te escondes por temor a la justicia, por miedo de nosotros, porque te aterra mi discurso y te espanta el efecto en los espacios de mi palabra omnipotente. (Grandes aplausos).

—¡Agua al señor fiscal!—dice un alguacil.

—¡Tinta!—replica el orador.

—¿Con azucarillo?

—¡Agua para todos! exclaman algunos locos.

—¡El Dilovio! ¡El Diluvio! repiten otros.

—El Diluvio con azucarillos.

La campanilla presidencial era inútil para restablecer el silencio, y dijo apareciendo el director:

—¿Quieren agua! Que se dé una ducha general.

Todos callaron, y prosiguió el fiscal su acusación.

—El que se esconde es sospechoso. Pero le conocemos por sus obras. Donde no hay más ley de vida que la gula: las plantas sorben gaseosas y hay plantas carnívoras, ¡tragonas!; los insectos devoran a las plantas y se comen unos a otros ¡los malditos!; los pájaros se alimentan de insectos y de frutas, es decir, de carne y postres: los gatos cazan aves y ratones y roban nuestra cena: el hombre echa a la cazuela desde el caracol hasta el venado, y el tigre se come al hombre con placer. Este espectáculo, ¿no nos obliga a sostener que fuera de este mundo los astros se comen a los astros, los ángeles devoran a los ángeles y los condenados al fuego eterno son el asado de un festín celeste que no ha de acabar nunca, y en que los réprobos seréis tostados y comidos y vueltos a tostar y vueltos a comer per omnia saecula saeculorum?

—Amén, amén repetían los infelices aplaudiendo. Uno solo, que parecía muy inquieto, se acercó al defensor y le dijo consternado:

—Dios está perdido: defiéndale usted por loco.

El fiscal continuó:

—Sí, señores: Dios creó el mundo para comerselo: cada astro es un pastel que tiene dentro el horno: todos seremos tragados, y sólo se salvarán algunas viejecillas, sin más que huesos y pellejos. Dios sembró la Tierra de osamentas, restos de sus meriendas; dondequiera que escarbéis se hallarán cráneos, tibias y esternones. ¿De quién son esos restos? Pues son de nuestros abuelos,

bisabuelos y tatarabuelos y trastatarabuelos, y pido la última pena para el exterminador de todas las familias.

—¡Sí! ¡Sí!—vociferaban los maniáticos en medio de una ovación y gritería formidables.

Por fin cesó el ruido, y dijo el presidente:

—Tiene la palabra el defensor.

—Sí; tengo la palabra, y las manos, y la punta de mis botas, para confundir a ese blasfemo, a quien maldigo ante el Sol, ante la Luna, ante los vivos y los muertos, y ante los que hablan, los que ladran, mayan, bufan y crotoran. ¿Qué será de su alma, de su cuerpo y de su lengua endemoniada el día del juicio?

Una carcajada casi general interrumpió largo rato al orador.

—¡El día del Juicio! ¡El día del Juicio! repetían muy regocijados.

—Que esto se diga en un manicomio... exclamaban los locos más sensatos.

—El juicio no existe: es una invención de los cuerdos.

—Silencio, señores, o tendré que imponerle con las duchas.

—Déjenles que griten decía el defensor, que se había colocado junto al fiscal y empezaba a golpearle.—Yo argumento con los puños a este miserable: ¿qué tienes que oponer a este capón?

—Que me duele.

—¿Y a esta bofetada?

—Que me ha hinchado el carrillo.

—Señor presidente dijo el alguacil están atropellando al señor fiscal.

—Cállese el sayón y no coarte el sagrado derecho de la defensa: prosiga el defensor.

—Prosigo y pego este cachete. ¿No es una razón como un puño este trompazo? ¿Qué dices de esta coz en los riñones! ¡Retira la acusación o te deslomo!

—Retiro la acusación—dijo el fiscal, rodando por la sala.

—Queda retirada—respondió el presidente.—¿Hay quien la mantenga?

—¡Yo! ¡Yo!—exclamaban muchos locos.—Hay que condenar al Ser Supremo antes que nos condene.

—Hay que deshacer al Hacedor.

—Es un tirano—decían otros alzando los puños.—¡Muera Dios!

—¡Que baje en grupo toda la familia!

—Sí, que baje.

—Que de una muestra de su poder—apuntó un loquero por orden del director.

—Eso es; que dé una muestra. ¿Para cuándo son los rayos?

—Un rayo: un simple rayito—decían en coro, mirando al techo de la sala.

El director, que era hombre de recursos, dió la muestra: un ruidoso cohete, entrando por una ventana y saliendo por otra, produjo tal espanto que unos cayeron de rodillas, otros de espalda o se escondieron bajo los bancos y las mesas, o huyeron de la sala, y exclamaban aterrados:

—¡Señor, misericordia!

—Ya sabes que no he sido.

—¡Confesión!

—¡Me arrepiento!

—¡Penitencia!

—Señores, confiemos—dijo el director.—Dios es misericordioso y clemente con los locos.

—Hagamos una procesión de desagravio. Vengan velas.

—Lo apruebo; pero con velas apagadas.

Y aquellos desdichados, puestos en dos filas, dieron vuelta al patio golpeándose los pechos y murmurando en desorden y en tonos diferentes rezos, palabras y cantos piadosos.

—Santo Dios, Santo fuerte.

—Veni creator.

—Todos recemos
lo que debemos.

—Cristi exaudi nos.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

PENSAMIENTOS Y LIBROS

Director: Dr. CATALANO

Idéntica alma en todos (1)

Todos los seres vivientes están separados por sus cuerpos los unos de los otros; pero el origen, la vida, es la misma para todos.

I.—La Conciencia de la divinidad del alma une á los hombres.

1.—La doctrina cristiana revela a los hombres que el mismo principio espiritual vive en todos ellos; que todos son hermanos; y así quedan reunidos por una dichosa vida común.

LAMENAIS

2.—No es suficiente el decirse que cada hombre tiene un alma igual a la mía; es necesario decirse que en cada hombre vive el mismo principio que vive en mí. Los hombres están separados los unos de los otros, por sus cuerpos; pero todos están unidos por el mismo principio espiritual que da la vida a todo.

3.—Es una gran felicidad el estar en comunión con todos los hombres; ¿pero cómo hacer para unirse a todo? Puedo unirme a los miembros de mi familia; ¿pero y a los otros? Puedo unirme a mis amigos, a todos los Rusos, a todos mis correligionarios. ¿Pero cómo hacer para unirme a los que no conozco: los extranjeros, los que profesan otra religión? ¡Hay tantos hombres y son tan distintos! ¿Cómo hacer?

No hay más que un medio: olvidar a los hombres, no

(1) De «El Pensamiento de la Humanidad», por León Tolstoi.

pensar en unirse a ellos y no pensar en otra cosa que en unirse, únicamente, al principio espiritual que vive en mí y en todos los hombres.

4.—Se dice que cada hombre puede ser muy bueno y muy malo, y que manifiesta el uno o el otro de esos sentimientos según sus disposiciones. Es perfectamente exacto.

Ver el sufrimiento en los otros provoca, no solamente en cada una de las distintas personas, sino hasta en la misma persona, sentimientos absolutamente contradictorios: a veces la compasión y a veces un principio de disgusto que puede llegar a ser la maldad más cruel.

He tenido la ocasión de constatarlo en mí mismo: a veces sentía por todos los seres una profunda compasión, a veces experimentaba la más grande indiferencia y a veces el mayor odio.

Eso prueba claramente que tenemos dos modos absolutamente opuestos de concebir las cosas: El uno, cuando nos consideramos como seres separados, cuando todos los seres nos son absolutamente extraños y que no son «yo». En ese caso, no podemos experimentar para con ellos otra cosa que indiferencia, envidia, odio, malevolencia.

El otro modo de concebir las cosas está en la conciencia de nuestra unidad con todo. En ese caso, todos los seres son, para nosotros, lo que es nuestro «yo», y entonces ellos nos suscitan nuestro amor.

El uno separa a los unos de los otros, como por una muralla infranqueable; el otro destruye esa muralla y nos convierte en uno. El primero nos enseña a reconocer que todos los demás seres no son «yo»; el segundo nos enseña que todos los seres son el mismo «yo» que aquel que siento en mí mismo.

SCHOPENHAUER

5.—Cuanto más el hombre vive para su alma, tanto más siente su unidad con todos los seres vivientes. Vive para tu cuerpo y estarás solo entre extranjeros; vive para tu alma y todos serán de tu familia.

6.—Un río no se parece a un estanque; un estanque tiene un tonel y un tonel tiene un cántaro de agua. Pero en un estanque, en un río, en un tonel y en un cántaro hay la misma agua. Así también, todas las personas son diferentes, pero el espíritu que en ellos vive es en todos el mismo.

7.—El hombre no comprende su vida, más que cuando se ve en cada uno de sus semejantes.

8.—Lo esencial en la doctrina del Cristo es que consideraba a todos los hombres como hermanos. En cada hombre veía un hermano y por esta razón amaba a cada uno, fuera éste cualquiera y el que fuera. No se preocupaba de su exterior, pero sí de lo interior. No veía el cuerpo; pero a través de los lujosos hábitos del rico y los harapos del miserable veía el alma inmortal. En el hombre más depravado descubría lo que podía transformar el ser más decaído en el hombre sublime, tan grande y tan santo como El mismo lo era.

9.—Cuando el hombre no ve en cada uno el mismo espíritu que lo une a todos los hombres, vive como en un sueño. Aquel que ve a Dios y a él mismo, en cada cual, vive realmente.

II.—El mismo principio espiritual vive, no solamente en todos los hombres, sino también en todo lo que vive.

1.—Sentimos, en nuestro fuero interior, que aquello por lo cual vivimos, lo que denominamos nuestro verdadero «yo», es el mismo, no solamente en cada hombre, sino también en un perro, un caballo, un ratón, una gallina, un gorrión, una abeja y también en una planta.

2.—Cuando se pretende que los animales nos son absolutamente extraños, se puede decir lo mismo de los salvajes, de los negros y de los amarillos. Y si creemos que esos hombres nos son extraños, tienen ellos absolutamente el mismo derecho en considerar a los blancos como extraños. ¿Quién es, luego, nuestro prójimo? No puede haber más que una sola respuesta a esa proposición: no

preguntes quién es tu prójimo, pero procede para con todo lo que vive, como tú quisieras que procedieran contigo mismo.

3.—Todo lo que vive teme los sufrimientos; todo lo que vive teme la muerte. Reconócete, no solamente en un hombre, sino también en cada ser viviente; no mates y no causes sufrimiento ni muerte. Todo lo que vive quiere lo mismo que tú; reconócete, entonces, en cada ser viviente.

Sabiduría Buddista.

4. El hombre no es superior a las bestias porque las hace sufrir, pero sí porque es capaz de compadecerlas. Y tiene piedad de las bestias, porque siente vivir en ellas que igualmente vive en él.

5. La piedad por todo lo que vive es más necesaria que todo el resto, para poder avanzar hacia la virtud. Un hombre bueno no puede carecer de piedad. Si un hombre es injusto y perverso, es seguramente inhumano. Sin piedad hacia todo lo que vive, no puede haber virtud.

SCHOPENHAUER

6.—Se puede deshabituarse de la piedad hacia las bestias. Eso se nota particularmente en la caza. Los hombres buenos, que le toman afición, atormentan y matan a las bestias, sin notar la crueldad que cometen.

7.—El mandamiento: «No matarás» no se indica sólo para el hombre, sino para todo lo que vive. Este manmandamiento había sido grabado en el corazón del hombre, antes de serlo en la tabla.

8.—Los hombres consideran que no hay ningún mal en nutrirse de la carne de los animales, porque los han persuadido que Dios lo había permitido. Es falso. Se tiene a bien el asegurar que no hay pecado en matar y comer a los animales; está grabado en el corazón del hombre, mejor que en todos los libros, que es necesario tener piedad de los animales y que no se debe matarlos, del mismo modo que a los hombres. Todos lo sabemos, si no ahogamos la voz de la conciencia.

9.—Si todos aquellos que comen animales los mataran ellos mismos, un gran número entre ellos habría renunciado a la carne.

10.—Nos asombramos de ver que ha habido, y que hay todavía, hombres que matan a sus semejantes para comerlos. Tiempo vendrá en el cual, nuestros niñitos, se asombrarán de que sus antepasados hayan muerto todos los días a millones de animales para comerlos, cuando se puede tener un alimento sano y nutritivo empleando los frutos de la tierra.

11.—Se puede deshabituarse de toda piedad, aun hacia los hombres, y puédese acostumbrar a tener piedad hasta de un insecto.

Cuanto más el hombre sea compasivo, tanto más eso le valdrá para su alma.

12.—¿Cómo hacer para abstenerse de matar a la mosca o a la pulga? Cada uno de nuestros movimientos suprime, a pesar nuestro, la vida de seres que no vemos», se dice generalmente, para justificar la crueldad humana hacia los animales. Los que así hablan, olvidan que no es dado al hombre el llegar a la perfección en todas las cosas. La tarea del hombre es de aproximarse a la perfección. Sucede lo mismo cuando se trata de la compasión hacia los animales. No podemos vivir sin hacer morir a otros seres, pero podemos tener por ellos más o menos compasión. Y cuanta más compasión tengamos, tanto mejor ello valdrá para nuestra alma.

III.—Cuanto más buenos sean los hombres, mejor concebirán la unidad del principio divino que en ellos vive.

1.—¿Por qué nos sentimos felices, cuando hemos cumplido una buena acción? Porque cada buena acción nos confirma que nuestro verdadero «yo» no se limita solamente a nuestra persona, sino que existe en todo lo que vive.

Cuando se vive para sí mismo, no se vive más que una partícula de su verdadero «yo». Cuando se vive para los otros, se siente el «yo» agrandarse.

Si vives sólo para ti, te sientes rodeado de enemigos; sientes la felicidad de cada uno trabar a la tuya. Vive para los otros y te sentirás rodeado de amigos y la felicidad de cada uno será tu propia felicidad.

2.—El hombre no encuentra la dicha, sino sirviendo a su prójimo. Y la encuentra, porque ayudando a su prójimo, comulga con el Espíritu Divino que vive en él.

3.—Toda acción buena y verdadera, que el hombre realizara con desinterés y no pensando en la desdicha de otro, sería un hecho sorprendente e inconcebible, si no le fuera natural al hombre.

En efecto: ¿por qué privarse de algo, inquietarse, distraerse por un extraño, un hombre, como hay tantos sobre la tierra? No se puede explicar de otra manera que por el hecho de que la persona que hace el bien, sabe que aquel por el cual lo hace no es un ser aislado de todos, sino un mismo ser como él, aunque en otro aspecto.

Según Schopenhauer

4.—Cuando se vive la vida espiritual se experimentan sufrimientos morales, cada vez que uno se separa de los hombres. ¿Por qué ese sufrimiento? Porque lo mismo que el sufrimiento físico demuestra el daño que amenaza la vida corporal, el sufrimiento moral demuestra el daño que amenaza la vida espiritual del hombre.

5.—Un sabio hindú decía: «En ti, en mí, en todos los seres vivientes, vive un solo e idéntico espíritu vital; y he aquí que tú te enfadas contra mí: tú no me amas. Acuérdate que tú y yo somos uno. Quien quiera que seamos tú y yo, no formamos más que uno».

6.—Aunque un hombre sea perverso, injusto, brutal y desagradable, acuérdate que no respetándolo más rompes, no solamente todo lazo con él, sino también con todo el mundo espiritual.

7.—Para que te sea fácil vivir con cada hombre, piensa en lo que a él te une y no en lo que de él te separa.

IV.—Las consecuencias que resultan de la concepción de la unidad del alma en todos los hombres.

1.—No puede haber y no habrá libertad y verdadera felicidad hasta tanto los hombres no hayan comprendido su unidad. Si los hombres hubieran comprendido solamente esta verdad esencial del cristianismo,—la comunidad espiritual de todos los hombres,—sus vidas se habrían transformado y se establecerían, entre ellos, relaciones que no podemos imaginar actualmente. Los insultos, las penas, las humillaciones, que hacemos sufrir a nuestros hombres-hermanos, nos habrían indignado más que los más grandes crímenes actuales.

Sí, nos es necesario una nueva revelación, no sobre el paraíso y el infierno, sino sobre el espíritu que vive en nosotros.

CHANNING

2.—El amor atrae al amor. No puede ser de otro modo, puesto que, revelándose en tií Dios se manifiesta igualmente en otro hombre.

3.—La rama cortada de su nudo está, por eso mismo, separada totalmente del árbol. Así también, el hombre que rompe con otro hombre se separa de toda la humanidad. Unicamente que la rama está cortada por un brazo extraño, mientras que, para su menosprecio, el hombre, se separa de su prójimo, sin pensar que, por eso mismo, se separa de toda la humanidad.

MARCO AURELIO

4.—No hay mala acción por la cual sea únicamente castigado aquel que la ha hecho. No nos podemos aislar de modo que nuestra perversidad no se extienda por los otros hombres. Nuestras acciones, buenas y malas, son como nuestros hijos: viven y actúan, no por nuestra voluntad, sino por ellos mismos.

JORGE ELLIOT

5.—La vida de los hombres es penosa, porque no saben que el alma que está en cada uno de ellos vive en todos los hombres. Es de aquí que proviene la envidia de que los unos son ricos, los otros pobres, los unos son maestros, los otros obreros: de ahí viene el encono, el odio y todos los tormentos humanos.

El Amor

El alma humana, aislada tanto de Dios como de los demás seres, tiende a unirse a aquello de lo cual está separada.

El alma se une a Dios, por la conciencia progresiva de la presencia de Dios en sí; mientras que se une al alma de los demás, por manifestaciones de amor, de más en más evidentes.

I.—El amor une á los hombres con Dios y con los demás seres.

1.—«Jesús dice al legista: Tú amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Es el primero y el más importante de los mandamientos.

«El segundo es: Ama a tu prójimo como a ti mismo, le respondió el hombre de leyes al Cristo, y Jesús le dijo: Has respondido bien; haz entonces como lo has dicho, es decir, ama a Dios y a tu prójimo y vivirás bien.»

2.—¡Sois bien desdichados vosotros, gentes del mundo! Las tristezas y las inquietudes están por encima de vuestras cabezas y debajo de vuestros pies, a vuestra derecha e izquierda, y sois enigmas para vosotros mismos. Y quedaréis siempre enigmas, si no os hacéis alegres y afectuosos como los niños. Entonces únicamente Me conoceréis, y habiéndome conocido, os comprenderéis a vosotros mismos y os podréis gobernar.

Entonces solamente, cuando miréis el mundo a través de vuestra alma, todo será alegría para vosotros: en la tierra y en vosotros mismos.

SOUTRS BUDISTAS

3.—No se puede amar sino la perfección.

Es necesario para amar: o bien considerar como perfecto lo que no lo es, o bien amar lo que es perfecto, es decir, Dios. Si se considera como perfecto lo que no lo es, el error se revelará tarde o temprano y el amor desaparecerá. Pero el amor a Dios, es decir, a la perfección, no puede desaparecer.

4.—Dios es amor; aquel que mora en la caridad, vive en Dios y Dios en él. Ninguno ha visto jamás a Dios; pero si nos amamos los unos a los otros, Dios vivirá en nosotros; y su amor estará realizado en nosotros. Si alguien dice: «Amo a Dios» y aborrece a su hermano, es un embustero. Pues aquel que no ama a su hermano, al cual ve, ¿cómo puede amar a Dios, al cual no ve? Hermanos, amémosnos los unos a los otros, pues el amor proviene de Dios, y quienquiera que ame, ha nacido de Dios y conoce a Dios, pues Dios es amor.

SEGÚN LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN

5.—Los hombres no pueden comulgar realmente sino con Dios. Para encontrarse, los hombres, no tienen necesidad de cruzarse: deben simplemente dirigirse hacia Dios.

Si hubiera un gran templo en el cual la luz no penetrara sino de lo alto y del centro, los hombres, para encontrarse en ese templo, no tendrían más que dirigirse hacia la luz. Es lo mismo en el mundo: si todos los hombres fueran hacia Dios, se encontrarían todos.

6.—No hay nada más agradable que sentirse amado. Pero ¡cosa extraordinaria! para que nos amen es inútil el hacer servicios a los otros: basta el aproximarse a Dios. acércate a Dios y no pienses en los hombres, y los hombres te amarán.

7.—Aquel que pretenda amar a Dios no amando a

su prójimo, engaña a los hombres. Aquel que pretende amar a su prójimo y no ama a Dios, se engaña a sí mismo.

8.—Se dice que el día del juicio final llegará y que el buen Dios se disgustará. Pero un Dios bueno no puede hacer más que bien.

De todas las religiones existentes, no hay más que una verdadera, la que dice que Dios es amor. Y el amor no puede dar más que felicidad.

Nada temas: durante tu vida y después de tu muerte, no puede haber más que amor.

TRADUCIDO DEL PERSA

9.—Vivir según los preceptos de Dios es ser parecido a Dios. Y para ser parecido a Dios es menester no temer nada y no desear nada para sí. Y para no temer nada y no desear nada para sí no hay nada más que amar.

Los unos dicen: entra en ti mismo y encontrarás el reposo. Toda la verdad no está allí.

Otros dicen, al contrario: Sal de ti mismo; procura olvidarte y trata de encontrar la felicidad en los placeres. Esto no es tampoco del todo cierto. Esto no es verdadero, por esta sola razón: que no se puede desembarazarse de las enfermedades por los placeres. El reposo y la felicidad no están ni en nosotros ni fuera de nosotros: están en Dios. Y Dios está en nosotros y fuera de nosotros. Ama a Dios, pues es en Dios que encontrarás lo que buscas.

PASCAL

II.—Así como el cuerpo tiene necesidad de alimentos y sufre cuando se encuentra privado, el alma tiene necesidad de amor y sufre faltándole.

1.—Todos los cuerpos son atraídos por la tierra y los unos por los otros. Así también todas las almas son atraídas hacia Dios y las unas hacia las otras.

2.—Todas las personas viven, no porque piensan en ellas mismas, sino porque el amor es propio de los hombres.

A fin de que los hombres no vivan cada uno para sí, sino todos para la misma causa, Dios no les ha revelado lo que les es preciso a cada uno de ellos, sino que les ha dicho únicamente lo que les era necesario a todos.

A fin de que los hombres sepan lo que les es necesario a todos, El ha penetrado en sus almas y se ha manifestado en amor.

3.—Todas las desdichas de los hombres no son causadas por las malas cosechas, los incendios, los bandidos, pero sí simplemente porque viven en desacuerdo. Están en desacuerdo porque no creen en la voz del amor, que vive en ellos y que los llama a la unión.

4.—Mientras el hombre viva una vida material, le parecerá que está separado de los demás hombres, porque eso es así y no puede ser de otro modo. Pero desde que da principio a una vida espiritual, se sorprende, no entiende, hasta padecer, por qué se encuentra separado de los demás hombres y busca unirse con ellos. Sólo el amor une a los hombres.

5.—La vida de cada hombre consiste en ser mejor cada año, cada mes, cada día. Cuanto más las personas se hacen mejores, tanto más se unen y tanto más sus vidas son mejores.

6.—Si procedemos firmemente a unirnos con los hombres, allí donde estamos de acuerdo con ellos, sin exigir consentimiento para las cosas por las cuales estamos en desacuerdo, estaremos mucho más cercanos al Cristo que aquellos que, aun calificándose de cristianos, se separan, en nombre del Cristo, de los hombres de otra religión, exigiendo que estén de acuerdo con lo que les parece ser la verdad.

Amad a vuestros enemigos y no tendréis ninguno.

ACTOS DE LOS APÓSTOLES

III.—El amor no es verdadero mientras no se extiende sobre todo.

1.—Dios quería que fuéramos felices y es por eso que nos ha dado la necesidad de la dicha; únicamente El quería que todos fuéramos felices y no algunos solamente, y es por eso que nos ha dado la necesidad de amar. Es por eso que los hombres no serán felices mientras no se amen todos, los unos a los otros.

2.—Séneca decía que: todo lo que vemos, todo lo que vive, no es más que un solo cuerpo; así como los brazos, las piernas, el estómago, los huesos, forman las partes de ese cuerpo; todos deseamos nuestra felicidad; todos sabemos que mejor haríamos en ayudarnos que en exterminarnos; y todos tenemos un germen de amor los unos para los otros. Como las piedras, formamos un mismo camino y nos caeremos si no nos sostenemos.

3.—Si amamos a los que nos agradan, que nos alaban, que nos hacen el bien, los amamos por nosotros mismos. El verdadero amor es aquel que nos hace amar, no para nuestro placer, sino para el bien de los hombres que amamos; debemos amarlos, no porque son agradables o útiles, sino porque en cada hombre reconocemos el espíritu que vive en nosotros.

No es más que así que podemos amar, como nos lo ha enseñado el Cristo, no solamente a aquellos que nos aman, sino también a aquellos que nos odian: nuestros enemigos.

4.—Procura amar a aquel que no amas, que vituperas, que te ha ofendido. Si aciertas, conocerás una nueva sensación de alegría. Así como la claridad resplandece después de las tinieblas, la luz del amor se iluminará con más intensidad y más alegremente en ti, cuando te hayas libertado de la enemistad.

5.—El mejor de los hombres es aquel que ama a *todos* y que hace el bien a todos, así sean buenos o perversos.

MAHOMA

6.—«Estoy triste, enojado, solo». ¿Pero quién te ha ordenado huir de los hombres y encerrarte en la prisión de tu miserable y enojoso «yo»?

7.—Obra de manera que puedas decir a quienquiera: Haz como yo.

Según KANT

8.—Hasta tanto no haya visto observar el más grande de los mandamientos del Cristo,—el amor para con los enemigos—no creeré que aquellos que se califican de cristianos lo sean efectivamente.

LESSING

IV.—No se puede amar realmente más que al alma.

1.—Todos los hombres no desean más que una sola cosa: bien vivir. Es por eso que, desde los más antiguos tiempos, siempre y en todas partes, los sabios y los santos han pensado y enseñado a los hombres cómo se debería vivir para ser feliz. Y en todos los tiempos y en todos los países, los sabios y los santos, han enseñado a los hombres la misma doctrina.

Esta doctrina es breve y simple:

Todos los hombres viven por el mismo espíritu, pero están separados, en esta vida, por sus cuerpos; si de ello están convencidos, deben unirse los unos a los otros por el amor. Si no lo comprenden y se imaginan que viven únicamente por sus cuerpos, se querellan entre sí y son desdichados.

Toda la doctrina consiste en la recomendación de hacer aquello que une a los hombres y de no hacer aquello que los separa. Es fácil tener fe en esta doctrina, porque ella está en el corazón de cada hombre.

V.—El amor es un sentimiento natural en el hombre

1.—El hombre ama tan naturalmente como el agua desciende por la pendiente.

Proverbio oriental

2.—Para que se viva según la naturaleza, la abeja debe volar, la serpiente arrastrarse, el pez nadar, el hombre amar. Por consiguiente, si el hombre hace mal a su prójimo, en lugar de hacerle el bien, eso nos parece tan extraño como si el pez volara y el pájaro nadara.

3.—El caballo, en su rápida carrera, huye del enemigo. Es desdichado, no porque no puede cacarear como un gallo, sino porque se siente débil en lo que le es propio: su facultad de correr.

El sentido más precioso para el perro es su olfato. Es desdichado cuando lo pierde y no cuando ve que no puede volar.

Así también el hombre es desdichado, no cuando es impotente para amaestrar a un oso, un león o personas malas, sino cuando pierde lo que tiene de más precioso: su naturaleza espiritual, su facultad de amar.

No se debe sentir cuando se muere, cuando se ha perdido el dinero, la propiedad, la casa;—todo eso no pertenece al hombre. Se debe sentir cuando el hombre pierde su bien real: su más grande felicidad: la facultad de amar.

4.—Preguntado un filósofo chino: ¿Qué es la ciencia? Respondió: Es conocer a los hombres.

Se le preguntó: ¿Qué es la virtud? Respondió: Es amar a los hombres.

5.—Un filósofo hindú decía: «Así como una madre cuida su único hijo, lo acaricia, lo protege y lo instruye, el hombre debe proteger y acrecentar en sí lo que hay de más precioso en el mundo: el amor para con todo lo que vive. Todas las religiones nos lo enseñan: la de los Brahmines, de los Budistas, de los Hebreos, de los Chinos, de los Cristianos, de los Mahometanos. Es por eso que lo más necesario al mundo es aprender a amar.

6.—Los chinos han tenido sus filósofos, tales como Confucio, Lao-Tze y otro sabio poco conocido, llamado Mi-Ti.

Mi-Ti enseñaba que: no era necesario inculcar a los hombres el respeto a la fuerza, a la riqueza, a la valentía,

sino al amor solamente. Decía: Se enseña a los hombres de manera que consideran que la riqueza y la gloria están por encima de todo y no sueñan más que en adquirir, lo más pronto posible, gloria y riquezas; necesario es enseñarles de modo que coloquen el amor por encima de todo y que en la vida cuotidiana se habitúen a amar a los hombres y a consagrar todas las fuerzas en aprender a amar.

Mi-Ti no ha sido escuchado. Men-Dze, discípulo de Confucio, contradijo a Mi-Ti, asegurando que no se podría vivir únicamente de amor. Y los chinos siguieron a Men-Dze. 500 años se pasaron así, hasta que vino Jesús a enseñar a los hombres lo que había dicho Mi-Ti, pero con más fuerza y claridad. Tan cierto es que nadie disputa esta doctrina de amor, como que los discípulos del Cristo no siguen siempre su enseñanza. Pero el momento vendrá—y está próximo—en el cual los hombres no podrán hacer otra cosa que seguir esa doctrina, puesto que su germen se encuentra en todos los corazones, mientras que la no observación de esos preceptos hará a los hombres cada vez más desdichados.

V.—Solo el amor nos da la verdadera dicha

1.—Quieres el bien; tendrás lo que deseas, a condición de que quieras el bien, que es bueno para todos. Esa felicidad no se gana más que por el amor.

2.—«Aquel que quiere conservar su vida, la perderá; y aquel que da su vida para el bien, la conservará. El hombre no encontrará provecho en ganar el mundo entero, si hace agravios a su alma.» Así hablaba Jesús. Lo mismo hablaba el pagano Marco Aurelio: «Alma, ¿cuándo serás entonces la dueña del cuerpo? ¡Cuándo te despojarás de los deseos y de las penas carnales y podrás abstenerte de los servicios de lo que los hombres te sirven con su vida o con su muerte! ¿Cuándo comprenderás que el verdadero bien está siempre en tu poder y que es el amor para con todos los hombres?»

3.—Aquel que dice estar en la luz y que odia a sus hermanos, está en el presente, todavía en las tinieblas. Aquel que ama a su hermano vive en la luz y no teme ninguna tentación. Pero aquel que aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas y no sabe adónde va, puesto que las tinieblas han cegado sus ojos... Amemos, no con la palabra ni con la lengua, pero sí con los hechos y la verdad. Es en eso que reconocemos la verdad y que tranquilizamos nuestros corazones.

PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN

4.—No sé cuál de los jefes de religión estará en lo cierto, y no puedo saberlo ciertamente; pero sé que lo mejor que puedo hacer es desarrollar en mí el amor; de eso no puedo dudar. No puedo dudarlo, porque desarrollándose mi amor aumenta mi felicidad.

5.—Todo lo sabemos encontrar; únicamente no sabemos encontrarnos a nosotros mismos. ¡Extraña cosa! El hombre vive sobre la tierra durante muchos años sin notar en qué momento experimenta las grandes satisfacciones. Si de ello se apercibiera, vería claramente en qué consiste su verdadera felicidad; sabría que no se siente en su comodidad más que cuando tiene el amor en su alma. Es porque no meditamos lo suficiente para apercibirnos. Hemos pervertido nuestra razón y no buscamos más el conocer lo que únicamente nos es necesario.

Si nos detuviéramos por un solo instante en medio del torbellino de la vida que nos arrastra, si entráramos en nosotros mismos, habríamos comprendido en dónde está nuestra felicidad.

Nuestro cuerpo es débil, impuro, mortal, pero guarda un tesoro divino: el espíritu inmortal. Nos bastaría tener conciencia de ese espíritu interior para ponernos a amar a los hombres, y amándolos tendríamos todo lo que nuestro corazón desea: la dicha.

SKOVORODA

6. No obtenemos la felicidad corporal y todos los

placeres, más que en detrimento de los otros hombres. Y contrariamente, no aumentamos en el bien espiritual, en el bien del amor, sin aumentar la felicidad de los otros.

7.—Todos nuestros perfeccionamientos de la vida material: los caminos de hierro, el telégrafo, las máquinas, pueden servir para la unión de los hombres y para aproximarlos al reino de Dios. Pero la desdicha está en que los hombres se apasionan por esos perfeccionamientos, imaginándose que, si construyen muchas de esas máquinas, pueden aproximarse hacia Dios. Tan gran error es esto como si el hombre hubiera trabajado siempre un mismo terreno sin pensar sembrarle algo. Para que todas esas máquinas sean útiles, es indispensable que los hombres perfeccionen s ualma y cultiven el amor. Pues sin amor, el telégrafo, el teléfono, las máquinas volantes, lejos de aproximarnos, nos separan de más en más.

8.—El hombre es miserable y ridículo mientras busca lo que tiene sobre sus espaldas. Es también tan miserable y ridículo mientras busque la felicidad, sin saber que la encontrará en el amor que está en su corazón.

No miréis el mundo y las obras de los hombres, pero echad una mirada sobre vuestra alma y encontraréis la dicha que buscáis allí donde no se encuentra; encontraréis el amor y sabréis que esa dicha es tan grande, que el que la tiene nada más puede desear.

CRISHNA

9.—Haz el bien a tus amigos, para que te amen más; hazlo a tus enemigos, para que se hagan tus amigos.

CLEÓBULO

10.—Se dice: ¿Qué provecho hay en hacer el bien a las personas que os pagan con el mal? Si tú amas a aquel a quien has hecho el bien, has recibido con eso tu recompensa por tu amor para con él y tendrás todavía una más grande en tu alma si soportas con amor el mal que te ha hecho.

11.—Cuando amamos a nuestros hermanos sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida. Aquel que odia a su hermano, no tiene la vida eterna que en él está.

SEGÚN LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN, III

12.—Sí, tiempo vendrá, muy pronto, aquel mismo del cual Cristo decía que sufría esperándolo, el tiempo en el cual los hombres estarán orgullosos, no por su dominación sobre los otros y por la expoliación del fruto de sus trabajos, no por el temor y la envidia que ellos provoquen, sino orgullosos de su amor para con todos, dichosos de esa sensación que los libra de todo mal, a pesar de las penas que se les puede causar.

13.—El amor da y nada recibe.

LEÓN TOLSTOÏ

LA CRUZ DEL SUD

REVISTA MENSUAL

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR:

Semestre	$ m/n 3.50
Año	» » 7.—
Número suelto	» » 1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	$ oro 4.—
Número suelto	» » 0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros á nombre de la Dirección: **RAMÓN L. FALCÓN, 2230 (Flores)**
BUENOS AIRES

LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Marzo - Abril 1914

DIRECTOR: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

Dr. Eduardo L. Holmberg. — Ricardo Rojas. — Dr. M. Rosso de Luna (España). — Dr. Enrique Herrero Ducloux. — Dr. Horacio Damianovich. — Rómulo D. Carbia. — Ernesto Mario Barreda. — Dr. Juan Julián Lastra. — Dr. Viriato Díaz Pérez (Paraguay). — Dr. Federico W. Gándara. — Salvador María Roccau. — Carlos B. Quiroga — Profesor J. Fernando Carbonell (Uruguay). — Dr. René Bastianini. — Juan Amado (Paraguay). — Dr. Miguel Catalano. — Dr. Ulises L. Bergara. — Dr. Delfina Molina y Vedia de Bastianini. — Sra. Alice von Sonklar (Alemania). — F. Díaz Falp (Uruguay). — Adrián. Madril. — Salvador Bouca. — Dr. Jorge Damianovich. — Diego Molinari — Ing. Enrique Marco del Pont. — Prof. Juan G. Lacrampe. — Prof. Eduardo Melgar. — P. Diamico (Brasil). — Ing. Emilio Rebuelto. — Alfredo Francheschi — Dr. Guillermo F. Schaefer — Alejo Ctrichet. — Dr. Alejandro I. Campori

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE RAMON L. FALCÓN N.° 2230
FLORES - BUENOS AIRES
1914



LA CRUZ DEL SUR

Ciencia - Filosofía - Tradicionalismo

Marzo - Abril 1914

DIRECTOR: ANGEL CLARA

COLABORADORES:

Dr. Eduardo L. Holmberg. — Ricardo Rojas. — Dr. M. Roso de Luna (España). — Dr. Enrique Herrero Ducloux. — Dr. Horacio Damianovich. — Rómulo D. Carbia. — Ernesto Mario Barreda. — Dr. Juan Julián Lastra. — Dr. Viriato Díaz Pérez (Paraguay). — Dr. Federico W. Gándara. — Salvador María Boucau. — Carlos B. Quiroga. — Profesor J. Fernando Carbonell (Uruguay). — Dr. René Bastianini.—Juan Amado (Paraguay).—Dr. Miguel Catalano. — Dr. Ulises L. Bergara.—Dr. Delfina Molina y Vedia de Bastianini.—Sra. Alice von Sonklar (Alemania).—F. Díaz Falp (Uruguay).—Adrián. Madril.—Salvador Bocca. — Dr. Jorge Damianovich.—Diego Molinari — Ing. Enrique Marcó del Pont.—Prof. Juan G. Lacrampe.—Prof. Eduardo Melgar.—P. Diamico (Brasil).—Ing. Emilio Rebuelto. — Alfredo Franceschi — Dr. Guillermo F. Schaefer.—Alejo Curuchet. — Dr. Alejandro L. Campori.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle RAMÓN L. FALCÓN N.° 2230

FLORES - BUENOS AIRES

1914

SUMARIO

Sobre el amor humano y divino..... DIEGO MOLINARI

El Trineo..... JUAN JULIÁN LASTRA

Isis y Osiris..... P. BOULAGE

Follie Carnevalesche..... ANTONIO VETTORI

Revelación magnética..... EDGARDO POE

Los nuevos burgueses..... RAFAEL TORRONÉ

PENSAMIENTOS Y LIBROS

"El pensamiento de la humanidad"..... LEON TOLSTOI

Bibliografía..... LA REDACCION

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

AÑO I | MARZO - ABRIL 1914 | N.° 11 y 12

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Sobre el amor humano y divino

> «... marriage love has its origin in the union of two minds into one, and this is called in heaven living together; and it is said of such that they are not two but one; and therefore two married partners in heaven are not called two, but one angel.»
> Swendenborg: Heaven and Hell.

Cuando hablo del amor humano y del amor divino entiendo que con uno significo una realidad inmediata y experimentable; con el otro una aspiración o esperanza para suplir las deficiencias del primero. El adjetivo «divino», en este caso, no implica ninguna relación de la persona divina a la persona humana, sino simplemente una cualidad, inherente al sentimiento mismo, depurado de sus escorias terrenas.

Es menester, ante todo, precisar el significado de la palabra amor. Por muchísimas razones—la influencia de la literatura y las falacias del lenguaje, entre las más importantes—la mayoría de las personas han llegado a alejarse del inmediato contacto y de la visión directa de los sentimientos que son base de nuestro estudio. El amor

hase transformado en AMOR; la naturaleza del sentimiento ha sido desvirtuada por la rara mixtura de elementos del todo ajenos a él, y se ha concluído por llamar AMOR a una estupenda confusa masa de deseos, esperanzas y sensaciones caóticamente amalgamados en la fiebre de una hora sensual o de una sucesión de momentos eróticos.

A mi entender, se han perdido de vista las cosas de las que se quiere hablar, y el espíritu humano anda vagando de un lado para el otro y sin poder expresarse más que de una manera balbuciente sobre el significado mismo.

Se debe abandonar toda pretensión de querer llegar a la realidad deteniéndose en los libros. No encontraremos nunca en ellos la exuberancia divina que la vida posee, y que nuestra energía mental puede encarar, pero no encuadrar.

La naturaleza del amor, para entrar de una vez por todas en el tema, es del todo inexplicable y en cierto modo inexpresable.

¿Puede un ciego saber por descripciones la naturaleza del color rojo? ¿Puede alguien que no haya sentido amor conocer por descripciones la esencia del mismo? Lo único asequible es entrar a describir la sensación del color o la experiencia sentimental por una especie de enumeración de los efectos, las condiciones y transcendencias de los mismos. Es, por tanto, innegable que no podemos llegar a la esencia de las cosas sino mediante un acto de intuición, condicionalmente necesario para tratar de estas cosas.

La humana psiquis es un torbellino sin asidero real alguno. Las sentimentalidades son en ella como el irisar variado de los matices de un ópalo. Querer fijar en la realidad un sentimiento es cosa sólo intentable por individuos ignaros de toda verdad psicológica.

El caos de nuestros afectos va mezclado con las partículas de la voluntad, que en cierto momento fija su ca-

rácter por medio del lenguaje. Una vez denominado un sentimiento, adquiere una vida propia en el término que lo concretiza, diferencia y expone.

Este mismo término, por otra parte, va asumiendo un carácter propio y una vida propia en el lenguaje general; y la palabra, expresión del significado, va adquiriendo una transcendencia superior a la cosa que representa y anima. El término tiende a fijarse, mientras la cosa que representa involucra el cambio continuo. Esto origina una excisión inmediata entre lo que se dice y lo que se quiere decir. La expresión, vale, por tanto, en el momento mismo que se expresa y no luego. Sería necesario una representación kinematográfica, si posible, de nuestros sentimientos, capaz de ser reproducida en un momento cualquiera, para que nuestros estados de ánimo, que son nuestra esencia misma, volvieran a ser revividos o conocidos, tales como han sido o tales como son.

No encuentro una imagen más exacta para expresar la movilidad sentimental de nuestro espíritu que la ya expresada, como comparándola a un ópalo o a sus irisaciones.

El amor, o la sentimentalidad amorosa, vendría a ser el irisar de nuestra psiquis, bajo la acción de nuestro erotismo.

Digo erotismo, porque el sexo es el que prima en el amor humano o terreno. El sexo es el modo y medio para llegar posiblemente a la compenetración más íntima de dos personalidades.

La diversificación de los sexos es un problema no abordable en este momento. Los hechos y leyes que gobiernan el sexo no tienen para qué ser puestos aquí en claro. Nos detenemos en la consideración de la sentimentalidad amorosa, su expresión y su comunión con la de otro ser.

Dos personalidades dentro del orden actual de cosas, son dos seres completamente irreductibles uno al

otro. Existe entre ambos un abismo infranqueable, porque nunca puede uno llegar en tierra a la esencia del otro.

Cada ser tiene un ciclo propio, que irremediablemente va desenvolviendo en la medida de sus energías.

En un momento dado de su ciclo, en virtud de hechos que no abordamos, la personalidad entra en la hoguera de los sentimentalismos amorosos eróticos.

Toda la personalidad se combustiona por efecto del contagio, y los sentimientos, denominados con todos los nombres que se denominan, coparticipan del agitado instante amoroso. La complicada y caótica esencia de la persona entra en movimiento, y todos los aspectos humanos se colorean por la luz especial del característico pasaje que está cruzando.

Es el ópalo de nuestro espíritu que irisa extrañamente, según la posición, intensidad y cercanía del rayo erótico. Es la persona ajena, que siendo objeto de nuestro sentimental estado, es finalidad del mismo, siendo del mismo causa eficiente.

En la combustión de nuestra personalidad sucédense coexistiendo: la indiferencia, el desapego, la atracción, la repulsión, el apego desmesurado, la crueldad, la sumisión, la rebeldía..., en fin, todas nuestras modalidades sentimentales.

Los límites de nuestra personalidad son estrechos para tal torrente; la exuberancia se desborda y los dulcísimos cuan intensos y crueles sentires van traduciéndose por gestos, palabras, frases y por esbozos en el infinito de lo magno y de nuestros afectos.

El desbordarse de nuestra personalidad, mediante la expresión de nuestros afectos, implica otro ser susceptible de recibir nuestra dádiva. Y este otro ser debe tener una esencia capaz de sernos conocida por un simple acto de intuición, pudiendo el mismo, mediante un acto de intuición simple, llegar a nuestra esencia.

De esa manera lo inexpresable por palabras o por gestos, lo invisible por los ojos, llegaría a sernos conocido

por la comunión, exacta en las modalidades, coetáneas en el tiempo, de ambas personalidades, que se confundirían en una sola. Y dijo bien Swendenborg.

Cuando una de ellas llegara a sentirse invadida por la dulcedumbre de una sentimentalidad exquisita e infinita, la otra se sentiría invadida por el mismo contenido emocional, visitada por la misma imaginada conceptual variedad de ideas y de cosas.

Siendo una pasividad, coparticiparía activamente en nuestro sentir. Seríamos uno siendo dos. Y se verían anulados todos los medios de expresión del sentimiento, desde lenguaje en adelante, porque la rusticidad de ellos haría rústico el sentir mismo que quisieran expresar.

Estuviere donde estuviere, fuese donde fuese, ambos a dos por una intuición inmediata, compenetraríamos nuestros espíritus y llegaríamos a la comunión perfecta de situaciones.

Este es el amor divino; el amor que no ha menester decirse; el amor que se conoce con sólo existir y que no requiere de medio de expresión alguno.

No sucede así en el amor humano. Nuestra sentimentalidad necesita expresarse, y para llegar a la comunión de contemplación y adoración que forman el sumum de las humanas sentimentalidades, hemos menester de instrumentos de expresión y de compenetración, como son el lenguaje y el sexo.

«Tan pronto como nace el hombre en este mundo, su espíritu acciona sobre su instrumento, de tal manera que su innata o genuina forma (o signatura), en el bien como en el mal, se reconoce por sus palabras y conversación...» dice Boehme.

Ya hemos considerado la expresión por medio del lenguaje y hemos visto que éste no puede nunca poner de manifiesto la esencia misma del querer. Le falta la ductilidad, la fineza requerida para poder compenetrarse de todos los matices sentimentales. Por otra parte, és-

tos varían a cada rato y el lenguaje, una vez emitido, permanece siendo siempre el mismo.

A las dificultades que emergen de la naturaleza misma del lenguaje como medio de expresión, hay que añadir las que derivan de la posibilidad que tiene el sujeto para poder expresarse con propiedad y eficacia. El léxico de la mayoría no suele ser abundante ni exacto. Muchas veces no se quiere decir lo que se dice, ni se puede decir lo que se quiere. El lenguaje, desde este punto de vista, es el instrumento menos exacto que imaginarse pueda.

Otras dificultades emergen de que, admitidas no existentes las anteriores (que son insalvables), queda, sin embargo, la de que la persona a quien se dirige el discurso amoroso no sepa colocar el énfasis donde lo coloca el que habla. Es sabido que las estructuras mentales y los hábitos de raciocinio varían de persona a persona. Sucede que la actitud que ante los hechos se observa, o el modo y manera con que se encaran, pueden ser tan diametralmente opuestos que no haya posibilidad alguna de acuerdo.

Surgen otras de que, aun cuando obviadas las anteriores, sin embargo, las mismas palabras no significan lo mismo para ambas personas que quieren establecer el intercurso amoroso. Y no digo que grosso modo, pero sí en sus más finas modalidades. El malentendido surge así aterrador, y llega un momento en que, a pesar de toda la buena voluntad, no se llegan a entender los que tal procuran.

En el fondo, no es el lenguaje el medio ni mejor ni más apropiado para llegar a la comprensión y compenetración de dos espíritus separados por dos cuerpos. Existe siempre la fe del uno en el otro, que a pesar de todos los obstáculos procura creer en el amor del otro, aun cuando el amor del otro es completamente imposible de conocer, como no sea por la manifestación hablada, que es de por sí un instrumento equívoco y poco adecuado.

Todas las dificultades hasta aquí anotadas, provenientes del modo de expresión, se reducen a ésta, mientras se detiene en los límites de la enunciación eufónica.

¿Qué no diríamos de las dificultades que nacen de las discrepancias del estado sentimental? Uno de los dos en relaciones arde en amor por otro, y no solamente peligra de que no se le entienda en un momento dado, sino de que también no se le comprenda. Nada más común que la diversidad de estados afectivos, en un mismo momento, en dos personas diferentes.

Pero admitiendo la comunión de estados de ánimo, admitiendo que la palabra haya podido llevarnos a la contemplación mutua, llega un momento en que se necesita pasar de la contemplación a la adoración. Aquélla es una situación, ésta implica un acto de compenetración mutua y completa.

Las palabras, las miradas, huelgan en un momento dado y las dos torrenciales personalidades deben llegar al estadio divino del amor, que es la mutua soberana comunión de espíritus.

Y ambos sexos se conjugan. El contacto físico, quizás por qué raros senderos, nos aproxima más en el dominio espiritual, y llega un momento en que el paroxismo del goce trae consigo el olvido momentáneo de todas las cosas y de todos los seres.

Sin embargo, el contacto físico y la posesión del cuerpo acarrean consigo otras tantas dificultades como la expresión y el sendero que se representa por el lenguaje.

El mismo contacto físico origina, pues, dudas tremendas, acerca de poder llegar por su intermedio a lo que es aspiración y condensación divina del amor, tal como fué expresada en párrafos anteriores.

Si tan poco puede el contacto, ¿qué había de poder la proximidad? Si estamos a tal distancia, de modo de no poder seguir la dirección de los ojos, pasaremos crueles momentos creyendo que no nos ven, y creyendo el

otro de nosotros que nosotros no le vemos. Y en el instante preciso en que ambos ardemos en amor, no podemos saber si el ánimo del otro está atravesando los mismos trances que el nuestro.

¡Cuán frágil es el amor divino! Todo lo que a él nos conduce, de él nos separa.

Cuando no vemos al objeto de nuestro amor, sufrimos porque no sabemos de él ni de sus sentires para con nosotros; cuando le vemos, queremos que nos mire para establecer así, de ese modo, nuestra preeminencia en sus afectos; cuando no nos mira queremos que nos hable, porque la sola mirada no basta a explicarnos lo que siente ni lo que quiere; cuando nos habla queremos que nos abrace, porque la sola palabra no puede llegar a evidenciarnos la exacta situación espiritual que atraviesa; cuando nos abraza queremos que nos posea, porque el solo abrazo no puede asegurarnos de la coetaneidad del sentir en ambos; cuando nos posee, nos vemos envueltos en el asombro doloroso de verle agitarse en una forma y en un dominio impenetrables y desconocidos para nosotros.

Y no nos cansamos de exigir el que nos repita que nos ama, que nos vuelva a poseer, a mirar, a recomenzar una y cien veces las mismas escenas, porque cuando tenemos la seguridad nos falta la satisfacción, y cuando estamos satisfechos nos falta la seguridad.

Hasta que llega un momento en que la monotonía de la escena nos ha cansado y nos ha hastiado el objeto de nuestras ansias. Recomenzamos con otros, lo que por ser con otros recomenzado nos parece un nuevo comienzo de un nuevo orden de cosas.

Pero viene luego el hastío completo y la ruptura. Bien lo dije, dos personalidades son dos seres irreductibles en el orden actual de cosas.

¡Oh, estadio divino del amor! Cuando de los dos amantes uno de ellos llegara a sentirse invadido por la

dulcedumbre de una sentimentalidad exquisita e infinita, el otro se sentiría invadido por el mismo contenido emocional, visitado por la misma conceptual variedad de ideas y de cosas. Siendo una pasividad, coparticiparía activamente en nuestro sentir. Seríamos uno, siendo dos. Y se verían anulados todos los medios de expresión del sentimiento, desde el lenguaje en adelante, porque la rusticidad de ellos haría rústico el sentir mismo que quisieran expresar.»

DIEGO MOLINARI

El Trineo

A Eva

Ya no suenan con su claro tintineo
por las nieves de mis noches siberianas,
las sonoras, las nostálgicas campanas
del Trineo.

El trineo que pasaba sobre el hielo,
como un rápido fantasma, sombra breve,
por las blancas estepas del recuerdo,
fugazmente,
despertando el gran silencio de la nieve
siberiana,
con la clara, la sonora, intermitente
vibración de su campana...

El magnífico trineo de tus sueños argentinos,
de tus sueños virginales, blancos sueños de infinitas
vibraciones. Blancos sueños peregrinos
solitarios en la senda de las blancas margaritas;
en la senda de las blancas margaritas
de tus noches, alas blancas de los cisnes sobre el lago,
donde abriera mi nostalgia la más blanca de sus rosas,
donde abriera mi destino su capullo más aciago,
donde abriera tu alma triste sus dos alas luminosas...
—alas blancas de los cisnes sobre el lago—
que reflejan de los astros las pupilas temblorosas.

Oh, las blancas margaritas de tus sueños virginales,
y las lívidas llanuras que llenaba el tintineo
de las líricas campanas, las campanas argentales
del Trineo...,

el trineo que pasaba
por los últimos caminos,
del Silencio; del silencio que llenaba
con el lírico murmullo de tus risas orientales,
y el acorde melodioso de tus cantos argentinos...

En la noche azul y clara en que, a solas, confidencio,
mis dolores ignorados sobre el mármol de tu ara,
—flor de nieve y de silencio!
En la noche azul y clara
de las últimas tristezas, yo te veo...
—Alma pálida, alma rara,
flor de luna de las noches del Deseo...
—Dónde has ido en esta noche azul y clara?
Por qué límites remotos va tu rápido trineo?

Ya las blancas margaritas de tus sueños virginales
se han secado en el sendero,
ya no vibran los rumores de tus cantos augurales
que se iban por el mundo sobre el ala del pampero,
y gemían—viejos ritmos de los cantos argentinos—
en la gloria perfumada de las noches estivales
que morían dulcemente por los últimos caminos...

Ya no suenan con su claro tintineo
por la nieve de mis noches siberianas,
las sonoras, las nostálgicas campanas,
de tu lírico trineo!

JUAN JULIAN LASTRA

Buenos Aires, Mayo de 1914.

Isis y Osiris

La Iniciación en el Egipto

CAPITULO I

Exposición

De todos los pueblos de la antigüedad, el egipcio es aquel que más llama nuestra atención. Ninguna nación, bajo cualquier aspecto que se la mire, ha hecho más grande honor a la humanidad. ¿Trátase de leyes, de ciencias, de arte, de moral o de política? Los egipcios, en todo esto, ofrecen grandes modelos. Son ellos los que, por una cadena no interrumpida, han transmitido a las naciones de la Europa mejor constituídas los primeros principios de las leyes y de la filosofía.

Un invencible atractivo nos acerca sin cesar a la historia de este pueblo. Los antiguos nos ofrecen a este respecto inagotables fuentes y, no contentos con traducirlos o copiarlos, los modernos han agregado sus conjeturas, sus discusiones y sus investigaciones a lo que se había publicado antes; de manera que por todas partes encontramos monumentos literarios que recuerdan el Egipto a nuestra memoria y solicitan en su favor nuestra admiración.

En todo tiempo los filósofos y los historiadores nos han presentado cuadros contradictorios de esta nación que a cada momento nos muestran como ejemplo. Tan pronto la vemos sumergida en las más profundas medita-

ciones de la sabiduría, estableciendo admirables leyes, cultivando las ciencias y las artes con éxito extraordinario y proclamando una moral y una filosofía elevadísima, como dada a las supersticiones más groseras y a las más absurdas creencias, deshonrando al culto al darle por objeto viles animales y llevando hasta las ceremonias de la religión el escándalo de las costumbres más disolutas. Extrañados por este contraste, nos preguntamos si el suelo de Egipto engendraría dos naciones distintas, reunidas por la vivienda común, pero separadas por el culto, las leyes y la moral. Nuestras dudas desaparecen tan pronto como consideramos que cuanto había de grande, de noble y de generoso en la humanidad, era el patrimonio de los letrados, mientras que lo que ofrecía de errores, de supersticiones y de debilidades, correspondía al pueblo.

Esta distinción, que no ha sido bastante generalmente sentida, es suficiente para explicar las contradicciones aparentes que se cree encontrar entre los escritores que han tratado de Egipto. Debe servir también para darnos una idea aproximada de la doctrina que se enseñaba en los Misterios, y para inducirnos a hacer de ello objeto de un estudio continuo y profundo.

Se ha escrito largamente y se ha vivamente disputado sobre esta materia. El espíritu del sistema ha quedado oculto, y he creído que sería prestar un servicio a muchos estudiosos el encerrar en un pequeño número de páginas todo lo que se ha olvidado u omitido deliberadamente en las numerosas y voluminosas obras que se han publicado hasta la fecha. Me propongo, pues, tratar del origen de los Misterios y de su fin primitivo; explicar los diferentes grados por que llegaba a la gran revelación, *las palabras sagradas* afectadas a cada uno de ellos y la moral que encierran. Haré una exposición, también, de las fábulas simbólicas que se proponían a la meditación de los iniciados, así como las verdades morales y religio-

sas que le servían de fondo y que velaban y perpetuaban. El resultado de mi trabajo podrá disgustar igualmente a los que no se atreven a deshacerse de ciertos prejuicios y a los amigos de la paradoja; pero diré la verdad con toda la franqueza de un espíritu firme e independiente.

CAPITULO II

Diversas ideas sobre los Misterios

Es por una consecuencia de esta franqueza que atacaré igualmente la opinión del sabio y honrado Pluche y la del profundo Dupuis. El uno, cediendo, quizás, a los prejuicios de su estado, y no gustándole los sacerdotes egipcios por el hecho de estar fuera de la religión revelada, relaciona a la agricultura y a los usos de la vida civil los nombres de todos los grandes personajes simbólicos de la *iniciación*, y pretende que los sacerdotes, siguiendo la orientación que llevaba al pueblo hacia la idolatría, se habían poco a poco pervertido y corrompido, convirtiéndose en servidores de un culto tan odioso como ridículo, que acabó por deshonrar a toda la nación. El otro, enemigo declarado de los sabios de Egipto, por el solo hecho de ser sacerdotes, relaciona los mismos símbolos a los fenómenos de la astronomía y a la distribución de los astros. Acusa a los sacerdotes egipcios de haber dirigido toda la política hacia la teocracia. Eran, dice, esclavos imperiosos que reinaban, en nombre de su dueño, sobre otros esclavos tímidos que alimentaban su orgullo y su fuerza con los frutos de su industria... y agrega que fué con este designio que instituyeron la

iniciación. Así, como los extremos se tocan y se confunden naturalmente, Pluche, por espíritu de prejuicios y de sistema, y Dupuis por espíritu de paradoja, han los dos negado a los *Misterios* egipcios la sublimidad de su doctrina; y el primero de estos dos escritores ha, contra su intención, dado argumentos a los que pretendían que los antiguos fueron ateos y que Dios es una invención moderna.

Warburton, sabio inglés y profundo pensador, apartóse de los caminos trazados, y dirigiéndose por un nuevo sendero, encontró que el gran secreto de la *iniciación* consistía en el dogma del monoteismo; que a los iniciados se les enseñaba que no había más que un Dios; que éste existe por sí mismo, que es la fuente de toda existencia, que se oculta a todas las miradas, pero que nada se oculta a él. Hace notar que el dogma de las penas y de las recompensas en una otra vida, era conocido y profesado en los pequeños *misterios,* y prueba, explicando el descenso de Eneas a los infiernos y la metamórfosis del asno de Apuleyo, que estos dos pasajes encierran una gran parte de las ceremonias de la *iniciación.*

Si un filósofo tal como Warburton no hubiese tratado esta materia por ocasión solamente, si hubiera hecho de la teología egipcia el objeto principal de sus investigaciones y de su obra, con sus vastos conocimientos y su genio hubiese impuesto silencio a esos espíritus fuertes que pretenden que los dogmas de todas las religiones no son más que emblemas de la disposición y de la distribución de ciertas estrellas. De manera que, según ellos, las altas meditaciones de la metafísica no son más que fábulas que sirven para cubrir la verdad sobre las cosas de la naturaleza, aserción contraria a los hechos como a la opinión de todos los siglos; puesto que es evidente que los filósofos y los legisladores han cubierto, bajo el velo de ciertos personajes alegóricos, y de ciertos he-

chos materiales, las verdades morales que querían enseñar a los hombres.

Warburton, no habiendo puesto en evidencia más que la primera base de la doctrina sagrada de los *iniciados*, parece haber dejado para otros el cuidado de construir el edificio, y esto es lo que yo oso emprender.

CAPITULO III

Origen de los Misterios

Todos los hombres han salido de un tronco único; todos los pueblos tienen una misma cuna: es ésta una verdad continuamente demostrada y generalmente sentida. La analogía en los temperamentos y los afectos, la semejanza en los órganos, cierto sentimiento de lo justo y de lo injusto grabado profundamente en el corazón de todos, nos atestiguan que todos los pueblos que hoy habitan el globo descienden de una sola familia primitiva: y las pruebas a que se han sometido a todas las lenguas, sin olvidar el sánscrito, acaban de completar la demostración.

Se mira comúnmente a la nación egipcia como a la primera colonia que, después del desmembramiento de la gran familia, haya tenido un culto ordenado, leyes civiles, un derecho político; que haya cultivado las ciencias y las artes y practicado la agricultura. En fin, es la primera que se ha civilizado; y si es cierto que Menes o Menevés, su primer legislador, sea el Misraim, nieto de Noé, como sabios estimables lo han pretendido, hay que convenir en que las tradiciones contemporáneas del Diluvio han sido conocidas de los egipcios civilizados.

El escritor que ha intentado reducir todos los *Misterios* a reglas sobre la labranza, conviene, sin embargo, en que la religión de los primitivos egipcios ha sido la misma que la de los árabes, de los cananeos, de los fenicios de la primera edad, es decir, que ellos profesaban el dogma del monoteismo. El mismo autor reconoce que honraban el *Muy Alto*, el *Ser Supremo*, el *autor de la naturaleza;* que se reunían en tiempo determinado para alabar a Dios; que ofrecían sacrificios de reconocimiento; que hacían la ofrenda del pan, del vino y de todos los otros sostenes de la vida; que comían en común lo que había sido bendecido por la plegaria. Y agrega que trataban honrosamente a los muertos, que reconocían una justicia que haría algún día el discernimiento de los buenos y de los malos, y que, en fin, esperaban en otra vida.

Este culto, el más digno del Eterno por su noble simplicidad, se altera poco a poco. No es necesario decir aquí cómo la idolatría se establece y se acredita, cuando los egipcios tomaron por objeto de su culto no solamente las figuras jeroglíficas de las que hoy todos conocen el objeto y el destino, sino aun las imágenes de aquellos que habían hecho señalados servicios a la patria y cuyas almas creían iban a habitar los astros. El sabeismo y el culto de las imágenes, cuando hubieron hecho grandes progresos, dieron nacimiento a fábulas ridículas, sin hilación y sin moral, y la adoración de los animales acabó por degradar a la nación más sabia.

En tiempos de José, ya los egipcios estaban librados a la idolatría y a las groseras supersticiones; esto puede hacer creer que al tiempo mismo de Abraham la religión de los patriarcas se había alterado sensiblemente entre ellos.

Así, la época de la introducción de la idolatría, no se halla muy alejada de la del gran diluvio, y todavía menos de la dispersión de la gran familia. Los jeroglíficos, aunque mal interpretados por el pueblo que los hizo objeto de su nuevo culto, prueban, sin embargo,

que los sabios de aquel tiempo tenían ya conocimientos bastante extensos sobre la marcha de las estaciones, sobre las divisiones naturales del año, como sobre la mayor parte de los fenómenos de la naturaleza y que también habían hecho grandes progresos en la astronomía. De otro lado, las leyes, cuyo origen se hace remontar a Menes, indicaban una gran sabiduría, y no es posible creer que los letrados, cediendo al primer torrente, se convirtieran en los fundadores de la idolatría.

También el autor citado conviene en que, en los comienzos, los sacerdotes, que tenían aun la clave de los antiguos símbolos, advertían al pueblo de la falsedad de las interpretaciones que éste daba, y lo adjuraban a la unidad de un dios autor de todos los bienes. Cree que los sacerdotes conservaron al principio alguna parte de las explicaciones primitivas, y que de ahí viene la confusión de lo grande y de lo pequeño en la teología egipcia, es decir, en los *Misterios*. Pero, dice más lejos, aquello que una noble tradición, relacionada a las prácticas constantes, pudo conservar de la doctrina antigua, se encontraba tan poco de acuerdo con las ideas populares, que los sacerdotes se creyeron obligados a usar de mucha circunspección y de recurrir no solamente a la prueba de sus discípulos, sino también al juramento del secreto. No debía ser para ellos muy seguro el poder desarraigar del pueblo las quimeras a que estaba tan acostumbrado.

Se puede, pues, adelantar, sin temeridad, que el origen de los *Misterios* es tan antiguo como el de la idolatría; que la una ha determinado el otro; que los sabios de entonces, para conservar las antiguas tradiciones, tuvieron que recurrir a una institución secreta que debía protestar de edad en edad contra el falso culto, los errores y las supersticiones de un pueblo que abandonaba la doctrina sagrada, y como no se admitía a esta revelación más que después de grandes esfuerzos que no todos podían realizar, tratábase de asegurar la inviolabilidad del secreto.

CAPITULO IV

Otro punto de vista

Cuando la familia primitiva que componía todo el género humano, ya demasiado extensa para el rincón en que habitaba, vióse forzada a recurrir a las emigraciones, la primera colonia que se separó de la cuna común por ríos, montañas o desiertos, debió experimentar un sentimiento muy doloroso al dejar ese cielo y ese clima que la había visto nacer, y renunciar para siempre a la vista de sus padres y a la tumba de sus abuelos. La sensibilidad, vivamente interesada en el momento del último adiós, dicta grandes promesas y las garante por el juramento. Aquellos que así se separaron de cuanto les había sido querido, juraron no olvidarse jamás del país natal, de nunca perder el recuerdo del dios de sus padres y el culto simple y tocante que habían aprendido a ofrecerle, de considerarse todos como hermanos y de practicar la caridad los unos respecto de los otros. En fin, prometieron que, en el nuevo país que iban a habitar, se reunirían entre ellos en las mismas épocas que la gran familia, para alabar a Dios, afirmar los lazos de fraternidad, y en frugal comida hacer la conmemoración del festín patriarcal.

El recuerdo de esta primera separación y de estas promesas solemnes, transmitido de padres a hijos, no debía estar enteramente extinguido cuando el Egipto vivía entre sus falsos dioses. Este nuevo culto era una infracción al pacto de familia; y las primeras instituciones de los *Misterios* debieron proponerse como objeto atenerse a la tradición. Es de imaginarse lo tocantes que serían estas primeras asambleas de los sacerdotes puros y de los *iniciados*, es decir, de todos los sabios que, llenos de una noble emulación por la virtud, creían, al honrar

a Dios, honrar también a sus propios antepasados, y juraban oponerse perpetuamente al torrente de las innovaciones, que la ignorancia y las pasiones humanas volvían cada día más funestas para la felicidad común.

No creo que esta sublime tradición se haya perdido tan pronto como se pretende, sobre todo cuando encuentro los mismos dogmas y la misma moral en los escritos de los sabios que vivieron quince siglos más tarde y recibieron la *iniciación* en los grandes *Misterios*.

CAPITULO V

División de los Misterios

Puesto que los misterios eran una especie de lazo tendido contra la ignorancia y la superstición, por la ciencia y la sabiduría, con la idea de introducir sagazmente la razón entre los hombres, debía guardar una cierta consecuencia con los prejuicios por entonces dominantes. De allí las fábulas que se imaginaron para servir de vestido a la verdad. Esas fábulas estaban ornadas de acontecimientos maravillosos, conformes con las creencias del pueblo y donde los dioses desempeñaban un papel análogo a la idea que de ellos tenía la superstición. Estos acontecimientos no se relataban a los *iniciados*, sino que eran expuestos a sus ojos por una suerte de representación teatral y bajo forma dramática, con gran pompa y solemnidad; pero antes de que disfrutaran de ella, debían prepararse para comprenderla por una instrucción sólida y sostenida, que recibían ordinariamente durante cinco años.

Todo el mundo conoce la división de los *Misterios* en grandes y en pequeños; todo el mundo sabe también que los pequeños *Misterios* tenían por objeto instruir a los iniciados en las ciencias humanas. La doctrina sagrada se reservaba para el último grado de la *iniciación*,

aquello que se llamaba *la gran manifestación de la luz.*

Pero entre el conocimiento de las ciencias humanas y el de la doctrina sagrada, había grados simbólicos que era preciso ascender, y durante los cuales uno se preparaba para recibir el complemento de la *iniciación.* Son precisos tantos detalles para enseñar a los hombres las verdades que más les interesa conocer, se tiene para el error una tal inclinación, que se hacía necesario familiarizarlos poco a poco con algunas de las verdades que estaban reservadas para el pequeño número de elegidos, y no era sino gradualmente que se podía llegar a disipar las espesas tinieblas de que se hallaban rodeadas.

En general, todos los *Misterios* descansaban sobre estos tres puntos principales: la moral, las ciencias y la doctrina sagrada. Del primer objeto se pasaba al segundo, sin intermediario; pero llegado a este segundo grado de la *iniciación,* se hacían necesarias grandes preparaciones. Estas eran el objeto de tres otros grados puramente simbólicos: el primero terminaba y completaba los pequeños *Misterios;* los otros dos, abrían los grandes.

No era sino en el primer grado simbólico, el tercero de la *iniciación,* que se exponían las fábulas. Siguiendo los otros dos grados, ejercitábase en penetrar el sentido de estas fábulas y entonces se llegaba a ser digno de la gran manifestación de la luz (1).

La división general comprende *las preparaciones, los viajes, los símbolos y la autopsia.*

Las preparaciones se dividían en dos clases: la primera tenía por título simbólico la palabra *sabiduría,* y por objeto la moral; los iniciados de ésta se llamaban *Talmidimitas,* o *Discípulos.* La segunda tenía por título

---

(1) Doctrina que explica la astrología, el magnetismo, el sonambulismo, los sueños, las previsiones, las previsiones, las simpatías o antipatías, los números, etc. Esta doctrina ha sido la de los sabios de la antigüedad. Pitágoras ha sido su intérprete más célebre.

simbólico la palabra *fuerza*, y por objeto las ciencias humanas. Los asociados de este segundo grado se llamaban *Heberimitas* o *Asociados*.

Los viajes y los símbolos se dividían en tres clases: en la primera, llamada las *Exequias*, los iniciados tenían el nombre de *Murehimitas;* en el segundo, llamado la *Venganza*, tomaban el de *Berimitas;* en el tercero, denominado la *Liberación*, el de *Neseheritas*.

La *Autopsia* era el gran complemento de la iniciación, el coronamiento del edificio o la llave de la bóveda.

Cuadro general

Pequeños misterios	1.er grado,	Talmiditas - sabiduría	preparación
	2.º »	Heberimitas - fuerza	
	3.er »	Murehimitas - Exequias	
Grandes misterios	4.º »	Berimitas - Venganza	Viaje y símbolos
	5.º »	Neseheritas - Liberación	
	6.º »	**Grandes Iniciados** - Autopsia	

P. BOULAGE.

(*Continuará.*)

Follie carnevalesche

Al Dr. Gándara.

L'alba invernale tra la nebbia livida
passa e si posa pigramente incerta,
con un amplesso freddo e malinconico
su la cittá deserta.

E si disegnan nella luce timida
solo i contorni delle case mute,
vecchie scolte che sembra ancor rivedino
mille cose vedute.

Nella penombra s'ode un grido ranco,
é uno stornello di canzone oscena:
un'altra volta il carneval precipita!
Il Mondo cambia scena.

La mascherina freddolosa e pallida
al caro braccio del compagno stretta,
pensa assai stanca, ed assonata al trepido
lettuccio che l'aspetta.

E le passa nel capo ancor la musica
voluttuösa delle danze e i fiori,
rivede i lumi del teatro splendere
di cento e piú colori.

A un tratto il braccio del compagno ha un brivido
ella rialza timida la testa;
guarda gli dice con accento flebile;
passa un morto! s'arrestan.

Davanti a loro lento, triste e lúgubre,
sfila il corteo desolatamente
quattro vecchi becchini l'accompagnano,
un prete, e poca gente.

Il funerale tra la nebbia perdesi
verso l'esiglio dell'estrema pace...
Ella bassa la testa ancor piú pallida,
ed il compagno tace.

Questa é la falsa, e stupida
favola, della morte e de la vita;
questa e la grande itentesi l'ipotesi,
che finché e Mondo mai sará finita!

ANTONIO VETTORI

Revelación magnética [1]

Aunque las tinieblas de la duda envuelven aún toda la teoría positiva del magnetismo, sus fulminantes efectos son hoy casi universalmente admitidos. Los que dudan de estos efectos son puramente escépticos de profesión: una impotente y poco honorable casta. Sería hoy perder absolutamente el tiempo entretenerse en probar que el hombre, por el puro ejercicio de su voluntad, puede impresionar suficientemente a un semejante suyo, para ponerlo en una condición anormal, cuyos fenómenos se parecen literalmente a los de la muerte, o por lo menos se parecen más que ningún otro fenómeno producido en una condición anormal conocida; que la persona así influenciada, durante todo el tiempo que dura este estado, no emplea sino con esfuerzo, y, por consecuencia, con poca aptitud, los órganos exteriores de los sentidos, y que, sin embargo, percibe con una perspicacia singularmente sutil y por un conducto misterioso objetos situados más allá del alcance de los órganos físicos; que además sus facultades intelectuales se exaltan y se fortifican de

(1) Esta hermosa página de Edgard Poe no se halla traducida al castellano, que sepamos. Un lector de LA CRUZ DEL SUR la ha vertido para nuestra revista. Compárese el pensamiento del célebre escritor, con las modernas teorías energéticas, y veráse cuánto ha suplido la intuición a la experiencia. Empero, si él no las encontró en libro alguno, esas ideas, casi en los mismos términos de expresión, se encuentran en más de un antiguo pensador, sirviendo de base a la filosofía espiritualista de la India, del Egipto, la Grecia y más tarde a una gran parte de la literatura medioeval.

una manera prodigiosa; que sus simpatías por la persona que obra sobre ella son profundas y que, finalmente, su *susceptibilidad* a las impresiones magnéticas crece en proporción de su frecuencia, al mismo tiempo que los fenómenos particulares obtenidos se desarrollan y se pronuncian más y en la misma proporción. Afirmo que sería superfluo demostrar estos diversos hechos en los que se halla contenida toda la ley general del Magnetismo, siendo sus caracteres más salientes.

No infligiré, pues, hoy a mis lectores una demostración que sería perfectamente ociosa. Mi objeto, por el momento, es, en verdad, de una naturaleza muy diversa. Siento la necesidad, a pesar de todo un mundo de prejuicios, de contar, sin comentarios, pero con todos sus detalles, un diálogo muy notable que tuvo lugar entre un sonámbulo y mi persona.

Tenía la costumbre, desde hacía mucho tiempo, de magnetizar a la persona en cuestión, M. Vankirk, y la viva *susceptibilidad*, la exaltación del sentido magnético, se habían ya manifestado. Durante muchos meses M. Vankirk había sufrido mucho de una tisis avanzada, cuyos crueles efectos habían sido disminuídos por mis pases, y en la noche del miércoles 15 del corriente fuí llamado a su cabecera.

El enfermo sufría vivos dolores en la región del corazón y respiraba con mucha dificultad, teniendo todos los síntomas ordinarios del asma. Durante espasmos parecidos había encontrado, generalmente, alivio con algunas aplicaciones de mostaza en los centros nerviosos, pero aquella noche en vano recurrió a ellos.

Cuando entré en su pieza me saludó con una amable sonrisa, y bien que fuera atormentado por agudos dolores físicos, me pareció en absoluto tranquilo moralmente.

—Lo he mandado buscar esta noche—me dijo—no tanto para que me procure un alivio físico como para

que me satisfaga relativamente a ciertas impresiones psíquicas, que me han causado recientemente mucha sorpresa y ansiedad. No tengo necesidad de decirle a usted cuán escéptico yo era, hasta ahora, con respecto a la inmortalidad del alma. No puedo a usted negarle que en aquella alma que yo iba negando ha existido siempre algo como una semi-intuición, bastante vaga, de su propia existencia. Pero esta semi-intuición no ha llegado jamás a ser una convicción. Mi razón en todo esto no tenía nada que hacer. Todos mis esfuerzos para establecer allí una información lógica no dieron otro resultado que dejarme aun más escéptico que antes. He osado estudiar a Cousin; lo he estudiado en sus propias obras, así como en sus secuaces de Europa y América. He tenido en mis manos, por ejemplo, el *Carlos Elwood*, de Brownson. Lo he leído con profunda atención y lo he encontrado lógico desde el principio al fin; pero en los trozos que no son de lógica pura están, por desgracia, los argumentos primordiales del héroe incrédulo del libro. Me ha parecido evidente, en la conclusión, que el razonador no ha conseguido siquiera convencerse a sí mismo. El fin del libro visiblemente ha olvidado al principio, como Trínculo su reino. En resumen: no estuve mucho tiempo sin apercibirme de que si el hombre debe estar intelectualmente convencido de su propia inmortalidad, él no lo será jamás, por puras abstracciones, que han sido por tanto tiempo la manía de los moralistas ingleses, franceses y alemanes. Las abstracciones pueden ser una diversión y una gimnasia, pero ellas no toman posesión del espíritu. Mientras estemos sobre esta tierra, la filosofía, estoy de ello persuadido, nos impondrá siempre en vano el considerar las cualidades como seres. La voluntad podrá consentir; pero el alma, pero el intelecto, jamás.

Vuelvo a repetir, pues, que he sentido únicamente a medias y que intelectualmente jamás he creído. Pero últimamente hubo en mí un aumento de sentimiento que

tomó una intensidad tal que parecíase a un consentimiento de la razón, a tal punto que encuentro dificultad en distinguirlos. Creo tener el derecho de atribuir simplemente estos efectos a la influencia magnética. No sabría explicar mi pensamiento sino por una hipótesis: a saber, que la exaltación magnética me vuelve apto para concebir un sistema de razonamiento que en mi existencia anormal me convence, pero que, por una analogía completa con el magnetismo, no se extiende, excepto por sus efectos, hasta mi existencia normal. En el estado de sonambulismo hay simultaneidad y contemporaneidad entre el razonamiento y la conclusión, entre la causa y su efecto. En mi estado normal, desapareciendo la causa, sólo subsiste el efecto, y aun posiblemente muy debilitado.

Estas consideraciones me han inducido a pensar que se podrían sacar algunos buenos resultados de una serie de cuestiones bien dirigidas, propuestas a mi inteligencia en estado de trance. Ha observado usted a menudo el profundo conocimiento de sí mismo manifestado por el sonámbulo y la vasta ciencia que despliega relativamente a todo lo que se refiere al estado de trance magnético. De este conocimiento de sí mismo se podrían sacar instrucciones suficientes para la redacción racional de un catecismo.

Naturalmente, yo acepté el hacer esta experiencia. Algunos pases sumergieron a M. Vankirk en el sueño magnético. Su respiración volvióse inmediatamente desembarazada y parecía no sufrir más ningún malestar físico. Se entablo la siguiente conversación: V. en el diálogo representará al sonámbulo y P. seré yo.

P.—¿Está usted dormido?

V.—Sí. No. Yo bien quisiera dormir más profundamente.

P. (después de algunos nuevos pases).—¿Duerme usted bien ahora?

V.—Sí.

P.—¿Cómo supone usted que concluirá su enfermedad actual?

V. (después de una larga hesitación y hablando como con esfuerzo).—Moriré.

P.—¿Esta idea de la muerte le aflige?

V. (con vivacidad).—¡No, no!

P.—¿Le regocija esta perspectiva?

V.—Si yo estuviera despierto desearía morir, pero ahora no hay objeto en desearlo. El sueño magnético está bastante cerca de la muerte para contentarme.

P.—Quisiera una explicación un poco más clara, señor Vankirk.

V.—Yo también lo quisiera; pero eso exige más esfuerzos que los que yo puedo hacer. Usted no me pregunta bien.

P.—Entonces ¿qué es lo que tengo que preguntarle?

V.—Es preciso que usted comience por el principio.

P.—¡El principio! ¿Pero dónde está el principio?

V.—Usted bien sabe que el principio es Dios. (Esto fué dicho en tono bajo, ondulante y con todos los signos de la más profunda veneración).

P.—¿Qué es, entonces, Dios?

V. (vacilando algunos minutos).—No puedo decirlo.

P.—Dios ¿no es un espíritu?

V.—Cuando yo estaba despierto sabía lo que usted entiende por espíritu. Pero ahora eso no me parece sino una palabra; tal, por ejemplo, como belleza, verdad, una cualidad, en fin.

P.—¿Dios no es inmaterial?

V.—No hay inmaterialidad. Es una simple palabra. Lo que no es materia no *es*, a menos que las cualidades sean seres.

P.—¿Luego Dios es material?

V.—No. (Esta respuesta me aturdió).

P.—¿Entonces qué es?

V. (después de una larga pausa, murmurando).—Yo le veo, yo le veo, pero es una cosa muy difícil de ex-

plicar. (Otra pausa igualmente larga). No es espíritu, pues él existe. No es tampoco materia, *como usted la entiende.* Pero hay *gradaciones* de materia de las que el hombre no tiene conocimiento; la más densa arrastrando la más sutil, la más sutil penetrando a la más densa. La atmósfera, por ejemplo, pone en movimiento al principio eléctrico, en tanto que el principio eléctrico penetra la atmósfera. Estas *gradaciones* de la materia aumentan en rarefacción y en sutilidad hasta llegar a una materia *imparticulada*—sin moléculas—indivisible—*una;* y aquí la ley de impulsión y de penetración es modificada. La materia suprema o *imparticulada* no solamente penetra a los seres, sino que también los pone en movimiento, y de esta manera ella *es* todos los seres en uno, que es ella misma. Esta materia es Dios. Lo que los hombres buscan personificar con la palabra pensamiento, es la materia en movimiento.

P.—Los metafísicos sostienen que toda acción se reduce a movimiento y pensamiento y que éste es el origen de aquél.

V.—Sí; ahora veo la confusión de ideas. El movimiento es la acción del espíritu, no del pensamiento. La materia una o Dios en estado de reposo es, en la medida que nosotros podemos concebirle, lo que los hombres llaman espíritu. Y esta facultad de auto-movimiento—equivalente en efecto a la voluntad humana—es, en la materia imparticulada, el resultado de su unidad y de su omnipotencia; cómo, yo no lo sé y ahora veo claramente que no lo sabré jamás; pero la materia imparticulada, puesta en movimiento por una ley o una cualidad contenida en ella, es pensante.

P.—¿No podría darme una idea más precisa de lo que usted entiende por materia imparticulada?

V.—Las materias de las cuales el hombre tiene conocimiento escapan a los sentidos a medida que se asciende en la escala. Tenemos, por ejemplo, un metal, un leño, una gota de agua, la atmósfera, un gas, el calórico, la

electricidad, el éter luminoso. Ahora bien, nosotros llamamos a todas estas cosas materia y unimos toda materia en una definición general; pero, a despecho de todo esto, no hay dos ideas esencialmente más distintas que aquellas que atribuímos a los metales y aquellas que atribuímos al éter luminoso. Si tomamos este último, sentimos una casi irresistible tentación de clasificarlo con el espíritu o con la nada. La sola consideración que nos detiene es nuestra concepción de su constitución atómica. Y aun aquí mismo, necesitamos llamar en nuestra ayuda y que se nos rememore nuestra primitiva noción del átomo, es decir, de algo poseyendo en una infinita exigüidad la solidez, la tangibilidad, el peso. Suprimamos la idea de la constitución atómica y nos será imposible considerar el éter como una entidad o al menos como una materia. Por falta de una palabra mejor, podemos llamarle espíritu. Ahora subamos aún más allá del éter luminoso; concibamos una materia que sea al éter, en cuanto a su rarefacción, lo que el éter es al metal, y arribemos, al fin, a despecho de todos los dogmas de escuela, a una masa única, a una materia imparticulada, pues si bien nosotros podemos admitir una infinita pequeñez en los átomos mismos, suponer una infinita pequeñez en los espacios que los separan es un absurdo. Habrá un momento, habrá un grado de rarefacción en que, si los átomos están en número suficiente, los espacios se desvanecerán y en que la masa será absolutamente *una*. Pero estando por ahora puesta de lado la consideración de la constitución atómica, se insinúa en nuestra concepción del espíritu la naturaleza de esta masa. Está claro, no obstante, que ella es enteramente *materia* como antes. La verdad es que es tan imposible concebir el espíritu como de imaginar lo que no es. Cuando nos jactamos de haber al fin encontrado esta concepción, hemos chasqueado simplemente a nuestra inteligencia con la consideración de la materia infinitamente rarificada.

P.—Me parece que hay una objeción insuperable a

esta idea de cohesión absoluta, y es la muy débil resistencia sufrida por los cuerpos celestes en sus revoluciones a través del espacio. Que existe esta resistencia, en un grado cualquiera, está hoy demostrado; pero en un grado tan débil que ha escapado a la sagacidad de Newton mismo. Nosotros sabemos que la resistencia de los cuerpos está sobre todo en razón de su densidad. La cohesión absoluta es la absoluta densidad; allí donde no hay intervalos, no puede haber pasaje. Un éter absolutamente denso constituiría un obstáculo más eficaz a la marcha de un planeta que un éter de diamante o de hierro.

V.—Me ha hecho usted esta objeción, con una facilidad que está más o menos en razón de su aparente irrefutabilidad. Una estrella marcha; ¿qué importa que la estrella pase a través del éter o el éter a través de ella? No hay error de astronomía más inexplicable que aquel que concilia el retardo conocido de los planetas con la idea de su pasaje a través del éter; pues que se suponga al éter tan rarificado como se quiera, pondrá siempre obstáculo a toda revolución sideral, en un período singularmente más corto que el admitido por todos esos astrónomos que se han aplicado a divagar solapadamente sobre un punto que ellos juzgaban insoluble. El retardo real es, por otra parte, casi igual al que puede resultar del frotamiento del éter en su pasaje incesante a través del astro. La fuerza de retardo es, entonces, doble desde luego, momentánea y completa en sí misma, y en segundo lugar infinitamente creciente.

P.—Pero en todo eso, en esta identificación de la materia pura con Dios, ¿no hay nada de irrespetuoso? (Me ví forzado a repetir esta pregunta para que el sonámbulo comprendiera por completo mi pensamiento).

V.—¿Puede usted decir por qué la materia es menos estimada que el espíritu? Pero usted olvida que la materia de la que yo hablo es desde todo punto de vista, y sobre todo relativamente a sus nobles propiedades, la verdadera *inteligencia* o *espíritu* de las diversas escuelas y

al mismo tiempo la *materia* de esas mismas escuelas. Dios, con todos los poderes atribuídos al espíritu, no es otra cosa que la perfección de la materia.

P.—¿Usted afirma, entonces, que la materia imparticulada en movimiento es pensamiento?

V.—En general este movimiento es el pensamiento universal del espíritu universal; aquel pensamiento crea; todas las cosas creadas no son más que los pensamientos de Dios.

P.—Usted dice: en general.

V.—Sí, el espíritu universal es Dios; en cuanto a las nuevas individualidades la *materia* es necesaria.

P.—Pero usted habla ahora de espíritu y de materia como los metafísicos.

V.—Sí, para evitar la confusión; cuando digo espíritu entiendo por esta palabra la materia imparticulada o suprema; bajo el nombre de materia comprendo a todas las demás especies.

P.—Usted dice: en cuanto a las nuevas individualidades la materia es necesaria.

V.—Sí, pues el espíritu que existe incorporalmente es Dios. Para crear seres individuales, con pensamiento, era necesario encarnar porciones del espíritu divino. Por esta razón es que el hombre está individualizado; despojado del vestido corporal, él sería Dios. Hoy el movimiento especial de las porciones encarnadas de la materia imparticulada es el pensamiento del hombre, así como el movimiento del conjunto es el de Dios.

P.—¿Dice usted que despojado de su cuerpo el hombre será Dios?

V. (después de alguna hesitación).—Yo no he podido decir eso, es un absurdo.

P. (consultando sus notas).—Usted afirmó que, despojado del vestido corporal, el hombre sería Dios.

V.—Y eso es verdad. El hombre así desembarazado sería Dios; estaría desindividualizado, pero no puede ser así despojado—por lo menos no lo será jamás.—De otra

manera nos sería necesario concebir una acción de Dios volviendo sobre sí misma, una acción fútil y sin objeto. El hombre es una criatura y las criaturas son los pensamientos de Dios, y es propio de todo pensamiento el de ser irrevocable.

P.—No entiendo. Usted dice que el hombre no podrá jamás desechar su cuerpo.

V.—Yo digo que jamás estará él sin cuerpo.

P.—Explíquese usted.

V.—Hay dos cuerpos: el indumentario y el completo, correspondiendo por analogía a los dos estados de crisálida y mariposa. Lo que nosotros llamamos muerte no es sino la metamórfosis dolorosa; nuestra actual encarnación es progresiva, preparatoria, temporal; nuestra encarnación futura es perfecta, final, inmortal. La vida final es el fin supremo.

P.—Pero nosotros tenemos una noción palpable de la metamórfosis de la crisálida.

V.—Nosotros, ciertamente, mas no la crisálida. La materia de que está compuesto nuestro cuerpo está al alcance de los órganos de este mismo cuerpo, o de otra manera, nuestros órganos rudimentarios son apropiados a la materia de que está hecho el cuerpo rudimentario, pero no aquella de que está hecho el cuerpo supremo y compuesto. El cuerpo ulterior o supremo escapa, pues, a nuestros sentidos rudimentarios y nosotros percibimos únicamente la cáscara que cae caduca y se separa de la forma interior y no la forma íntima misma; pero esta forma interior, de la misma manera que la cáscara, es apreciable para aquellos que ya han operado la conquista de la vida ulterior.

P.—Usted ha dicho a menudo que el estado magnético parecíase singularmente a la muerte. ¿Cómo es esto?

V.—Cuando yo digo que se parece a la muerte, entiendo por ello que se parece a la vida ulterior, pues mientras estoy magnetizado los sentidos de mi vida rudimentaria están suspendidos y percibo las cosas exteriores di-

rectamente, sin órganos, por medio de un agente que estará a mi servicio en la vida ulterior o inorgánica.

P.—¿Inorgánica?

V.—Sí. Los órganos son mecanismos por medio de los cuales el individuo es puesto en relación sensible con ciertas categorías y formas de la materia, con exclusión de las otras categorías y de las otras formas. Los órganos del hombre son apropiados a su condición rudimentaria y a ella sola. Siendo inorgánica su condición es propia a una comprensión infinita de toda cosa, excepto una, que es la voluntad de Dios; es decir, el movimiento de la materia imparticulada. Tendrá usted una idea distinta del cuerpo definitivo concibiéndolo todo cerebro. No es eso, pero una concepción de esta naturaleza lo aproximará a la idea de su constitución real. Un cuerpo luminoso comunica una vibración al éter, encargado de transmitir la luz; esta vibración engendra otras parecidas en la retina, las cuales comunican otras semejantes a los nervios ópticos; los nervios las transmiten al cerebro y el cerebro a la materia imparticulada que lo penetra; el movimiento de esta última es el pensamiento y su primera vibración es la percepción. Tal es el modo por el cual el espíritu de la vida rudimentaria comunica con el mundo exterior, y este mundo exterior está limitado en la vida rudimentaria por la idiosincrasia de los órganos. Pero en la vida ulterior inorgánica el mundo exterior comunica con el cuerpo entero (que es de una substancia que tiene alguna afinidad con el cerebro, como le he dicho), sin otra intervención que la de un éter infinitamente más sutil que el éter luminoso, y el cuerpo todo, entero, vibra al unísono con este éter y pone en movimieento a la materia imparticulada de que él está penetrado. Es, pues, a la ausencia de órganos idiosincráticos que es preciso atribuir la percepción casi ilimitada de la vida ulterior. Los órganos son jaulas necesarias, donde están encerrados los seres rudimentarios hasta que estén cubiertos con todas sus plumas.

P.—Usted habla de seres rudimentarios. ¿Hay otros seres rudimentarios pensantes, además del hombre?

V.—La incalculable aglomeración de materia sutil en las nebulosas, los planetas, los soles y otros cuerpos que no son ni nebulosas, ni soles, ni planetas, tiene por único destino servir de alimento a los órganos idiosincráticos de una infinidad de seres rudimentarios, pero sin esta necesidad de la vida rudimentaria, camino a la vida definitiva, tales mundos no habrían existido; cada uno de estos mundos está ocupado por una distinta variedad de seres orgánicos, rudimentarios, pensantes; en todos los órganos varían con los caracteres generales de la mansión. A la muerte o metamórfosis, estos seres, poseedores de la vida ulterior, de la inmortalidad y conociendo todos los secretos, excepto el *único*, operan todos sus actos y se mueven en todos los sentidos por un puro efecto de su voluntad; ellos habitan, no ya en las estrellas, que nos parecen los únicos mundos palpables y para comodidad de los cuales creemos estúpidamente que el espacio ha sido creado, sino el espacio mismo, este infinito cuya inmensidad verdaderamente substancial absorbe las estrellas como a sombras y que, para los ojos de los ángeles, las borra como no-entidades.

P.—Usted dice que, sin la *necesidad* de la vida rudimentaria, los astros no habrían sido creados. Mas ¿por qué esta necesidad?

V.—En la vida inorgánica, así como generalmente en la materia inorgánica, no hay nada que pueda contradecir la acción de una ley simple, única, cual es la Volición divina. La vida y la materia orgánicas—complejas, substanciales y gobernadas por una ley múltiple—han sido constituídas con el fin de crear un impedimento.

P.—Pero, todavía, ¿dónde está la necesidad de crear este impedimento?

V.—El resultado de la ley inviolada es perfección, justicia, felicidad negativa. El resultado de la ley violada es imperfección, injusticia, dolor positivo. Gracias a los

impedimentos puestos por el número, la complejidad o la substancialidad de las leyes de la vida y de la materia orgánica, la violación de la ley se hace, hasta cierto punto, practicable. Por esta razón el dolor, que es imposible en la vida inorgánica, es posible en la orgánica.

P.—Pero ¿en vista de qué resultado satisfactorio la posibilidad del dolor ha sido creada?

V.—Todas las cosas son buenas o malas por comparación. Un análisis suficiente demostrará que el placer, en todos los casos, no es más que el contraste del sufrimiento. El placer positivo es una pura idea. Para ser feliz hasta cierto punto, es necesario que hayamos sufrido en la misma medida. No sufrir jamás equivale a no haber sido nunca feliz. Pero está demostrado que en la vida inorgánica el sufrimiento no puede existir. De aquí la necesidad del sufrimiento en la vida orgánica. El dolor de la vida primitiva en la tierra es la sola base, la sola garantía de la dicha en la vida ulterior, en el cielo.

P.—Pero todavía hay una expresión de usted que no he podido absolutamente comprender: la inmensidad verdaderamente *substancial* del infinito.

V.—Es, probablemente, porque usted no tiene una noción suficientemente genérica de la expresión *substancia* en sí misma. No debemos considerarla como una cualidad, sino como un sentimiento. Es la percepción, en los seres pensantes, de la apropiación de la materia para su organización. Hay en verdad, sobre la tierra, muchas cosas que serán una nada para los habitantes de Venus; muchas cosas visibles y tangibles en Venus, de las cuales somos incompetentes para apreciar su existencia. Pero para los seres inorgánicos—para los ángeles—la totalidad de la materia imparticulada es substancia; es decir, que para ellos la totalidad de lo que nosotros llamamos espacio es la más verdadera substancia. Hoy los astros, tomados desde el punto de vista material, escapan al sentido angelical en la misma proporción que la materia impar-

ticulada, tomada desde el punto de vista inmaterial, escapa a los sentidos orgánicos.

Como el sonámbulo pronunciara con voz débil estas últimas palabras, observé en su fisonomía una expresión singular que me alarmó un tanto y me decidió a despertarlo inmediatamente. No bien hecho esto cuando cayó hacia atrás sobre la almohada y expiró con una radiante sonrisa que iluminaba sus facciones. Noté que en menos de un minuto después su cuerpo tenía la inmutable rigidez de la piedra, y su frente la frialdad del hielo; tal, sin duda, la hubiera encontrado, después de una larga presión de la mano de Azrael. ¿Durante la última parte de su discurso el sonámbulo no habría, pues, hablado desde el fondo de la región de las sombras?

EDGARDO POE.

Los nuevos burgueses

Cuando consigno mis ideas en un libro y las acoto con el cerco egoísta de mi apellido, cuando reclamo la eterna paternidad de mis pensamientos cerrados bajo el candado de mi firma, cuando laboro mentalmente con la premeditación del aplauso y atento a la lisonja o al lucro, me parezco menos que un hombre.

Cuando lanzo a voleo mis ideas sobre la tierra inmensa de la atención ajena y me convierto en anónimo sembrador de mí mismo, entregando generosamente a cuantos quieran prohijarla la dudosa paternidad de mis obras mentales, nacidas año tras año en la lenta formación de mi conciencia, sin que mi espíritu sea movido por otros estímulos que aquellos que arrancan de las internas fruiciones de la verdad declarada y del deber moral generosamente cumplido. Cuando hablo en público y vierto mi alma sobre la multitud desconocida, haciendo impersonal lo más amado de mi persona, y doy y entrego las interiores construcciones de mi pensamiento al acervo común de los humanos, en tanto que renuncio a toda propiedad intelectual, a toda paga, a toda recompensa, entonces no me siento más que hombre, porque no existe rango ni linaje superior a ese; pero me siento hombre, y eso basta...

. . . . . .

Si hubiera sido posible que Jesucristo hubiese hablado con Bakunine y Kropotkine, sin duda alguna les hubiera saludado de esta suerte:

—¡Hola, burgueses!...

Los dos revolucionarios rusos, al escuchar la despectiva frase, la hubieran recibido con el dolor y la afrenta de un latigazo en pleno rostro, en tanto que el Redentor del mundo habría continuado hablando de este modo:

—No penséis que os saludo de tal suerte como efecto natural de comparar mis pies descalzos con los vuestros cuidadosamente calzados, porque esas diferencias deben dimanar del natural progreso de los tiempos, al que tanto han contribuído mis predicaciones, sino que mi concepto arranca de la estimación de vuestras propiedades morales, que son aquellas que con mayor eficacia declaran la virulencia burguesa de vuestras pretendidas propagandas revolucionarias.

—¡Propiedades morales, Señor!—exclamaría Kropotkine, precisamente más literato que Bakunine.

—Así llamo yo—respondería Jesús—a vuestras propiedades literarias, a vuestras obras, a vuestros libros... Yo no escribí nada; yo no reclamé jamás la paternidad de mi pensamiento; yo desgrané mi alma, como fruto que vierte sus semillas y las brinda ciega y liberalmente a la tierra, a las aves, a los vientos, a todo el que anhele apoderarse de ellas. Mi espíritu se abrió como las fuentes a la ansiedad de todos los sedientos, para que se asimilara y se incorporara a la savia infinita del gran árbol humano, sin solicitar otra cosa que la felicidad de aquellos que me oían, aunque luego, por contingencia, me hayan otorgado glorias y honores que, en verdad, me parecen excesivos. Los amadores de mis ejemplos y los secuaces de mis doctrinas las recopilaron y propalaron, y aunque me las atribuyeron, sin yo pedírselo, acaso las transformaron en algo que estaba más en su naturaleza que en la mía; pero yo jamás abrigué el alevoso designio de conservar la propiedad de aquello que es de todos los hombres y para todos los hombres, porque el pensamiento es un fruto social que se concreta en cada uno y cuya ofrenda es gratuítamente debida a la misma sociedad que lo inspira; nace en nosotros condicionado por causas que se

deben al medio y por fatalidades e inconsciencias orgánicas, ajenas a nuestra voluntad, por las cuales se devuelven y transforman las ideas recibidas, como los mares reflejan las luces de los cielos.

—Si nosotros hubiéramos propalado nuestras doctrinas—diría Bakunine—por el solo medio de las predicaciones verbales, nuestros discípulos se hubieran apoderado de ellas para apropiárselas y suscribirlas.

—¿Y qué?—respondería Jesús.—¿Cuál era el objeto de vuestros amores, la Humanidad o vuestra nombradía? Si era la Humanidad, ¿qué importaba que otro se apoderase de la propiedad de vuestro pensamiento si, al fin y al cabo, no detenía su curso, y era río que en el gran mar humano se convertía? Si amabais al mundo, debisteis entregarle el alma como yo, sin preocuparos de vosotros mismos para nada, y al escuchar vuestras propias ideas en labios ajenos y como cosa suya, en vez de apenaros con la amargura siniestra del autor expoliado, debisteis sentir el gozo de la prolificación de vuestro espíritu. Pero lo que acontece es que los padres de las revoluciones modernas no sois otra cosa que literatos; es decir, burgueses del pensamiento, que transformáis las ideas nacidas del comercio humano en propiedad individual, más odiosa y menos justificada que aquellas otras propiedades que se laboran con los músculos y que se riegan con el sudor de nuestra frente, y al gran amor a la especie oponéis vosotros las sórdidas vanidades del aplauso y los viles apetitos de la gloria... La literatura ha estrangulado toda revolución profunda, y ha detenido el movimiento inicial del Sermón de la montaña.

RAFAEL TORROMÉ

PENSAMIENTOS Y LIBROS

Director: M. CATALANO

Pecados, Tentaciones, Supersticiones (1)

La vida humana sería una continua felicidad si las supersticiones, las tentaciones y los pecados no hubieran privado a los hombres de ese bien que les es accesible. El pecado es el estímulo a los deseos carnales; las tentaciones: la concepción errónea que tiene el hombre de sus relaciones con el mundo; las supersticiones: las falsas doctrinas aceptadas de palabra.

I.—La verdadera vida no está en el cuerpo sinó en el alma

1.—El término pecado, en el lenguaje popular, es empleado por el trabajador cuando el arado se le escapa de las manos, saltando del surco sin remover la tierra.

Sucede lo mismo en la vida. El pecado es la desviación del cuerpo humano del buen camino y su impotencia para cumplir luego su deber.

2.—En su juventud, mientras no conocen el objeto real de la vida, que es la comunión en el amor, los hombres piensan que el objeto es satisfacer sus deseos carnales. No habría gran daño si esta ilusión no acabara sino en error de la razón; pero el mal está en que la hartura

(1) De «El Pensamiento de la Humanidad», por León Tolstoi.

en los deseos carnales mancilla al alma y que ésta pierde la facultad de encotrar su dicha en el amor.

¿No sería lo mismo como el querer juntar agua potable con un recipiente bien ensuciado prealablemente?

3.—Quisieras procurar para tu cuerpo los más grandes placeres. ¿Pero viviría tu cuerpo mucho tiempo? Interesarse por los placeres carnales, es construir su habitación sobre el hielo. ¿Qué alegría podría esperarse de una vida así, qué reposo? ¿No temes constantemente que, tarde o temprano, el hielo se funda, que tarde o temprano deberás abandonar tu cuerpo mortal?

Construye, entonces, tu casa sobre tierra firme; trabaja para que no muera: perfecciona tu alma, desembarázate de los pecados, las tentaciones y las supersticiones.

Según SKOVORODA

4.—El niño no siente todavía a su alma y no siente lo que experimenta el adulto cuando oye en él hablar dos voces contradictorias. La una dice: «come para ti» y la otra: «da a aquel que pide». La una dice: «véngate», la otra: «perdona». La una dice: «cree en lo que los otros dicen», y la otra: «reflexiona en ti mismo».

Cuantos más años pasan para el hombre, tanto más él oye esas dos voces contradictorias: la una es la voz del cuerpo, la otra la del espíritu. Y aquel que se habitúe a oir la voz del alma, será feliz.

5.—Ninguno puede servir a dos amos: porque u odiará al uno y amará al otro, o se unirá al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammon.

MATEO, VI, 24

6.—No se puede cuidar al mismo tiempo de su alma y de su cuerpo. Si quieres los placeres carnales, renuncia a tu alma; si quieres preservar a tu alma, renuncia a los placeres carnales. Si no, oscilarás, ya para un lado, ya para el otro, y no tendrás ni lo uno ni lo otro.

7.—El hombre busca asegurarse la libertad, para substraer a su cuerpo de toda traba y poder hacer su volun-

tad. Es eso un gran error. Los medios con los cuales los hombres buscan librar a su cuerpo de toda traba: la riqueza, el poder, la buena reputación, todo eso no aseguran la libertad deseada; contrariamente, todo eso no hace sino ligarlos más. Para adquirir una libertad más grande, los hombres construyen una prisión con sus pecados, tentaciones y supersticiones, y se encierran en ella.

II.—¿Qué es el pecado?

1.—La doctrina de los Budistas enseña cinco mandamientos principales. El primero: no mates conscientemente a ningún ser viviente. El segundo: no te apropies de lo que otro considera como su bien. El tercero: sé casto. El cuarto: no digas mentira. El quinto: no te embriagues, ni con bebidas, ni con humos aromáticos. Los Budistas consideran, entonces, como pecados: el homicidio, el robo, la fornicación, la embriaguez, la mentira.

2.—La doctrina evangélica no recomienda sino dos preceptos, y los dos relacionados con el amor. Cuando el hombre de ley, para probar al Cristo, le preguntó: —Maestro ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Jesús le respondió:—Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento. Es este el primero y gran mandamiento. He aquí el segundo, que le es parecido: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Es por eso que, según la doctrina cristiana, todo lo que está en desacuerdo con esos dos mandamientos es pecado.

3.—Los hombres no son castigados por causa de sus pecados, sino por los pecados mismos. Es el más penoso y el más seguro de los castigos.

Sucede que un impostor o un perverso vive y muere en la opulencia y los honores; pero eso nada significa que ha escapado al castigo, debido a sus pecados. Y el castigo no se producirá en alguna parte donde nadie no ha estado ni irá jamás, sino aquí mismo. Ese hombre está desde luego castigado, por el hecho de que cada

nuevo pecado lo aleja de más en más de la verdadera felicidad, del amor y que se hace cada vez menos dichoso. Así le sucede a un borracho, sea o no castigado por los hombres; lo está desde ya seguramente, puesto que, independientemente de su dolor de cabeza inmediato a la embriaguez, está castigado por los sufrimientos que lo mortifican a medida que se da a la embriaguez.

4.—Si nos imaginamos que podemos desembarazarnos de esos pecados en esta vida, nos equivocamos groseramente. El hombre puede tener muchos o pocos pecados, pero no sabría ser impecable. Y no lo podría, puesto que toda nuestra vida se pasa en el esfuerzo de libertarnos de nuestros pecados y es allí solamente que está la verdadera felicidad.

III.—Las tentaciones y las supersticiones

1.—El objeto del hombre en esta vida es cumplir con la voluntad de Dios. Ella ordena al hombre el desarrollar y manifestar el amor que está en él. ¿Qué puede hacer el hombre para manifestar ese amor? Suprimir todo lo que lo traba. ¿Qué es lo que lo traba? Los pecados.

De suerte que, para cumplir con la voluntad divina, el hombre no tiene sino una cosa que hacer: librarse de sus pecados.

2.—Pecar es la obra humana; justificar los pecados es obra diabólica.

3.—Mientras el hombre está sin razón, vive como una bestia y no es responsable de la prosecución de sus actos, buenos o malos. Pero el momento le llega en el cual se hace capaz de reflexión y puede distinguir, entre aquello que debe y lo que no debe hacer. Pero en lugar de comprender que la razón le está dada para discernir el bien y el mal, la emplea a menudo en justificar el mal que le es agradable y al cual está habituado.

Es esto lo que engendra las tentaciones y las supersticiones, con lo cual el mundo sufre de más en más.

4.—Es falso, cuando el hombre se cree sin pecados y no tiene necesidad de hacer esfuerzos en sí mismo. Pero igualmente falso es, cuando el hombre se imagina haber nacido en los pecados, estar condenado a morir colmado de pecados y que a nada conduciría el hacer esfuerzos para desembarazarse de ellos. Los dos errores son igualmente funestos.

5.—Es malo cuando el hombre que vive entre pecadores no ve ni sus propios pecados, ni los ajenos; pero es peor cuando el hombre ve los pecados ajenos y no observa los propios.

6.—En cada existencia llega un momento en el cual el cuerpo envejece, se debilita, se hace cada vez menos exigente, mientras el «yo» espiritual engrandece de más en más. Entonces, aquellos habituados a satisfacer sus deseos corporales imaginan, para no renunciar a sus costumbres, seducciones y supersticiones, que les permiten vivir como pecadores. Pero tienen bastante que hacer, para garantir sus cuerpos, contra el «yo» espiritual; ese «yo» vence siempre, aunque más no sea en los últimos momentos de la vida.

7.—Al principio, el pecado es un extraño en nuestra alma; después es el huésped, y mientras nos habituamos a él se hace como el señor de la casa.

8.—Aquel que comete por primera vez un pecado siente siempre su falta; aquel que peca con muchas reincidencias,—sobre todo cuando las personas que le rodean cometen el mismo pecado,—cae en la tentación y no siente más su pecado.

9.—Cuando un hombre ha cometido un pecado y se da de ello cuenta, tiene dos salidas: la una de reconocer su falta y de esforzarse en no hacerla más; la otra es de indagar lo que piensan de ello las personas por el pecado que cometió y si esas personas no lo vituperan por continuar en el pecado.

«Todos lo hacen; ¿por qué, entonces, no haré como hace todo el mundo?» Cuando el hombre se dirige por esa

pendiente, no se apercibe más de que se aleja cada vez más del buen sendero.

10.—«Las tentaciones deben existir sobre la tierra», ha dicho Cristo. Creo que el sentido de esta sentencia está en que el conocimiento de la verdad no es suficiente para desviar a los hombres del mal y para atraerlos hacia el bien.

Para que la mayoría de los hombres puedan conocer la verdad, es indispensable que sean llevados, por los pecados, las tentaciones y las supersticiones, al último grado del error y al sufrimiento que les es propio.

11.—Los pecados nos vienen del cuerpo; las tentaciones de la opinión pública; las supersticiones por la falta de confianza en su propio juicio.

IV.—La obra esencial en la vida del hombre, es desembarazarse de los pecados, las tentaciones y las supersticiones

1.—El hombre se alegra cuando su cuerpo sale de la cautividad, de la prisión. ¿Cómo no será, entonces, dichoso cuando se desembarace de los pecados, las tentaciones y las supersticiones que tenían a su alma prisionera?

2.—Admitamos que los hombres no supieran vivir sino la vida bestial, que no lucharan contra sus pasiones—¡qué vida horrible sería esa, qué odio habría entre todos los hombres, qué libertinaje, qué crueldad! Es porque los hombres conocen sus debilidades y sus pasiones y que luchan contra ellas por lo que pueden vivir reunidos.

3.—La vida del hombre, aunque él lo quiera o no, tiende a despojarlo de más en más de sus pecados. Aquel que lo comprende contribuye con sus esfuerzos; y la vida de tal persona es fácil, puesto que está de acuerdo con lo que en él se produce.

4.—Los niños no están todavía habituados al pecado

y todo pecado les repugna. Los adultos han caído ya en la tentación y pecan sin darse de ello cuenta.

5.—Dos señoras fueron a la casa de un anciano para pedirle un consejo. La una se consideraba una gran pecadora. Siendo joven aún, había engañado a su marido y vivía en un continuo tormento. La otra, habiendo vivido siempre según las buenas reglas, no se reprochaba ninguna falta importante y estaba satisfecha de sí misma.

El anciano interrogó a las dos señoras sobre sus vidas. La una, toda en lágrimas, le confesó su gran pecado. Lo consideraba tan grande, que no se creía merecedora de perdón; la otra declaró que no se reconocía ningún pecado particular. El anciano dijo a la primera:

—Vete detrás del cercado y encuéntrame una gran piedra, la más grande que tú puedas levantar, y me la traes.

—Y tú, dijo a la que no se reconocía grandes pecados, tráeme también piedras, tantas como puedas traer, pero pequeñas.

Las señoras ejecutaron la orden del anciano. La una llevó un gran bloque, la otra una bolsa de guijarros.

El anciano examinó las piedras y dijo:

—He aquí lo que haréis ahora: llevad las piedras allí donde las habéis tomado, y cuando lo hayáis hecho, volveos a mí.

Las señoras se fueron a ejecutar la orden del anciano. La primera encontró fácilmente el lugar del cual había sacado la piedra y la colocó en él. La segunda, no llegando a recordarse los lugares donde se encontraban cada una de sus piedras, se volvió con su bolsa hacia el anciano, sin haber ejecutado su orden.

—Sucede lo mismo con los pecados, dijo el anciano. Has podido colocar de nuevo, sin dificultad, una grande y pesada piedra en su primitivo lugar, puesto que te acordabas de dónde la habías sacado. En cuanto a ti, no lo has podido hacer, porque no te recuerdas más de dónde habías tomado las pequeñas piedras.

Después, dirigiéndose de nuevo hacia la primera, agregó:

—Te recuerdas de tu falta, soportas los reproches de las personas y los de tu conciencia, te humillas y te has librado así de las consecuencias de tu pecado. En cuanto a ti, dijo a la señora que le había llevado los guijarros, no habiendo cometido sino faltas pequeñas, no te las recuerdas más, no te arrepientes, te has habituado a vivir en el pecado, y censurando las faltas de los otros, te has hundido de más en más en las tuyas.

6.—Es un gran error creer en la posibilidad de desembarazarse de un pecado por la fe o el perdón de los hombres: No se puede de ningún modo librarse de un pecado; se puede solamente reconocerlo y tratar de no repetirlo.

7.—No seas nunca cobarde ante tus pecados, no te digas: no puedo hacerlo de otro modo, estoy habituado, soy débil. Mientras vivas puedes siempre luchar contra el pecado y vencerlo, si no es hoy, mañana; si no es mañana, pasado; si no es pasado mañana, seguramente lo será antes de tu muerte. Pero si renuncias desde un principio a la lucha, renuncias al sentido fundamental de la vida .

8.—El ser en el cual está ausente la conciencia de su unidad con Dios y con todo lo que vive, está sin pecados. Tales son los animales, las plantas.

Al contrario, el hombre reconoce la presencia simultánea en él de la bestia y de Dios; es por eso que no podría estar sin pecados. Decimos que los niños son inocentes. Tienen menos pecados que el adulto, pero tienen desde ya pecados carnales. Así también le pasa a un hombre de vida santa: no está exento de pecados. Un santo ha cometido menos pecados, pero los ha cometido, también, porque: sin pecados no hay vida.

9.—Para habituarse a luchar contra el pecado, es útil suspender, de tiempo en tiempo, sus ocupaciones habituales, a fin de experimentar si se es dueño de su cuerpo o si es el cuerpo el que es el señor.

V.—Importancia de los pecados, las tentaciones, las supersticiones y las falsas doctrinas en la manifestación de la vida espiritual

1.—Aquellos que creen que Dios ha creado el mundo, preguntan a menudo: ¿Por qué ha creado Dios al hombre de manera que esté obligado a pecar? Esto es lo mismo que preguntar: ¿Por qué Dios ha creado a la mujer, que para tener un hijo debe sufrir, ser madre, amamantarlo, educarlo? ¿No sería más simple si Dios le diera los hijos ya hechos, sin ser madre, sin amamantarlos, sin penas ni cuidados? Ninguna madre hará esta pregunta, pues el hijo le es querido precisamente porque es en los tormentos de la maternidad, en la alimentación, en la educación, cuidados esos que forman la alegría más grande de su vida.

Sucede lo mismo en la vida humana: los pecados, las tentaciones, las supersticiones, la lucha y la victoria obtenida sobre ellos, constituyen todo el sentido y toda la alegría de la vida.

2.—Es muy penoso para el hombre conocer sus pecados; al contrario, experimenta gran alegría al sentir que de ellos se desembaraza. Si no hubiera noches, no nos podríamos alegrar por las salidas del sol; si no hubiera pecados, el hombre no conocería las alegrías de una vida ejemplar.

3.—Si el hombre no tuviera alma, no conocería los pecados; y si no tuviera pecados, el hombre no sabría que posee un alma.

4.—Los pecados, las tentaciones y las supersticiones, constituyen el manto que debe cubrir las semillas del amor, para que puedan crecer.

Excesos

La sola y única felicidad del hombre está en el amor. Pero está privado de ese bien, cuando en lugar de desarrollar en él el amor aumenta e incita las exigencias de su cuerpo.

I.—Todo lo superfluo de que goza el cuerpo, es nocivo tanto al cuerpo como al alma

1.—No es necesario satisfacer las necesidades del cuerpo, sino en el límite de lo indispensable. Imaginar nuevos placeres para el cuerpo es vivir al revés, es decir, colocar el alma al servicio del cuerpo, en lugar del cuerpo al servicio del alma.

2.—Mientras menos necesidades se tienen tanto más la vida es feliz; es ésta una antigua verdad, que está muy lejos de ser aceptada por todo el mundo.

3.—Cuanto más te habitúas al lujo, tanto más te sometes a la esclavitud; pues cuantas más necesidades, tanto más limitarás tu libertad. La libertad absoluta consiste en no tener necesidad de nada, y la misma algo limitada, es la de tener necesidad de poco.

JUAN CRISÓSTOMO

4.—Se peca con los hombres y se peca consigo mismo. Los pecados con los hombres se hacen porque no se respeta el Espíritu Divino que está en sus semejantes. Los pecados consigo mismo: porque no se respeta el Espíritu Divino en sí mismo.

5.—Si quieres vivir tranquilo y libre, deshabitúate de aquello de lo cual te puedes abstener.

6.—Todo aquello que es necesario al cuerpo es fácil de obtener. No es difícil de procurarse, sino aquello que es innecesario.

7.—Es bueno tener lo que se desea; pero es mejor no desear nada más que lo que se tiene.

MENEDEM

8.—Si te portas bien y has trabajado hasta sentir la fatiga, el agua y el pan te parecerán mejores que a los ricos sus manjares escogidos; tu jergón más blando que todas las camas con resortes, y tu blusa te será más agradable que todos los vestidos de terciopelo.

9.—Sócrates se abstenía de todo elemento que solamente halagara el gusto; no comía sino lo justo para satisfacer su apetito; y recomendaba a sus discípulos el seguir su ejemplo. Decía que los excesos de bebidas y de alimentos eran muy dañinos, no solamente al cuerpo, sino también al alma, y aconsejaba levantarse de la mesa teniendo aún hambre. Les recordaba la historia del mesurado Ulises y de la hada Circe, que no había podido hechizar a Ulises, únicamente porque no había comido al exceso, mientras que todos sus compañeros fueron metamorfoseados, por ella, en cerdos después que se hubieron hartado de manjares delicados.

10.—La mayoría de los hombres de hoy están persuadidos de que la felicidad está en halagar las exigencias corporales. Este estado del espíritu se nos revela por la extensión de la doctrina socialista. Según esta doctrina, el hombre en el cual las necesidades están poco desarrolladas es un bruto, mientras que el acrecentamiento de las necesidades es el primer indicio del hombre civilizado, indicio de la conciencia de su dignidad. Los hombres de nuestro tiempo tienen fe a tal extremo en esta falsa doctrina, que no hacen sino ridiculizar a los sabios que veían el bien del hombre en la disminución de sus necesidades.

11.—Observad cómo querría vivir un esclavo. Quiere, ante todo, que se le ponga en libertad. Piensa que sin eso no puede ser ni libre ni feliz. Dice: «Si me hubieran dado libertad, habría sido inmediatamente feliz. No estaría más obligado a ejecutar los caprichos, ni a ga-

nar las buenas miras de mi amo; podría hablar a quien me agradare, como a igual; podría ir adonde quisiera, sin pedir permiso a nadie.»

Pero, tan pronto como está en libertad, se pone a buscar a quién podría bien adular, para mejor comer. Para conseguirlo está pronto a todas las bajezas. Y después que ha conseguido instalarse junto a un hombre rico, cae de nuevo en la misma esclavitud que aquella de la cual tanto quería salir.

Cuando un tal hombre comienza a enriquecerse, toma mujer y vuelve a caer, junto a ella, en una esclavitud peor todavía. Rico, posee menos libertad aún, y entonces sufre y llora. Y mientras es más desdichado, se recuerda de su antigua esclavitud y dice: «No estaba verdaderamente mal en casa de mi amo. No tenía ninguna inquietud, estaba vestido, calzado, nutrido, y cuando estaba enfermo me cuidaban. El trabajo no era muy difícil. Mientras que ahora, tengo tanto que hacer. No tenía entonces sino un dueño; ahora tengo numerosos. ¡Qué de gentes para satisfacer!»

EPICTETO

II.—Instabilidad de las pasiones carnales

1.—Para mantener la vida, nuestro cuerpo tiene necesidad de poco; mientras que los caprichos de nuestro cuerpo no pueden jamás ser satisfechos.

2.—Halagar al cuerpo, asegurarle lo superfluo, es un grave error. En efecto, la vida en el lujo no aumenta, pero disminuye el placer de comer, de descansar, de dormir, de vestirse, de aposentarse. Si se come en demasía o sin tener hambre, el estómago se arruina y no se toma gusto al alimento. Si se marcha en vehículo cuando es fácil hacer el mismo trayecto a pie, si se habitúa a una cama blanda, a un alimento delicado y rebuscado, a una instalación lujosa, si se ha habituado a hacer ejecutar a los otros aquello que se puede hacer

uno mismo, no se tiene más placer en descansar después del trabajo, en tener calor después del frío, en dormir bien, y no consigue sino debilitarse de más en más y disminuir la alegría, la paz y la libertad.

3.—Los hombres debieran tomar ejemplo en las bestias, para saber tratar a sus cuerpos. Después que el animal tiene lo que le es necesario a su cuerpo, se calma. Pero al hombre no le es suficiente aplacar su hambre, poderse abrigar; continuamente inventa nuevos platos y nuevas bebidas, construye palacios, fabrica una gran cantidad de objetos inútiles que no lo hacen sino más desdichado.

III.—Pecado de intemperancia en el alimento

1.—Un sabio decía: Doy gracias a Dios de habernos hecho fácil todo lo que es necesario y difícil todo lo que no lo es. Es exacto, sobre todo, para lo concerniente al alimento; aquello que es necesario al hombre para que le haga bien y pueda trabajar, es simple y a buen precio: el pan, las frutas, las legumbres, el agua. Se lo encuentra en todas partes.

Sólo los platos complicados son difíciles para preparar. No solamente son difíciles para preparar, sino que todavía son nocivos.

2.—Se muere más raramente de hambre que de buena carne.

3.—Es necesario comer para vivir y no vivir para comer.

4.—Sin la gula, ningún pájaro sería tomado en las redes del cazador. Se toma a las gentes con el mismo cebo. El vientre es como cadenas en las manos y hierro en los pies. Aquel que es esclavo de su vientre, queda siempre esclavo. Si quieres ser libre, principia a independizarte de tu vientre. Come para calmar tu hambre y no para encontrar placer.

Según SADI.

IV.—El pecado de comer carne

1.—Pitágoras no comía carne. Cuando se le preguntaba a Plutarco, que había descripto la vida de Pitágoras, por qué éste no comía carne, respondía que se asombraba, no tanto de que Pitágoras no comiera carne, sino de que hubiera aún gentes que, en lugar de alimentarse de granos, de legumbres y de frutas, aprisionaran seres vivientes y los mataran para comerlos.

2.—«No matarás» no se refiere únicamente al asesinato del hombre, sino también a todo lo que vive. Este mandamiento había sido grabado en el corazón del hombre antes de serlo en el Sinaí.

3.—La compasión para con los animales está tan íntimamente ligada a la bondad, que se puede afirmar con seguridad que: aquel que es cruel con las bestias, no puede tener buen corazón.

SCHOPENHAUER

4.—No levantes la mano sobre tu hermano y no derrames la sangre de los seres que pueblan la tierra: hombres, animales domésticos, venados y pájaros; de las profundidades de tu alma se eleva una voz que te prohibe esparcir sangre, pues la sangre es la vida y tú no puedes restituir la vida.

LAMARTINE

5.—Las alegrías que la piedad y la compasión para con los animales dan al hombre, rescatan centuplicados los placeres de los cuales se priva renunciando a la caza y a la carne.

V.—Pecado de la embriaguez: vino, tabaco, opio, etc.

1.—Para vivir bien los hombres tienen, sobre todo, necesidad de su razón. Ellos deberían particularmente cuidarse de la salud de su razón. Mientras tanto, encuen-

tran placer en obscurecerla con el vino, el tabaco y el opio. Ello es, porque desean llevar una mala vida y temen que su razón no obscurecida les haga ver esto.

2.—¿Por qué los hombres, teniendo diferentes costumbres, conservan el hábito de fumar y beber? Porque la mayoría de entre ellos están descontentos de su vida. Están descontentos porque buscan los placeres carnales, sin poderlos jamás satisfacer. Es por eso que, tanto los pobres como los ricos, buscan el olvido en la embriaguez.

3.—Si el hombre come mucho, le es difícil el no ser perezoso. Si toma bebidas embriagadoras, le es difícil el permanecer casto.

4.—Nadie hase nunca emborrachado, ni con el humo, para cumplir una buena acción: trabajar, tomar una resolución, cuidar un enfermo, rogar a Dios. Pero la mayoría de las malas acciones están hechas en un estado de embriaguez.

No es un crimen emborracharse; pero es crear el estado que predispone al crimen.

VI.—Servir al cuerpo, es dañar el alma

1.—Si un hombre tiene mucho más de lo que le es indispensable, es porque otros carecen de lo necesario.

2.—¿Quién es más feliz: aquel que se alimenta por su trabajo lo bastante para no tener hambre, se viste para no quedar desnudo, se alberga para no sufrir la lluvia y el frío, o bien aquel que se procura una buena nutrición, ricos vestidos y una habitación lujosa, por la mendicidad, la esclavitud o por la estafa y la fuerza?

3.—Si no hubiéramos inventado el lujo, todos aquellos que ahora están en la miseria podrían vivir sin faltarles nada y los ricos sin temer por sus vidas o sus riquezas.

4.—Así como el primer principio de la sabiduría es conocerse a sí mismo, puesto que aquel que se conoce puede conocer a los otros, así también el primer princi-

pio de la caridad es el de contentarse con poco, pues sólo aquel que se contenta con poco puede ser caritativo.

J. RUSKIN

5.—Los grandes pensadores y los santos eran sobrios y castos.

6.—Así como el humo desaloja a las abejas de su colmena, la voracidad y la embriaguez desalojan las mejores fuerzas espirituales.

BASILIO EL GRANDE

7.—No hieras a tu corazón con excesos de alimentos y bebidas.

MAHOMA

VII.—Solo aquel que es dueño de sus deseos carnales, es libre

1.—Cuando el hombre vive, no para el alma, sino para el cuerpo, imita a un pájaro que fuera de un lugar a otro con sus débiles patas, en lugar de volar con toda libertad con sus alas.

2.—Decís que la buena carne, los ricos vestidos y el lujo son la felicidad. Yo creo que la más grande felicidad consiste en no desear nada; y para aproximarnos a esa felicidad suprema, es necesario habituarse a tener necesidad de poco.

SOCRATES.

3.—Nadie se ha arrepentido nunca de haber vivido muy sencillamente.

4.—Lo que le sucede al estómago cuando se lo hastía hasta indigestarlo, sucede cuando hay excesos en las distracciones. Cuanto más los hombres se esfuerzan en aumentar los placeres de la comida, inventando refinados platos, tanto más el estómago se debilita y tanto más el placer de tomar alimento disminuye. Cuanto más las gentes se esfuerzan en aumentar el placer de las distracciones, con juegos complicados, tanto más la facultad de gustar esos placeres se les debilita.

LEON TOLSTOI

Bibliografía

L'Esternel Retour, por Jules Bois. — Bibliotheque Charpentier, Eugene Fasquelle, Editeur, París

Hoy, que el problema del más allá y de las fuerzas desconocidas ha recibido un vigoroso estímulo por las nuevas teorías científicas y el nacimiento de una filosofía espiritualista tal como la de Bergson, una novela del estilo y la prodigiosa trama que ha sabido crear la pluma de Jules Bois está necesariamente llamada a despertar más que la atención el apasionamiento de un público ya cansado de las trivialidades que han servido comúnmente de tema a los novelistas contemporáneos. *L'Eternel Retour* sólo tiene comparación con una célebre novela de Haggard, *Ella-Ayesha,* pero hay en la nueva mucha menos fantasía, o, si se quiere, capricho individual. La razón de ser de los hechos hallan una explicación en las doctrinas arcaicas que sobre el más allá han tenido todas las sociedades humanas que se han sucedido en la historia de la especie. Esa doctrina se ha rejuvenecido hoy con las especulaciones teosóficas y espiritistas, así como las preconizadas por tantas otras escuelas modernas que sostienen la inmortalidad del alma y la reencarnación o palingenesia. Hay en todas, diríamos, como ciertas leyes por que se rigen estas transmigraciones de las almas

y la psicología de cada una en la sucesión de sus distintos cuerpos. Explícase de este modo el destino, mezcla de libertad y determinismo, de fatalidad y libre albedrío en que resulta muy difícil discernir hasta dónde imperan cada una de estas grandes fuerzas que informan la moralidad del individuo.

Jules Bois no se ha contentado con mostrarnos realizadas en la vida cotidiana moderna la tesis de la reencarnación y de las experiencias de premonición, de telepatía, de clarividencia: nos descubre en la existencia común la constante influencia de los que han sido; tan vivientes después de su muerte como nosotros, pero de una vida más plena, más potente. Particularmente el autor cree en la eficacia de los votos sinceros, de las sugestiones ardientes formulados por los muertos sobre los vivos. Así, todo el libro se ve dominado por la idea de este intercambio entre los dos mundos, o, mejor dicho, las dos vidas que nos pinta, la nuestra, la conocida, y esa otra de la que, como dice el poeta, «nadie ha vuelto todavía, que sepamos—al menos—con entera seguiridad».

La educación en las Cárceles

Nuestro colaborador señor Carlos B. Quiroga, de La Plata, acaba de publicar un interesante folleto, cuyo título es el que encabeza estas líneas, y destinado a dar una nueva orientación, práctica y razonable, a la educación moral dentro de las cárceles, suprimiendo, en estas lecciones, todo carácter dogmático que hace aparentar

al maestro como un «impostor», y aconsejando a la vez, para la rehabilitación moral de los educandos, una forma sutil, sana y agradable, «que no deje ver el anhelo que se persigue, de tal modo que el alumno vaya mejorando sin sentirlo, y, sobre todo, sin percibir en el educador propósito de regeneración.»

De un estilo sencillo, y a la vez lleno de vigor, el folleto que nos ocupa tiene un carácter de actualidad palpitante, como contribución a la difícil ciencia de la educación—siempre un problema—y sobre la que pesa una desgraciada desorientación en sus recursos y en sus fines.

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA.—CAPITAL E INTERIOR:

Semestre	$ m/n 3.50
Año	» » 7.—
Número suelto	» » 1.—

PAÍSES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	$ oro 4.—
Número suelto	» » 0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros á nombre de la Dirección: Calle RAMÓN L. FALCÓN, 2230 (Flores)
BUENOS AIRES

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

DIRECTOR: ANGEL CLARA

FEBRERO - MARZO DE 1916

AÑO II NÚMS. 14 Y 15





BIBLIOTECA DE JOSÉ F. MOLFINO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE SUIPACHA, 732
BUENOS AIRES

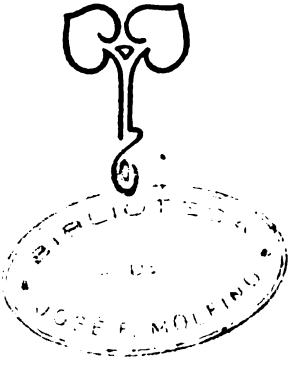
LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

DIRECTOR: ANGEL CLARA

FEBRERO - MARZO DE 1916

AÑO II NÚMS. 14 Y 15



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE SUIPACHA, 732
BUENOS AIRES

SUMARIO

Ciencia intelectualista.-Cultura ..... JULIO MOLINA Y VEDIA

El drama lírico de Wagner y los misterios.-V. El Oro del Rhin..... MARIO ROSO DE LUNA

Orientaciones teosóficas..... ADRIAN A. MADRIL

Algunas consideraciones sobre el Karma y el sello de la S. T..... F. W. GANDARA

La Libertad y el Karma según Confucio..... M. CATALANO

La evolución planetaria y el origen del hombre..... EDOUARD SCHURÉ

La realidad en más asombrosa que la ficción..... A. CONAN DOYLE

NOTA:

A causa de dificultades de imprenta, ajenas por completo a nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a postergar la aparición de la revista, por lo que pedimos disculpa a nuestros lectores. Hasta tanto logremos ponernos al día «La Cruz del Sur» aparecerá en doble formato, abarcando dos meses cada número.

LA CRUZ DEL SUR

CIENCIA - FILOSOFIA - TRADICIONALISMO

AÑO II	FEBRERO - MARZO 1916	N.° 14 y 15

DIRECTOR: ANGEL CLARA

Ciencia intelectualista

La ciencia moderna es la mecánica y no es la biología del pensamiento. Nos muestra el universo del modo que una carta geográfica nos describe una región de la Tierra; pero si deseamos conocer un país, hemos de vivir en él o atravesarlo como exploradores. El mapa es un auxiliar del explorador, y lejos de constituir su ciencia, no ha podido ser trazado sin el trabajo previo de los exploradores. Del mismo modo, la ciencia moderna es un instrumento del pensamiento, y no es el pensamiento mismo; es vocabulario, y no discurso. ¿Qué es, pues, el pensamiento? El pensamiento es un deseo en operación; el medio por el cual la intención—sensación o sentimiento—se realiza en hechos.

La ciencia moderna encara parcialmente los hechos de la Naturaleza; separa sus partes o cualidades y las estudia como si existieran solas. Pero, como no es exacto que esas partes o cualidades tengan existencia independiente, toda ley científica resulta hipótesis provisoria, no es una verdad completa o real. No hay órbitas elípticas ni de forma conocida; no hay éter, ni vibraciones, ni átomos, ni iones; ni hay especies biológicas, ni supervivencia del más adaptado; semejantes personi-

ficaciones de abstracciones no existen en la Naturaleza. La mente no puede pensar la totalidad de un objeto; toma de él unos pocos atributos y los combina en un concepto; éste puede ser fecundo y sus aplicaciones admirables, pero está siempre lejos de la realidad.

En el siglo XIX ha culminado una moderna superstición que todavía domina y desorienta el pensamiento contemporáneo, la de que la ciencia nos proporciona los conocimientos más completos que es capaz la mente humana. Pero la verdad es que las leyes científicas son meros auxiliares del conocimiento, y que lejos de constituir una forma de conocimiento contraria a la vieja metafísica, son una metafísica nueva, más fructífera en aplicaciones materiales, pero igualmente inconcebible, contradictoria e irreal en sus últimos fundamentos. Esta ciencia no tiene límites—excepción hecha del tiempo—si su objeto es que el hombre realice en el orden material toda especie de juegos maravillosos conforme a sus caprichos o necesidades parciales; pero es incapaz de alumbrar el destino de un hombre o de un pueblo; no es un auxiliar de la vida; del mismo modo que la técnica de un arte nada vale para quien no es artista, que toda fisiología es incapaz de hacer un médico, y que todas las ciencias políticas y económicas son incapaces de hacer un estadista o un mejor ciudadano. Y en cuanto a la sed de bienestar, de felicidad o de libertad, lo que hoy llamamos ciencia, aunque creado en gran parte por esa sed, es incapáz de satisfacerla en lo más mínimo.

A fin de obtener nociones invariables y de fácil manejo, la ciencia se ha construído separando el elemento emocional o humano, del puramente intelectual, y por esa vía se ha buscado una representación puramente intelectual del universo. Pero los procesos lógicos presuponen axiomas—sentimientos—sin los cuales podrían compararse a una cadena cuyo último eslabón, no estando atado a cosa alguna, nada puede arrastrar. Si

se cambiara el axioma o sensación primaria sobre que reposa una ciencia particular, toda la estructura de dicha ciencia tendría que reconstruirse. Un axioma es una sensación prácticamente invariable, en la que concuerdan innumerables experiencias o percepciones. Las ciencias físicas reposan sobre el sentido del esfuerzo muscular (que el intelecto elabora en las ideas de masa, gravedad, etc.), en el sentido de la temperatura, y en los del tacto, vista y oído. El gusto y el olfato son relegados y no entran en la teoría, por ser de naturaleza mucho más variable. Las demás ciencias—«ciencias inciertas»—deben concordar con las físicas, pero reposan en otros axiomas o sensaciones de carácter mucho menos definido y menos permanente, tales como el sentido de la quimicidad, el de la salud o percepción del estado vital de los órganos del cuerpo, cenestesia, hambre, etc., (que probablemente se relacionan con la forma más localizada del sentido del gusto); en los sentimientos básicos del amor (que se relacionan con los órganos del sexo y quizá con el sentido del calor); y en los sentimientos de la utilidad, de la justicia, belleza, etc. Como el suelo de estas ciencias es movedizo, la opinión general es que son ciencias imposibles, o bien sólo viables por mayor extensión y profundidad de las explicaciones de la física: superstición propia del período final de la civilización. Estas «ciencias inciertas», que en vano se pretende certificarlas por reducción a la mecánica, son las ciencias más reales, son los conocimientos que mal o bien guían inevitablemente a los hombres; son conocimientos vitales que, por ligados al sentimiento, se realizan en la actividad humana, en la región de los hechos. Hay una ciencia física para uso de todos, y no puede haber una ciencia médica, una sociología, una ética o estética que no sea dependiente del grado de evolución del Hombre en cada individuo. Ya lo enseñó Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas, de la existencia de las que existen y de la no exis-

tencia de las que no existen». Negamos la posibilidad de una ciencia que sea medida del hombre; abandonamos ese capricho; libres de semejante fantasma, nuestro pensamiento es más real y poderoso. ¿No hemos de reirnos, cuando leemos en la historia, de un general tan sabio que prefería perder una batalla, a ganarla violando las reglas del arte militar? Y todavía subsiste la misma extravagancia y muchos prefieren equivocarse o no saber nada habiendo respetado los métodos de la ciencia, a saber algo de un modo extracientífico. Y todavía nuestra gente ilustrada se rehusa a reconocer verdad superior en toda exposición no sistemática o con escasa coordinación lógica, como si para creer en el edificio fuera necesario tener a la vista los andamios; como si los considerandos fuesen necesarios—y no superfluos o mentirosos—para la sentencia justa del juez. Esta manía científica, este pensamiento raquítico y medroso que se abriga en fórmulas y formulismos, incapáz de ver las cosas como son, y que fuera de máquinas no concibe más que esqueletos y fantasmas, tiene una explicación histórico-biológica: en el período de civilización el cerebro crece y adquiere tal predominio que olvida que él mismo es un órgano de relación, intermediario entre los nervios de los sentidos por una parte y el gran simpático por la otra y que su acción es de ese modo subordinada. El pensamiento, aunque quiera negarlo, tiene un padre que es el deseo.

Cultura

Al animal no le falta más que la palabra para volverse hombre. Y cualquiera que la emplee para otra cosa que para repetir palabras ajenas, no será un tonto. Si queremos oficiar decentemente en el gran templo de la cultura humana, basta de misas en latín, y nuestra primera lección sea que: cada uno de los fieles es también

el maestro, puede serlo si lo desea. Nuestros educacionistas quieren enseñar a leer a los más burros. ¿Para qué servirá que lean, si no han aprendido otra palabra que la de los loros?

El principio y el fin de la cultura es el carácter, lo que cada individuo es; y no los talentos y aptitudes conquistados por esfuerzos parciales y parcialistas. La virtud moral, la legitimidad y poder del Deseo en cada hombre es toda su cultura. Según esto, llamamos cultura a un proceso natural como el de la evolución zoológica; pero la palabra tiene otro significado; cultivar quiere decir introducir una intención humana que rectifique o acomode la naturaleza según una finalidad preconcebida; es el artificio de un jardinero, o de un criador. El resultado de un artificio análogo aplicado a los hombres es lo que propiamente llamamos cultura humana.

La ciencia y arte del jardinero o criador son razonables é indudables, se aplican a un número muy limitado de «variedades» o razas, no pretenden remodelar especies, ni menos reconstruir la fauna y flora del mundo; además, su trabajo es la de un ser activo sobre seres relativamente pasivos. Todo lo contrario se observa en aquellos que se proponen la cultura humana; su intención es fantastica, no se contentan con unos pocos individuos, su vista quiere abrazar a todo el bosque humano, a toda la zoología de las mentes, y se figuran que su propósito ha de ser experimentado por un pueblo entero, cuando la verdad es que la más soberbia y real espontaneidad de un hombre apenas conmueve a la humanidad, más de lo que el surco del labrador altera la redondez de la terra. Tal es la ilusión de una mente, o de muchas reunidas, que quieren mover la mente de un pueblo. Por fin, el más sabio llega a comprender que no es capaz de emitir luz, que ninguna mente posee luz propia, y que si el calor del Sol Espiritual ha llegado a ponerlo a él incandescente, esta luz prestada, preciosa para su uso, no es siquiera vista por los que no viven ya en el

mismo pensamiento. ¿A qué se reduce entonces lo que llamamos educación y cultura? A la mera y eterna lucha de los átomos, de las partes, de los individuos y de las naciones; todos chocan en grandes o menores grupos, ávidos de resultados imposibles, todos mueren y renacen una y un millón de veces; y el Hombre que existió desde el principio del mundo, va creciendo siempre a igual distancia del capricho. De la reunión de todos los caprichos se forma la ley; de las fuerzas opuestas, el equilibrio, de los conflictos, la armonía. Y no hay ley, equilibrio ni armonía, más que relativos.

Sin embargo, por mucho error que arrastren, Educación y Cultura son dos palabras indestructibles. Encierran casi toda la aspiración humana, pues todo hombre quiere ser más hombre, y la humanidad quiere ser más humanidad. El error es más bien de los métodos que de la idea.

Todo hombre es un educador y un elemento de cultura, como lo es toda forma animada o no, parte o partícula de la Naturaleza; y el hombre que ha conseguido representar y puede exhibir más hechos de los que la Naturaleza por todas partes nos presenta y opone, es el más educador, siendo indiferente que hable o ejecute sus lecciones, que asuma el papel de maestro o el de estudiante. Si es un buen profesor, puede estar tan orgulloso de su ciencia como quiera, con tal que sepa que nada puede enseñar sino en el momento de responder a preguntas de sus discípulos. Si la respuesta es ciencia, la pregunta es el único principio de la ciencia. El que no pregunta no puede verdaderamente aprender; puede ser parcialmente adiestrado o puede ser enriquecido con un conocimiento inerte, comparable al que podría ofrecerle una estantería de libros al alcance de la mano. Avanzar en la luz, avanzar en cultura, ser más inteligencia y más hombre, no puede, por tan pobre artificio.

Todo hombre es un educador, lo es el más ignorante y perverso; para que lo sea por excelencia, debe ser

ante todo su propio educador. Demostrando su trabajo, sus vicisitudes y los puntos alcanzados en el momento de hacer para sí, es como más puede ilustrar a otros.

El problema de la cultura humana, rectamente comprendido, se refunde en el problema de «mi» cultura. Es decir que la autocultura es casi toda la cultura posible.

Tengo, o no tengo, intenciones generales y permanentes que oponer o añadir a lo que estoy haciendo o por hacer. Si las tengo en ellas consiste mi educación consciente, buena o mala. Aquí cabe señalar dos puntos de vista: unos se guían tocando las superficies sólidas, por su vista y sentidos exteriores, procurando leer la Necesidad material; otros se guían sondeando las profundidades, por su vista interna, procurando leer la Libertad del espíritu; o, mejor dicho, todos adoptan en diversa proporción y oportunidad ambos criterios; ambos criterios son adoptados con alternancia, por cada individuo y por cada pueblo, según luce una o la otra cara de las cosas. Aquí el error aparece principalmente por exclusivismo, por la negación de una de las dos cosas. El materialismo es la creencia infantil y a veces senil; el idealismo domina más bien en la juventud y en la madurez; pero todos estos períodos de la vida son igualmente humanos. Yo no puedo hablar por todos, como sabe hacerlo el dramaturgo, digo mi parte, reconociendo perfectamente que existen otros actores tan indispensables.

La ciencia de laboratorio y sus aplicaciones, las instituciones y costumbres, la historia escrita, las artes útiles o bellas, y todo cuanto es susceptible de medirse o de ser catalogado, son productos de la cultura, y muy ocasionalmente son medios de cultura; son cosas creadas por el hombre, efectos que aunque influyan grandemente sobre su propia causa, no dejan de ser subordinados a ella. Si el crecimiento espontáneo, propio, no es paralelo en el alma de un individuo, aquellos medios de cultura son para él inexistentes como tales; será muy afectado

por ellos de mil modos, y nada en el sentido ascensional que le falta. Se concibe perfectamente que, en el ambiente más favorable, el moribundo muera, y que no hay clima tan inclemente donde la vida no pueda ensanchar sus dominios.

Por consiguiente, el progreso de la cultura no será asegurado por la acumulación de los materiales más preciosos para alimentarla, ni un hombre llegará a ser más sabio porque acumule mayor número de conocimientos. Las raíces de la sabiduría o del carácter son espirituales, son anteriores y superiores a la experiencia, son innatas; están en la estructura íntima de nuestro cuerpo, el cual no es más que la reproducción de cuerpos casi iguales. Si no fuera necesario el concurso de dos historias distintas para formar cada cuerpo, los descendientes de un animal podrían considerarse como una sola y misma célula germinal, repitiéndose en cuerpos idénticos, con modificaciones insensibles y en una dirección única: Así pues, el progreso de la sabiduría humana se cumple de óvulo a óvulo, y el progreso que pueda hallarse en los hechos de la historia de las naciones, no es más que la correspondencia al progreso por herencia biológica. El cuerpo, el sistema nervioso consciente y el inconsciente, se enriquece con nuevos poderes por su ley de crecimiento propio, y a través de este desarrollo la humanidad avanza; no avanza a causa del vapor, de la electricidad, de las ciudades y libros que el cuerpo humano ha movido o creado. Por mucho que todas estas cosas le ayuden o puedan ayudarle, seguirán siendo enteramente subsidiarias con respecto a la ley propia del cuerpo humano. Si en lugar de cuerpo decimos alma, la verdad es la misma: la sabiduría crece de dentro a fuera; como el cuerpo mismo, no se agranda por adiciones superficiales de materia.

La ascensión del hombre a la Sabiduría, el Poder y la Belleza, es un proceso natural que se cumple y

prevalece por encima y por debajo de nuestras deliberaciones y resoluciones conscientes. La idea popular es otra, a saber: que no había progreso humano sin la organización de medios de cultura, sin el empleo de artificios, y sin un esfuerzo consciente para rectificar la naturaleza humana. De aquí nace la idea de una educación y cultura que debe propinarse al hombre, a semejanza de las drogas y tratamientos médicos que se consideran restauradores para la salud de un enfermo. ¡Presunción y presunción! Con el nombre de ciencia médica y de ciencia y arte de la educación, solo tenemos un sistema de errores e imposturas.

El problema de la cultura humana no puede plantearse verdaderamente, sino en lo íntimo de cada uno; es el problema de «mi» cultura, que solamente «yo» podría resolver, si acaso lo pudiera. Consistiría en intenciones persistentes y generales que vinieran a ordenar, a quitar o poner, en lo que estoy haciendo o siendo. Estas intenciones o pensamientos directrices no pueden reposar sobre muy elevadas construcciones del intelecto, pues carecerían de imperio real en la conducta; reposan sobre sentimientos profundos, sobre las raíces mismas del individuo. Sin embargo, se diferencian de la espontaneidad pura, por el hecho de presentarse en la conciencia con la sensación de un conflicto. Cada vez que uno sospecha o palpa el error de sus inclinaciones, se presenta más o menos clara la idea de la propia cultura. Lo primero que se le ocurre al individuo es atribuir su falta a ignorancia, y se dedica a buscar la clave de todos los hechos, pone a contribución todas las ciencias de la humanidad y es en vano. Fuera de sí mismo no puede hallar ayuda. Con igual o mayor frecuencia culpa a las circunstancias adversas y se aplica a procurarse las circunstancias que considera favorables, se construye una casa más cómoda y la llena de recursos, él mismo se arma de destrezas útiles y conquista quizá el apoyo de mucha gente. El problema y las dificultades le parecen siem-

pre de orden externo, conforme al «realismo ingenuo». De esta manera se ha estado cultivando, hasta llegar a ser quizá un apóstol de la cultura. Pero, al fin, descubrirá el verdadero orden de las cosas; que lo visible es mero espejo de lo invisible, que el pensamiento es la causa del hecho, y que la ley del progreso suyo, está impresa en su cuerpo y en su mente desde el cielo y desde la eternidad. Comprende que para progresar en sabiduría no le falta saber nada, pues sabe todo lo que necesita saber, y su habitual estupidez es mero olvido; su falta de inteligencia, falta de memoria. «Creo que nada grande y duradero puede hacerse si no es por inspiración, apoyándose en secreto augurio». Cada paso real no puede darse de otro modo. La falta de inspiración es nuestro constante olvido, y los medios de nuestra cultura serán los que nos libren del olvido y favorezcan la inspiración. El que presiente esta sabiduría, el que la realiza por sí, es el único que entiende los hermosos textos que le describen desde hace tres mil años: «El hombre que se complace en los objetos de los sentidos, despierta en sí una inclinación hacia ellos; de esta inclinación nace el deseo, del deseo, el apetito desenfrenado; del apetito desenfrenado la turbación mental; de la turbación mental «la pérdida de la memoria»; de la pérdida de la memoria, la falta de discernimiento, y por falta de discernimiento, el hombre se pierde por completo».

JULIO MOLINA Y VEDIA

El drama lírico de Wagner y los Misterios de la antigüedad

V

El Anillo del Nibelungo

JORNADA PRIMERA: EL ORO DEL RHIN

La más sintética de las obras de Wagner.—El Padre Rhin y las Aguas genesíacas.—La Gran ilusión.—Tinieblas y Luz.—Los elementos primordiales.—Las Ondinas.—Los Nibelungos.—El Oro Divino.—La Maldición al Amor.—Correlaciones de estos mitos.—La Walhalla.—Los gigantes.—El robo del Yelmo y del Anillo.—La primera tiranía.—El primer crimen.—El puente del Arco-Iris.

Las leyendas escandinavas derivadas de los Eddas y de los Libros de Caballería medioevales, que sirven de argumento a los inmortales «Dramas líricos» de Wagner, compendian mucho mejor que el poema de Verdaguer, los tesoros más valiosos relativos al recuerdo de la Atlántida. Pero ninguna de dichas creaciones, incluso Parsifal, tiene la importancia que la ciclópea «Tetralogía» denominada «El Anillo del Nibelungo», verdadero anillo de Kalidasa, integrada, como es sabido, por «El Oro del Rhin», «La Valquiria», «Sigfredo» y «El Ocaso de los Dioses». En estos cuatro monumentos del edificio lírico-musical moderno están comprendidas las ideas matrices del Tristán, Lohengrin, Parsifal y, en una palabra, toda la incomprendida Sabiduría Tradicional que los pueblos arios, como el de Escandia, heredaron de la perdida cultura atlante en los tiempos de su mayor esplendor.

Veamos, entre comentarios de correlación con los

demás mitos análogos, el argumento asombroso de la ciclópea «Tetralogía», que es toda una «Doctrina Secreta» dramatizada y divinamente realzada por una música que es ya inútil ponderar:

Estamos en el fondo del Padre-Rhin, símbolo de aquellas Aguas genesíacas sobre las que el «Espíritu del Señor» era llevado, según el tan discutido versículo primero del Génesis. Por todas partes reinan las más densas Tinieblas, porque la Gran Madre, la Maha-Maya o Gran Ilusión, de cuyo seno ha de surgir por emanación todo cuanto existe; la Materia prima «in-abscondito», eterna, indestructible, sin principio ni fin, que dirían los alquimistas; la Raíz Universal, en una palabra, aun no había recibido el Soplo fecundante del Gran Aliento, ni, por tanto, se había aun hecho la Luz...

Alrededor de una aguda roca, iluminada por la claridad crepuscular, la «luz astral», la primitiva luz difusa de la materia precósmica, antes de que el sol existiese, el To-hu-vah bohú, el Onderâh o abismo de tinieblas de los indos, una de las ondinas, hijas del Padre-Rhin, nada graciosamente. Un crepúsculo «verdoso», porque «verde» y «blanco violácea» es la luz astral a los ojos de los clarividentes, esparce sus tonos esfumados: arriba más claros, más sombríos abajo. Los solemnes 436 compases del tema musical, verdadero «mantras» de los elementos primordiales, expuesto en el gigante preludio de la obra, han remedado entre tanto con perfecta armonía imitativa el movimiento vital, el oleaje majestuoso de aquellas Aguas Genesíacas, primero con la tónica, después con la tónica y la quinta o dominante; luego con las tres notas del acorde fundamental, hasta llegar el momento sublime en que una vigorosa escala cromática, Fohat, la Electricidad Vital, Eros, el Hálito Divino, rompe el equilibrio inerte de aquellas Aguas fecundadas con su Luz, primitivo Oro del Mundo, arrancando de las profundidades de la orquesta, de igual modo a como aquella Luz del Verbo genesíaco o Pri-

mer Logos platónico emanara del seno de las Inefables Tinieblas... Es el mismo motivo de los «elementos primordiales», que aparece en el curso del drama siempre que se quiere significar la inocencia primitiva y la arcadiana paz ancestral. Por eso sus elementos son la base en las apariciones de Erda (la Tierra); de las Normas o Parcas; del Arco-Iris, etc. (1).

---

(1) La música de Wagner, dice Rogelio Villar, está basada en el llamado «leimotif», motivo típico, motivo conductor que consiste en un «diseño melódico, corto, fácil de retener y recordar», el cual puede ser modificado en su contextura, en ritmo, en su armonización y orquestación, sin desnaturalizar su significación primera.

Como obra de un genio esencialmente musical, tiene la música de Wagner un sello característico, personalísimo, singularmente en las partes armónica e instrumental, de las cuales Wagner ha sido un creador. En cuanto a la parte contrapuntística, de donde emanan muchas de las bellezas de su música, bien puede verse su filiación en las obras de Bach, sin las cuales no se concibe a Wagner, del mismo modo que sin Beethoven no se comprende la grandeza, la intensidad dramática de las concepciones wagnerianas, pues hasta el famoso «leimotif» fué empleado en una forma elemental por Beethoven, Schubert, Weber, Mendelsshon y Schuman; es la última forma de la «variación», y en la música produce esa vaguedad característica de la forma bíblica, versicular, empleada por algunos filósofos y literatos; especie de encantador mosaico, unas veces destello de delicadísimas armonías y de bellísimas melodías, otras de sonoridades imitativas y matices sorprendentes. En una palabra: un simbolismo de los sonidos.

La manera de entender Wagner el drama musical empleando el «leimotif» en nada se parece a la de Cacini y Peri ni a lo hecho por Gluck y Berlioz, aunque todos persiguieran una misma idea: el enlace, la compenetración de la palabra y de la música, «poética» y «estéticamente» hablando.

Wagner, por medio del «leimotif», traza el carácter de una escena, manifiesta el estado psicológico de un personaje caracterizándole, a veces, con un acorde, con un ritmo. Los temas los presenta variados, desarrollados en diferentes formas, unidos por trozos sinfónicos, «episodios» grandiosos, y según lo exigen las múltiples situaciones dramáticas, personificando un episodio del poema; los motivos más esenciales son objeto de variadas transformaciones con elementos de ellos mismos, enriquecidos con notas de paso, de floreo y otros artificios armónicos, teniendo una significación simbólica y convencional, unas veces material, otras psicológica, según la idea que trata de representar. Cuando van a aparecer los personajes o cuando éstos se presentan en escena, nos lo anuncian los motivos que los caracteriza, ya dibujados por la orquesta y en diferentes instrumentos, o indicados por las voces, confundiéndose en muchos momentos de la obra

¡Veya! ¡Vallala, veyala, veyala, veya!—grita la ondina Woglinda, llamando a sus hermanas en aquella lengua zenzárica alma de todas las lenguas madres que ha habido en el mundo. Wellgunda, la segunda hija del Rhin, responde desde arriba al llamamiento, y ambas juguetean graciosamente en torno del tesoro que vigilan, mientras que Flosshilda, la tercera ondina, les reprende:

Mal vigiláis, jugando, el Oro dormido. Tened más cuidado, o pagaréis caros vuestros juegos—las dice.

Entre tanto, trepando de roca en roca, desde el abismo tenebroso, la región de «los negros vapores» o Nibelhein, se desliza el feísimo gnomo o nibelungo Alberico, lleno de ardiente deseo hacia las ninfas, quienes, una tras otra, fingen corresponder a su amor para dejarle burlado en seguida del modo más cínico:

¡Vallala! ¡Lalaleya! ¡Heya, Heya!—gritan a coro, mientras que el exasperado enano las persigue inútilmente por las rocas, entre las notas del tema «del Karma o la Servidumbre», que expresa la tiranía de las

y enlazándose entre sí, causando estas combinaciones cierta vaguedad arrobadora y mística, muy característica de la música wagneriana. Las modulaciones por medio de alteraciones inesperadas y repentinas, nuevas y sorprendentes, el género fugado, las maravillas de contrapunto, el uso frecuente de los acordes disonantes y otras fórmulas armónicas, como apoyaturas, retardos, pedales y resoluciones excepcionales, producen unos contrastes maravillosos, una riqueza de colores y de timbres que causan una intensa emoción estética y un efecto verdaderamente sobrehumano.

La orquesta desempeña en la obra wagneriana un papel importantísimo, no concretándose a simples fórmulas de acompañamiento, sino a describir, comentar y exponer simbólicamente, sin el auxilio de la palabra ni del gesto, las situaciones salientes del drama, obteniendo efectos de sonoridad tiernos y delicados, brillantes y vigorosos, y nuevos timbres por el empleo del corno inglés, del clarinete bajo, tubas y trompeta baja, producto del conocimiento que de la técnica musical tenía el gran reformador.

Los preludios de las obras de Wagner tienen por objeto preparar el espíritu del espectador, presentándole los más importantes motivos que va a oír durante los respectivos actos. Son páginas musicales de gran belleza, lo mismo que los finales, que podemos llamar sublimes síntesis de los temas que aparecen en ellos.

cosas y de los hechos, el Destino, base luego del tema del paciente trabajo de los nibelungos.

De repente la mirada del gnomo se detiene fascinada por un nuevo espectáculo. Desde la parte superior de las aguas, por todo el ámbito del río, desciende, cada vez más luminoso, un resplandor de áureas refulgencias, maravilloso y radiante... Es el Dormido Misterioso que despierta:

—¡Heyayaheya!. ¡Vallalallalala! ¡Leyayehei!—le saluda el coro de las ondinas, ¡Oro del Rhin. ¡Despierta, bien amado!—le dicen.

Alberico, obsesionado ya por el brillo de aquel astro de las profundidades del Río, pregunta qué es aquello a las ondinas y éstas se admiran de que un gnomo no conozca al Oro, ni el poder sin límites que, según la paterna profecía, llegaría a conquistar quien con él supiera forjar un Anillo, razón por la que estaba encomendado a la custodia de ellas, porque sólo quien renunciase al poder del Amor y renegase de sus dulces lazos podría ser dueño del encanto del Oro y forjarse el Anillo. Pero basta que aliente un ser para que ame, y renunciar al Amor era también imposible a quien hubiese visto una sola vez sus encantos, que más tarde heredase aquella hechicera hermosa de Loreley, inmortalizada en el «lied» de Schumann (1). El motivo de la «Renuncia del Amor»

(1) —Ya es tarde; hace frío. ¿Quién eres tú, que cabalgas solitaria por el bosque? El bosque es grande; tú estás sola. ¡Hermosa doncella! ¡Eres mía!

—¡Grande es la astucia y el engaño de los hombres! ¡Mi corazón está destrozado de dolor! La trompa de caza suena por todos los ámbitos del bosque. ¡Oh! ¡Huye! ¡Tú no sabes quién soy yo!

—¡Un caballo y una mujer tan ricamente ataviados!... ¡Tu cuerpo tan joven y tan hermoso!... ¡Ahora te conozco! ¡Dios me ampare! ¡Tú eres la hechicera Loreley!...

—¡Me has conocido! ¡Desde la alta roca se refleja mi castillo en las tranquilas y profundas aguas del Rhin! ¡Ya es tarde!... ¡Hace frío!... ¡Jamás saldrás de este bosque!

(Número 3 del «Liederkreiss» (ciclo de «lieder»), obra 39. En carácter de balada, contrastando en el diálogo la caballeresca marcialidad de él con los acentos tranquilos y seductores

y luego el «del Anillo» suceden en la orquesta al tema original «del Oro», y entre tanto Alberico, ciego de codicia, trepa furiosamente hacia la roca central, cuya cúspide gana con espantosa precipitación, entre los gritos de las ondinas; toma por testigo al Padre-Río de que maldice por siempre el Amor; roba el preciado tesoro y desciende con él al Wibelhein, quedando las aguas del Rhin instantáneamente obscuras.

Esta renuncia del Amor es el alma de la obra entera.

***

Todo cuanto antecede de la gran fábula escandinava de los Eddas, utilizada por Wagner, es Doctrina Oriental, pura y simplemente, porque aquellos proto-semitas, o más bien pre-semitas, eran en el fondo rama del gran tronco ario, que todavía no se había degradado mezclándose con las gentes atlantes de la cuarta Raza, según la alegoría bíblica de aquellos hijos de Dios que se unieron a las hijas de los hombres, dando origen a las primeras razas de los gigantes.

El Zohar, el Midraish, el Génesis y otros libros semitas hablan de mundos primordiales como este de las «Ondinas del Rhin» y de los «nibelungos», mundos que perecieron tan pronto como vinieron a la existencia, cual fracasos de la evolución, por carecer de pensamiento: aquéllas porque el divino «Oro» de la mente sólo les servía de curiosidad y juguete, no de arma de perfeccionamiento evolutivo; éstos porque eran todos pasionales, cual Alberico antes de su renuncia al Amor para robar el Conocimiento. Tal es también en la más remota teogonía griega, la de Hesiodo, la progenie de aquellos Pigmaliones o Fuerzas primitivas o Creadoras de la forma pseudo-humana, de los sin Mente. El Uno

---

de Loreley. Esta maga o hechicera, cantada por Heine en «El regreso» y por otros muchos poetas, está, según la leyenda alemana, convertida en roca a orillas del Rhin, y atrae con sus cantos a los marineros, para hacer naufragar los barcos en los escollos que la rodean).

Unico y Supremo, sin principio, sin fin, ni aun existencia concreta tal como nosotros la conocemos, el Brahmâ-Prajapati indostánico asume en el Vishnú Purana cuatro cuerpos al comenzar cada universo, a saber: Ratrí (la noche); Maitreya o Iyotsnâ (el alba); Ahan (el día), y Sandhya (el crepúsculo vespertino), o sean los «Asuras» (criaturas demoníacas, o más bien los supremos Hijos de la Noche primordial, más augusta siempre que el Día); los Mannús (hombres); los Suras (dioses), y los Pitris (o lunares progenitores), cuyos cuatro órdenes de entidades primeras constituyen moralmente las cuatro columnas sobre las que se apoya el Universo, columnas que el buen San Agustín tomara por algo groseramente tangible que servía a la Tierra de sustentáculo.

La cosmogonía caldea enseñada por «Oannes Ioan», Dagón o «el Hombre Pez» salvado del diluvio atlante, se divide en dos partes: la de los monstruos gigantescos, semi-humanos, semi-animales, y la actual. Los egipcios obtenían los modelos de sus clásicas figuras decorativas y escultóricas de estos elementales monstruos, a quienes veían en lo astral, no de fantasías desordenadas de sus propios cerebros. Dichos monstruos son los gigantes «Nephilin» de los hebreos; los «Gibborin» bíblicos; los «Titanes» de los griegos; los «Rakshasas» feroces de la Atlántida; los inofensivos «Espíritus de las Tinieblas» del Mahabharata y del Ramayana, entregados al «Jadoo» o hechicería; los «Alatae», hijos de Agni; los «Jakshas» de Lamka (Ceilán); los «Rudras», los «Nila-lohitas», de caras rojas y azules; los «Asuras» prebrahmánicos o no-dioses, adversarios de los dioses en todas las teogonías, y que hicieron conscientes a los hombres de la Lemuria; el Principio dual o «de dos caras» que está en el hombre en eterno conflicto; los demonios de los «Puranas» precipitados por Shiva a «mundos inferiores» (infera, infiernos), donde, lejos de estar privados de redención, como afirma el dogma cruel de los católicos, se preparan con su hercúleo esfuerzo para grados más

elevados de su purificación, que ha de redimirlos al fin de su miserable estado; los Bolthara de los Eddas; los monstruos de las Tablas Cutha babilónicas, mencionados en el «Pymander» y desfigurados en la cosmogonía de Beroso; raza pre-adámica, dotada (gracias al Conocimiento que «robaron» al construir el Anillo de Alberico), de los más colosales misterios del Cielo y de la Tierra; personificación mítica, en fin, de los invisibles Poderes de la naturaleza en millares de divinidades de todos los pueblos del mundo y de las formas evolutivas que en nuestro planeta precedieron a los tiempos actuales, desde hace trescientos millones de años, según las Estancias de Dzyan, tan en armonía con los últimos datos de la ciencia geológica. Las criaturas, en fin, que se desenvuelven en los cuatro reinos de la naturaleza, desde muy antes que el hombre de nuestra raza actual, que son los que los cabalistas conocen respectivamente como gnomos, si habitan en las entrañas de la tierra; hadas, en sus mil variedades, cuando moran sobre su superficie; ondinas aquellas que, cual las hijas del Rhin, juguetean en las aguas; sílfides, las pérfidas criaturas de los aires; y salamandras, las criaturas del fuego... A los físicos modernos que sonrían compasivamente a la vista de la vieja clasificación, podríamos demostrarles, sin dejar sombra de dudas, que tales entidades «reales» no son sino personificaciones muy científicas de las fuerzas de la naturaleza, ya que, como ellos dicen, la energía no puede manifestarse sin materia; y la energía, manifestándose en la materia, da lugar a la forma. Ahora bien; las realidades dotadas de materia, forma y energía, deben tener un nombre, pues que al ser realidades son seres. ¿Acaso la corriente eléctrica de una onda herziana, las corrientes de los vientos y hasta la vibración del pensamiento, por invisibles que ellas nos sean a nuestra vista de topos, dejan de revestir forma tanto más geométrica cuanto más elementales ellas sean, cual vemos asi-

mismo en los protozoarios y protofitos, que son también formas geométricas?...

En el principio de la Cuarta Ronda actual, enseña la Doctrina Arcaica, el reino humano se ramificó en múltiples direcciones. Su forma era vacilante aún, como todo lo que empieza. Con frecuencia sus gérmenes y sus cuerpos eran corrompidos por enormes animales de especies hoy desconocidas, tentativas de la Naturaleza, tan pronto abortadas como nacidas. Surgieron así razas intermedias de monstruos semi-animales, semi-humanos, que vivieron poco, y engendraron otros monstruos, Dânavas o Gigantes, con animales hembras, hasta que los «Reyes» o «Señores» (Elohin) prohibieron tales uniones que complicaban el karma, desarrollando nuevo karma (1). Las uniones culpables de raza a raza zoológica quedaron desde entonces estériles, como dice la «Doctrina Secreta», de Blavatsky, en su página 178 del tomo 2.º

En la espléndida teogonía nahoa la reina de las ondinas, hijas del Rhin, están simbolizadas en la diosa «Chal-chi-hui-tli-cue».

La «Chalchihu-tli-cué» nahoa es, en efecto, la diosa de «la enagua azul y reina de los mares, ríos, fuentes y lluvias. De su tocado azul con gotas de agua surge airosamente, según Chavero, el «acatl» o caña. Sus pies ama-

(1) Para la «Doctrina Arcaica» hubo dos grandes caídas de los hombres, caídas comprendidas ambas en la breve referencia del Génesis respecto de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres: la unión de algunos hombres primordiales con los monstruos hembras simbolizados en la Lilit tentadora, de la que nacieron los primeros simios, y otra posterior del hombre de la tercera Raza con estas criaturas simiescas, dando origen a las primeras gentes negras, «negras por el pecado», pero tan humanas y dignas de cariño como las demás razas. Los tasmanios, australianos, adamanes y demás tribus de Oceanía, montañas de China y otras razas confinadas en cien rinconcitos del mundo proceden de los lemures y de los lemuro-atlantes. Los salvajes de Borneo, los Veddhas de Ceylán, los bosquimanos, negritos, etc., son los restos más perfectos de aquellos seres nacidos de monstruos sin alma humana ni mente racional; hombres efectivos, aunque sin razón todavía, su cruzamiento, como refiere Darwin de los tasmanios, produce esterilidad, no sólo como consecuencia de una ley fisiológica, sino como un decreto de la evolución kármica en la cuestión de la supervivencia de la raza anormal.

rillos tienen «cac-tli» blancos, llevando en la diestra el «chote» o «chochopax-tli», lanzadera para tejer, y en su siniestra el «huso» o «malacatl». De su cuerpo emana, extendiéndose bajo sus pies en forma de larguísima caule azul, el símbolo del agua, cuya corriente arrastra al «itacatl» de un mercader, a una mujer y a un guerrero, lo que no simboliza, según piensa el sabio Chavero, autor de donde copiamos esto, que el agua, como el tiempo, todo lo destruye, sino que todo ha nacido en el seno de las Aguas genesíacas, que son el reino de «Chalchihutlicué» o «Ixtasilmalt», la «Dama blanca» de los aztecas, la de la túnica con soles y signos misteriosos, la Diosa Io o Isis de los egipcios, diosa lunar a la manera de la Inmaculada católica, que habita en la cumbre del monte de su nombre y que anunció la venida de los descendientes de Quetzalcoatl, para castigo de los crímenes del imperio. «Chachihuitl» es la Shri, hija de Bhrigu, uno de los Prajapatis, Rhisis o dioses aéreos; la Laksmi, esposa de Vishnú; la Ganri, prometida de Shiva; la acuosa Sarasvati, esposa de Brahmâ, porque los tres Dioses y Diosas son uno solo en doble y triple aspecto cosmogónico; la «Luna», en fin, con todos sus infinitos simbolismos, todos referentes al «Agua», al elemento femenino de la Naturaleza, a la Magna-Mater de la cual proviene la letra M y el jeroglífico de «Acuario». Ella es la Matriz Universal del Gran Abismo, Venus Primieva, la gran Madre-Virgen que surge de las olas del mar y Cupido-Eros es su hijo, última variante, en fin, de Gaia, Gaea o la Tierra, que en su aspecto superior es el Prakriti indostánico, y metafísicamente Aditi, y hasta Mûlaprakriti, la Raíz o «numen» de todo lo creado, Thetis, la esposa eterna de Océano o «el Espacio»... «La Madre-Agua, el Gran Mar, lloró. Ella se elevó después y desapareció en la Luna, que la había levantado; que la había dado a luz», dice la Estancia II sloka 9 del Libro de Dzyan, dándonos una enseñanza ocultista igual a la que tanto se ha discutido en la famo-

sa obra de G. H. Darwin (hijo), acerca de las mareas cosmogónicas, y por la que se ve cómo la Luna ha dado el ser a la Tierra, a la inversa de lo que todavía opinan la mayor parte de los astrónomos de Occidente; y de aquí las mareas, que para la doctrina oriental no son sino los esfuerzos que las aguas del mar, originariamente enlazadas con la Luna por la evolución cosmogónica, realizan para elevarse hasta su Madre.

Esta relación causal de las Aguas y la Luna está proclamada en todas las teogonías. El día que se haga un estudio serio de las tan admirables que nos ha legado Méjico prehistórico se comprenderá también el significado de una serie de figuras simbólicas acerca de las primeras edades geológicas, tales, por ejemplo, como la de «Tla-loc». Tra-loc es a su vez el dios nahoa del agua. Su nombre, según Chavero, proviene de «tlal-li», la tierra, y «oc-tli», el vino de magüey, hoy llamado pulque. Era el dios de las lluvias y de las tempestades y su reino era el «Tlalocan» o Mansión Celeste» contrapuesta a la región inferior o «Mictlan», el infierno, en el que reina «Mictlantecuhtli». Es el padre de la Luna y se le representa como un guerrero con diadema de plumas blancas y verdes y adornado de plumas blancas y rojas, con el pelo flotando sobre la espalda; gargantilla verde; túnica azul, adornada con una red con flores en los nudos de las mallas, que más bien parecen el jeroglífico del nexo de «uno y tres», con broches semejantes al del número «ochenta». En sus desnudos brazos lleva las consabidas pulseras de «chalchihutls» y en sus piernas, también desnudas, los «cactli» azules con abrazaderas de oro. En la diestra empuña un haz de rayos en oro y en la siniestra el escudo o «chimal-li», profusamente adornado con plumas rojas, azules, verdes y amarillas. El cuerpo va ungido por el negro «ul-li» o aceite sacramental y su figura tremola sobre las almenas de un templo. Una máscara sagrada, exornada de agudos dientes semejantes a otros jeroglíficos del tan interesante Códice Vaticano, oculta

por completo su semblante. En el Códice Borgiano se ve al dios ocupando la morada o casa («cal-li») de la Luna y tiene delante dos vasos sagrados, con los pies azules, que es el color simbólico del agua, y en su ojo y tocado aparece el signo de la Luna. Su esposa fué la diosa «Chalchihutlicue» o de «Las Aguas», cuyo simbolismo acabamos de bosquejar.

***

Las sombras que reinan en la escena al comenzar el primer acto de «El Oro del Rhin» son las tinieblas genesíacas reinando sobre las aguas antes que la primitiva Luz, que por ultraluminosa es aun obscuridad para nuestros sentidos, hiciese aparecer la «Luz fenoménica» inferior, ya visible: El «Ascua de Oro» que deslumbra al apasionado Alberico, brotada en el seno de las Aguas por el Verbo o «Palabra»:

—«Yo soy la Luz divina que irradia en las Tinieblas de tu mente, dice a los hombres el divino Pymander egipcio de Hermes Trimegisto; yo soy tu propio Pensamiento, tu Deidad interior, el Hijo de la Divinidad, más antiguo que el mismo Principio húmedo en cuyo seno he dormido».

Si la ciencia actual no estuviese plagada de prejuicios, dice Blavatsky, vería en esto el mayor y más profundo conocimiento de la Física, así como de la Psicología y Metafísica; pero para apreciarlo hay que ir haciendo desarrollarse el símbolo por do quiera que se manifieste en formas de vida aquel universal Pensamiento, que no es otra cosa en sus orígenes que la Ideación Cósmica o Logos Arquetípico; la abstracta Sabiduría que se va concretando en formas progresivas, desde el átomo químico; el primero de los diez céfiros o alientos («sephirots») de la cábala; el Miguel, jefe de los Aeones gnósticos; el Ormuzd de los persas; la Minerva griega emanada, con todas sus armas, de la mente de Júpiter; la segunda Persona de la Trinidad Cristiana; el Phtah egipcio, o Principio de Luz y de Vida; el Inteligible Hijo, de una

Madre-Virgen; el Andrógino; el Adan-Kadmon kabalista; el Ra-Sephiro o eterno masculino-femenino, de cuya dualidad proviene la tercera emanación, llamada a su vez Binah, el Espíritu-Santo, la Razón o Inteligencia segunda; el Protogonos; la Hipóstasis; el Megalistor de los rosacruces; el Brahmâ bisexuado de los indos; el Nual caldeo, prototipo del Noé bíblico; «Cipac-tli», la Luz Increada nahoa anterior a los Cielos y a la Tierra físicos, como emanada del Tonacatecuh-tli» o Deidad Abstracta en el seno del Ome-te-cuhtli, el cielo nahoa de los Dos en Uno (Cipac-tonal y Oxomoco, o Parabrahám y Mulaprakriti); Daksa, el jefe de los Prajapatis o la «Hueste colectiva», suprema Unidad de donde salen luego todos los creadores o Elohim bíblicos; el Eros-Phanes, la emanación del Huevo espiritual de los misterios órficos; el Horus divino, hijo de Osiris y de Isis; la Idea del Logos revistiéndose de materia para hacerse visible como Luz; Mahat, la Mente Universal; Ignis o Agni, el Fuego o Espíritu Uno y Unigénito por emanación que obra luego como Creador, Conservador y Destructor (Brahma, Visnú y Siva), y que ha encendido aquí abajo a nuestro Sol, como uno de los cien millones de soles del firmamento catalogados por nuestra Astronomía.

El «hilozoismo», filosóficamente entendido, es el aspecto más elevado del verdadero panteísmo y el único camino que encontrar podemos para huir del ateísmo estúpido y de las aun más estúpidas concepciones antropomórficas. El exige, como postulado indispensable para una recta concepción del Universo, la idea fundamental de un Pensamiento divino absoluto que penetra a las innumerables Fuerzas Activas, Elohines o «Creadores», cuyas entidades son movidas por aquel Pensamiento Unico: Sol que brilla inmaculado en las tinieblas de las Aguas y que va a animar así a todos los seres, sin por ello tener más intervención en las ulteriores obras de éstos que la que tiene el sol en la vegetación terrestre. Este «Sol»

del Oro del Rhin que deslumbra por vez primera los tenebrosos ojos del Alfo nibelungo es «Agni», el dios del fuego; «Daksha», el padre universal de toda fuerza, empezando por la suprema fuerza del Conocimiento, para los zoroastrianos, magos y alquimistas; el Sol central y más elevado de los cuatro soles celestes, el último de los cuales es nuestro sol físico; la fuente originaria de la luz sideral o luz astral de Paracelso y de los herméticos; que si físicamente es el éter, en su sentido espiritual más excelso relacionado con el «Anima-Mundi», es el origen de los astros que son luz condensada no más, por virtud de lo cual todo cuanto pertenezca al mundo espiritual tiene que venir a nosotros por el intermediario de las estrellas. Por medio de dicha luz influyen los astros en nuestros destinos con un doble magnetismo, porque repetido «Eter espiritual» es la verdadera substancia de la Esencia divina, invisible y, sin embargo, presente en cada uno de los átomos. Así se patentiza una vez más la analogía perfecta entre el «Agni» del «Rig-Veda-Sanhita» y la Tabla esmeraldina de Hermes, cuando ésta dice: «El Cielo es su padre; la Tierra su madre; «Soma» su hermano y «Aditi» su hermana divina».

***

A medida que se van extinguiendo en lontananza las burlonas carcajadas de Alberico, las ondas se transforman en nieblas densas que, al disiparse, descubren, veladas aún por las últimas sombras de la noche, la cima de una alta montaña, la «Walhalla», el monte «Ida», la región norsa de la eterna Paz; el enhiesto peñasco del Gimil, sobre el que ha de erigirse el maravilloso Palacio de los ciclos humanos futuros de Andlang y Widblain. El gran tema de la «Walhalla», cuyo fino diseño apareció ya a tiempo que Alberico arrebataba el Oro, se afirma aquí solemnemente mientras despunta la Aurora y la luz del nuevo día va dibujando con creciente claridad un magnífico palacio situado sobre las crestas de otra montaña allá en el fondo. Entre ambos montes

se desenvuelve un valle profundo por donde corre el Rhin.

Sobre un lecho de flores duermen Wotan y Fricka, la pareja suprema soberana de Cielos y Tierra al modo de Júpiter y Juno griegos. Fricka descubre al despertar el lejano palacio: el Burgo de los Dioses, majestuoso, dominador, soberbio, cual correspondía al Tonante que con los pactos o leyes grabadas en las runas de su lanza, rama arrancada al Arbol del Mundo, había sojuzgado bajo su poder supremo todo el Universo.

Wotan se regocija a la vista de aquella maravilla de su ambición augusta, que le han fabricado los cíclopes gigantes; pero Fricka, en cambio, se estremece de terror, pensando en la estipulada recompensa que su esposo ha prometido como pago a los gigantes. ¡Nada menos que a su hermana Freya, la diosa de la juventud, la única capaz de coger diariamente para los dioses las Manzanas de Oro del Jardín de las Hespérides, que, como sagrado Elixir de Vida, les aseguran como inmortales, contra los estragos de la vejez. Desde lejos el gigante Fasolt amenaza con venir a buscarla ya, mientras que en la orquesta se han dibujado sucesivamente los motivos del «encadenamiento de Amor», el de «la juventud» y el «de la huída» o rapto de Freya por los gigantes. Armados de sendas mazas o bastos llegan a zancadas dos de éstos, Fasolt y su hermano Fafñer, exigiendo a Wotan que se les cumpla el sagrado compromiso y se les entregue a la diosa de la Juventud. Son descriptos musicalmente por un tema de cadencias pesadas y monótonas que dan la impresión de una fuerza enorme que rueda.

Un combate cruel se libra entonces en el pecho de Wotan, porque no puede faltar a la palabra empeñada, so pena de ir contra los pactos sagrados escritos en su lanza, arruinando su poderío. Estas runas, según Carlyle, son el alfabeto escandinavo y una clave de prodigiosa Magia, de la que ya veremos algunas muestras con los Numerales de Gaedhil. Los gigantes se exasperan: van

a arrebatar por la fuerza a Freya, cuando se interponen Donner y Thor y Froh y amenazan a éstos con el terrible Martillo que forja el rayo sobre las cumbres más altas; pero Wotan, aunque con pena, interpone su lanza de justicia, que garantiza los pactos contra toda fuerza bruta. Llega, al fin, Loge, el dios silvante y felino, de cromático diseño musical y prototipo del Narada indostánico, y el Mercurio griego, que con sus enredos y astucias trae siempre revuelto al mundo.

El travieso dios Loge viene, dice, de dar la vuelta al universo entero, buscando algo que sirviese para rescatar a Freya, aunque en vano, «porque nada hay lo bastante precioso en el mundo que pueda compensar la pérdida del amor de la mujer». «En las aguas, en el aire, en la tierra, por todas partes donde palpita la vida y circulan los gérmenes, pregunté si hay algo preferible a las delicias del amor de la mujer, y en todas partes se burlaron de mí», dice el dios.

Luego añade: «Sólo un ser abyecto renegó del Amor a cambio del Oro rojo: Alberico, el tenebroso Nibelungo, que para vengarse de las Hijas del sagrado Río robó el Oro del Rhin, que a sus ojos es un tesoro más precioso, más sublime que el Amor, y lo que era antes un juguete en manos de las desoladas ondinas es ya un arma irresistible de dominación en las del Alfo, porque ha conseguido forjar merced a leyes mágicas ignoradas un «Círculo», un Anillo prodigioso que le va a dar el señorío del mundo».

Ante tamaña revelación, toda la Asamblea se conmueve. Wotan, Donner y Froh le codician ya para conservar sus respectivos poderíos; Fricka, como mujer, para hacer con el Oro alhajas espléndidas que la conserven su sugestión sobre su vicioso marido, y los gigantes porque ya otras veces han tenido que sufrir la insolencia de los astutos gnomos, quienes con el Anillo pueden llegar a sojuzgarlos como antes Wotan con la Lanza de las Runas. Convencidos, pues, estos últimos de que la posesión del

Oro les es mejor que la de la propia Freya, le dicen a Wotan que renuncian a ella si el dios les proporciona en cambio los áureos tesoros de Alberico. Wotan, mal aconsejado por el astuto Loge, se decide a robarle y descienden ambos al antro infernal de Alberico por la pestilente «Grieta del Azufre», para no pasar por el valle del Rhin y tener que aguantar los impertinentes lamentos de sus hijas. Los gigantes se llevan en prenda a Freya, y los dioses todos empiezan a sentir, con la pérdida de ésta y de sus Manzanas, los tristes estragos de la vejez, mientras que una pálida niebla de muerte invade todo el Olimpo norso.

Los vapores que anublan el ambiente se obscurecen y poco a poco se van divisando entre ellos tenebrosas concavidades pétreas por donde se llega a las entrañas de la tierra. Oyese el rítmico martilleo de la fragua de Alberico, el tema «del Tesoro», el «del yelmo encantado» y el «de la servidumbre» que acarrea siempre a los mortales el divino Oro del pensamiento no redimido por la espiritualidad consciente, y un resplandor rojizo que comienza a vislumbrarse por distintos puntos deja distinguir claramente un espacio subterráneo al que abocan por todas partes profundos pozos y larguísimas galerías. Aparece entonces Alberico arrastrando brutalmente de una oreja a su hermano Mimo, que tal es la terrible ley del pensamiento esclavizado por la pasión, que llega hasta a romper los más fraternales vínculos entre hombre y hombre, con aquel «homo hominibus lupo» del clásico latino. ¡Triste empleo del áureo pensamiento redentor del hombre: esclavizar a sus semejantes para que forjen en las fraguas del dolor más vario los elementos de nuestras concupiscencias y egoísmos!... De aquí los lamentos del antes libre y feliz pueblo de los gnomos, ayer uno e igualitario, y hoy, gracias al maldito metal, dividido en atezada masa de odiados esclavos bajo el látigo de una casta de tiranos dominadores que les obli-

gan a buscar a trallazos los diversos «oros» en las minas, en los campos, en las fábricas y hasta en el fondo de los mares, a miríadas de gnomos hermanos, víctimas de la eterna mentira y de la no menos eterna tiranía de los pocos sobre los muchos...

Tal es el pago cruel que Alberico, erigido en tirano por el poder del Oro, da a su propio hermano Mimo, a quien trae arrastrando por una oreja para arrancarle el maravilloso yelmo de oro, el Varnhelm, que éste acaba de forjar bajo sus órdenes despóticas. Alberico se ciñe el mágico capuchón o yelmo, bajo cuyo encanto se torna completamente invisible. Tal es el invisible poder del Oro, que golpea y aflige con su tralla a la Humanidad sin que puedan verle sus infelices víctimas.

Llegan entre tanto los dos dioses y Loge entabla conversación con Alberico para informarse de él acerca de los poderes mágicos de aquella joya que ha hecho odioso a los gnomos el trabajo de orfebrería, que era antes para ellos fiesta y juguete. Alberico, entre tanto, golpea sin piedad, transformado en invisible, a su esclavizado pueblo para que siga aportando más y más oro de las minas, en las que les hace sudar sangre noche y día. Se traba de palabras con Loge, antaño su genio protector y su primo, a quien desafía temerario, envanecido con sus talismanes del yelmo y el Anillo, con los que sueña en sojuzgar al mundo, incluso a los dioses de la Walhalla. Wotan le va ya a aplastar cuando Loge, interponiéndose, finge dudar de las virtudes de los talismanes de Alberico y le propone que por la virtud de los mismos intente transformarse en algo que produzca estupor. Alberico ciñe el yelmo y se trueca en un Dragón gigantesco. «¿Podrías igualmente empequeñecer, para mejor librarte así de tus enemigos?» Alberico se cambia al instante en un ínfimo sapo. Wotan entonces le pone el pie encima y a viva fuerza le arrebata el yelmo, mientras que Loge, al retornar así a ser visible Alberico, le ata fuertemente y entre ambos dioses le arras-

tran al pozo por donde bajaron al antro y se le llevan aprisionado a la Walhalla.

Ya allí le obligan a dar por su rescate todo el oro que su tiranía había hecho arrancar a los esclavizados nibelungos, incluso yelmo y anillo, que tal es el poder real del Oro, lo mismo entre gnomos que entre hombres: alma de toda esclavitud, la liberación no puede consistir sino en restituirle íntegro. Los nibelungos, dóciles al mandato del Anillo, llevan todo aquel Oro, y con él también la perdición al Cielo, porque el desesperado Alberico acaba de maldecirle: «¡Maldito sea ese anillo que conquisté con otra maldición! ¡Si ese oro lleva consigo como mágica virtud la omnipotencia, que sea para perder a quien lo ostente! ¡Que desaparezca para él toda alegría y le ahogue la angustia, y siendo fatal para su dueño le entregue inerme en manos de sus asesinos! ¡Que sea, en fin, su vida un perpetuo horror a la Muerte!», dijo proféticamente el Nibelungo al hundirse entre las rocas. La sentencia fatal del gnomo se cumple y cumplirá mientras el mundo sea mundo, igual con el oro material, causa de tan concatenados crímenes, como con el Oro del Pensamiento: la Mente, causa eterna de discordias entre los hombres por el Amor y para el Amor nacidos.

Todavía resuenan los acordes de aquel motivo musical «del Aniquilamiento», cuando se presentan los dos gigantes Fasolt y Fafner para reclamar el Oro prometido. El rescate es brutal; para que se les pueda borrar el recuerdo de la hermosura de Freya exigen nada menos que su precioso cuerpo sea cubierto y ocultado enteramente bajo el metal maldito. Accede a ello Wotan, contrariado, pero al concluirse de amontonar el tesoro sobre el cuerpo de la diosa de la Juventud, por el oro así marchita, los gigantes advierten que aun queda sin cubrir su cabellera hermosa y piden el yelmo para cubrirla. Así lo hace Wotan, al fin, pero aun quedaba el trance más amargo, porque como no quedase ya más oro

para cubrir el ojo que aun se veía de Freya, los gigantes reclaman a Wotan el Anillo, amenazando si no con deshacer el trato y llevarse a la diosa.

Wotan, colérico, se separa de todos, que permanecen consternados. Entonces se obscurece la escena y entre los peñascos laterales a las notas de la melodía primitiva de la Tierra surge un resplandor azulado, en el cual aparece Erda, extendiendo la mano hacia Wotan con aire profético: «¡Cede, le dice; substráete a la maldición del Anillo. Yo soy la que es, fué y será: la Ur-Wala; el Alma Primitiva del Universo imperecedero, que intima a tu Alma para que cumplas tu destino. Mis tres hijas, concebidas en la eternidad: las tres Parcas o Normas, revelan entre tinieblas mis visiones, pero ahora un inmenso peligro me obliga a buscarte por mí misma. ¡Escucha! ¡Escucha! ¡Escucha! Cuanto existe acabará. ¡Día sombrío el del Ocaso de los Dioses! ¡Oye mi voz: arroja el Anillo!» La Madre Tierra desaparece en el abismo.

El padre de los dioses, aterrado, arroja a los gigantes el Anillo, y la diosa de la Juventud, Freya, se arroja en sus brazos presurosa, mientras que Fafner desdobla un enorme saco y se arroja sobre el tesoro. Su hermano Fasolt se interpone: discuten ambos: vienen a la postre a las manos, al par que comienza el tema «de la Maldición» y Fasolt se apodera del Anillo; pero Fafner le golpea furioso con su clave y dejándole moribundo le arranca de su dedo el anillo poniéndose a recoger con la mayor tranquilidad en el saco el tesoro todo, a la vista de los aterrados dioses. El anatema de Alberico empieza así a cumplirse y los dioses, entre los acordes más solemnes pasan a ocupar el Burgo de la Walhalla, mientras que Donner con su martillo amontona las nubes, haciendo estallar la tempestad entre cuyos fragores tiende refulgente y divino el Arco Iris, puente por el que pasan al Palacio sus excelsos moradores, coreados por el «Encanto de la Tempestad» y el motivo del arco, aquel, *sim-*

bolo de la Alianza entre los dioses y los hombres, «inspirado en la ciclópea majestad del primitivo tema «de la Naturaleza», y también enlazado con aquellos otros motivos que han de ser alma luego de las Walkyrias y de los Héroes. Los lamentos de las Hijas del Rhin, se entremezclan con la marcha triunfal de la entrada de los dioses en Walhalla.

***

Los «dioses» de la leyenda wagneriana, como los de todas las viejas teogonías nada tienen que ver en sus semi humanas imperfecciones con la Perfección absoluta de la Deidad Una e incognoscible, el Dios sin nombre y sin culto de los primitivos pueblos, anteriores y superiores a todo conato de idolatría. Sus atributos y genealogías como dice Blavatsky, son originariamente cosmogónicos cual vidas animadoras que ellos son, a guisa de fuerzas, de las diferentes regiones del Universo. En parte alguna de la sabia antigüedad se permitía que la especulación metafísica o «ultra-física» pasase más allá de esos dioses manifestados, bien a diferencia de nuestra pomposa Teología o ¡tratado acerca de Dios que es Incognoscible! La Unidad sin límites o Cero-Aster, permaneció en todas las naciones como un terreno virgen y prohibido que ningún pensamiento ni especulación inútil se atreviese a tocar jamás. Dichos atributos y genealogías de los dioses son el «alfa» y el «omega» en los anales del Símbolo. Verdaderos «Daimon» o Demonios, en el sentido griego de la palabra, no en el degradado sentido actual, son, como decía Spensiyzus, las esencias animadas y espirituales o Poderes divinos que en serie progresiva y matemáticamente graduada actúan sobre cada punto del espacio cósmico, siendo, cual el «daimon» inspirador de Sócrates, seres intermediarios entre la perfección divina y la maldad humana, pero en ningún modo seres sin defectos, cual lo acabamos de ver en el argumento del «Anillo». Por eso veremos también en «El Ocaso de los Dioses», cómo ellos desaparecen de

la escena al fin, reabsorbidos en el Seno Eterno, para dar lugar a un nuevo orden de cosas menos imperfecto o nuevo universo. Los más inferiores de estos dioses son los «Pitris» o Padres-Madres lunares de la humanidad terrestre que les está subordinada: la «Ha» «Idra» «Tuta» «Kadhisa» o santa Asamblea menor habitante en la Walhalla o «Bradhmna», la región del esplendor o mundo de los «Elohim», dioses menores, en fin, a quien G. Massey, en su «Creación hebrea, réplica al profesor Sayce», asigna su verdadera naturaleza que no es sino la que le asigna Blavatsky en estos términos:

En el primer capítulo del Génesis, la palabra «Dios» significa Elohim, o sea «Dioses» en plural y no un solo Dios. La traducción al singular es infiel y artificiosa. Porque la «Kabalah» explica suficientemente que los Alhim (Elohim) son siete y que cada uno de ellos creó uno de los siete órdenes enumerados en el primer capítulo, correspondientes alegóricamente a las siete creaciones. Para mayor evidencia, la frase: «Y vió Dios que esto era bueno», está repetida siete veces, en los versículos 4, 10, 12, 18, 21, 25 y 31. Aunque los compiladores supongan arbitrariamente que el hombre fué creado en el sexto día a imagen de Dios y en desdoble de varón y hembra, los siete Elohim repiten por séptima vez la frase sacramental «que esto era bueno», haciendo así del hombre la séptima creación, y demostrando el origen indo de este concepto cosmogónico. Los Elohim son los Khnûmùs o «ayudantes de arquitecto», de los egipcios; los siete Amshaspendas, de los zoroastrianos; los siete Espíritus subordinados a Ildabaoth, de los nazarenos, los siete Prajapati, de los indos, etc».

Por misteriosa conexión, nacida de la Atlántida, el Wotan wagneriano de los Eddas aparece también en América, según ya vimos.

«Votam es el Manú de los mayas que llegaron por mar al Yucatán y Uxumacinta. Primer ario o «buddha» del período prevédico venido de Oriente. El Odín maya,

padre del «Tamná» de los quiches. El Inca Caín o Coen yucateco (Sacerdote, Rey, Iniciado, «Chan o Culebra»). El Sacerdote «oscuro de rostro» Ixtlilton. El tercer «poblador» del territorio o «Tepanaguastes» (señor del «palo hueco o barco». El civilizador extranjero, libio, fundador de los primeros pueblos del río Catasasá y de «Na-chan», la ciudad de las culebras (Iniciados). Hizo varios viajes (reencarnaciones) y su pueblo se extendió al Sur hasta Copán (o más bien hasta Bolivia). El «tesoro de Votan» eran tinajas de barro tapadas y de una sola pieza, en las cuales estaban grabadas las primitivas figuras, con chalchihuites (o frescos de donde se tomaron los códices) y se hallaban en el templo «Huehue-ta (la ciudad de los abuelos, la ciudad sacerdotal primitiva), pueblo semifabuloso, custodiado por «dantas», «tariros» y «tapianes» (elementales). A Votan, el fundador de Nachan, la Palenque del Oeste, le acompañaron «siete» familias o «razas» de donde salieron los antecesores de los naturales.

Votan leído al revés (cambio ario-semita de lectura), es también el Ondín escandinavo, el Dios que dotó al hombre de alma y de vida después que Lodur le hubo dado su sangre y sus huesos.

El Wotan, el Júpiter wagneriano, es una especie de Demiurgos o Ilda-baoth del Codex Nazarenus, cuando siente envidia hacia los propios seres que le son inferiores, cual él la siente del naciente poder de Alberico. Fricka, su esposa, es idéntica a la diosa Juno en todas sus complejas pasiones femeniles, como Freya su hermana es, a su vez, la «Heve» o «Eva», la diosa helena también de la Juventud y novia olímpica de Heracles. Apurando los paralelos en un estudio más detenido de mitología comparada, veríamos que el panteón griego y el escandinavo tienen lazos muy estrechos de parentesco, si bien éste es más completo, es más filosófico o metafísico y en tal concepto más vecino a la Revelación atlántida primitiva.

El personaje de más compleja psicología y más difícil de interpretar correctamente de cuantos intervienen en la fábula wagneriana es el astuto «Loge», «Logo» o «Loci».

«Loci» o «Loki», es un ser más bien burlón que maligno e infernal, equivalente al Plutón griego, o el Dulovio ibérico, porque como dice Max Müller: el diablo es creación semita: las naciones arias no tienen diablo.

«Loki» es también personificación mítica de los «Ases» escandinavos, o sean los regentes del mundo que precedió a nuestro mundo actual; los Pilares del Mundo o Cosmocratores griegos quienes crearon la tierra, los mares, el firmamento y las nubes, con los restos de Imir, el gigante asesinado, pero no pudieron crear al Hombre, sino solo su forma física moldeada sobre el árbol «Ash» o «Ask, radical por cierto de tantos nombres «ask-os» o bascos de entrambos continentes.

«Loci es también ese misteriosísimo personaje «Narada», o sea el hijo de Brahma en el Matsya Purana; la progenie de Kashyapa y de la hija de Daksha en el Vishnú Purana, maldecido por ésta y aún por Brahma. Anunció a Kausha que Bagarán o Vishnú encarnaría en el 8.º hijo de Devaki, atrayendo así el furor del Herodes indio sobre la madre de Krishna y entonces desde su nube de Manasaputra grita a Krishna, que se halla gozoso a los pies del Avatar que mate al monstruo Keshin. Está en todas partes y es el enemigo de la procreación física. Es el Pesh-Hun, el Mensajero, el único confidente y ejecutor de Karma y Adi-Budha, una especie de Logos activo que constantemente encarna desde el principio al fin del Kalpa, impulsando y regulando los ciclos. Es uno de los pocos preminentes que visitan Patala y el gran Maestro de la Astronomía.

De todos los personajes del panteón indostánico ninguno más complejo ni más digno de estudio, en efecto, que Narada o Pesh-Hum-Narada, el autor de «El Espejo de lo futuro», uno de los libros secretos de profecías

que abarca a los Kalpas todos, del que se ocupan extensamente las páginas 43 y siguientes del segundo tomo de la tantas veces citada «Doctrina Secreta» de Blavatsky.

***

Antes de terminar lo relativo al «Oro del Rhin», conviene que nos detengamos un momento en lo relativo al simbolismo mágico del «Anillo de Alberico», que acarrea la maldición a cielos y tierra.

No está tan lejos ya la poderosa magia de este anillo o «círculo», de nuestras famosas «verdades comprobadas de la ciencia». En efecto, ningún psico-fisiólogo moderno ignora que el renombrado físico y astrónomo J. C. F. Tollner, el gran amigo y correligionario de Williams Crookes levantó en 1878 una punta del Velo acerca de este interesantísimo asunto.

Recordemos algunos hechos.

Es sabido que este hombre eminente sometió a riguroso examen los llamados fenómenos medianímicos del espiritismo, operando con el célebre «medium» profesional Slade. Con él observó los movimientos de la aguja imantada por el influjo exclusivo de la voluntad del «medium», la proyección de objetos sin que nadie aparentemente los tocase, la producción extemporánea de insólitos ruidos, el levantamiento y rotura de objetos pesados, sin causa visible; la «escritura directa» o sin mano que la trazase, la reacción ácida que adquirían ciertas substancias neutras por la simple acción del efluvio medianímico; la impresión de manos y pies de gentes invisibles en harina y negro de humo, etc., etc. Pero la que «avasalló» por completo al sabio fué la formación antinatural de nudos en una cuerda a la que previamente se habían «soldado» o atado y sellado sus extremos y el aparecer asimismo ensartadas en el pie de un velador varias anillas que, por la vía ordinaria no habrían podido pasar a dicho sitio sin antes quitar la tapa superior o el trípode. Como dice muy bien nuestro amigo Aymerich en su in-

teresantísima obra «El Hipnotismo prodigioso—Los fenómenos del espiritismo». (1); el fenómeno del anudamiento de la cuerda podrá ser sin duda, mucho menos sensacional que el de una aparición, pero es infinitamente más revolucionario en la ciencia, porque sus posibles explicaciones pugnan tan en absoluto con los conocimientos adquiridos que no hay modo de establecer ninguna clase de conciliación entre semejantes hechos y las leyes naturales conocidas. Para explicarlos tuvo que acudir Tollner a la teoría de las cuatro dimensiones del espacio, concepción geométrica que tiene por fundamento los estudios del matemático Gauss, el fundador de una nueva geometría en que se admiten estas sorprendentes ideas de la dimensión y de los volúmenes, y que igualmente defendieron Riemann, Helmoltz, Bolay, Lobatschensky y algunos otros. Spotiswoode, generalizando la cuestión en términos rigurosos de geometría analítica, sostuvo la posibilidad de la existencia del espacio de «ene» dimensiones y Hugo, a su vez, habló del espacio de dimensiones fraccionadas.

«Nuestro espacio ordinario o «Euclídeo» de tres dimensiones, dice Stallo en «La matiére et la Phisique moderne» (2), no es sino una forma posible del espacio, cuya preeminencia sobre las otras no puede ser sostenida sino por razones empíricas, y según los dogmas lógicos y psicológicos de la escuela sensualista, es debida sencillamente a una asociación accidental de nociones que podrían ser disociadas, y si hemos de creer a los decididos defensores de estas nuevas doctrinas, la disociación se ha efectuado ya, puesto que se han descubierto nuevas dimensiones del espacio, impuestas como una consecuencia necesaria de ciertos hechos experimentales imposibles de explicar de otra suerte; del mismo modo

(1) Librería de la Viuda de Pueyo, Madrid. Página 161 y siguientes.

(2) Citado por M. Otero Acevedo, en «Los Espíritus», página 106.

que la tercera dimensión del espacio no la distinguimos directamente, sino que la inferimos de hechos habituales de la experiencia visual y táctil, para la explicación de los cuales esa tercera dimensión es una hipótesis indispensable. El espacio verdadero y real tiene pues, o por lo menos puede tener, no solo tres dimensiones, sino cuatro y aun mayor número. El espacio en el cual nos movemos es, o puede ser, no solo homaloide o plano, sino también no-homaloide, es decir elipsoidal, paraboloide, hiperboloide o esférico, y de aquí resulta que toda línea considerada hasta ahora como recta, podría, al ser prolongada hasta lo infinito, constituir una curva cerrada, en razón a la curva inherente al espacio. Así, el universo, aunque ilimitado, podría ser y es probablemente finito, no infinito. En efecto, si se admite el carácter esférico o pseudo esférico del espacio, puede trazarse por el mismo punto un haz de líneas «lo más corto posible» todas (cual los círculos máximos que pasan por dos puntos opuestos de la esfera), todas igualmente paralelas a otro haz de líneas dado, y también «lo más corto posible», de modo que no se cortarán, sea cualquiera la distancia a que se las prolongue. Además la medida de la curvatura del espacio, lo propio que el número de sus dimensiones, puede ser, y son probablemente, diferentes en las distintas regiones del mismo, de manera que nuestra experiencia respecto de las regiones que habitamos no nos permite inferir nada legítimamente, en cuanto a la curvatura y a las dimensiones de otras regiones del espacio alejado, conmensurable e inconmensurablemente pequeño. Además, en una región cualquiera, la curvatura del espacio, y el grado y el número de sus dimensiones, puede estar, y está con toda probabilidad, en vías de sufrir una evolución gradual. Estas proposiciones, por otra parte, están apoyadas por numerosos fenómenos de magnetismo, óptica y otros, y son además las únicas que pueden dar el hilo conductor para comprender ciertos misterios del Espiritismo moderno, permitiendo colocar en la cadena

de la «causalidad» natural, ciertos hechos que de otro modo nos veríamos obligados a incluir en los dominios de lo sobrenatural».

Llegamos con esto a «la teoría de los nudos», teoría que, en recuerdo de aquel famoso nudo del templo de Gordio rápidamente cortado como todo buen guerrero por Alejandro, es clave de «lo astral», y de no pocos fenómenos de magia y con ello, por ende al Anillo de Alberico.

Una cuerda o alambre recto no presenta nudo alguno. Un ser de la «primera dimensión», es decir, un ser que habitase en la línea como en su único mundo y hubiese salido ya de la «dimensión cero o punto», la «no dimensión» del absoluto egoísmo «no podría hacer en ella nudos», pero sí «puntos», que para el ser de la dimensión «cero» serían otros tantos infinitos mundos. Otro ser nuevo que apareciese enseguida en la escena, poseedor de la segunda dimensión, o sea habitante del plano de la línea podría hacer ya «un nudo», tomando sencillamente uno de los extremos de la cuerda o alambre y haciéndole seguir la misma dirección después de haber trazado con el extremo un círculo, «círculo mágico», sin duda para el ser de primera dimensión «quién seguiría creyendo que no se había hecho nudo alguno, porque al salirse de su línea se saliera de su mundo dicho nudo y le sería por lo tanto invisible.

Pero lo más admirable del caso es que si el ser de la primera dimensión no vería el nudo, y el ser de la segunda dimensión le veía pero no podía deshacerle sin trazar por el espacio un círculo «mágico inverso del descripto para hacerle, el dicho deshacer del nudo sería para el ser de la tercera dimensión, o sea para nosotros, sencillísimo, sin necesidad de ésto, sino con una mera torsión de 180 grados en torno de un eje del nudo perpendicular a la cuerda.

Vengamos ahora a nuestro nudo de tres dimensiones. Siendo la analogía serial una ley de la Matemática cabe perfectamente inferir que la ley establecida continuará

en los restantes mundos de las «enes», dimensiones y que, por tanto, el nudo nuestro que tan fuertemente ata en nuestros contratos, en nuestros matrimonios, en nuestras cárceles, y en tantas otras cosas, en fin, de nuestra aprisionada vida, es invisible para el ser de la segunda dimensión; es indesatable como el de Gordio. para nosotros en la tercera dimensión «a menos que» inversamente a lo que realizásemos al echarle, «describamos» con uno de los cabos de la cuerda, «un primer círculo mágico en el plano perpendicular a la cuerda» (plano que pasa por nuestro rayo visual y por la línea de la cuerda misma) y «otro segundo círculo mágico como para deshacer el nudo de la segunda dimensión o sea en el plano yá ó superficie en que la cuerda descansa».

...Pero esto, ¡oh magia suprema de la ciencia y de los astros! es precisamente lo que ocurre, por ejemplo con los planetas cuando caminan con su doble movimiento de rotación sobre su eje y de traslación en torno del sol, por manera que suponiendo al Sol fijo, cada objeto terrestre al cabo de un año y de un día traza en el espacio un verdadero nudo, el nudo ¡ay! de un año más en su efímera vida, por cuanto si representamos, por una cuerda en círculo, como en las demostraciones de cátedra, la órbita de la tierra en torno del sol o sea en su huella «astral» en el espacio, y por el mismo cabo de la cuerda el otro círculo que describimos en el espacio cada día con el giro de nuestro globo, lo que hacemos es un verdadero nudo, nudo gordiano que Kármicamente ya no podremos desatar jamás, mientras el mundo sea mundo.

Volviendo al nudo de nuestro ejemplo, solo nos resta decir que un ser de la cuarta dimensión, como parece ser por todos los indicios, los elementales que presiden en lo astral a toda la fenomenología espiritista, desataría nuestros nudos de la tercera como nosotros desatamos los de la segunda; pero ¿qué tiene que ver, en suma, todo esto con el Anillo de Alberico?

...Nuestros lectores lo habrán adivinado ya. Todo anillo, en efecto, sea de Alberico el Nibelungo, sea de

Giges, sea de Carlomagno, sea de los Duc de Venecia, sea del «pescador pontificio», o sea, en fin, más modestamente el anillo de todas las nupcias, no es sino un símbolo sublime de la cuarta dimensión, «la dimensión de la Magia no tanto porque, en efecto los satélites en torno de los planetas y éstos en torno del sol van describiendo verdaderos anillos espirales al marchar cual marchan las serpientes sobre la tierra (y de aquí su designación ocultista de Nagas), cuanto porque el anillo en geometría viene a ser engendrado por una esfera «que se mueve en círculo, como esta a su vez en la tercera dimensión, es engendrada por un círculo que gira en torno de uno de sus diámetros y éste en fin, está formado por una recta que gira en torno de uno de sus puntos... ¡Siempre, siempre el giro o «círculo» mágico, que opera los nudos o los desata en todas las dimensiones, encadenando o libertando a los seres y a las cosas, y creando la misteriosa serie de punto, círculo, esfera, anillo y «superanillo», de las llamadas dimensiones del espacio, que no son en verdad tales dimensiones, sino modalidades de nuestra manera de ver y de ser que irán ampliando sus horizontes con el curso evolutivo, dándonos un sexto y un séptimo sentido! ¿Qué de extrañar tiene ahora el que al poder hacer Alberico con el robado Oro del Pensamiento, un anillo, es decir, un algo perteneciente al para nosotros vedado y velado mundo de la cuarta dimensión, penetrase en los dominios de la «Magia», la «Magia Chiota», para la que ya no hay imposibles físicos como no hay imposibles tampoco ya para el hombre, en el plano o segunda dimensión, y enseñoreado de ella pudiese alzarse soberano de los cielos y la tierra?

Admiremos una vez más la sublimidad del mito wagneriano y la prodigiosa intuición del mago que supo comentar con adecuadas armonías musicales, este símbolo de ciencia aún no sabida, que se oculta bajo el velo poético de «El Anillo del Nibelungo.

MARIO ROSO DE LUNA

Orientaciones Teosóficas

I

Según desde el punto de vista que nos situemos crecerán o amenguarán las dificultades que se nos presenten cuando ensayemos llamar la atención de otras mentes hacia las doctrinas teosóficas de manera que nuestra palabra pueda resultar una ayuda efectiva o un estímulo, tan necesarios en estas cuestiones todavía tan nuevas para nosotros los occidentales, tan nuevas que apenas hace treinta y seis años que se habla de ellas algo libremente, sin que en tan corto tiempo pueda suponerse posible su completa asimilación por todos los que más o menos tarde y más o menos bien han podido conocerlas.

Si creemos que la teosofia está destinada únicamente para los intelectuales, para aquellas personas que durante muchos años de ejercicio han adquirido cierta costumbre de pensar de cierta manera desde una dada posición, con ciertas reglas de interpretación y con mayor disciplina y respeto a la autoridad de los textos de moda u obligados, las dificultades serán enormes porque para poder asimilar las enseñanzas teosóficas es absolutamente indispensable la más grande libertad de criterio.

Pero si pensamos que, sin excluir a los intelectuales, quienes pueden con los esfuerzos necesarios alcanzar sin duda alguna esa libertad, debe hablarse de teosofia a todos sin excepción, ya nos resulta menos difícil la tarea, por que no hay que ocuparse mayormente de las opiniones tan diversas que existen por ahí, entre los

tantos millones de libros que llenan las bibliotecas del mundo y nos es suficiente la expresión clara de los puntos fundamentales de la doctrina, de manera que, bien comprendidos puedan servir de provisorio sostén para que cada uno con sus propios esfuerzos siga adelante y se afirme cada vez más en los más elevados peldaños de la escala de la evolución hasta alcanzar al fin, la meta ambicionada.

Además, nosotros no creemos que haya una teosofia especial para los intelectuales y otra para los que no lo son, porque la doctrina no es, ni ha sido nunca, mas que una, y puede ella ser practicada y entendida, tanto por el más elevado filósofo o rey, como por el más humilde pensador o sirviente ya que la aptitud para ello no consiste en la acumulación de conocimientos, poderes o riquezas, sino en el estado de evolución a que haya alcanzado el propio yo interno de cada uno.

No se trata tampoco de revelaciones ni de preferencias, porque entonces volveríamos al dogmatismo y a los milagros que todo hombre libre ha combatido siempre y habría siempre que combatir bajo cualquier ropaje que se manifiesten, porque son enemigos de la libertad y de la regeneración.

Hablando a todos, es entonces, más posible despertar el mayor número de seres y formar, con sociedad o sin sociedad, ese núcleo fraternal anhelado que piense, que estudie, que medite sin distinción de nación, de casta, de credo o de color, y al fin que obre con esa inspiración de la mejor manera que le permita su Karma.

Y esto se aclara si consideramos que el hombre o el ser, es un compuesto de cuerpo, alma y espíritu, y que siendo el alma la que individualmente evoluciona sometida a la influencia de las tres cualidades fundamentales de la naturaleza, o sea del mundo sensible, Tamas, Rajas y Satwa, en la que el mismo se sitúa según se lo permite su densidad, resulta imposible pensar que una persona cualquiera por el hecho de obtener

un título o una forma determinada de expresarse con elegancia, o por solo ingresar en la sociedad, se considere cambiada en la íntima constitución de su ser.

Por las mismas razones no es posible aceptar tampoco que en alguna parte pueda existir un centro absolutamente privilegiado que monopolice para sí las influencias superiores, puesto que siendo cuestión de aptitudes, de cualidades y de densidades, allí donde estas se actualicen, aquellas se manifestarán con la constante regularidad y exactitud que en la naturaleza se manifiesta todo.

El despertar que trae la teosofía es, pues, para todos y es indudable que se expresará más brillantemente allí donde mejores condiciones existan, es decir, seres que se sientan atraídos por lo superior, por lo satwico manifestado en sus tres aspectos: como ideación pura, por la pura meditación en el dominio de la mente; como renunciación del Yo, para alcanzar la luz búddhica y como devoción pura o supremo amor en el dominio del sentimiento por la piedad y el altruísmo.

Así puede comprenderse que las divisiones de la S. T. en varios grupos disidentes o independientes poco afectan al objeto de la misma porque igual pueden despertarse seres en Alemania, en América o en la India, si se llega a concebir cuál es el camino, cuál es la orientación que con esas doctrinas nos ha venido de oriente.

Y puede verse también, que la opinión de cualquier miembro de la Sociedad, por más elevado que aparezca situado en ella o en el mundo, no puede ser considerada más que como su propia opinión personal, sujeta a los mismos errores y a la misma crítica de la de los demás.

Mucha confusión hemos notado en este sentido, producida por la diversidad de textos y de autores, a los que se les ha concedido demasiada autoridad, y algo hemos hecho para contrarrestarla en Sud América, estando satisfechos del resultado obtenido. Hoy nos pro-

ponemos continuar esa labor con una serie de artículos en los que trataremos los puntos más esenciales de la doctrina a la luz de las ideas fundamentales ya enunciadas, que a nuestro juicio constituyen el cimiento más sólido para el templo que a la Sabiduría (teosófia), debemos levantar cada uno en nuestro corazón.

No creyendo conveniente, perder el tiempo en criticar o discutir a los expositores que consideramos equivocados, iremos siempre a las fuentes originales en busca de la linfa pura, sin que con ello pretendamos evitar por completo el obscurecimiento que las puras aguas deben sufrir al pasar por nuestra pobre mente, sujeta como todas, a las influencias ancestrales y a sus particulares limitaciones.

Toda idea nueva o toda nueva exposición de ideas en un dado sentido, se convierte desde el primer momento de salir a luz en un Cristo crucificado en la materia o mente que reacciona en contra, obscureciendo cada vez más su pureza original con cada nuevo interpretador que surge, con todos los imitadores y contradictores obligados de siempre. Por eso hasta los mismos discípulos del primer momento llegan algunas veces a desconocerla y negarla.

Para poder considerar bien a la Sociedad Teosófica, darle su verdadero valor y alcanzar mejor cuál ha sido su objeto, es necesario tener presente que se trata de una sociedad de estudios, sin pretensión alguna de dogmatismo ni de dominio del mundo en ningún sentido, que únicamente ha traído a occidente un ramillete perfumado de las más puras ideas orientales, para que con ellas se infiltrara en nosotros un nuevo espíritu de vida superior que nos lleve hacia la cuna de nuestra raza, hacia lo Ario, lo oriental puro, donde nuestros venerados antepasados guardaron las reliquias más preciosas de su Amor, de su Fe y de su Ciencia.

Es necesario también darse cuenta que el espíritu oriental, hacia el cual se nos ha querido llamar la aten-

ción, resulta no de la investigación curiosa de lo externo de las cosas, sino de la de lo interno; no del dominio de lo externo y de los demás, sino del propio dominio; no del descubrimiento de las torres y campanarios que cualquiera los ve, y los oye, sino del descubrimiento del santuario interior, siempre oculto, en todos los templos, a las miradas superficiales o poco atentas a sí mismas, pero libre, ampliamente libre, para aquellos que con su amor y con su labor han adquirido el derecho de penetrar en él.

Lo primero pues, que nos dicen nuestros venerados padres los arios, es que no miremos tanto al exterior, que no nos dejemos distraer por sus ruídos y seducciones; que nos estudiemos a nosotros mismos y busquemos la paz y la dicha que está en nosotros, y que solo nosotros podemos darnos.

Y este primer toque de atención fué tan vibrante y tan poderoso que resonó penetrando por todas partes hasta en los menores instersticios, produciendo, es cierto, muy pocos ecos, pero quedando como semilla firme para resucitar «muertos» cuando condiciones propias aparezcan.

No puede negarse que desde el setenta y cinco (1) a la fecha, todos los pensadores de occidente han tenido que ver algo de orientalismo, quedando forzosamente saturados de su perfume por pequeñas que pudieran ser las partículas que adhirieran al recipiente.

Y esa misma semilla, esas pequeñas partículas, han de ser la base de la reacción espiritual que ya se vislumbra en Europa contra el materialismo y el escepticismo y que se intensificará después de concluída la guerra, porque el desastre es colosal y se ha de buscar afanosamente la tabla salvadora.

Después de ese primer llamado hacia la luz de Oriente, nos viene como primer orientación, como primera enseñanza, la idea de responsabilidad, de acción responsable, de evolución, de Karma; la idea más profunda, más alentadora y dignificante que pudiera darse al hombre.

(1) Año de fundación de la S. T.

¡Cada uno es padre de sí mismo y es hijo de su propia voluntad, nada de súplicas ni ruegos a la divinidad, que degradan el concepto de lo divino y debilitan la acción propia, toda acción evolutiva consciente y libre!

No hay nada que verdaderamente pueda ayudarnos si es que nosotros no empezamos por ayudarnos a nosotros mismos; pero todas las cosas de este y de todos los mundos nos ayudarán y nos servirán de Maestros una vez que bajados de la torre de nuestro material excepticismo, meditemos y encontremos al verdadero discípulo en nuestro corazón!

¿Qué sería de la humanidad si todos aceptáramos y viviéramos esa idea? Para qué necesitaríamos dioses, ni religiones? ¿Y qué otra religión más grande que la que cada uno establece para sí en su propio corazón rindiendo el más elevado culto al amor, a la fe y a la ciencia bajo la base granítica inconmovible de su propia dignificación y regeneración?

Ese solo hecho de llamarnos tan poderosamente la atención hacia el Oriente geográfico y sus doctrinas sabias y hacia nuestro Oriente interno, nuestro verdadero Santuario, es una gloria de la Sociedad Teosófica que no podrá desconocérsele nunca.

Esa teosofía es eterna, está por encima de la sociedad y ha de producir sus efectos benéficos, aun cuando la sociedad desaparezca y degeneren por completo todos sus miembros actuales, porque ya se ha dicho, son ideas profundamente iniciáticas que no pueden morir. Podrán permanecer veladas como el Sol, por nubes que pasan, pero que siempre se conserva radiante en todo su esplendor para vivificarlo e iluminarlo todo, en cuanto los velos se quitan y reaparece.

Aceptada esa orientación que nos conduce a la ética más pura, ya sabemos los teosofistas cual es nuestro deber: mejorarse, iniciando la labor integral desde cualquier punto que nos encontremos y contribuir también al mejoramiento de los demás.

En síntesis, acción y altruísmo.

ADRIAN A. MADRIL

Algunas consideraciones sobre la ley del "Karma" y el valor oculto del símbolo de la Sociedad Teosófica

Al doctor Miguel Catalano.

> ...Antes de la observación *consciente* del Universo, se debe poseer el conocimiento del Plan... las líneas generales deben estar tendidas. Nada hará quien no tiene en su mente esas líneas: la trama de esas simbólicas líneas es la trama de la CIENCIA. De aquí que la CIENCIA es una como el Cosmos y absoluta como Dios.

KARMA (1) significa efecto de causas; relación de acciones anteriores: la continuidad en la acción. Esa Ley es una ley universal: todo lo que en el universo es capáz de ser manifestado es el resultado del Karma. Dicha ley se aplica indistintamente a todos los órdenes de actividades, mentales, pasionales, intelectuales y materiales; se podría decir, que entre los límites de lo mutable es el ESPIRITU DE LAS COSAS.

Todo en la Naturaleza, cualquiera sea su dirección, tiene dos sentidos contrarios: arriba y abajo, el blanco y el negro, lo bueno y lo malo, la luz y las tinieblas... La existencia de algo implica siempre una bi-polaridad, bi-polaridad que se considera en el instante mismo de dicha existencia... Teniendo que partir de una base determinada y como en Ocultismo se considera el PEN-

(1) La palabra Karma ha sido necesario emplearla en castellano, por carecer dicho idioma de ese concepto.

SAMIENTO como el creador del DESEO, y a su vez este del acto, haremos derivar el Karma del plano MENTAL.

No es posible entrar a estudiar la ley del Karma, sin hacer primero algunas consideraciones elementales sobre el Libre Albedrío. Se denomina libre albedrío a la facultad que tiene el Alma de determinarse en un sentido o en otro. En esa definición corriente, no se le dá al Alma el mismo valor que en Ocultismo. Según el concepto oculto, el Alma no es una entidad indestructible, sino un complejo que es capaz de cambios sucesivos; ya sea en el Plano Físico al encarnarse en la materia, ya en el Plano Astral o en el Anímico. Lo que no cambia y por consiguiente es capaz de determinarse, es el YO DIVINO, que yace oculto en las profundidades mismas del Alma. EL YO es el que dirige la marcha del espíritu durante su evolución en los diferentes planos de la Naturaleza. EL YO tiene amplia libertad de determinarse y elegir el rumbo que quiera. En determinada dirección, se rodea de una atmósfera cada vez más densa, la que concluye por cubrirlo completamente. Su Luz se hace cada vez menos visible, debido a las diversas y densas envolturas. Es así que el YO DIVINO pierde poco a poco su libre albedrío al ir tomando FORMA, llegando así hasta la materialidad más grosera. ¿Qué valor simbólico tendrán esas envolturas que se acaban de mencionar?

—Las envolturas vendrían a simbolizar el Karma, que en su primitiva concepción, se podría decir que es la *dirección misma* determinada por el YO al crear el Plano Mental. Dentro de ese plano, aumenta paulatinamente la densidad de las envolturas. Siguiendo ese proceso llega el YO hasta el Plano de Deseos y pasa así a los Planos de Manifestación, donde se hunde cada vez más en la MATERIA (2), formando así los PLANOS

(2) Génesis de la denominada Materia comúnmente.


A
B
C
D
MONADA DIVINA
ESPIRITU
MATERIA
NEUTRO
NEUTRO
PLANO CONSCIENTE
PLANO INCONSCIENTE
PLANO DESCENDENTE
PLANO ASCENDENTE
LIBERACIÓN KÁRMICA
CREACIÓN KÁRMICA
EVOLUCIÓN
INVOLUCIÓN
MAL RESUELTO.
NO YO.

SUB-CONSCIENTES DE LA NATURALEZA. Este es el proceso que en Ocultismo se denomina INVOLUCION.

El proceso anterior determina la mitad del ciclo: El NO-YO. Desde aquí, perdiendo poco a poco sus envolturas, asciende hasta el punto de partida, el YO. Mientras las envolturas se disipan, aumenta la auto-conciencia del YO, o sea su primitiva libertad. Como estas cuestiones de índole metafísica son en sí demasiado confusas, para simplificar su estudio, conviene usar el método gráfico, por medio del cual, uno se podrá dar una idea más clara de lo que se acaba de decir.

Representaremos por medio de una circunferencia, dividida en dos partes, el Ascenso y el Descenso de la Mónada divina en la materia. (No se consideran solamente aquí los tres estados admitidos por la ciencia Occidental). Esta, la circunsferencia, vendría a ser la línea que une el YO con el NO-YO, la cual representa una dirección con dos sentidos opuestos. En el dibujo figuran con los números 1 y 2. Ambos sentidos representan dos fuerzas: una que todo lo rechaza, la negativa, y otra que todo lo atrae, la positiva. La Mónada divina, al moverse en los dos sentidos, compenetra todos los planos del Universo: puede, pues, pasar de la espiritualidad más elevada a la materialidad más densa, donde el YO DIVINO no se percibe más, terminando en su negación misma: mundo exterior o NO-YO.

Para pasar del estado divino al de NO-YO, tiene que atravesar el Yo una serie de estados intermediarios, siguiendo en la figura, en lugar de la dirección recta, el camino indicado por la circunferencia en el sentido de las flechas. La media circunferencia, que comprende los planos: I, II, III $\frac{1.}{I}$ $\frac{1.}{II}$ $\frac{1.}{III}$ constituyen la INVOLUCION. La línea neutra divide estos seis planos en dos grupos: el PLANO MENTAL y el PLANO PASIONAL.

El PLANO MENTAL se divide en tres partes, que representan a su vez las diferentes gradaciones de la men-

talidad, tres clases de densidades mentales. Estas tres clases de densidades mentales constituyen la *Creación mental del Karma,* la cual es a su vez causa de los otros tres planos que a continuación siguen. Estos planos están marcados con números, que indican los planos inversos de los anteriores por ser su imagen. Estos planos: $\frac{1.}{III}$ $\frac{1.}{II}$ $\frac{1.}{I}$, los engendra el Karma Mental y cada uno corresponde a formas determinadas de pensamiento de los anteriores: III, II, I.

El segundo plano, denominado PASIONAL, está, como se ha dicho ya, constituído por tres planos, los cuales van aumentando progresivamente de densidad. ¿Cómo se forman éstos? Cada plano es una consecuencia de su simétrico (Mental). Al formarse un plano mental, por ejemplo el I, se crea un Karma determinado, que fatalmente origina su imagen pasional. De manera que a medida que el pensamiento se va haciendo cada vez más denso, recíprocamente se van formando los planos pasionales correspondientes. *Los Planos Pasionales son una consecuencia Kármica de los Mentales.* Al crearse los Planos Mentales y Pasionales, no se ha hecho más que aumentar el Karma en sí (en su fase mental y pasional). Una vez engendrados los planos Pasionales, se vuelven éstos causas en el plano de Manifestación (mundo físico). A medida que nace un sub-plano Pasional, crea éste por la acción del karma un acto que, según el grado de densidad, pertenece a uno de los tres sub-planos de Manifestación. La creación se hace siempre en el orden respectivo; es decir, que el *pensamiento* del plano Mental I, que es el menos denso, crea al $\frac{1.}{III}$ que es su correspondiente en el plano Pasional y a su vez crea este un acto correspondiente al $\frac{1.}{IV}$ que es el menos denso. Mientras que se forma el plano Mental I, por la acción del Karma, aparece el plano Pasional $\frac{1.}{III}$ y el $\frac{1.}{IV}$ del Mundo de Manifestación (acción individual); de manera que en el mismo instante se crean tres planos discontinuos. Para

que se pueda cerrar el círculo, tienen que seguirse las siguientes series: II, $\frac{1.}{II}$ III $\frac{1.}{V}$, III; $\frac{1.}{I}$, $\frac{1.}{VI}$

Veamos cómo existe una concordancia entre la Involución y la Evolución en los tres planos que acabamos de indicar: Al descender la mónada en los planos más sutiles de la Mente (plano I) y Pasional (plano $\frac{1.}{III}$), siguen ambos la dirección de las flechas *a* y *b* que se acercan al vértice del triángulo invertido $\frac{1.}{VII}$ (lo inverso de la Divinidad); pero como la flecha *c* se aparta de este punto al comenzar la Evolución, al ir *involucionando*, los actos siguen un sentido inverso, es decir, que de $\frac{1.}{IV}$ pasaría a $\frac{1.}{V}$ y a $\frac{1.}{VI}$ tendiendo también hacia el vértice del mencionado triángulo. A medida que *involuciona* la Mónada en el plano Mental, *involuciona* también en el plano pasional y el plano de manifestación. Cuando se ha llegado a una involución completa en los tres planos (mental, pasional y de manifestación), comienza la evolución, es decir, el paso de lo más denso a lo menos denso. Mientras que durante la Involución se pierde poco a poco la Conciencia, en la Evolución va aumentando el valor de ésta. En este proceso se adquiere experiencia, porque la mónada *compara estados sucesivos*, distinta función a la anterior, que consiste en adquirir *estados psíquicos* cada vez más densos. El Karma comienza entonces a agotarse; es decir, que todas las acciones anteriores, según su *grado de densidad*, atraen con más o menos intensidad a la Mónada hacia el vértice correspondiente al triángulo invertido. Esta atracción continúa hasta que la CONCIENCIA se aclara suficientemente para seguir penetrando cada vez más en los planos sutiles en que antes descendió. El plano de MANIFESTACION es un plano en que el karma adquirido en los planos de *involución* (por medio del dolor) determina y obliga a seguir el «Sendero»... A medida que se pasa de los sub-planos $\frac{1.}{VI}$ a los planos $\frac{1.}{V}$ y $\frac{1.}{IV}$ el dolor va aumentando hasta llegar a sentirse el DOLOR UNIVERSAL en las proximidades

de la línea neutra. Esta representa la vida de los vegetales, animales y la humanidad en general.

Pasando la línea neutra, ya se agota el Karma, y las acciones pasadas no retienen más la «mónada». Al llegar a esos planos, se experimenta un placer inmenso y los dominios de la conciencia se extienden a todas las cosas y seres; se llega al *sentido oculto* de la vida en sus múltiples manifestaciones. La densidad de estos planos va siendo cada vez menor. Del plano IV al plano VI la AUTO CONCIENCIA va aumentando hasta llegar al plano VII, que corresponde a la AUTO CONCIENCIA DE LA DIVINIDAD. Como se puede ver, la figura queda dividida por la línea neutra en dos semicircunferencias: la superior y la inferior. La superior corresponde al Mundo Espiritual; mundo que se divide a su vez en dos partes: una descendente y otra ascendente. Ambas partes tienen dos direcciones: Luz y Tinieblas. En el Mundo Espiritual, los planos a la derecha simbolizan la luz, y los de la izquierda la obscuridad (planos A B). En el plano Material tendremos que D (ascendente) representa la luz y C (descendente) la obscuridad. Si tomamos la obscuridad del plano espiritual y material recíprocamente (B y C), tendremos que B será la luz con respecto a C. En la parte correspondiente a la región de ambos planos (espiritual y material) tendremos que D (luz en lo material) resulta tinieblas al compararse con la luz en lo espiritual.

Si consideramos el plano Espiritual, vemos que está formado por siete subplanos: uno pequeño, el divino (número VII y seis infra divinos, que se dividen en dos grupos de a tres (I, II, III, IV V, VI). Los planos I, II y III, que pertenecen al mundo divino, están representados por el signo — (menos); es decir, que van siendo cada vez *menos* divinos al adquirir Karma. Los IV, V y VI son también subplanos que pertenecen al mundo divino, pero que están representados por el signo + (más), porque van siendo cada vez más divinos, libertándose del Karma,

después de haber atravesado los mundos de experiencia C y D.

Al considerar el Plano Material, tenemos que éste en su conjunto está también formado por siete subplanos. Considerándolos a éstos según su grado de materialidad, siendo el plano $\frac{1.}{VII}$ la unidad de medida, tendremos que agruparlos según el orden que hemos seguido en el plano opuesto: unos que van siendo cada vez menos materiales $\frac{1.}{VI}$ $\frac{1.}{V}$ $\frac{1.}{IV}$ y otros que van siendo cada vez más densos $\frac{1.}{III}$ $\frac{1.}{II}$ $\frac{1.}{I}$

Como en el caso anterior, unos van acrecentando su Karma (los que tienen el signo +), y otros van disminuyendo su Karma pasional (los que tienen el signo −). Si se compara los signos de ambos planos, se ve que, considerando los ángulos opuestos, éstos son iguales; pero si se considera a los adyacentes, son desiguales. Al comparar los planos B y C—que son ambos de una cierta materialidad— tendremos que el B será menos material que el C (los signos − y + están en concordancia).

Si pasamos a considerar ahora el plano C y D (materiales) y que su unidad de medida es el plano supra material $\frac{1.}{VII}$ tendremos, que aquí también, los signos concuerdan; pues C es el más material y D el menos material. Los planos D y A, que son ambos los más espirituales en sus mundos respectivos, tendríamos que medirlos con la unidad espiritual (VII) y tendremos: D menos espiritual; A más espiritual. Lo que también concuerda con la figura.

Trazando las tangentes por los vértices en que los dos triángulos grandes encuentran a la circunferencia, se forman dos cuadrados circunscriptos que determinan ocho zonas: del Bien Absoluto, de Creación Kármica, Neutro de Evolución, de Liberación Kármica. Estas zonas están comprendidas dentro de cuatro grandes zonas o planos: planos *descendentes conscientes*; planos *descendentes inconscientes*; planos *ascendentes inconscientes*; planos *conscientes ascendentes*.

El círculo 3 representará la mónada divina en su descenso y ascenso, pasando de los planos divinos que comprenden la parte superior de la circunferencia al ser dividida por la línea neutra, la que a su vez, considerando la línea de la dirección de la mónada, da lugar a la formación del Tau. La circunsferencia vendría a transformarse en la serpiente que se muerde la cola y dentro de la serpiente la *Svantica*, que es el símbolo de la VIDA ETERNA.

Como se puede ver, el símbolo de la Sociedad Teosófica encierra en sí el símbolo exotérico y esotérico del Ocultismo, en su condición transcendente del *conocimiento oculto*. Como símbolo tiene, además, el gran valor de ser más comprendido a medida que desarrollamos nuestra intuición: en ocultismo es ese el valor transcendente de los símbolos.

F. W. GÁNDARA

La libertad y el karma según Confucio [1]

A la Sra. María Amalia Zamudio de Levingston

Cada ser es libre y tiene una capacidad de realización; por eso nadie puede realizar en absoluto sus deseos cuando estos son contrarios a los de otro; de aquí que lo posible sea lo armónico.

Nuestro yo es eterno, es así como se nos hace comprensible: el amor, la sabiduría, y la justicia. La eternidad de nuestro yo espiritual nos redime en el sendero de lo divino.

Vano fuera el perseguir la realización diaria de aquellos mundos superiores: *entrevistos* y *explicados* por sabios, filósofos y moralistas, *vividos* por santos, redentores y buenos, si no estuviéramos convencidos que en la vida diaria, como en condiciones futuras, no pudiéramos dirigir y aplicar nuestras energías y voluntades.

Si no tuviéramos esa condición, incomprensible nos fuera el progreso, fuere el que fuera, así material como espiritual. La lucha por un ideal fuera una quimera. Los esfuerzos ejecutados en holocausto a la verdad serían energías volcadas en la nada.

En nuestros deseos mentales se explicaría la existencia de tales deseos, que la realidad del mundo negaría con su existencia. Podrían existir en nuestros pensamientos, más en la realidad de las cosas serían imposibles y absurdos.

En el pensar de un determinismo absoluto y excluyente, el bien y el mal resultan ser dos simples palabras, sin ningún valor espiritual; el egoísmo y el altruísmo serían

(1) Apuntes para un estudio sobre la *filosofía china*.

las cualidades de ciertos seres, del mismo modo que la elasticidad es una cualidad del acero; tener ideas grandes y nobles, o bajas y rastreras, sería como la cualidad del oro, de resistir al agua o combinarse con el agua regia. Nada espiritual ni transcendente existiría. Todo pasaría como dentro de un fatalismo. El valor que daríamos a las cosas; a los acontecimientos y a todo lo que constituye la vida y la existencia, sería puramente ideológico y no pasaría de los límites de nuestro cerebro o pensamiento.

En el moralista, como en los hombres de ideas superiores, que buscan una mayor perfección en las ideas, en los sentimientos y en las acciones, descubrimos al creyente del libre arbitrio. Para realizar el bien, para amar con altruísmo, para obrar por el deber, es necesaria la libertad. Si no existiera como una condición el libre arbitrio, en todos los seres, inútil fuera toda prédica y todo ejemplo. Mas el hecho de tener libertad para elegir nuestras finalidades y deseos, aplicar y orientar nuestra voluntad, no implica de ningún modo que todo eso se podría hacer, no existiendo las leyes naturales. Lo uno y lo otro no se excluyen; digo más: lo uno sin lo otro no se concebirían. Es por una rutina mental que lo vemos como excluyente.

***

He mencionado la rutina mental, no como algo raro y poco frecuente; considero que está aduеñada de más seres de lo que se cree. El conocimiento que recibimos o alcanzamos, es nuestro deseo que sea efectuado dentro de ciertas reglas y condiciones, sin las cuales nos es sospechoso. Nada raro es que lo efectuemos así, pero es grave, dogmático y arbitrario, el creer que únicamente así se «conoce». ¿Quién que observe a fondo la cuestión puede hacer una afirmación de esa índole?

Para aquellos que se conforman con el simple método del razonamiento, debemos indicarles que: la lógica no es la verdad, sino el método por el cual encontra-

mos las afinidades, relaciones y armonías, en las ideas y pensamientos. Aunque un pensamiento puede ser armónico con otro, no quita de que pueda ser falso. Aquellos que esto ignoran no saben pensar por sí mismos y actúan en las sectas o sistemas, cuando no son indiferentes por todo pensamiento y razón.

Aquellos que lo basan todo en el sentimiento, en verdad que confunden las relaciones de las cosas con ellas mismas. Y el sentimiento sin la inteligencia es como barco sin timón. Lo propio opinamos de la acción. Hacer por hacer, nada vale.

Así como separados son adefesios, juntos forman una unidad armónica. Con ellos se penetra en la vida y con ellos se avanza hacia lo ignoto y hacia la verdad.

Aquellos que se afirman en la intuición dicen lo que ven; y para creerlos o negarlos hay que desarrollar igual potencia visual. Aquellos que siguen la lógica, como el sentimiento o la acción, relacionan únicamente; no están en el más allá, porque trabajan con las cosas de la vida, en lo que nos rodea, aunque todo guarda conexiones profundas y misteriosas, que nos llevan a los dominios de la intuición.

Los videntes nos explican aquello mismo que no vemos; es por eso que dudamos y hasta negamos sus afirmaciones.

Al estudiar este asunto *Confucio, la libertad y Karma,* no pretendo de ningún modo hacer ver que Confucio ha dilucidado terminantemente esta cuestión. Asuntos son éstos que se relacionan con las raíces propias de toda la existencia; y de todo eso nada sabemos. Estaríamos por decir que nadie podría ni afirmarlo, ni negarlo en absoluto. Pero debemos dejar constancia de que en esta cuestión, como en otras símiles, lo que nos ha interesado es saber por cuáles ideas se «deciden»; y al considerar a los hombres que han sobresalido por su sabiduría, como por su santidad, esas decisiones revisten para nosotros una verdadera importancia. Lejos está de nosotros el creer

que Confucio, como cualquier otro gran hombre, pueda conformarnos con sus afirmaciones, como con sus máximas, ejemplos y razonamientos, pues la base espiritual de todo verdadero conocimiento reside en nosotros mismos. Pero sabemos que ese gran hombre fué así, pensó de tal o cual modo y obró de tal o cual otra suerte. Mucha luz producen las coincidencias ideológicas, cuando ellas emanan de tales hombres; y nuestra curiosidad, acicateada por tales seres, pronto entra en la práctica y experiencia; en aquello que aconsejan y ejecutan. De esa experiencia nace la verdad; y después estaremos o no con ellos. Los que nada buscan, se quedan con lo que sólo poseen.

Esa armonía que tanto nos seduce, cuando se exterioriza en el mundo de lo físico, lo es aun mucho más cuando la hallamos en las ideas o en las creencias de distintos hombres, en distintas épocas y en diferentes y apartadas regiones, sean de la raza que fueren. Ello nos habla de un mundo de cosas grandes; ello nos confirma de que la verdad no es sólo una posibilidad en el mundo de la existencia, sino una realidad adquirida y adquirible por quienquiera que fuere.

Debemos tener presente que Confucio no persigue las apariencias: busca lo real, inmanente y superior que en el mundo existe. Por eso se nos ha dicho que:

«El filósofo dijo:

«Si no es al *genio* a quien se debe sacrificar lo que se sacrifica, el acto que se ejecuta no es más que una tentativa de seducción con malos propósitos; si se ve que una cosa es justa y no se practica, se comete una ruin cobardía.»

Lun-yu (Chang-Lun).—II-24.

Si la existencia no se sacrifica por altos ideales, lo será por los bajos, egoístas y pasionales; esa es la alternativa.

En ese deseo de lo grande, lo bueno, lo justo, lo humano y lo verídico, se alimenta la vida y el porqué más íntimo de la existencia del filósofo y del santo. Y así los grandes hombres se miran como montañas gigantes a

través de mares y continentes, de razas y eternidades. Se miran y perduran; el horizonte que abarcan es igualmente grande. La raza de los hombres camina por sus faldas inaccesibles y vive en sus valles profundos y fértiles. Y ellos continúan mirándose con el Sol, cuando todo ya duerme y está envuelto en profundas tinieblas.

Son estrellas que alumbran el camino.

Son la razón interna de la existencia.

Y la vida de los hombres se traduce en «una tentativa de seducción con malos propósitos» si no albergan en sus almas: el deseo de atenuar las tinieblas y alumbrar el camino; si no desean ser soles radiantes de sabiduría y santidad.

***

En Confucio no encontramos largas disertaciones con pensamientos bien eslabonados sobre los asuntos fundamentales de la existencia y que hoy día se da en denominar «filosofía». La especulación moderna sobre las ideas transcendentes, se nos asemeja a aquellos dos hombres que a orillas del mar discutían acaloradamente sobre: si en él había o no peces. Más lejos, en un recodo y con su caña, estaba un pescador; su anzuelo teníalo arrojado en las aguas y la mirada, en su quietud, parecía que penetrara más allá del fondo de los mares; ni una sola palabra profería, pues estaba solo. Los grandes hombres no tienen compañía para entretenerse; han arrojado su alma toda entera en el mar del misterio, y de vez en cuando sacan de él verdades que deslumbran. Los hombres, más tarde, han de acostumbrarse a sus luces, y las contornean, las discuten, las comparan. Hasta que ellos mismos se conviertan en esos pescadores.

Confucio ha penetrado en el misterio y de él ha vuelto lleno de verdades y de esperanzas. Confucio es ese anzuelo de la humanidad que vuelve cargado, para bien y regocijo de esa misma humanidad que necesita del alimento espiritual para vivir, que faltándole perece por degeneración.

La preocupación por la vida, las leyes, el deber, son, en los hombres superiores, los objetos constante de sus cuidados, atenciones y meditaciones. Si nuestras preocupaciones son grandes, aunque nos ocupemos nada más que del aspecto material de la existencia, en ellos es mucho mayor, pues están tocando las raíces más recónditas de la existencia, peleando como leones por la vida eterna o la muerte inexorable. La lucha en ellos es más terrible, por la mayor conciencia de vida que poseen, por el gran desarrollo espiritual adquirido, porque ven. Por eso:

«El filósofo dice:

«El hombre superior no es un vano utensilio empleado en los usos vulgares.»

Lun-yu (Chang-Lun).—II-12.

***

Las cosas y los acontecimientos están ligados y eslabonados, produciéndose un causalismo, cuyo principio y fin escapa a todos los análisis y que únicamente determinada escuela filosófica o creencia nos indica que no tienen ni principio ni fin. En el pensar de otros no es así: el encadenamiento de las fuerzas, de las voluntades, de los deseos, de las cosas, se produce en un determinado tiempo y por la ley de la reacción tornan a su forma primitiva, en un equilibrio perfecto de todo lo existente, puesto que nada se crea ni nada se destruye. La acción de un efecto en un sentido determinado implica la reacción, para que nada se pierda ni nada se cree. Esta ley debe ser general y debe aplicarse a cualquier orden de cosas existentes, sean ellas físicas como espirituales, aunque en un principio fué admitida únicamente para el mundo de la materia, extendiéndola más tarde al mundo de la energía, sin abarcar en nuestro pensamiento occidental el mundo del espíritu. En el pensar de ciertos filósofos orientales, como en el espíritu de algunas de sus religiones, esa ley se aplica a todo lo existente, sea ésto materia, energía, deseos, pensamientos, etc. Es lo que implica la idea de Karma. Ninguna diferencia esen-

cial puede encontrarse con el determinismo, a no ser que, para determinados pensadores, lo único real es la materia y la energía, agregando, además, que lo hacen excluyente, es decir, que lo único verdadero que admiten es el determinismo; todo lo demás, es simple construcción ideológica. El Karma se aplica a todo lo que existe y no es excluyente, es decir: admite la existencia del libre albedrío. En el libre albedrío reside la condición para iniciar algo nuevo, y luego de manifestarse tal voluntad, cae dentro de las leyes naturales, es decir, interviene Karma.

El proceso de las cosas se produce dentro de leyes naturales; todo filósofo lo admite y únicamente en el pensar de niños e ignorantes cabe lo milagroso, caótico y arbitrario. Es por eso que los hombres superiores recomiendan la persistencia en la ejecución de las obras buenas, así como iniciar y evitar otras. Si cada hecho fuera aislado de los demás, sin filiación alguna, así como sin parentesco ni descendencia, ¿cómo entender la armonía de las cosas, el progreso y todo desarrollo espiritual? ¿A qué perseverar en toda nueva senda, a qué soportar el ridículo, cuando no el desprecio de los hombres?

Si creyéramos que Confucio no admite el libre albedrío, debiéramos pensar que sus labios hubieran pronunciado palabras sin sentido, no apoyadas en un principio o idea general que las comprendiera a todas. Su vida fué de prédica, alentando a los hombres a vidas superiores, censurando ciertos vicios y malas costumbres; y antes que nada, lo realizaba en su propia vida, fuera ésta pública o privada, con lo cual descartamos toda sospecha de embaucador o embustero.

Pero aunque el filósofo admite la libertad, no por eso deja de admitir igualmente que una vez que nuestras decisiones se traducen en actos, entran en el dominio de las leyes naturales, sufriendo todas las relaciones, acciones y reacciones posibles y naturales. Por eso admite que a todo hecho bueno, que obremos o irradiemos al ex-

terior, por la reacción que se efectúa, en virtud de la ley de acción y reacción, recibiremos en igual grado bien; y así todo queda equilibrado, pues nada se ha creado, como tampoco nada se ha perdido; igual cosa admite para los hechos malos; con eso se comprueba que no acepta en ninguna esfera de la existencia lo arbitrario, no sometido a las grandes leyes. Dando bien, recibiremos bien; y dando mal, recibiremos igualmente mal, como si el universo todo que nos rodea, se comportara como un enorme espejo que reflejara hacia su origen todo aquello que sobre su superficie incidiera. Así, cada cual se queda siempre con lo que ha producido, sea en el orden que fuera, tanto material como espiritual.

«Habiendo hecho el filósofo una visita a *Nau tseu* (mujer de *Ling-Koung*, príncipe de *Wei)*, *Tseu-cou* no quedó satisfecho. *Khoung-tseu* se inclinó resignadamente y dijo: "Si he obrado mal, que el cielo me rechace".»

Lun-yu (Chang-Lun).—VI-26.

Con lo cual establece ciertas relaciones, aunque vagas, entre lo que producimos y lo que debemos luego recibir. Lo expuesto podría dar margen a pensar que: aun existiendo relaciones entre lo que damos y lo que recibimos, éstas podrían ser más o menos arbitrarias y desproporcionadas, así, por ejemplo: que por haber hecho un pequeño bien seamos eternamente recompensados y beneficiados por cosas buenas y agradables; o si no, que por haber hecho un pequeño mal seamos eternamente maltratados y castigados. Este modo de pensar sólo es admisible en los niños e ignorantes, que creen en el milagro y en el porque sí. Y en cuanto a esa duda, el filósofo nos la aclara convenientemente, dándonos en forma concreta y evidente su modo de pensar. Hay una perfecta y armónica correlación entre la acción y la reacción; hay una equivalencia absoluta; a lo uno corresponde lo otro y viceversa. Aquel que se inclina hacia la derecha tendrá que esforzarse por realizar lo opuesto; de lo contrario se sale de su posición de equilibrio, de su medio, y se pierde en

la manifestación y en la vida, que es pasajera y mortal. Debemos perseverar en ese equilibrio, en ese *medio*, y dejar que la planta espiritual, que ya tiene sus raíces en el universo, crezca... el tallo subirá primero, cubriéndose de hojas; en la primavera se cubrirá de flores y en el verano dará sus frutos.

«Nada más evidente para el sabio que las cosas ocultas en el secreto de la conciencia; nada más claro para él que las causas más sutiles de las acciones. Por eso el hombre superior vela atentamente sobre las secretas inspiraciones de su conciencia.»

«Antes que la alegría, la satisfacción, la cólera, la tristeza se hayan aposentado en el alma (con exceso), el estado en que ésta se encuentra se llama «*medio*». Cuando una vez introducidas esas pasiones no traspasan un cierto límite, el estado del alma es llamado «*armónico*». Este «*medio* es la gran base fundamental del mundo. La «*armonía*» es la ley universal y permanente.»

«Cuando el «*medio*» y la «*armonía*» llegan a un punto dado de perfección, el cielo y la tierra alcanzan una tranquilidad perfecta y todos los seres adquieren su completo desarrollo.»

Tchonh-Young (La invariabilidad en el medio).—I-3-4-5.

Ese medio es nuestra misma naturaleza fundamental y esencial. No se encuentra al norte ni al sur, tampoco al este o al oeste, y menos en el cenit o en el nadir. Siempre que nos exterioricemos a derecha, en un determinado grado, la reacción nos lleva a la izquierda y en el mismo grado, como si constituyéramos un péndulo perfecto. Ese medio es *la base fundamental del mundo*. Es así que nada se crea ni nada se destruye. Es así como rechaza lo arbitrario y caótico.

Es ese *medio* lo que constituye nuestro yo interno y del cual proceden todas nuestras exteriorizaciones. El estado armónico lo realizamos cuando lo bueno y malo se compensan, cuando lo que hemos hecho hacia arriba se equilibra con lo que hemos efectuado hacia abajo. Este estado debe ser adquirido para poderse perseverar en el *medio*. Y así como el *medio* (nuestro yo, el espíritu), es la

gran base fundamental del mundo, la *armonía es la ley universal y permanente.*

En la *armonía* debe traducirse todo, es la ley. Nada que se exteriorice está fuera del alcance de esta ley. Y esto no es otra cosa que el concepto del Karma.

Las relaciones de las cosas y todas las manifestaciones son constantes, reversibles y, por lo tanto, equivalentes. De una pequeña acción no puede esperarse un gran resultado, ni viceversa. Todo es *armónico,* todo está en la ley; toda manifestación se realiza con la ley del Karma: la ley del equilibrio, la ley de la acción y reacción.

Sin embargo, aunque se admita el *medio,* esa base fundamental de lo existente, podría dudarse de si el filósofo le atribuía o no esa libertad de que hemos hablado.

Pero Confucio es explícito y sincero. Sus ideas forman un conjunto armónico; y su vida las ilustra concluyentemente. En todo moralista está un creyente del libre albedrío y en todo ser que practica la moral con conciencia está un convencido de la realidad del mismo. Pero Confucio, por si pudiera dar motivo a dudas, nos lo dice claramente así:

> Sirva esto de comparación: Yo quiero formar un montón de tierra; antes de haber llenado un cesto me detengo; puedo detenerme. Otra comparación: Quiero nivelar un terreno; aunque he transportado ya una espuerta de tierra, tengo libertad para retroceder o avanzar; puedo obrar de uno u otro modo.»
>
> *Lun-yu* (Chang-Lun).—IX-18.

Con esto no nos deja en ninguna duda. Admite el libre albedrío; pero éste no en la forma antinatural, como únicamente se le ha querido ver. Tenemos la libertad para orientar, dirigir; pero en ningún modo la de crear o destruir. Una vez que esas libres decisiones del *medio* van al este o al oeste, arriba o abajo, al mal o al bien, etc., es decir, entran en la vida, en la manifestación, allí están las leyes naturales correspondientes, allí está la ley de la *armonía,* o como dirían los hinduistas: *Karma,* es de-

cir, la ley de la acción y reacción. Todo proceso se realiza dentro de una equivalencia o armonía: a una acción pequeña le corresponde una reacción también pequeña; si la acción es grande, le corresponderá también una reacción grande. Lo mismo que se da, se recibe. Todo esto lo explica muy bien el filósofo en esto que sigue:

«*Ting-Kong*, príncipe de *Lou*, pregunta si existe una palabra que tuviera el poder de hacer prosperar un Estado. *Khoung-tseu* contestó con deferencia: «Una sola palabra no puede tener ese poder; sin embargo, puede acercarse a la deseada concisión.» Hay un proverbio que dice: «Cumplir su deber como príncipe, es difícil; cumplirle como ministro, no es fácil.»

«Si sabéis que cumplir como príncipe es difícil, ¿no está casi en una sola palabra el medio de hacer prosperar un Estado?»

«El mismo príncipe añade:

«¿Y no hay una palabra que tenga poder para perder un Estado?» *Khoung-tseu* respondió con deferencia: «Una sola palabra no puede tener ese poder.» Pero existe un proverbio que dice: «El rey hace el bien y nadie se le opone; hace el mal y nadie se le opone.» ¿No se encuentran en estas últimas palabras la causa de la ruina de un Estado?»

Lun-yu (Hia-Lun).—XIII-15.

Si una sola palabra, así como un solo deseo o intención, pudiera ser la causa del progreso o de la ruina de cualquier imperio, proferida por cualquiera que fuere (además de que en ese caso dicho progreso, como la ruina, bien poco valdrían), habría poderes iguales en todos; y así como habría alguien que lo deseara en una forma dada, también existiría otro que deseara lo contrario. Esos poderes encontrados y de igual naturaleza, habrían de tener sus correlaciones, y entonces estaría la ley, el Karma.

Para llegar a la perfección es necesario atravesar por el camino de la vida. El camino se sigue conociendo su ley: la ley fundamental de la armonía: Karma. Sin ese conocimiento, el camino se hace imposible.

«Los seres de la naturaleza tienen una causa y efectos; las acciones humanas tienen un principio y consecuencias: conocer las causas y los efectos, los principios y las consecuencias, es acercarse mucho al método racional con el cual se consigue la perfección.

«Los antiguos príncipes que deseaban desarrollar en sus Estados el principio luminoso de la razón que recibimos del cielo, se aplicaban antes al buen gobierno de sus Estados; los que deseaban gobernar bien a su pueblo se aplicaban antes a mantener el orden en el seno de sus familias; los que deseaban el orden en el seno de su familia se dedicaban en primer lugar a corregirse a sí mismos; los que deseaban corregirse a sí mismos se dedicaban en primer término a guiar a su alma por el recto camino; los que guiaban por el recto camino a su alma se esforzaban desde luego en tener intenciones puras y sinceras; los que se esforzaban en abrigar ideas puras y sinceras se aplicaban primeramente a perfeccionar lo más posible sus conocimientos morales; el perfeccionar lo más posible sus conocimientos morales consiste en penetrar y profundizar los principios de las acciones.»

Ta-hio (El gran estudio).—3-4.

Sin el conocimiento del principio de las acciones no se consigue la perfección. Conociéndose Karma, la ley, la perfección se alcanzará. Sin ese conocimiento nada es posible. Todo es conseguido por él.

«Cuando los principios o móviles de las acciones están comprendidos o profundizados, los conocimientos morales alcanzan el último grado de perfección; estando preparados para alcanzar el último grado de perfección los conocimientos morales, se hacen las ideas puras y sinceras: haciéndose puras y sinceras las intenciones, se llena el alma prontamente de probidad y rectitud; hallándose penetrada el alma de probidad y rectitud, el individuo queda desde luego corregido y perfeccionado; corregido y perfeccionado el individuo, la familia está bien dirigida; estando la familia bien dirigida, el reino será bien gobernado; estando el reino bien gobernado, la gente disfruta de paz y buena armonía.»

Ta-hio (El gran estudio).—5.

Existe un eslabonamiento, una causación en las cosas de la existencia. Y toda reforma se desarrolla dentro del Karma, es decir, con la ley *armónica*, y se inicia en lo

más profundo de nuestro ser, nuestro yo, el *medio*. De allí parte todo, y purificándose más tarde la mente, es cuando en la existencia se empieza a caminar hacia la perfección. Una mente sana es la causa de un cuerpo sano, de una vida sana; lo recíproco puede no ser cierto, pues una vida sana o un cuerpo sano se corrompen, cuando las ideas no son puras y elevadas. Así nos lo dice Confucio.

La condición de corregirse está en uno mismo y únicamente en uno mismo. Allí está la libertad. Así nos lo indica también en:

«Desde el hombre más elevado en honores y dignidades, hasta el más humilde y obscuro, el deber es igual para todos; corregir y mejorar la individualidad, o sea el «*perfeccionamiento de sí mismo;* esa es la base fundamental de todo progreso y de todo desarrollo moral.»

Ta-hio (El gran estudio).—6.

Si no existiera una correlación entre causa y efectos, no podríamos saber lo que nos sucedería en cualquier caso. Nuestra vida física está informada en esa visión y actuación en este mundo físico; si la negáramos para las cosas espirituales, sería querer engañarnos. Si en el mundo del pensamiento no existiera una correlación entre ellos, no existiría la lógica; y de no existir ésta, cada ser no tendría ninguna comunicación espiritual con otros, debido a esa no correlación de los pensamientos. Toda cosa o sistema en el cual sus componentes son conocidos cualitativa y cuantitativamente, conocemos el resultado a producirse, no por adivinación, sino porque lo hemos experimentado otras veces; porque las leyes son eternas.

«*Tseu-tchang* pregunta si los sucesos de diez generaciones pueden ser conocidos de antemano. El filósofo contesta: Puede adivinarse que la dinastía de los *Yn* hará los ritos y ceremonias debidos a la de los *Hia;* que la dinastía de los *Tcheou* (de la que descendía el filósofo) hará los honores fúnebres a la de los *Yn*, puede adivinarse. Que otra dinastía suceda a la de los Tcheou, es cosa lógica.

«Y de ese modo los sucesos de cien generaciones pueden predecirse en cuanto sean cosas indudables.»

Lun-yu (Chang-Lun).—II-23.

También se predice en el mundo de la astronomía, pero siempre es lo *indudable*, aquello cuyas causas nos son conocidas y experimentadas. Que corporalmente un hombre se morirá, es cosa bien segura; raro fuera lo contrario. Sin embargo, en los seres conscientes de su libre albedrío es imposible adivinarles, por cuanto (si no siguen un camino, perseverando en él), a cada momento cambian de deseos y modifican su voluntad, todo lo cual se traduce por un cambio constante de los componentes causales y hace imposible en el instante una adivinación. Pero en aquellos seres, que la vida los lleva como a los maderos las aguas de los ríos, es posible adivinarles mucho, no por un porque sí, sino porque lo que sucederá es indudable, sigue la ley.

La costumbre, los deseos, los medios de vida, el carácter de ciertos hombres, nos hacen prever consecuencias inevitables. Así el hombre que todo lo realiza para su propio bien, no cuidándose de los demás sino como elementos que supedita a sus deseos, observamos al hombre que empequeñece su ser espiritual y lo hace menos alto que una piedra olvidada en el camino, y perdida la verdadera luz que alumbra en el sendero, sufrimos males y desgracias sin fin. El que hace desarreglos corporales, tiene enfermedad como inevitable; y así podríamos seguir indefinidamente, pues hay cosas indudables; las leyes son constantes.

«*Te-nieu* (discípulo de *Khesceung)* estaba enfermo, y el maestro fué a verle. Tomóle la mano a través de la sábana y dijo: "¡Voy a perderle! ¡He aquí el destino de este joven enfermo! ¡Esta dolencia estaba preparada para él!"»

Lun-yu (Chang-Lun).—VI-8.

La ley se cumple y eso es lo fatal que únicamente podemos encontrar en el mundo. La corriente eléctrica puede o no entrar en un sistema, pero una vez en el sistema circulará según las leyes correspondientes. Este es el Karma físico.

Si podemos burlar la justicia de los hombres, no su-

cede lo mismo con las leyes de la existencia, que inexorablemente se cumplen, y no se postergan para la eternidad sus condiciones. La muerte no es un hecho fatal, ni milagroso; es tan natural como el mismo nacimiento, que a nadie sorprende y a todos causa alegría y regocijo. Así son también las enfermedades, las penas y las alegrías. Karma está en lo físico como en lo espiritual. La fatalidad que imponen las leyes de la naturaleza no es arbitraria, ni parcial; es natural e inexorable. De su conocimiento profundo es que podemos actuar con albedrío. Si no hubiera leyes naturales estables, no se entendería lo que es el albedrío. El albedrío y las leyes de la naturaleza son armónicos y el uno es necesario para el otro, pues no son suficientes por sí solos.

Así como persiguiendo lo falso, lo arbitrario, se reciben sus consecuencias, el que persigue lo real y verdadero obtiene sus ventajas. El mal trae mal, *similia similibus*. Con la bondad se «cura» la maldad.

«El filósofo ha dicho:

«El hombre ignorante y malvado que no quiere servirse más que de su propio juicio; el que no poseyendo cargos públicos gusta arrogarse un poder que no le pertenece; el que, naciendo en este siglo, sometido a las leyes del mismo, retorna a practicar las leyes antiguas; y todos cuantos obren de semejante manera, deben prepararse a sufrir grandes males.»

Tchong-Young.—XXVIII.1.

Observamos cómo en el pensar de Confucio el hombre puede iniciar lo que le plazca (el albedrío); mas cómo también sufre las consecuencias de la ley de la acción y de la reacción: el Karma, no es fatalismo: es la ley que se aplica a lo manifestado, a todo lo que entra en la corriente de la vida.

«Si aquel que gobierna a los demás se inclina hacia la rectitud y la justicia, no necesita ordenar el bien para que se practique. Mas si se inclina al lado contrario, aunque ordene el bien no será obedecido.»

Lun-yu (Hia-Lun).—XIII-6.

«Aplicaos únicamente a las ganancias y al provecho, y vuestros actos os valdrán muchas enemistades.»

Lun-yu (Chang-Lun).—IV-12.

«*Tseu-tchang* planteó una discusión acerca del modo cómo se podrían acumular las virtudes y disipar los errores del espíritu. El filósofo dijo: "Colocando en primer término la rectitud y la fidelidad a la palabra empeñada; practicar la justicia; perfeccionarse cada día: esto es acumular virtudes; amando a alguno, desear que viva; odiando a alguno, desear que muera, es desear la vida y la muerte; eso es el error del espíritu. El hombre perfecto no busca las riquezas y profesa respeto a los fenómenos extraordinarios".»

Lun-yu (Hia-Lun).—XII-10.

Así como pensamos luego somos. Cuando perseveramos en los buenos pensamientos, se llega a exteriorizarlos en actos, en la vida diaria. Cuando tan prontamente pensamos bien como mal, los actos de nuestra vida fluctúan también de lo bueno a lo malo. Todo es vago y el espíritu vive en tinieblas. Así es como se vive en el error del espíritu, *deseando cosas opuestas*. De la perseverancia en un deseo es cuando nace una vida definida y consciente, que será verdadera y eterna, si los pensamientos que lo han motivado también lo fueron. Amando a todos, se desea la vida. Si amamos parcialmente es porque todavía nuestro espíritu está en el error y, por consiguiente, también deseamos la muerte. Desear cosas opuestas produce la tribulación espiritual.

***

De modo que para Confucio existe el Karma, que lo denomina *la ley armónica*, la cual no es más que una consecuencia de que: nada se crea, ni nada se destruye en el mundo de la manifestación; a toda acción en un sentido determinado le corresponde la reacción, que es igual en magnitud, aunque de opuesta orientación. Este Karma informa a todas las cosas de la existencia, sean físicas, como espirituales. Mas, para que se aplique la ley, o sea Karma, es necesario que intervengan las ener-

gías o las voluntades y esto es posible efectuarlo, porque existe en los seres el libre albedrío. Del conocimiento de la ley, o sea Karma, y de la perseverancia en la recta vía nace la perfección. Alcanzada ésta, se está en el *medio*, o sea se está en espíritu. Donde hay Karma hay vida, es decir, principio, consecuencias y fin; nacimiento, desarrollo y muerte. En el *medio*, en el espíritu, está la eternidad, la inmortalidad, y allí no hay ni principio ni fin; ni nacimiento ni muerte; y, por consiguiente, la ley de vida, de manifestación, no existe; Karma no interviene.

Confucio cree en el Karma, cree en la libertad. Realiza su vida diaria informado por tales creencias. ¿Estuvo en el error, estuvo en la verdad? Por nuestro desarrollo espiritual, llegado el caso, lo sabremos. Pero antes que nada, debemos perseverar para hacer nacer en nosotros al perfecto y al santo; *éste* es el sabio. Aquel que ha penetrado su misterio, se conoce y conoce; y es así que se puede obrar con entera libertad.

«Si me imagino un hombre que reuna la santidad, o la caridad, ¿cómo osaría compararme con él? Todo mi saber consiste en que me esfuerzo en practicar esas virtudes sin descanso, y las enseño a los otros sin acobardarme ni abatirme. Eso es cuanto se puede decir de mí. ***Kou-si-hoa*** dijo:

«Es justo agregar que nosotros, vuestros discípulos, no podemos aprender esas cosas como vos las sabéis.»

Lun-yu (Chang-Lun).—VII-33.

¡Perseverar... en el «medio», con la ley armónica!

M. CATALANO

La evolución planetaria y el orígen del hombre

(Continuación)

CAPITULO III

El período Saturniano. El sacrificio de los Tronos. El despertar de los Arques

En el universo entero se manifiesta la ley del eterno movimiento, la ley de rotación y con ella la ley de metamórfosis o de reencarnación. Esta ley de los avatares o de renacimientos de los mundos bajo formas parecidas pero siempre nuevas, después de largos sueños cósmicos, se aplica a las estrellas como a los planetas, a los Dioses como a los hombres. Esta es la condición misma de la manifestación del Verbo divino, del Alma universal por los astros y por las almas.

Nuestra tierra ha tenido tres avatares antes de convertirse en la Tierra actual. Al principio formó parte indistinta de la nebulosa primitiva de nuestro sistema, nebulosa llamada Saturno en la cosmogonía oculta y que nosotros denominaremos el «primer Saturno» para distinguirlo del Saturno actual, que le sobrevive como su residuo. Luego, formó parte del «Sol primitivo» que se extendía hasta los límites del Júpiter actual. En seguida la Tierra formando un solo astro con la Luna, separóse del sol primitivo. Ambos reunidos, tierra y luna, y formando un solo planate, llamáronse únicamente Luna en la cosmogonía oculta. Nosotros la llamaremos la luna primitiva, o la «Tierra-Luna», para distin-

guirla de la Luna actual. Por fin la Tierra, expulsando la Luna de su seno, convirtióse en la Tierra actual.

El germen del ser humano existía ya en el Sol primitivo, bajo la forma de un embrión etérico. No ha comenzado a existir como ser viviente, con cuerpo astral, bajo la forma de una nube de fuego, sino sobre la Luna primitiva, o Tierra-Luna. Es solamente sobre la Tierra actual que el ser humano ha adquirido la conciencia de su yo, al desenvolver sus órganos físicos y espirituales. Indicaremos estas etapas al hablar de la Atlántida y de los Atlantes.

Durante estos avatares sucesivos del sistema planetario, los Dioses o los Elohim de las jerarquias superiores, han desarrollado los Dioses de la jerarquía inferior: Arques, Arcángeles y Angeles, que, con su ayuda, fueron los generadores de la Tierra y del Hombre.

Los períodos planetarios de que vamos a hablar, se desenvuelven sobre millones y millones de años. Después del tiempo de los Rishis, la videncia de los grandes adeptos ha descifrado estas épocas del mundo en los reflejos aún subsistentes en la luz astral. Ellos los han visto desarrollarse en panoramas inmensos ante su sentido interior. De edad en edad, ellos también han ido trasmitiendo sus visiones a sus contemporáneos bajo formas mitológicas adaptadas a los diversos grados de cultura. Entre los hindues, estos clichés astrales denomínanse «imágenes del Akasha» (o de la luz astral). En la tradición judeo-cristiana de Moisés y de los profetas, de Jesucristo y de San Juan, estas páginas arrancadas al Alma del mundo, llámanse el «libro de Dios». Aquí podríamos recordar que la vidente de Domremy, Juana de Arco, la campesina ignorante pero inspirada, sirvióse de esa misma expresión cuando respondía a las chicanas escolásticas de los doctores de Poitiers con estas conocidas palabras:

«¡Hay más en el Libro de Dios que en los vuestros!»

Debemos también de paso, hacer notar cuán imperfectas resultan siempre las traducciones de estos videntes, cuando tratan de expresar en lenguaje corriente, las imágenes superhumanas que desfilan ante ellos en la luz astral, no en formas inmóviles y muertas, sino en multitudes vivientes y como ríos desbordados. También, es luego de la visión, y no en el momento mismo de ella, que tratan de dar un sentido, de reunir, ordenar y clasificar estas visiones extraordinarias.

***

La nebulosa saturniana primera forma de nuestro sistema planetario, no era más que una masa de calor sin luz. Es por esto que Heráclito dice que el mundo ha nacido del fuego. Tenía la forma de una esfera cuyo radio medía la distancia del Sol al Saturno actual. Ningún astro mostrábase en todo ese globo tenebroso. Pero en el interior de la nebulosa agitábanse estremecimientos de frío y efluvios de calor bajo el trabajo de las potencias que se movían en su seno. Sobre su superficie se elevaban algunas veces en formas ovoidales, trombas de calor, por la atracción de los Elohim descendiendo a ella desde el inconmensurable espacio.

El Génesis expresa esta primera fase planetaria en su segundo versículo: «y la tierra era sin forma y vacía y las tinieblas eran sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios (1) se movía sobre las aguas.

Pero los Elohim que, en el orígen de nuestro mundo, representaban el Espíritu de Dios, pertenecían a la más alta jerarquía de las potencias. Eran aquellos que la tradición cristiana denomina los Tronos. Ella afirma que estos dieron su cuerpo en holocausto para el rena-

(1) Notemos que el término de «Aelohim», con el cual Moisés designa a Dios en el Génesis, significa «El-Los-Dioses», o «Dios-los-Dioses», rigiendo a la vez para el singular y el plural: en singular, como principio divino universal; en plural, como potencia en acto en los Elohim.

cimiento de los Arques. Ese cuerpo no era más que calor vital, afluvio de amor. En cuanto a los Arques o Espíritus del comienzo eran seres provenientes de una precedente evolución cósmica y que permanecieron pasivos por un largo período y como perdidos en la Divinidad. Su naturaleza los hacía capaces de convertirse, en un nuevo período cósmico, en Dioses creadores por excelencia, a condición de volver a tomar la personalidad. Esta personalidad la dieron los Tronos sacrificando sus cuerpos y vertiendo sobre ellos toda su fuerza. De allí esas trombas de calor que surgían del primer Saturno y que parecían aspirar la vida divina de los Tronos, como se ve, en las trombas de la mar, elevarse el agua en torbellino hacia las nubes y al cielo aspirar el océano.

Parecida a un ser viviente, la enorme nebulosa saturniana tenía su aspiración y su respiración. La primera producía el frío y la segunda el calor. Durante su aspiración, los Arques entraban en su seno, y en la respiración se acercaban a los Tronos y bebían su esencia. Así, cada vez más, adquirían conciencia de si mismos y se destacaban de la masa saturniana. Pero al depurarse de sus elementos inferiores, iban dejando trás si como un humo gaseoso. Al mismo tiempo, los Elohim de la segunda jerarquía que trabajaban la nebulosa desde el interior, la habían puesto en rotación. Provocóse así en su circunferencia, la formación de un anillo de humo gaseoso que, rompiéndose más tarde, debía formar el primer planeta, el Saturno actual con su anillo y sus ocho satélites.

Entretanto los Arques, los dioses de la personalidad, los grandes Comenzadores, aspiraban a la creación de un mundo... Bosquejábanlo en sueños, porque en sí mismos ya traían sus primeros lineamientos. Pero este mundo ellos no lo podían crear en el sombrío Saturno, esfera de bruma y de humo. Faltábales para esto la Luz... la luz física... el agente creador. En medio de las tinieblas que les rodeaban, crecía en ellos el pre-

sentimiento de esta luz creadora. ¿Presentimiento o recuerdo? Recuerdo, quizá, de un mundo anterior... de algún otro período cósmico; recuerdo de gloria y de explendor lejano en la noche saturniana. ¡Presentimiento también, porque ya, en el alma de los Arques se estremecía como un alba prometedora de futuras auroras, la magestad del Arcangel, la belleza del Angel y la melancolía del Hombre!... Pero, para incorporar este sueño, faltábales un sol en el corazón de Saturno, faltábales una revolución en la nebulosa, bajo el soplo y el acicate de las Potencias supremas... La sombría noche de Saturno tocaba a su fin.

Los Tronos adormecieron a los Arques con un profundo sueño. Luego se lanzaron como un huracán en el caos de la noche Saturniana, ya hirviendo de humos sofocantes, para condensar la masa y batirla con la ayuda de las otras Potencias y del Fuego Principio, en un astro de luz. ¿Cuántos siglos, cuántos millones de millones de años duró este ciclón cósmico en la nebulosa, donde luchaban el frío y el calor, donde se entrecruzaban las explosiones y los rayos luminosos de los más diversos colores iluminando la noche terrible? No había entonces ni sol ni tierra para medir los años, ni clepsidra ni reloj para contar las horas... Pero cuando los Arques despertaron de su largo letargo, encontráronse flotando sobre una esfera de fuego, bajo una corona de luz etérea, por encima de una masa de humo sombrío.

El primer sol había nacido. El astro entero, con su centro oscuro y su fotosfera, ocupaba el espacio que comprende del sol actual al planeta Júpiter. Los Arques, sus jóvenes dueños, los nuevos Dioses, que se movían sobre un océano de llamas, saludaron la luz circundante. Entonces, a través de los velos flotantes de estas ondas luminosas, vieron por primera vez a los Tronos, parecidos a alados círculos que volando se alejaban en dirección a un astro lejano. Y éste se iba empequeñe-

ciendo al perderse en el infinito, donde los Tronos desaparecieron con él.

Entonces los Arques se dijeron: «La noche saturniana ha terminado. Hénos aquí vestidos de fuego y reyes de la luz. Ahora podremos crear según nuestro deseo. Y nuestro deseo, es el pensamiento de Dios!»

Pero he aquí que volviendo a mirar la fotosfera etérea que los envolvía, los Arques percibieron más allá de su morada, en medio del espacio, una cosa siniestra:

Un gran círculo humoso, morada pálida de sombríos espíritus elementarios de un órden inferior, rodeaba a distancia, el globo del sol naciente con un anillo fatal. Hubiérase dicho el collar negro del astro luminoso. De este anillo, vagamente bosquejado, debía nacer más tarde, por su ruptura, el Saturno actual. Primer residuo de la creación, Saturno era el precio del sol. Con él, ya pesaba sobre este joven universo la ineluctable fatalidad, que debían vencer los Elohim pero que ellos no podían suprimir. Así se verificaba, desde la primera etapa, la ley trágica que hace que no sea posible creación alguna sin su correspondiente compensación, rescate, precio o contraparte, no hay luz sin sombra, progreso sin retroceso, bien sin mal.

Tal es el pasaje del período saturniano al período solar, que se encuentra sintetizado en el cuarto versículo del Génesis de Moisés en estos términos: «Entonces Aelohim (El los-Dioses) separó la luz de las tinieblas».

CAPITULO IV

El período Solar. Incubación de los Arcángeles por los Kerubines. Significación oculta del Zodíaco

La esfera del primer Sol llegaba hasta el Júpiter actual. Este astro, el Sol, era, si se puede decir, «más viviente» que todos los que debían nacer de su seno. Estaba constituido por un núcleo tenebroso de humo y

por una vasta fotosfera, no de metales en fusión como la del sol actual, sino de una materia más sutil, de un fuego etéreo, límpido y transparente. Un espectador ubicado en Sirio, que hubiese observado el sol de entonces, habría visto, de período en período, a esta estrella, brillar y palidecer, inflamarse y extinguirse de nuevo.

Neustros astrónomos han observdo estrellaas semejantes en el firmamento. El Sol primitivo tenía su aspiración y respiración regulares. Su aspiración, que parecía hacer entrar toda su vida, hacíale tenebroso y casi tan sombrío como Saturno; pero su respiración era un maravilloso incendio que proyectaba en el infinito como un rayo de luz. Estas tinieblas y esta luz, prevenían de la vida de los Dioses, de los Elohim que reinaban sobre este astro.

Los Arques, o espíritu del comienzo, habían ya concebido los Arcángeles sobre la nebulosa saturniana. Aquellos no eran, por entonces, más que Formas-pensamientos, objetivadas por ellos y revestidas de un cuerpo etérico, órgano de la forma y de la vida. Sobre el Sol, los padres de los Arcángeles dieron también a sus criaturas divinas un cuerpo astral, órgano de sensibilidad, porque los Arques son los más poderosos magos entre los Elohim. Pueden, por la fuerza de su voluntad, dar la vida y la personalidad a sus Formas-pensamientos. Observando este espectáculo y reviviéndolo en sí mismo, Moisés escribe: «Dios dijo que la luz sea y la luz fué». Bajo el aliento de los Arques, los Arcángeles eleváronse y convirtiéronse en la vida, la luz y el alma del primer Sol.

«Este es el concepto de una estrella fija. Todo lo que vive, por sí, envía al universo la vida de los Arques... ¿Qué se produce así? Un sol creado por ellos. Los Arcángeles son sus mensajeros. Dicen al universo: nosotros anunciamos la obra de los Espíritus del Principio» (1).

(1) Palabras de Rudolf Steiner en una conferencia de abril de 1909.

Los Arcángeles, fueron los hombres del primer Sol, los dominadores de este astro. Pero, al elevarse en el espacio por arriba del fuego natal, buscaban algo en su vuelo. Siendo su esencia de luz y de éxtasis, investigaban la fuente divina del mundo de donde ellos mismos habían emanado. En el inmenso universo, no vieron por de pronto más que las constelaciones, mensajeros de otros Arcángeles, hermanos lejanos. Las constelaciones!... Escritura luminosa del firmamento, donde el Espíritu universal traza su pensamiento en jeroglíficos brillantes con miriadas de soles! Pero a medida que se desenvolvía su vista espiritual, apercibieron, en la línea del zodiaco, acampada en un círculo prodigioso, un ejército de espíritus sublimes de formas diversas y magestuosas. Eran los Kerubines, habitantes del espacio espiritual, los Elohim de la armonía y de la fuerza, los más vecinos a Dios, junto con los Serafines, los espíritus divinos del Amor. Llegados de todos los lados, en doce grupos, desde las profundidades del cielo y acercándose gradualmente, el ejército de los Kerubines concentrábase en círculo alrededor del mundo Solar para la incubación y la fecundación de los Arcángeles.

Este hecho, conocido de los Magos de la Caldea, es el orígen de la denominación de los doce signos del zodiaco, denominación conservada en la astronomía moderna. Se identifica cada una de las constelaciones con una categoría de Kerubines, que la tradición oculta representaba por los *animales sagrados*. Los Caldeos, los Egipcios y los hebreos, esculpían por analogía los Kerubines bajo el símbolo del Toro, del León, del Aguila y del Angel (o del Hombre). Son estos los cuatro animales sagrados del Arca de Moisés, de los cuatro evangelistas y del Apocalipsis de San Juan. La esfinge Egipcia los resume en una sola forma, símbolo maravillosamente adoptado de la naturaleza visible e invisible, de toda la evolución terrestre y divina. Estas cuatro formas esenciales del mundo viviente, se relacionan con

los cuatro puntos cardinales del zodiaco, salvo una excepción: El Aguila ha sido reemplazada por el Escorpión. El Aguila da la muerte con sus garras y su pico; pero por sus alas representa el vuelo hacia el Sol, el entusiasmo y la resurrección. En el simbolismo sagrado, que no es más que la traducción del alma de las cosas, el Aguila significa a la vez la muerte y la resurrección. El escorpión que la ha reemplazado en el zodiaco, entre Balanza y Sagitario, no significa más que la muerte. Esta substitución, es, quizá, ella también, un símbolo. Por su descenso en la materia, la humanidad no ha conservado más que el sentido de la muerte y ha olvidado el de la resurrección.

Ninguna forma terrestre sabría representar la belleza y el explendor de los Kerubines, ordenados en un vasto círculo bajo los signos del zodiaco, alrededor del mundo solar, para la inspiración y la fecundación de los Arcángeles. Ningún lenguaje humano, podría expresar los transportes y los éxtasis de los Arcángeles recibiendo su influjo e impregnándose por ellos de pensamientos divinos. Pero, ya lo hemos dicho, este primer mundo solar, tenía eclipses periódicos. Poseía sus días y sus noches, días radiantes y noches tenebrosas. De época en época, los Arcángeles se replegaban con los rayos solares en el núcleo oscuro del astro y caían en una especie de sonnolencia.

Entonces, el girar sin rumbo en los espacios del Kosmos, bajo la mirada de los Kerubines, acompañábase de una prodigiosa emisión de luz y de una armonía extraordinaria, verdadera música de las esferas. Entretanto, producíase el amortigüamiento del sonido, de la claridad en la penumbra y el gran silencio en el abismo interior del astro. Allá arriba, en sus éxtasis, los Arcángeles habían concebido el mundo angélico. Debajo, en las tinieblas amenazadoras, recordaban a los Kerubines, pero sus rostros se contraían por ello en formas

de angustía, de deseo y de cólera. Más tarde estas formas-pensamientos, engendradas por el sueño turbado de los Arcángeles, convirtiéronse en los prototipos del mundo animal que debía desenvolverse luego sobre la tierra. Los animales no son más que copias deformadas, y de algún modo, caricaturas de los seres divinos.

Podríase pues, asegurar, que si los Angeles (y por consecuencia los hombres) nacieron del éxtasis de los Arcángeles, en la luz, los animales, por el contrario han nacido de sus pesadillas en las tinieblas. El mundo animal es así la contraparte y el reverso del mundo angélico. Aún aquí se aplica la ley del progreso de los mundos y de los seres por el desplazamiento de sus elementos inferiores. Veremos cumplirse esta ley sobre toda la escala de la creación y hasta en los menores detalles de la vida humana. El rechazo de estos elementos, no es solamente indispensable para la purificación de los superiores, sino también preciso como contrapeso y como producto de la evolución total. Su regresión momentánea parece una injusticia, pero no resulta así en lo infinito de los tiempos, puesto que más tarde serán recogidos y empujados hacia delante por una nueva onda de Vida.

CAPITULO V

Formación de Júpiter y de Marte. El combate en el cielo. Lucifer y la caída de los Arcángeles.

Entretanto, las Potencias de la segunda jerarquía (Principados, Dominaciones y Virtudes) que desempeñan en el sistema planetario el papel de organizadores y vigilan la distribución de las fuerzas, Potencias que obran sobretodo por expansión y por concentración trabajaban al mundo solar por el interior. Bajo su esfuerzo, el Sol primitivo sufrió dos nuevas contracciones. Estas con-

densaciones sucesivas, desplazaron de su núcleo oscuro dos nuevos planetas, Júpiter y Marte.

Para el ojo físico de un hombre, colocado sobre el planeta Saturno durante la formación de Júpiter y de Marte, estos hechos cósmicos no habrían sido señalados más que por la aparición de dos nuevos globos girando alrededor del sol, el uno brillante (Júpiter) y el otro opaco (Marte). Este observador habría visto al mismo tiempo la fotosfera del sol reducirse para brillar con una luz más viva y sin intermiteencia. Hé aquí lo que pasaba entonces sobre el plano físico.

Pero el alma de un vidente se hubiera sentido admirada de algo mucho más extraño que ocurría trás el mundo físico, sobre el plano astral. Ese hecho, uno de los más decisivos de la evolución planetaria, llámase en la tradición oculta el «Combate en el Cielo» y ha dejado trazas legendarias en todas las mitologías. Aparece fulgurante en la Theogonía de Hesiodo con el célebre combate de los Titanes y los dioses al que se relaciona la historia de Prometeo.

En la tradición judeo cristiana, el combate en el cielo denomínase la «Caída de Lucifer». Este hecho, que precede y provoca la creación de la tierra, no fué un accidente. Formaba parte del plan divino, pero su determinación fué dejada a la iniciativa de las Potencias. Empédocles ha dicho: «El mundo ha nacido de dos fuerzas: el Amor y la Guerra (Eros y Polemos).

Esta idea profunda, se confirma en la tradición esotérica del judeo cristianismo por la lucha entre sí de los Elohim. Lucifer no es Satán, el Genio del mal como lo pinta la tradición ortodoxa y popular, Lucifer es un Elohim como los otros, y su nombre mismo de portador de la luz le acredita su indestructible dignidad de Arcangel. Veremos más adelante porqué Lucifer, genio del conocimiento y de la individualidad libre, era tan necesario al mundo como el Cristo, genio del Amor y del Sacrificio;

cómo toda la evolución humana renace de esta lucha, cómo, en fin, su armonía final y trascendente debe coronar la vuelta del hombre a la divinidad. Por el momento, debemos seguir a Lucifer en su descenso hacia la Tierra y en su obra de creación.

De todos los Arcángeles, Lucifer, representante y jefe patronímico de toda una clase de Angeles y de Espíritus, era el que había penetrado más profunda y osadamente con su mirada en la sabiduría de Dios y en el plan celeste. Pero era también el más osado y el más indomable. No quería obedecer a otro Dios que a sí mismo. Ya los otros Arcángeles habían creado de sus formas pensamientos los Angeles, esos prototipos todavía puros del Hombre divino. Estos Angeles no tenían más que un cuerpo etérico diáfano y un cuerpo astral luminoso que, por su fuerza receptiva e irradiante, reunían en una perfecta armonía el Eterno Masculino y el Eterno Femenino. Los Angeles disfrutaban el Amor como goce espiritual sin turbación y sin deseo de posesión egoista, porque eran astral y espiritualmente andróginos. Lucifer había comprendido que para crear el hombre independiente, el hombre de deseo y de iniciativa, era necesaria la separación de los sexos. Para seducir los Angeles con su pensamiento, formó en la luz astral el cuerpo explendente de la mujer futura, de la Eva ideal y la mostró a los Angeles. Una muchedumbre de ellos inflamóse de entusiasmo por esta imagen, que prometía al mundo alegrías y delirios desconocidos, y agrupáronse en torno del Arcángel rebelde (1).

Nació, entonces, entre Marte y Júpiter un astro inter-

(1) Tal es, sin duda, el concepto primitivo de esa tradición oculta, que quiere que de la unión primitiva de Lucifer y de Lilith (la Eva primera) naciera Caín, es decir, el hombre descendido a la materia, condenado al crimen, al sufrimiento y a la expiación. Recordemos que todas las versiones de lo que pasa en el plano astral no son más que traducciones imperfectas de los sucesos que se desarrollan en la esfera de la penetrabilidad.

medio. No tenía aun más que la forma de un anillo destinado a condensarse en planeta después de su ruptura. Lucifer le había escogido para crear con sus ángeles un mundo que, sin pasar por las pruebas terrestres, hubiese encontrado en sí mismo su fuerza y su dicha y gustado a la vez el fruto de la vida y del conocimiento, sin la ayuda del omnipotente. Los otros Arcángeles y todos los Elohim recibieron la orden de impedirlo, porque un tal mundo habría producido el desorden en la creación y roto la cadena de la jerarquía divina y planetaria. La lucha ardiente y prolongada que se empeñó entre el ejército del Arcángel rebelde y los demás Arcángeles y superiores a ellos, terminó por la derrota de Lucifer y tuvo un doble resultado: 1.º la destrucción del planeta en formación, cuyos restos son los asteroides; 2.º el destierro de Lucifer y de sus Angeles sobre un mundo inferior, sobre otro planeta que acababa de ser arrancado al nucleo solar por los Principados y las Dominaciones. Este planeta era la Tierra, no la Tierra de hoy, sino la Tierra primitiva, que aun no formaba más que un astro con la Luna (1).

Tal es el episodio cosmogónico que constituye un hecho capital de la historia planetaria, especie de incendio astral cuyo reflejo surca todas las mitologías como un cometa y clava sus puntas de fuego en las profundidades ocultas del alma humana.

---

(1) La tradición esotérica de hoy admite que, en este mismo período, un cierto número de Elohim que no quisieron tomar parte en la creación de la tierra y de los mundos sometidos a las duras leyes de la materia condensada, alejáronse del sol más allá del círculo de Saturno, para crear el planeta Urano, Neptuno y aun otros. Según la videncia antigua, confirmada por la videncia moderna, nuestro sistema solar surgió primitivamente de la nebulosa saturniana. Es por esto que Saturno es el más antiguo de los dioses, aquel con el cual comienza el tiempo.

CAPITULO VI

La tierra primitiva o Tierra-Luna.—Desarrollo de los Ángeles.—Nacimiento del Hombre

La separación de la Tierra primitiva del Sol (operada por las Potencias de la segunda jerarquía: Principados, Dominaciones y Virtudes) tenía un doble objeto: Primeramente, arrancar del astro luminoso su nucleo más oscuro y denso, ofreciendo con este cuerpo, un campo de acción al mundo luciferiano, un hogar a la humanidad naciente; segundo, desembarazar al sol condensado de sus elementos inferiores, y convertirlo en el trono de los Arcángeles y del Verbo mismo, permitiéndole lucir con toda su fuerza y con toda su pureza. Con la Tierra y el Sol se constituyeron simultánea y paralelamente dos polos del mundo físico y del mundo moral, destinados a dar a la evolución planetaria su más grande intensidad por su oposición y por su acción combinadas.

La Tierra primitiva o Tierra-Luna, presentábase bajo el aspecto de un astro con un núcleo líquido y una envoltura de gas inflamado. En su centro, fermentaban todos los metales y minerales en fusión. Pero en su superficie formóse una corteza vegetal, una especie de lecho esponjoso donde vivían como parásitos, seres gigantescos, semivegetales, semimoluscos que extendían sus ramificaciones o brazos movientes en la atmósfera cálida, semejando árboles con tentáculos. En esta atmósfera gaseosa, que envolvía a la Tierra-Luna como un inmenso torbellino, nadaban y flotaban ya, parecidos a pequeñas nubes de fuego, los gérmenes primeros de los hombres futuros. Estos embriones humanos no tenían cuerpo físico, sino un cuerpo etérico o una vitalidad interior y un cuerpo astral, o un aura brillante por donde ellos percibían la atmósfera ambiente. Tenían, pues, la sensación, sin la

conciencia del yo. No tenían sexo y no estaban sometidos a la muerte. Renovávanse sin cesar por sí mismos y se nutrían con los efluvios del aire húmedo y quemante.

Los Arcángeles habían sido los dominadores del primer Sol. Sus hijos, los ángeles, fueron los dominadores de la Tierra-Luna. Alcanzaron éstos la conciencia de su yo, mirándose en los gérmenes humanos, que poblaban este astro, infundiéndoles sus pensamientos, que estos últimos les devolvían animados y vivientes. Sin este miraje y este desenvolvimiento, ningún ser humano o divino puede adquirir conciencia de sí mismo (1). La función especial de los ángeles era la de llegar a ser los guías y los inspiradores de los hombres en el período cósmico siguiente, es decir, sobre nuestra Tierra. Sobre la Luna primitiva, o Tierra-Luna, ellos fueron los despertadores del ser humano en formación. Excitaron en él las sensaciones y por ello tomaron conciencia de sí mismos y de su alta misión. Descendidos con Lucifer en el abismo oscuro de la materia, debían retornar a su fuente divina amando al hombre, sufriendo con él y sosteniéndole en su lenta ascensión. Y el hombre debía aspirar a Dios y comprenderle a través del Angel. El Angel es el arquetipo del Hombre futuro. De la elevación del Hombre al estado angélico, debe nacer, al fin de los tiempos planetarios, un Dios nuevo, la individualidad libre y creadora. Pero antes, hay que descender en la sombría espiral, en el doloroso laboratorio de la animalidad! ¿Y quién podrá decidir cual sufre más, si el hombre más humillado, más atormentado a medida que adquiere conciencia de sí mismo, o el Angel invisible que sufre y que lucha con él?

EDOUARD SCHURÉ.

---

(1) Es por esto (de que el *desdoblamiento* es la condición primordial de la conciencia) que la sabiduría rosacruciana afirma este axioma: «Allí donde hay un yo, hoy dos yo».

La realidad es más asombrosa que la ficción (1)

Cuando uno recorre con el pensamiento los hechos de su propia vida que le parecen particularmente extraños, no es en los acontecimientos materiales donde se encuentran. Yo he tenido la suerte de llevar una vida de aventuras, y he visitado bajo condiciones interesantes, puntos exóticos del mundo. He visto algo de dos guerras. He ejercido la profesión más dramática. Mis viajes se han extendido desde el Norte de Groenlandia y Spizberg al Africa Occidental, y mi mente puede evocar el recuerdo de tempestades y peligros, de ballenas y osos, de tiburones y víboras, y de todo cuanto me solía interesar cuando era muchacho. Y, sin embargo, ¿qué puedo decir sobre temas de que otros han hablado ya con más autoridad y experiencia?

Cuando se estudian atentamente las intimidades de

---

(1) Aun cuando el presente artículo ha sido ya publicado por *La Prensa* en uno de sus últimos números, encuadra tan perfectamente dentro de nuestras ideas, que no resistimos al deseo de transcribirlo. La autoridad universal de Conan Doyle sanciona de una manera inequívoca, en las siguientes páginas, la intervención del misterio en la vida humana; del misterio que nos sugiere la acción de entidades invisibles que se encargan de dirigir nuestros pasos hacia puntos determinados, allanándonos dificultades y protegiéndonos contra peligros más o menos graves. Acostumbrados a dar a la casualidad un papel más maravilloso que lo mismo extraordinario, no queremos ver frecuentemente sino simples coincidencias donde un juicioso examen nos muestra una rigurosa lógica ejerciéndose desde planos superiores, produciendo hechos repetidamente idénticos en situaciones también idénticas. El hábito de la negación nos cierra muchos horizontes y contra este hábito es que se pronuncia Conan Doyle al relatar valientemente sus experiencias personales, sin temor al ridículo de los espíritus estrechos y del necio materialismo contemporáneo.

(Nota de la Dirección).

la mente y del espíritu, las curiosas intuiciones, los sucesos extraños, las cosas inexplicables, surgen de pronto a la superficie, y se adivinan más que se ven las increíbles coincidencias, las historias que deberían acabar de una manera, pero terminan de otra, o no tienen término definido, envueltas siempre en el misterio. Entonces, es cuando se percibe en todo esto un no sé qué de más extraño que todo lo novelesco.

Las experiencias más notables de la vida de un hombre, son aquellas que más siente, y de las que precisamente está menos dispuesto a hablar.

De todas las cosas realmente serias de mi vida, aquellas que se han grabado más profundamente dentro de mí y han dejado su impresión para siempre, no me siento capaz de hablar; no podría hacerlo. Y, sin embargo, es dentro de la órbita de estas cosas íntimas y vitales donde uno percibe fuerzas extrañas en movimiento con la conciencia de vagas y maravillosas coacciones y direcciones, que son, según mi sentir, los hechos más íntimos de la vida. Personalmente tengo siempre la conciencia de las fuerzas latentes en el espíritu humano y de la intervención directa en la vida de energías externas que modelan y modifican nuestras acciones.

Son habitualmente demasiado sutiles para una definición directa; pero a veces se transforman con tanta crudeza que no puede uno pasarlas por alto.

Citaré un ejemplo muy obvio, del que antes he hablado; pero puede aceptarse su repetición porque muestra el caso en su más innegable forma.

En el año 1892, viajaba yo por Suiza y tuve ocasión de atravesar el paso Gemmi. En la cima de él había una solitaria posada que dominaba un populoso valle, extendido sobre ambos lados, pero durante el invierno estaba completamente aislada. La familia se sostenía con las provisiones acumuladas en verano y permanecía algunos meses separada absolutamente de todo contacto con las gentes del valle.

Lo singular del caso atrajo mi atención, y mi cerebro empezó en el acto a formarse una historia, en la que concebí la desesperada posición de un grupo de caracteres fuertemente antagónicos y en lucha, sin medios de librarse de la compañía mutua e irresistiblemente impelidos hacia una negra tragedia, mientras las luces de una vida humana feliz brillaba en los valles a sus pies.

Estas ideas estaban tejiéndose en mi cerebro y a la extraña manera de semiconciencia impersonal que caracteriza el desarrollo de estas cosas, tomando forma simétrica, cuando compré un libro de Maupassant para leer en mi viaje de regreso a través de Francia.

Era una obra que no había leído nunca. El primer cuento se titulaba L'auberg (La posada), y en él encontré toda la concepción de mi mente ya acabada por una mano maestra. Era la misma posada, la del paso Gemmi, el invierno, el grupo de caracteres todo completo. Había un gran perro que no figuraba aun en mi historia. Lo demás era como yo lo había forjado y seguramente publicado como propio, si esta feliz casualidad no me hubiera salvado. ¿Pudo ser una casualidad que Maupassant hubiese pasado por ese camino y su viva inteligencia hubiera visto las posibilidades que ofrecía esa posada solitaria? Es bastante probable; pero que entre los breves días mediados en pensar el cuento y escribirlo comprara yo tan luego el único libro en el mundo que me podía evitar ponerme en ridículo, ¿puede ser una coincidencia o sería más bien una bondadosa fuerza exterior que obró para salvarme de semejante error?

Coincidencia o no, es una de esas cosas más extrañas que todo lo novelesco.

Y sin embargo, estoy dispuesto a admitir que sin la intervención de ninguna acción externa, salvo la maligna de algún travieso Puck, las coincidencias más extrañas ocurren en la vida, tales como uno, ciertamente, no se atrevería a inventar. He aquí un caso:

Habiendo yo escrito en varias ocasiones historias de detectives, algunas almas cándidas me han identificado con mi héroe y apelado a mi para ayudarlas en sus aflicciones. Hasta me han ofrecido un cheque en blanco para que me hiciese cargo del caso.

Puedo, sin embargo, reclamar con alguna complacencia la satisfacción de haber llegado a una solución en la media docena de casos que la compasión o curiosidad me han inducido a investigar.

En un caso notorio fuí, sin embargo, la víctima de la extraordinaria coincidencia a que aludo. Tuve sospechas, relacionadas con el crimen en cuestión, de cierta familia a la que daré el nombre de Wilder, no precisamente como los criminales directos, pero sí conocedores del asunto.

Un miembro de esta familia se había ido, según supe, a California algunos años antes. Se llamaba Juan y era arquitecto. De pronto, de una pequeña ciudad californiana, que bautizaré de St. Anne, empecé a recibir escritos que aludían a mi investigación, y llenos de blasfemias obscenas alrededor de las márgenes. En una de estas comunicaciones encontré la dirección de donde procedían.

En el acto escribí al jefe de policía de la ciudad, dándole la dirección y pidiéndole me informara si vivía allí un tal John Wilder, arquitecto, inglés. Me contestó que sí.

Seguramente pensarán ustedes que este fué el final. Había podido dar el nombre y profesión de un hombre que vivía a seis mil millas de distancia, guiándome sólo de una línea de deducción. Estaba convencido de que era correcta y le notifiqué el resultado a la policía británica. ¿Podrá creerse que la contestación recibida por mí unas semanas después fué que, investigado el asunto, resultaba una coincidencia, y que el tal John Wilder era una persona diferente de la que yo buscaba?

Los escritos insanos me venían de un maniático religioso que vivía en la misma casa de huéspedes. Este

hombre era americano y ciertamente nada tenía que ver en el crimen; pero no puedo comprender hasta ahora por qué tomó interés en el asunto, a no ser que cerca de él hubiera algún inglés que le instruyera en los detalles.

Sin embargo, no puedo sino aceptar el informe policial como correcto y decir que he sido víctima de una coincidencia que no sería empleada en la novela.

He estudiado durante treinta años lo oculto, lo misterioso, y me causa extrañeza escuchar las opiniones, generalmente negativas, que expresan sobre el asunto personas que no le han dedicado ni unos minutos de examen serio. No es momento oportuno ni lugar éste para dar mis opiniones, que son todavía las de un estudiante más que las de un dogmático. Pero he tenido una o dos experiencias que salen de la categoría usual de las «séances» o manifestaciones y también del rango de lo creíble en el campo de la novela.

Vivía en ese tiempo en el campo, e hice relación con un mediquillo—físicamente pequeño y también profesionalmente—que llevaba una vida difícil. Estudiaba la ciencia oculta, y mi curiosidad se despertó al saber que en su casa tenía una pieza a la que sólo él entraba, pues estaba reservada para fines místicos y filosóficos.

Descubriendo mi interés en tales tópicos, el doctor Brown, así le llamaré, me indicó la conveniencia de ingresar en una sociedad secreta de estudiantes esotéricos. La invitación trajo aparejada una investigación preparatoria. El diálogo entre nosotros se desarrolló más o menos así:

—¿Qué sacaré de ello?

—A su tiempo conseguirá poder.

—¿Qué clase de poder?

—Ese género de poder que la gente llama sobrenatural. Sin embargo, es perfectamente natural, pero se obtiene por el conocimiento de las fuerzas más profundas de la naturaleza.

—Si son buenas ¿por qué no las conocen todos?

—Serían causa de gran abuso en manos inadecuadas.

—¿Cómo pueden ustedes impedir que vayan a malas manos?

—Examinando cuidadosamente a nuestros iniciados.

—¿Seré yo examinado?

—Ciertamente.

—¿Por quién?

—Los que le han de examinar están en Londres.

—Tendré que presentarme a ellos.

—No, no; procederán sin su conocimiento.

—¿Y después de eso?

—Tendrá usted que estudiar.

—¿Estudiar qué?

—Tendrá que estudiar de memoria una masa considerable de material.

—Si ese material está impreso, ¿por qué no es propiedad pública?

—No está impreso. Es manuscrito. Cada manuscrito está cuidadosamente numerado y confiado al honor de un iniciado aprobado. Nunca hemos tenido un solo caso de extravío o mal proceder.

—Bueno—exclamé—es muy interesante y puede usted proponerme como iniciado, sea lo que sea.

Poco tiempo después—tal vez una semana—me desperté muy temprano, presa de una sensación sumamente extraordinaria. No era una pesadilla ni la travesura de un sueño. Era completamente diferente a todo eso, pues persistía a pesar de estar bien despierto. Sólo puedo describirlo diciendo que todo mi ser sentía como un hormigueo. No era doloroso, pero sí extraño y desagradable, como lo sería un suave choque eléctrico. En el acto me acordé del mediquillo.

Pocos días después vino a visitarme.

—Ha sido usted examinado y ha pasado—me dijo sonriendo.—Ahora es preciso que definitivamente diga si va a ingresar. No puede hacerlo y luego dejarlo. Es cosa

seria y debe abandonarla o seguir adelante con todo valor.

Empecé a comprender que era serio, tan serio que no había posible espacio para una atareada y preocupada existencia como la mía. Así se lo dije, y lo tomó bien.

—Bueno, no hablaremos más de esto, a menos que cambie usted de pensamiento.

Pero esta historia tiene su epílogo. Un mes o dos después vino mi hombrecito, en un día de lluvia, acompañado de otro médico cuyo nombre me era familiar, por estar ligado a trabajos del servicio tropical y de exploración.

Se sentaron al lado del fuego en mi estudio.

Noté que el famoso hombre y viajero se mostraba muy deferente con el insignificante cirujano de campo, que era el más joven de los dos.

—Es uno de mis iniciados—me dijo este último.—¿No sabe que Doyle ha estado a punto de ser de los nuestros?—continuó, volviéndose a su compañero.

El otro me miró con gran interés y luego se engolfó en una conversación con su mentor sobre las maravillas que había visto; eran efectivamente reales, según comprendí. Yo escuchaba atónito. Parecía la conversación de dos lunáticos. Una frase se grabó en mi memoria.

—La primera vez que me llevó usted consigo—dijo—anduvimos revoloteando por la ciudad en que yo acostumbraba a vivir en el Africa central, y me fué dado ver las islas situadas en el lago, hasta entonces desconocidas para mí. Yo sabía que estaban allí, pero se hallaban demasiado lejos de la costa para verlas. ¿No es extraordinario que las haya visto por primera vez cuando residía en Inglaterra?

Escuché otras observaciones tan asombrosas como esta.

Relataré ahora una experiencia más.

Una vez me ofrecí voluntariamente para dormir en

una casa encantada en Dorsetshire. Otros dos investigadores me acompañaron.

Éramos una delegación de la Sociedad Psíquica, de la cual, diré de paso, soy miembro. Todo el viaje en ferrocarril lo ocupamos en leer los testimonios de ruidos extraños que han hecho insoportable la vida para los ocupantes, los que estaban maniatados por un contrato de alquiler, y no podían moverse. Pasamos dos noches en vela. La primera, no sucedió nada. La segunda, uno de los de la delegación se fué y quedamos Mr. Podmore (ahora fallecido), y yo. Habíamos tomado toda clase de precauciones, desde luego, para no dejarnos engañar; entre otras cosas, la escalera estaba tendida con lazos. A media noche, cuando reinaba un silencio profundo, se oyó un ruido aterrador. Parecía como si alguien descargara unos golpes secos y formidables con una porra sobre una mesa retumbante. Se trataba de algo ensordecedor. Teníamos todas las puertas abiertas, de manera que corrimos a la cocina, que era de donde procedía el ruido.

Allí no había nada; puertas y ventanas herméticamente cerradas con llaves y cerrojos; los lazos tendidos, intactos; todo tal cual lo habíamos dejado.

Podmore apagó la luz y aparentamos irnos a nuestras habitaciónes, mientras esperábamos en la obscuridad la repetición. No se volvió a producir ni esa noche, ni después.

Jamás hemos sabido su causa. Pero la historia tuvo su epílogo. Algunos años después la casa se quemó, lo que pudo tener o no que ver con el espíritu que la rondaba; pero lo más sugerente es que en el jardín se encontró el esqueleto de una criatura de diez años.

Esto lo refiero bajo la autorización de una familia pariente de la que se vió perseguida por los ruidos.

La creencia es que la criatura había sido muerta allí, y que los fenómenos subsiguientes, de los cuales tuvimos

nosotros un pequeño ejemplo, fueron consecuencia de esta tragedia.

La teoría de una vida joven cortada en su plenitud de una manera inesperada y repentina puede dejar una reserva de inusitada vitalidad a la que es dable darle extraños usos. Pero nos vamos hundiendo de nuevo en regiones más extrañas que la novela. Lo desconocido y maravilloso nos presiona de todos lados. Ronda sobre y alrededor de nosotros en formas indefinidas y fluctuantes, algunas obscuras, otras brillantes; pero todas ellas advirtiéndonos las limitaciones de lo que llamamos materia y la necesidad de la espiritualidad si queremos mantenernos en contacto con los verdaderos hechos íntimos de la vida.

A. CONAN DOYLE

LA CRUZ DEL SUR

REVISTA MENSUAL

CONDICIONES DE SUBSCRIPCIÓN

REPÚBLICA ARGENTINA. — CAPITAL E INTERIOR:

Semestre	$ m/n 3.50
Año	» » 6.—
Número suelto	» » 1.—

PAISES DE LA UNIÓN POSTAL

Año	$ oro 3.—
Número suelto	» » 0.50

PAGOS POR ADELANTADO

Correspondencia y giros a nombre de la Dirección: SUIACHA, 732
BUENOS AIRES

EXTRACTO DEL CATÁLOGO
TEOSOFÍA Y OCULTISMO

		Rústica	Tela	Pasta
	Abentofail, El Filósofo autodidacto	$	1.80	2.40	2.70
*	**Alcyone (Krishnamurti), A los Pies del Maestro**	„	0.60	1.20	—
	„ La Educación como Servicio	„	0.90	—	—
	Alvarez, Consuelo, Hombres Dioses	„	3.00	3.90	4.40
*	**André, René, Historia del Alma**	„	1.50	2.10	2.40
*	**Antich, Andrógino**	„	2.40	3.00	3.30
*	„ Egoísmo y Altruismo	„	0.45	1.00	1.20
*	**Arnould, Arthur, Creencias fundamentales del Budismo**	„	0.90	1.50	1.75
*	**Boehme, Kate, La Curación de las Enfermedades mediante el Poder del Pensamiento**	„	1.10	1.70	—
*	**Besant, Annie, La Sabiduría antigua**	„	2.40	3.20	3.30
*	„ La Sabiduría de los Upanishads	„	0.90	1.50	1.80
*	„ Manual teosófico (Constitución septenaria del Hombre)	„	1.20	1.80	2.10
*	„ Algunos Problemas de la Vida	„	1.20	1.80	2.10
*	„ El Poder del Pensamiento	„	0.90	1.50	1.80
*	„ Hacia el Templo	„	1.50	2.10	2.40
*	„ Genealogía del Hombre	„	1.50	2.10	2.40
*	„ El Cristianismo esotérico y los Misterios menores	„	3.00	3.90	4.20
*	„ Doctrina del Corazón	„	0.60	1.20	1.40
*	„ Karma	„	0.60	1.20	1.50
*	„ Las Leyes de la Vida superior	„	0.60	1.20	1.50
*	„ La Muerte y el más allá	„	0.80	—	—
*	„ El Hombre y sus Cuerpos	„	0.90	1.50	1.80
*	„ Reencarnación	„	0.60	1.20	1.50
*	„ El Yoga	„	0.90	1.50	1.70
*	„ Los Tres Senderos de Perfección	„	1.20	1.80	2.10
*	„ Siete grandes Religiones	„	3.00	3.75	3.90
*	„ Tríptico teosófico	„	0.60	1.20	1.50
*	„ La Comunicación entre diferentes Mundos	„	0.80	1.40	—
*	„ Las Logias teosóficas	„	0.30	—	—
*	„ El Dharma	„	0.90	1.50	1.80
*	**Besant, Annie y C. W. Leadbeater, Formas del Pensamiento, con 60 lám. coloreadas**	„	7.20	8.10	8.80
	„ El Hombre: de dónde y como vino; ¿Adónde va?	„	5.50	6.60	7.15
*	**Bhagavan Das, Ciencia de las Emociones**	„	2.10	2.70	3.00
*	**Blavatsky, H. P., La Doctrina secreta (3 tomos)**	„	—	36.00	42.00
*	„ La Clave de la Teosofía	„	3.00	4.20	4.60
*	„ La Voz del Silencio	„	0.60	1.20	1.40
*	„ Isis sin Velo; completa, 4 tomos	„	14.40	18.00	20.00
*	„ „ „ „ tomos sueltos, cada uno	„	3.60	4.50	5.00
*	**Blech, Aimée, Luz y Tinieblas, series I II, III y IV cada una**	„	0.60	1.20	1.50
	„ A los que sufren	„	0.90	1.50	1.80
*	**Bulwer Lytton, Sir Edward, Zanoni (novela ocultista iniciática)**	„	3.50	4.50	4.70
	„ La Raza futura (novela ocultista)	„	1.50	—	2.00
	Capdevila, Arturo, Dharma	„	3.00	—	—
	Capdevila, Lucio, Jehová y Prana	„	1.00	—	—
*	**Carus, Pablo, El Evangelio del Buddha**	„	2.10	3.00	3.00
*	**Cascales y Muñoz, Los Egipcios en la Antigüedad**	„	1.20	2.00	2.20
*	**Clair du Serpentaire, Astrología Científica (2 tomos)**	„	6.90	8.40	—
*	**Colegio Central Indú de Benarés, Sanatana Dharma**	„	2.40	—	—
*	**Collins, Mabel, Luz en el Sendero. El Grito lejano**	„	0.60	1.20	1.40
*	„ Por las Puertas de Oro, el Diario de un Chela Hindú, Enseñ. del Maest.	„	1.20	1.80	2.10
*	„ Historia de una Maga negra	„	1.80	2.40	2.70
*	„ Guirnaldas de Amor	„	0.90	1.50	1.80
*	„ El Despertar	„	0.90	1.50	1.80
	Confucio, Los Grandes Libros	„	0.45	1.05	1.25
	Cornélius, Los Misterios del Alma	„	1.00	1.50	—
*	**Courmes, D. A., Cuestionario teosófico elemental**	„	1.00	—	—
*	**Chatterji, J. C., La Filosofía esotérica de la India**	„	1.20	2.10	2.40
*	**Churchill, Lyda A., Los siete Puntos mágicos**	„	0.80	1.40	—
*	**Dacier, A., Pitágoras**	„	2.10	2.70	3.00
*	**Dalsace, Lionel, Deuda fatal (novela ocultista)**	„	1.80	—	2.70
*	**De Mitri, Augusto, Entre aquí y allá, (novela ocultista)**	„	3.50	4.50	—
*	**Dos Chelas, El Hombre (Fragmento de una Historia olvidada)**	„	1.50	2.10	2.40
*	**Falls Wright, Claude, Bosquejo de los Principios de la Teosofía moderna**	„	2.10	3.00	3.50
*	**Feuchtersleben, Barón E. von, Higiene del Alma**	„	—	2.50	—
	Gerling, A. P., Ojeadas en el Santuario	„	1.50	2.10	2.40
*	**Giménez Serrano J., Memorias de Philostrato Damis y Apolonio de Tyana**	„	1.20	1.80	2.10
	Girgois, Dr., El oculto entre los Aborígenes de la América del Sur	„	2.00	2.90	3.20
*	**Granés, J., Origen y Orden de las Cosas**	„	2.10	2.70	3.00
*	„ La Ley natural	„	0.60	1.20	1.80
*	„ Labor teosófica	„	2.40	3.00	3.30
	Guirao, P., La Ciencia de triunfar y de vivir (con un prólogo de Miguel de Unamuno)	„	1.80	2.40	—
*	**Harding Burcham, Fraternidad, Ley de la Naturaleza**	„	0.60	—	—
*	**Hartmann, Dr. Franz, Vida de Jehoshua, (Vida de Jesús)**	„	1.50	—	3.10
*	„ Guía en lo espiritual	„	0.50	—	—
*	„ Ciencia oculta en la Medicina	„	1.50	2.10	2.40
*	„ Magia blanca y negra	„	2.40	3.00	3.40
*	„ Los Elementales. El Matrimonio como Perfección	„	0.60	1.20	1.50
*	„ Doctrina del Conocimiento	„	1.20	1.80	2.10
*	**Heindel, Max, Concepción Rosacruz del Cosmos, completa en 3 tomos**	„	6.00	7.80	10.50
*	„ Cristianismo Rosacruz, 20 folletos encuadernados en 2 volúmenes	„	—	6.50	7.50
*	„ „ „ „ 20 folletos (sueltos a 0.25 cada uno)	„	5.00	—	—
*	„ Filosofía Rosacruz en Preguntas y Respuestas, completo en 3 tomos	„	5.90	7.70	—
	Ibn-Gebirol (Aven Cebrol), La Fuente de la Vida, 2 tomos	$	2.40	—	—
	„ „ „ La misma obra, dos tomos encuadernados en un volumen	„	—	3.00	3.50
*	**Jacolliot, Luis, La Biblia en la India, 2 tomos**	„	1.20	—	—
	„ „ La misma obra 2 tomos encuadernados en un volumen	„	—	1.80	2.40

		Encuadernación:	Rústica	Tela	Pasta
*	**Johnston, Charles**, La Memoria de los Nacimientos pasados	„	0.60	1.20	1.80
*	**Judge, W. Q.**, Ecos de Oriente	„	0.60	—	—
	Kempis, Tomás á, Imitación de Cristo	„	0.45	1.05	1.35
*	**Leadbeater, Charles W.**, Clarovidencia. El Aura. Los Anales akashicos	„	1.20	1.80	2.1
*	„ Las últimas 30 Vidas de Alcyone	„	3.00	3.90	4.40
*	„ Los Centros de Fuerza y el Fuego Serpentino	„	0.30	0.90	—
*	„ El Plano astral y el Devachan	„	1.20	1.80	2.2
*	„ El Credo Cristiano	„	2.40	3.00	3.6
*	„ Vislumbres de Ocultismo antiguo y moderno	„	—	6.00	—
*	„ Vegetarismo y Ocultismo	„	0.30	—	—
*	„ Bosquejo teosófico	„	0.60	1.20	1.5
*	„ El Pensamiento, su Poder y Empleo	„	0.45	1.05	1.3
*	„ Nuestra Relación con los Niños	„	0.30	0.90	—
*	„ Protectores invisibles. Los Angeles Custodios. En el Crepúsculo	„	1.50	2.10	2.4
*	„ Más allá de la Muerte	„	3.00	3.70	4.3
*	„ Maestros y Discípulos	„	0.30	—	—
*	„ A los afligidos	„	0.10	—	—
*	**Lermina**, Misterios de la Vida y de la Muerte	„	1.80	—	2.7
	López Gómez, Quintín, Magia teúrgica	„	2.00	2.60	3.0
*	„ Prometeo Victorioso (Ciencia del Exito)	„	1.00	2.20	—
*	„ Magia Goética	„	1.00	2.20	—
*	**Lubbock**, La Dicha de la Vida	„	0.50	1.10	1.4
*	**Masterlink, M.**, Tesoro de los humildes	„	0.50	1.10	1.4
*	„ El Templo sepultado	„	2.00	—	—
*	**Mánava Dharma Zastra**, Libro de las Leyes de Manú, (trad. del sánscrito)	„	1.80	2.40	2.7
*	**Maynadé, Carmen M. de**, La vida teosófica	„	0.60	1.20	1.5
	Mead, G. R. S., Apolonio de Tyana	„	1.00	1.60	1.9
	Molinos, Miguel de, Guía espiritual	„	1.25	1.85	2.1
*	**Morgner, E.**, La Teosofía predicada por Jesús	„	0.90	1.65	2.1
	Müller, Max, La Ciencia de la Religión	„	1.20	1.80	2.—
	„ „ Historia de las Religiones, 2 tomos	„	2.40	—	—
	„ „ La misma obra, dos tomos encuadernados en un volumen	„	—	3.00	3.—
*	**Nemo**, Cartas rosacruces	„	0.90	1.50	1.7
*	**Niemand, Jasper**, Cartas que me han ayudado	„	0.90	1.50	1.7
*	**Old, Walter**, Lo que es la Teosofía	„	1.20	1.80	2.1
*	**Panchatantra**, 5 series de cuentos sobre La Conducta (trad. del sánscrito)	„	1.80	—	2.7
*	**Pascal, Dr. Th.**, Ensayo sobre la Evolución humana	„	1.80	2.40	2.7
*	„ Las Leyes del Destino	„	1.80	2.40	2.7
	Platón, Cinco Diálogos	„	3.00	3.75	4.—
*	**Pracham, Jyotis**, El Misterio de la Vida á la Luz del Orientalismo	„	3.00	—	4.7
	„ La Ciencia única. Sendero de Salvación	„	—	1.50	—
	„ Diálogo sobre el Bien	„	—	1.25	—
	Prel, Carl du, La Muerte el más allá, La vida en el más allá	„	1.20	1.80	2.1
*	„ La Magia ciencia natural	„	—	9.00	—
*	**Pryse, J.**, Reencarnación en el Nuevo Testamento	„	0.45	1.05	1.—
	Ramakrishna, El Evangelio de	„	—	4.00	—
*	**Rajaram Tukaram**, Reglas del Raja Yoga	„	0.60	1.20	1.4
*	**Ríos González, T.**, Páginas psíquicas	„	1.50	—	—
*	**Roso de Luna, Dr. Mario**, En el Umbral del Misterio	„	1.80	—	2.—
*	„ Hacia la Gnosis	„	1.80	—	2.7
*	„ Conferencias en América del Sur (2 tomos)	„	4.80	—	6.—
*	**Roviralta Borrel, Bhagavad Gita**	„	3.00	3.90	4.—
*	**Sagittarian**, Astrología	„	—	1.50	—
*	**Sánchez Calvo**, Filosofía de lo maravilloso positivo	„	3.00	—	4.—
*	„ Los Nombres de los Dioses	„	4.50	—	5.—
*	**Sankaracharya, Sri, Su Vida, Epoca y Filosofía**	„	1.20	1.80	2.—
*	**Scott Elliot**, Historia de los Atlantes, con 4 mapas	„	—	3.00	—
*	„ La perdida Lemuria, con 2 mapas	„	—	2.40	—
*	**Schuré, Ed.**, Los grandes Iniciados	„	3.60	4.30	4.—
	Sección Americana de la S. T., Manual teosófico	„	1.20	—	—
*	**Sinnett, A. P.**, El Budhismo esotérico (La sabiduría secreta)	„	1.20	—	2.—
*	„ La misma obra, edición de 1912	„	2.40	3.00	3.—
*	„ El Sistema al cual pertenecemos	„	0.30	—	—
*	„ El Mundo Oculto (Hipnotismo trascendental en Oriente) 2 tomos	„	3.50	5.00	5.—
*	„ Los dos tomos en un volumen	„	—	4.30	4.—
*	**S. S. D. D.**, La Magia egipcia	„	0.90	1.50	1.—
*	**Steiner**, La Iniciación	„	1.80	2.40	2.—
*	„ Significado oculto de la Sangre	„	0.70	1.30	—
*	**Swedenborg, E.**, La nueva Jerusalén	„	0.45	1.25	1.—
*	„ la verdadera Religión cristiana	„	2.40	3.30	3.—
*	„ El Cielo y sus Maravillas y el Infierno	„	2.70	3.60	4.—
	„ Arcana coelestia y Apocalipsis revelata. De Adán a la nueva Jerusalén	„	1.20	1.80	—
	Trine, En Armonía con el Infinito	„	1.50	2.10	2.—
*	„ El Respeto á todo Ser viviente	„	0.60	1.20	1.—
*	„ La Ley de la Vida	„	1.20	1.80	2.—
*	„ La mejor Ganancia	„	0.60	1.20	1.—
*	**Trine**, El Credo del Caminante	„	0.60	1.20	1.—
*	„ Vida Nueva	„	1.20	1.80	2.—
*	**Urbano, Rafael**, El Dhammapada, El Sendero de la Ley y el Narada Sutra, sobre la Naturaleza del Amor	„	1.50	2.10	2.—
*	„ El Sello de Salomón	„	1.20	1.80	2.—
	Valmiki, El Ramayana	„	1.00	1.50	—
*	**Vivekananda, Swami, Filosofía Yoga (Raja Yoga)**	„	2.40	3.00	3.—
	„ Karma Yoga	„	—	1.50	—
	„ Siete Opúsculos sobre Filosofía Vedanta	„	—	1.00	—
*	**X. X. X.**, Los Vedas	„	1.20	1.80	2.—
*	„ Estudios Teosóficos, 2a. serie	„	—	3.00	—
*	**12 Folletos por varios autores**, cada uno	„	0.10	—	—

